

Incarceron es muy distinta de las demás cárceles: sus presos no sólo viven en celdas, sino también en bosques metálicos, ciudades arrasadas y parajes sin fin. La cárcel lleva siglos sellada y únicamente un hombre, según cuenta la leyenda, ha conseguido escapar.

Finn, un preso de diecisiete años, está decidido a huir, aunque la mayoría de los reclusos ni siquiera creen que el Exterior exista. Pero lo que ellos no saben es que Finn se ha apoderado de una especie de llave de cristal y, a través de ella, puede comunicarse con Claudia, quien asegura vivir en el Exterior y que su padre es el Guardián de Incarceron. Sin embargo, ninguno de los dos es consciente de que la cárcel esconde mucho más de lo que ven sus ojos. Tendrán que emplear todo su coraje para escapar, pues la tarea será más ardua de lo que imaginan.

Porque Incarceron está viva.

Catherine Fisher

Incarceron

Incarceron I

Aliquam adipiscing libero vitae leo

Mauris aliquet mattis metus

Águila de cristal, cisne negro

*¿Quién puede trazar la magnitud de Incarceron, sus salas y viaductos, sus abismos?
Únicamente el hombre que conoce la libertad puede distinguir los confines de su celda.*

Cantos de Sáfico

Habían arrojado a Finn de bruces contra el suelo y lo habían encadenado a las losas de la calzada.

Sus brazos, abiertos en cruz, estaban aprisionados con unos grilletes que pesaban tanto que Finn apenas podía separar las muñecas del empedrado. También sus tobillos estaban inmovilizados en un amasijo de cadenas, que alguien había pasado por una argolla que sobresalía del suelo. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para levantar el pecho lo suficiente para coger aire. Agotado y prácticamente inmóvil, notaba la piedra helada contra la mejilla.

Pero por fin se acercaban los Cívicos.

Los percibió antes de oírlos; las vibraciones del suelo comenzaron tímidamente y subieron de intensidad hasta retumbar en sus dientes y sus nervios. Entonces surgieron varios sonidos en la oscuridad: el murmullo de los vagones de emigrantes, el lento repicar vacuo de las ruedas de acero. Arrastró la cabeza para apartarse el pelo sucio de los ojos y vio los surcos paralelos en la calzada, que se extendían por debajo de su cuerpo. Estaba encadenado justo en medio de los raíles.

El sudor le empapó la frente. Agarró las gélidas cadenas con una mano enguantada, levantó un ápice el pecho y, con dificultad, tomó una bocanada de aire. Era acre y olía a petróleo.

Todavía era pronto para chillar. Estaban demasiado lejos y, en medio del clamor de las ruedas, no lo oírían hasta que hubieran entrado en el amplio pabellón. Tenía que cronometrar con precisión sus movimientos. Si se retrasaba mucho, no habría tiempo de detener los vagones, que acabarían por aplastarlo. Desesperado, procuró evitar pensar en la otra opción. Que logaran verlo y oírlo pero que no les importara arrollarlo.

La luz.

Una luz procedente de unas linternas temblorosas que los Cívicos llevaban en la mano. Se concentró y contó nueve, once, doce; volvió a contarlas con la intención de

adivinar el número exacto, necesitaba una cifra segura, que aplacara las náuseas que se le atragantaban en la garganta.

Mientras cobijaba el rostro contra la manga harapienta en busca de consuelo, pensó en Keiro, en su sonrisa, en la última palmadita burlona que le había dado mientras comprobaba el candado y volvía a esconderse entre las sombras. Murmuró su nombre con un susurro amargo:

—Keiro...

Se lo tragarón los inmensos hangares y las galerías invisibles. En el aire metálico flotaba la niebla. Los vagones chirriaban y crujían al acercarse.

Empezó a distinguir a diferentes personas que avanzaban a trompicones. Emergían de la oscuridad tan encorvados por el frío que costaba decir si eran niños o mujeres viejas y jorobadas. Lo más probable era que fuesen niños; los ancianos, si es que habían dejado alguno, irían subidos a los carros, junto con la mercancía. Una harapienta bandera blanca y negra ondeaba en el primer vehículo; distinguió el escudo, un ave heráldica con una flecha de plata en el pico.

—¡Eh, parad! —gritó—. ¡Mirad! ¡Aquí!

El rechinar de la maquinaria atronó contra el suelo. Como un gemido, le penetró en los huesos y los dientes. Apretó los puños mientras el peso plomizo y el ímpetu de los carros se aproximaba a él, el olor a sudor de las hordas de hombres que tiraban de ellos en filas, el repiqueteo de las montañas de víveres que rebotaban dentro de los vagones por culpa de los baches. Esperó, intentando controlar el terror, poniendo a prueba segundo tras segundo su templanza ante la muerte, sin respirar, sin dejarse amilanar; porque él era Finn el Visionario, y podía lograrlo. Hasta que, desde un lugar indeterminado, irrumpió en él el pánico empapado en sudor y Finn se incorporó como pudo para gritar a pleno pulmón:

—¿Me habéis oído?! ¡Parad! ¡Parad!!

Continuaron avanzando.

El estruendo era insoportable. Entonces empezó a aullar, a patalear e intentar zafarse de las cadenas, porque sabía que el terrible impulso de los carros cargados seguiría avanzando sin pausa, caería sobre él, lo oscurecería, le aplastaría los huesos, el cuerpo entero, durante una lenta e inevitable agonía.

Hasta que se acordó de la linterna.

Era diminuta, pero le quedaba ese recurso. Keiro se había asegurado de que la llevara encima. Cargando con el peso de las cadenas se dio media vuelta y metió la mano dentro del abrigo, mientras los músculos de la muñeca se retorcían con un espasmo. Deslizó los dedos hasta tocar el tubo delgado y frío.

Las vibraciones reverberaban dentro de su cuerpo. Extrajo la linterna, pero se le resbaló y salió rodando hasta quedar casi fuera de su alcance. Soltó un juramento, se retorció y apretó el interruptor con la barbilla.

La luz brilló.

Finn jadeó aliviado, pero vio que los carros de mercancías seguían avanzando. Seguro que los Cívicos lo habían visto. ¡Era imposible que no lo vieran! La linterna era una estrella en medio de la inmensa oscuridad de la estancia, recubierta de un ruido ensordecedor. Y en ese momento, a través de todos los pasadizos y galerías, a través de las miles de celdas laberínticas, supo que Incarceron había notado que estaba en peligro y el chirrido de los vagones era como un entretenimiento cruel, pues sabía que la Cárcel lo observaba, pero no iba a intervenir.

—¡Sé que puedes verme! —gritó.

Las ruedas eran tan altas como un hombre. Rechinaron sobre los raíles; unas chispas salpicaron la calzada de piedra. Un niño chilló, fue un alarido agudo, y Finn gruñó y se acurrucó al máximo, porque se dio cuenta de que todo había sido en vano, había llegado su hora; pero entonces percibió el aullido de los frenos, el chirrido estremecedor que se le coló en los huesos y los dedos.

Las ruedas se avecinaban. Eran altísimas. Estaban justo encima de su cabeza.

Y se detuvieron.

Finn no podía moverse. Tenía el cuerpo petrificado por el terror. La linterna no iluminaba nada más que un remache grueso como un puño del grasiento engranaje de la rueda.

Entonces, por detrás de la rueda, una voz preguntó:

—¿Cómo te llamas, Preso?

Se fueron congregando en la oscuridad. Consiguió levantar la cabeza y distinguió formas, todas encapuchadas.

—Finn. Me llamo Finn. —Su voz no era más que un susurro. Tragó saliva—. Creía que no ibais a parar...

Un resoplido. Otra persona dijo:

—A mí me parece que es Escoria.

—¡No! ¡Por favor! Dejad que me levante. —Permanecieron en silencio y ninguno de ellos se movió, así que Finn tomó aire y dijo de carrerilla—: La Escoria hizo una redada

en nuestra Ala. Mataron a mi padre y me dejaron así para que me encontrase el primero que pasara. —Intentó apaciguar la agonía del pecho apretando los dedos contra la herrumbrosa cadena—. Por favor, os lo suplico.

Alguien se le acercó. La puntera de una bota se detuvo junto a su ojo; sucia, con un agujero remendado.

—¿Qué clase de Escoria?

—Los Comitatus. El cabecilla se hacía llamar Jormanric, el Señor del Ala.

El hombre escupió cerca de la oreja de Finn.

—¡Ese lunático! Es un matón...

¿Por qué no pasaba nada? Finn se acurrucó aún más, desesperado.

—¡Rápido, por favor! ¡Podrían volver!

—Yo digo que lo aplastemos con los carros. ¿Por qué íbamos a intervenir?

—Porque somos Cívicos, no Escoria.

Para sorpresa de Finn, quien lo dijo fue una mujer. Oyó el siseo de su ropa de seda por debajo del grueso y basto abrigo de viaje. La mujer se arrodilló y Finn vio que tiraba de las cadenas con una mano enguantada. Le sangraban las muñecas; la herrumbre había trazado curvas polvorientas sobre su piel cubierta de mugre.

El hombre insistió, incómodo:

—Maestra^[1], escúchame...

—Sim, trae las tenazas para cortar los grilletes. Ahora mismo.

Acercó el rostro al de Finn.

—No te preocupes, Finn. No te dejaré aquí.

A duras penas, levantó la mirada y vio a una mujer de unos veinte años, pelirroja, con los ojos oscuros. Aspiró su aroma por un instante, le llegó una ráfaga de jabón y cálida lana, un olor que le perforó el corazón y se coló en su memoria, en esa caja negra cerrada con siete candados que llevaba dentro. *Una habitación. Una habitación con un hogaril de madera de manzano. Una tarta servida en bandeja de porcelana.*

Probablemente la conmoción se reflejase en la cara de Finn; desde la penumbra de la capucha, la joven lo miró con interés.

—Con nosotros estarás a salvo.

Finn le devolvió la mirada. No podía respirar.

Una habitación infantil. Con las paredes de piedra. Con tapices rojos y opulentos.

Un hombre se acercó a toda prisa y deslizó las tenazas por debajo de la cadena.

—Cuidado con los ojos —gruñó.

Finn enterró la cara en la manga mientras notaba cómo la gente se arracimaba a su alrededor. Por un momento pensó que iba a apoderarse de él uno de esos ataques que tanto temía; cerró los ojos y notó el vertiginoso calor tan familiar colándose por su cuerpo. Luchó contra él, tragó saliva, se aferró a las cadenas mientras las imponentes tenazas las cortaban para abrirlas. El recuerdo se fue desvaneciendo; la habitación y el fuego, la tarta con minúsculas bolitas plateadas sobre una bandeja ribeteada en oro. A pesar de que se esforzó por retenerlo, el recuerdo se esfumó, y volvió a él la gélida oscuridad de Incarceron, el hedor metálico y acre de las ruedas grasientas.

Los grilletes se soltaron y cayeron con un repiqueteo. Se incorporó poco a poco aliviado, tomando profundas bocanadas de aire. La mujer lo cogió por la muñeca y le dio la vuelta.

—Esto va a necesitar un vendaje.

Se quedó congelado. No podía moverse. Ella tenía los dedos frescos y limpios, y le había tocado la piel, entre la manga rota y el guante. En ese momento estudiaba el diminuto dibujo de un pájaro con una corona que tenía en la muñeca.

La joven frunció el entrecejo.

—Esta marca no es de los Cívicos. Se parece a...

—¿Qué? —De pronto Finn subió la guardia—. ¿A qué se parece?

Un murmullo a kilómetros de distancia, en el interior del pabellón. Se le resbalaron las cadenas de los pies. El hombre de las tenazas se agachó sobre ellas y vaciló:

—Qué curioso. Este grillete... está suelto...

La Maestra se quedó mirando el pájaro.

—El cristal.

Tras ellos, un grito.

—¿Qué cristal? —preguntó Finn.

—Un objeto muy extraño. Lo encontramos.

—¿Y es el mismo pájaro? ¿Estás segura?

—Sí. —Distraída, se dio la vuelta y miró los candados de las cadenas—. En realidad no estabas...

Finn tenía que saberlo. Era imprescindible que la mantuviera con vida. La agarró y tiró de ella hacia el suelo.

—Agáchate —le susurró. Y entonces, enojado—: ¿Es que no lo ves? Es una emboscada.

Por un instante ella lo miró a los ojos y Finn percibió la sorpresa fracturada y convertida en horror. Se zafó de la mano de él con un respingo. Y en un serpenteo se levantó y gritó:

—¡Corred! ¡Corred todos!

Pero las compuertas del suelo ya se abrían con un crujido; empezaron a emerger brazos, a los que siguieron unos cuerpos levantados a pulso, las armas golpearon la piedra del pavimento.

Finn se movió. Apartó de un manotazo al hombre de las tenazas, se deshizo de un puntapié del candado falso y se zafó del amasijo de cadenas. Keiro le gritó; un alfanje le pasó por encima de la cabeza y Finn se arrojó al suelo, se revolcó y miró hacia arriba.

La estancia estaba ennegrecida por el humo. Los Cívicos gritaban sin cesar, corrían en busca de refugio entre los imponentes pilares, pero la Escoria ya había llegado a los vagones, disparaba de forma indiscriminada, y los destellos rojos de los torpes trabucos de chispa volvían aún más acre el olor del almacén.

No la veía. A lo mejor estaba muerta, a lo mejor había huido corriendo. Alguien lo sacudió y le colocó un arma en la mano; supuso que sería Lis, aunque todos los miembros de la Escoria llevaban cascos oscuros, así que no estaba seguro.

Entonces distinguió a la mujer. Estaba empujando a unos niños para que se metieran debajo de la primera vagoneta; un niño pequeño empezó a sollozar, así que lo agarró y lo lanzó bajo el carro, por delante de ella. Sin embargo, el gas continuaba saliendo con un siseo de las esferas que caían al suelo y se rompían como frágiles huevos; a Finn le lloraban los ojos. Entonces se sacó el casco y volvió a ponérselo; las almohadillas empapadas que le cubrían la nariz y la boca amplificaban su respiración igual que un altavoz. A través de la rejilla de la visera la estancia se volvió roja, las figuras empezaron a definirse.

La mujer blandía un arma y estaba disparando con ella.

—¡Finn!

Era Keiro, pero Finn hizo oídos sordos a la llamada. Corrió hasta llegar al primer carro, buceó por la parte inferior del vehículo y agarró a la Maestra por el brazo; cuando ella se dio la vuelta, la desarmó con violencia y la mujer gritó enfadada y dirigió sus guantes con clavos hacia la cara de Finn. Las puntas afiladas se le clavaron en el casco. Mientras la arrastraba para sacarla de su escondite, los niños patalearon y lucharon contra él, pero entonces una cascada de productos alimenticios empezó a precipitarse a su alrededor y la Escoria se puso a atraparlos, a hurtarlos, a deslizarlos con pericia por las rampas que salían de las rejillas del suelo.

Aulló una sirena.

Incarceron se removió.

Unos paneles lisos se deslizaron destapando parte de las paredes; tras un clic, varios focos de luz potente surgieron del techo invisible e iluminaron con un movimiento continuo el suelo distante, dejando al descubierto a la Escoria, mientras todos los Cívicos se desperdigaban como ratas, cuyas escuálidas sombras eran enormes.

—¡Evacuad! —gritó Keiro.

Finn siguió tirando de la mujer. Junto a ellos una figura que corría quedó bañada por la luz y se evaporó en silencio, paralizada por el pánico. Los niños chillaban.

La mujer se dio la vuelta, conmocionada y sin aliento, y miró los despojos de su pueblo. Entonces Finn la arrastró hasta la trampilla del suelo.

A través de la máscara, sus ojos se encontraron.

—Baja por aquí —dijo jadeando—. O morirás.

Por un instante casi pensó que no iba a obedecerle.

Entonces la mujer le escupió, se libró de sus manos y saltó sola sobre la rampa indicada.

Una chispa de fuego blanco chamuscó las piedras; al cabo de un segundo, Finn saltó detrás de la mujer.

La rampa estaba fabricada con seda blanca, resistente y muy tensa. Finn se deslizó por ella respirando con dificultad, hasta aterrizar sobre una pila de pieles robadas y un montón de piezas de metal que lo magullaron.

La Maestra, a quien ya habían maniatado e inmovilizado con un arma apuntándole a la cabeza, lo miró con desprecio.

Finn se incorporó como pudo a pesar del dolor. A su alrededor, la Escoria iba entrando en el túnel a través de la rampa, todos ellos cargados de objetos robados, algunos cojeando, otros apenas conscientes. El último en aparecer, cayendo de pie con gracilidad, fue Keiro.

Cerraron las compuertas del suelo.

Desmontaron las rampas.

Las siluetas difusas jadeaban, tosían y se arrancaban las máscaras.

Keiro se quitó la suya poco a poco y dejó al descubierto su hermoso rostro salpicado de polvo. Finn se abalanzó sobre él, furioso.

—¿Qué ha pasado? ¡Casi me muero de miedo! ¿Por qué habéis tardado tanto?

Keiro sonrió.

—Tranquilízate. A Aklo le ha costado un poco poner en marcha el gas. Pero has sabido entretenerlos muy bien. —Entonces miró a la mujer—. ¿Por qué la has salvado?

Finn se encogió de hombros, todavía alterado.

—Es un rehén.

Keiro levantó una ceja.

—Qué ganas de complicarte.

Movió la cabeza en dirección al hombre que sujetaba el arma; el hombre retiró el dedo del gatillo. La Maestra tenía la cara blanca como el papel.

—¿Es que no vas a recompensarme por haber arriesgado mi vida ahí fuera?

Finn hablaba con tono firme. Keiro no se inmutó, pero lo escudriñó con atención. Durante un instante, se miraron a los ojos. Entonces su hermano de sangre dijo con frialdad:

—Si ella es lo que quieres...

—Sí, ella es lo que quiero.

Keiro volvió a mirar a la mujer y se encogió de hombros.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

Asintió con la cabeza y el otro hombre bajó el arma. Entonces le dio una palmada en el hombro a Finn, de modo que una nube de polvo salió despedida de su ropa.

—Bien hecho, hermano —le dijo.

Elegiremos una Era del pasado para recrearla.

¡Haremos un mundo que carezca de la ansiedad del cambio!

¡Será el Paraíso!

Decreto del rey Endor

El roble centenario parecía genuino, pero había sido envejecido genéticamente. Las ramas eran tan gruesas que trepar por ellas era muy fácil; cuando se remangó la falda para encaramarse mejor, las ramitas más altas crujieron y el líquen verde le manchó las manos.

—¡Claudia! ¡Son las cuatro!

El grito de Alys provenía de algún punto de la rosaleda. Claudia hizo oídos sordos, apartó las hojas y asomó la cabeza.

Desde aquella altura podía observar todo el feudo: el huerto, los invernaderos y el jardín de los naranjos, los nudosos manzanos en el campo de frutales, los graneros donde celebraban los bailes en invierno. Vio las largas extensiones de césped tupido que bajaban formando una colina hasta el lago, y los hayedos que escondían el sendero hasta Hithercross. Más hacia el oeste, distinguió el humo de las chimeneas de la granja Altan, y la aguja de la antigua iglesia que coronaba la colina de Harmer, con esa veleta con forma de gallo que resplandecía al sol. Por detrás de dichos edificios, durante kilómetros y kilómetros, los campos del Guardián se abrían ante ella, con prados y aldeas y caminos, una mezcla de tonos verdes y azules difuminados por la neblina que cubría los ríos.

Suspiró y apoyó la espalda contra el tronco.

Qué apacible resultaba. Qué engaño tan perfecto. Le daría mucha pena marcharse de allí.

—¡Claudia! ¡Daos prisa!

Los gritos sonaban más débiles. Seguramente la doncella había regresado al castillo, porque una bandada de palomas levantó el vuelo en ese instante, como si alguien subiera la escalera en la que estaban apoyadas. Claudia prestó atención y oyó el reloj de los establos,

que empezó a dar la hora, mientras sus muñecos mecánicos salían lentamente a saludar a la calurosa tarde.

El campo estaba resplandeciente.

A lo lejos, por el camino, vio acercarse el coche de caballos.

Frunció los labios. Llegaba antes de tiempo.

Era un carruaje negro, y desde su atalaya pudo distinguir incluso la nube de polvo que las ruedas levantaban en el camino. De él tiraban cuatro caballos, y varios escoltas lo flanqueaban; contó ocho vigilantes y soltó una risa apagada. El Guardián de Incarceron viajaba con estilo. El símbolo de su estirpe estaba pintado en las puertas del carruaje, y un largo estandarte ondeaba al viento. En la cabina, un cochero con librea negra y dorada se peleaba con las riendas; oyó el restallido del látigo cortando la brisa.

Por encima de su cabeza pio un pájaro, que saltó de una rama a otra; Claudia permaneció inmóvil y vio cómo el animalillo se colgaba de la hoja que había más próxima a su cara. Entonces cantó: un breve gorjeo sedoso. A lo mejor era un pinzón.

El carruaje llegó a la aldea. El herrero se asomó a la puerta y un grupo de niños salieron corriendo del granero. Mientras la comitiva avanzaba con estruendo, los perros empezaron a ladrar y los caballos se apretujaron unos contra otros para pasar por el hueco que dejaban los estrechos voladizos de las casas.

Claudia se metió la mano en el bolsillo y sacó unos prismáticos. No pertenecían a la Era y, por lo tanto, estaban prohibidos, pero le daba igual. Se los colocó delante de los ojos y por un segundo sintió el mareo que precedía al movimiento de las lentes, mientras se ajustaban a su nervio óptico. Al momento la escena aumentó de tamaño y distinguió con claridad las facciones de los hombres: el supervisor de su padre, Garth, en el caballo ruano; el moreno secretario, Lucas Medlicote; los hombres de armas con sus cotas de malla.

Los prismáticos eran tan nítidos que casi pudo leer los labios del cochero, que acababa de soltar un juramento. No tardaron en llegar al puente y Claudia vio cómo atravesaban el río y se presentaban ante el castillo del Guardián. La señorita Simmy salió corriendo a abrir los portones, todavía con un paño de cocina en las manos. Las gallinas corrieron despavoridas delante de ella.

Claudia frunció el entrecejo. Se quitó los prismáticos y ese movimiento hizo que el pájaro de la rama echara a volar; el mundo se contrajo y el vehículo volvió a convertirse en una manchita. Alys chilló:

—¡Claudia! ¡Ya están aquí! ¿Queréis bajar a vestiros ya, por favor?

Por un instante se planteó no hacerlo. Jugueteó con la idea de esperar a que el carruaje entrara con escándalo en el patio de armas para entonces descender del árbol y

avanzar dando zancadas hasta presentarse ante él así, con el pelo hecho una maraña y ese viejo vestido verde que tenía un jirón en el dobladillo. La incomodidad de su padre sería mayúscula, pero no diría nada. Incluso si se le ocurría aparecer desnuda en medio del patio, lo más probable era que no dijese nada. Apenas un «Claudia, querida mía» y ese beso frío que le plantaría debajo de la oreja.

Se columpió en la rama ancha y después bajó por el tronco. Se preguntaba si le traería algún regalo. Solía hacerlo. Algo caro y hermoso que habría elegido en su nombre una de las damas de la Corte. La última vez había sido un pájaro de cristal en una jaula de oro que trinaba con un gorjeo estridente. Y eso a pesar de que todo el feudo estaba plagado de pájaros, en su mayoría auténticos, que volaban, se peleaban y piaban subidos al alféizar de las ventanas con postigos.

Dio un salto y corrió por el césped hasta llegar a unos amplios escalones de piedra; en cuanto los descendió, vio el castillo, que se abría ante ella, con su fachada de piedra caliente por el sol, las glicinias cuyos tonos morados colgaban de las torretas y reseguían las esquinas retorcidas, el oscuro foso oscuro en el que nadaban tres elegantes cisnes. En el tejado se habían asentado unas palomas, que se pavoneaban entre arrullos; algunas volaron hasta las torres esquineras y se cobijaron en las troneras y en las ranuras para disparar flechas, sobre unos grandes nidos de paja que habían tardado varias generaciones en fabricar. O ésa era la impresión que daba.

Se abrieron unas contraventanas. El rostro acalorado de Alys apareció jadeando:

—¡Pero dónde os habíais metido! ¿Es que no los oís?

—Claro que los oigo. Tranquilízate.

En el instante en que ella subía los escalones de una torre lateral a la carrera, el carruaje traqueteaba sobre los tablones de la pasarela del foso; vio cómo su negrura parpadeaba a través de la barandilla; y entonces, la penumbra fresca del castillo la rodeó, con sus aromas de romero y lavanda. Una sirvienta salió de las cocinas, le dedicó una apresurada reverencia y desapareció. Claudia subió la escalinata rauda y veloz.

En su habitación, Alys ya estaba sacando prendas y más prendas del armario. Una enagua de seda, un vestido azul y dorado que iría encima, un corpiño entrelazado a toda prisa. Claudia se quedó de pie y dejó que la doncella la vistiera y le ajustara la ropa; aborrecía la jaula en la que la tenían presa. Por encima del hombro de su sirvienta vio el pájaro de cristal en su cárcel diminuta, con el pico abierto, y puso cara de pocos amigos.

—No os mováis.

—¡No me muevo!

—Supongo que estabais con Jared.

Claudia se encogió de hombros. La tristeza se iba apoderando de ella. No se molestó en dar explicaciones.

El corpiño la oprimía demasiado, pero ya estaba acostumbrada. La criada le cepilló con brusquedad la melena y la cubrió con una redecilla de perlas; el pelo crepitó por culpa de la energía estática al tocar el terciopelo que le cubría los hombros. Sin aliento, la mujer dio un paso atrás.

—Estaríais más guapa si alegrarais esa cara.

—Pongo la cara que me da la gana.

Claudia se volvió hacia la puerta y notó el bamboleo de todo el vestido.

—Algún día aullaré, gritaré y le chillaré delante de las narices.

—Lo dudo mucho.

Alys embutió el raído vestido verde en el baúl. Se miró en el espejo y se retocó el pelo que se le había alborotado, se escondió las canas sueltas debajo del griñón, sacó una barrita láser antiarrugas, la desenroscó y con pericia eliminó una arruga que tenía debajo del ojo.

—Cuando sea reina, ¿quién me lo impedirá?

—Él. —El siguiente reproche de su doncella la acompañó mientras salía por la puerta—: Pues le tenéis tanto pánico como todos los demás.

Era cierto. Mientras bajaba mucho más reposada la escalinata, supo que siempre había sido así. Su vida estaba fragmentada en dos; el tiempo en que su padre estaba en casa, y el tiempo en que su padre estaba ausente. Vivía dos vidas, igual que los sirvientes, igual que el castillo, el feudo, el mundo.

Mientras recorría el suelo de tablones, rodeada de una doble fila de jardineros y lecheras sudorosos y sin resuello, entre lacayos y otros sirvientes, para salir a recibir al carruaje que justo entonces se detenía con un revuelo en el patio adoquinado, Claudia se preguntó si su padre era consciente de lo que provocaba. Seguramente. Pocas cosas se le escapaban.

Aguardó al llegar a la escalera. Los caballos resoplaron; el repiqueteo de los cascos quedaba ampliado dentro del espacio cerrado. Alguien gritó; el viejo Ralph se apresuró a acercarse; dos hombres vestidos con librea y cubiertos de polvo descendieron de la parte posterior del vehículo, abrieron la puerta y colocaron un peldaño.

Por un momento, el vano de la portezuela permaneció a oscuras.

Entonces su mano agarró el marco; asomó el sombrero oscuro, al que siguieron sus hombros, una bota, unos pantalones de montar negros.

John Arlex, Guardián de Incarceron, se incorporó y se sacudió el polvo con los guantes.

Era un hombre alto y esbelto, con la barba meticulosamente recortada, con una levita y un chaleco del brocado más fino. Hacía seis meses que Claudia no lo veía, pero tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez. Nadie de su estatus tenía por qué dar muestras de envejecimiento, pero lo curioso era que ni siquiera parecía que el Guardián empleara barras láser antiarrugas. Se la quedó mirando y le sonrió con elegancia; en su pelo oscuro, que llevaba recogido con un gran lazo negro, se veían unos precisos toques plateados.

—Claudia. Estás fantástica, querida mía.

La muchacha dio un paso adelante e hizo una leve reverencia; entonces él la tocó con la mano para que se incorporara y Claudia notó su gélido beso. Los dedos del Guardián siempre estaban fríos y ligeramente húmedos, daba manía tocarlos; como si lo supiera, su padre solía llevar guantes, aunque hiciera buen tiempo. Claudia se preguntó si él la vería cambiada.

—Igual que vos, padre —murmuró.

Se la quedó mirando durante unos segundos, con esa tranquila mirada gris tan dura y transparente como siempre. Luego se dio la vuelta.

—Permíteme que te presente a nuestro invitado. El canciller de la reina: lord Evian.

El carro crujió. Un hombre increíblemente obeso salió a duras penas y con él surgió una vaporada de perfume asfixiante que pareció cubrir casi de forma perceptible los escalones de la entrada. A su espalda, Claudia percibió el interés colectivo de los sirvientes. Ella no sintió más que consternación.

El canciller llevaba un traje de seda azul con un volante muy recargado en el cuello, tan alto que Claudia dudaba que pudiera respirar con comodidad. Tenía la cara sonrojadísima, aunque su reverencia fue firme y su sonrisa cuidadosamente agradable.

—Mi lady Claudia. La última vez que os vi no erais más que una niña de pecho. Estoy encantado de volver a veros.

No esperaba que su padre llegase con compañía. La habitación de invitados principal estaba ocupada por la cola a medio coser de su vestido de novia, que se extendía por toda la cama deshecha. Tendría que emplear alguna táctica para entretenerlo.

—El honor es nuestro —dijo—. Tal vez os apetezca acompañarnos al salón.

Podemos ofrecerles sidra y unos bizcochos recién horneados para que recuperéis las fuerzas después del viaje.

Bueno, confiaba en que tuvieran algo similar que ofrecerle. Se dio la vuelta y vio que tres de las sirvientas se habían esfumado y la fila de criados se había cerrado con celeridad para cubrir su ausencia. Su padre la miró con frialdad antes de subir los peldaños de la entrada, asintiendo con elegancia hacia la fila de rostros que iban haciendo reverencias y agachando la cabeza, para bajar la mirada ante él.

Eran sonrisas falsas, pensó Claudia al instante. Evian era la mano derecha de la reina. Esa bruja lo habría mandado para controlar a la prometida. Bueno, a Claudia no le importaba lo más mínimo. Llevaba años preparándose para esa ocasión.

Al llegar a la puerta, su padre se detuvo:

—No he visto a Jared —dijo sin más—. Espero que no esté enfermo.

—Creo que está inmerso en un experimento muy delicado. Seguro que no se ha dado cuenta de vuestra llegada, padre.

Era cierto, pero sonó a excusa. Enojada por la sonrisa gélida del Guardián, Claudia los condujo al salón; sus faldones rozaron las tablas sin barnizar del suelo. El salón era una estancia oscura forrada con paneles en la que se destacaba un enorme trinchante de madera de caoba, sillas labradas y una mesa de caballete. Se sintió aliviada al ver jarras de sidra y una bandeja con pastelillos de miel recién hechos entre unas ramitas de lavanda y romero.

Lord Evian olfateó el dulce aroma.

—Magnífico. Ni siquiera en la Corte podrían igualar esta autenticidad.

Probablemente porque, en el fondo, la mayor parte de las cosas de la Corte estaban generadas por ordenador, pensó Claudia con satisfacción, y dijo:

—En el castillo del Guardián, mi lord, nos enorgullecemos de que todo pertenezca a la Era. La torre del homenaje es verdaderamente antigua. Fue restaurada por completo después de los Años de la Ira.

Su padre permaneció en silencio. Se sentó en una de las sillas labradas, en la cabecera de la mesa, y observó con semblante serio cómo Ralph vertía sidra en unas copas de plata. La mano del anciano tembló cuando levantó la bandeja.

—Bienvenido a casa, señor.

—Me alegro de verte, Ralph. Tienes las cejas un poco más canosas, diría yo. Y a la peluca le falta volumen, y algo de polvos.

Ralph hizo una reverencia.

—Gracias, señor Guardián, ahora mismo la retoco.

Los ojos del Guardián escudriñaron el salón. Claudia sabía que no le pasaría inadvertido el único cristal de la ventana de metacrilato que había en un extremo del ventanal, ni las telas de araña prefabricadas en el techo de marquetería. Por eso, se apresuró a preguntar:

—¿Qué tal está Su Graciosa Majestad, mi lord?

—La reina goza de una salud excelente —pronunció Evian con la boca llena de bizcocho—. Está muy atareada con los preparativos de vuestra boda, mi lady. Será un espectáculo impresionante.

Claudia frunció el entrecejo.

—Pero no...

El hombre sacudió una mano rechoncha.

—Ah, claro, vuestro padre no ha tenido tiempo de comunicaros el cambio de planes.

Algo se enfrió en su interior.

—¿El cambio de planes?

—Nada grave, mi niña. Nada de lo que tengas que preocuparte. Una modificación de la fecha, eso es todo. Debido al repentino regreso de la Academia por parte del conde.

A Claudia le cambió la cara, aunque procuró que no se le notara la ansiedad. Sin embargo, debió de apretar los labios o poner blancos los nudillos, porque su padre se levantó sin prisa y dijo:

—Ralph, acompaña a Su Señoría al dormitorio.

El anciano sirviente hizo una reverencia, se acercó a la puerta y la abrió con un crujido. Evian se puso de pie con bastante esfuerzo, mientras una cascada de migas se precipitaba desde su traje. En cuanto tocaron el suelo, las migas se evaporaron produciendo unos destellos instantáneos.

Claudia perjuró en silencio. Otra cosa que controlar.

Escucharon sus pasos plomizos sobre los escalones que crujían, los murmullos respetuosos de Ralph y el estruendo de las alegres exclamaciones de aquel hombre gordo, que admiró la escalinata, los cuadros, los jarrones de porcelana china, los tapices de

Damasco. Cuando su voz se amortiguó por fin, perdida en las iluminadas alas distantes del castillo, Claudia miró a su padre. Y entonces dijo:

—Habéis adelantado la boda.

Él levantó una ceja.

—El año que viene, este año, ¿qué importa? Ya sabías que tarde o temprano llegaría.

—No estoy preparada...

—Hace mucho tiempo que estás preparada.

El Guardián dio un paso hacia ella y el cubo plateado de la cadena de su reloj reflejó el sol. Claudia retrocedió. Le resultaría insoportable que el Guardián abandonara la rigidez formal de la Era; la amenaza de la auténtica personalidad de su padre la dejó petrificada. Sin embargo, él mantuvo la compostura.

—Deja que te lo explique. El mes pasado llegó un mensaje de parte de los Sapiienti. Ya estaban hartos de tu prometido. Le han... pedido que abandone la Academia.

Claudia frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Los vicios de siempre: alcohol, drogas, violencia, dejar a algunas sirvientas embarazadas... Pecados típicos de los jóvenes insensatos desde hace siglos. No le interesa en absoluto la educación. ¿Por qué iba a interesarle? Es el conde de Steen, y cuando cumpla dieciocho años, será rey.

El Guardián caminó hacia la pared forrada de madera y alzó la mirada para contemplar el retrato. Un chico con pecas y cara de pillo de unos siete años los observaba desde el lienzo. Iba vestido con un traje fruncido de seda marrón y estaba apoyado contra un árbol.

—Caspar, conde de Steen. Príncipe heredero del Reino. Grandes títulos. No le ha cambiado la cara, ¿verdad? En esa época era simplemente descarado. Ahora es irresponsable, despiadado, y cree que no existen los límites. —Se la quedó mirando—. Tu futuro marido será un reto.

Ella se encogió de hombros y el tafetán del vestido hizo frufrú.

—Sabré manejarlo.

—Claro que sabrás manejarlo. Me he asegurado de que así sea.

El Guardián se acercó a su hija y se quedó plantado ante ella; la evaluó con sus ojos grises. Ella le sostuvo la mirada.

—Te creé para este matrimonio, Claudia. Te di buen gusto, inteligencia, falta de piedad. Tu educación ha sido más rigurosa que la de ningún otro muchacho del Reino. Idiomas, música, esgrima, equitación, he alimentado todo talento que apuntabas poseer. El Guardián de Incarceron no escatima en gastos. Eres la heredera de grandes territorios. Te he criado como a una reina, y reina serás. En cualquier matrimonio siempre hay uno que dirige y otro que sigue. Aunque esta boda no sea más que un acuerdo dinástico, debemos tratarlo como un matrimonio en toda regla.

Ella levantó la mirada hacia el retrato.

—Sabré manejar a Caspar. Pero a su madre...

—Yo me encargaré de su madre. Ella y yo nos entendemos bien.

La cogió de la mano y sujetó el dedo anular de Claudia con suavidad entre dos de los suyos; tensa, la muchacha permaneció inmóvil.

—Será fácil —susurró él.

En la quietud del cálido salón, una paloma torcaz arrulló al otro lado de la ventana.

Con cuidado, Claudia deslizó la mano para separarla de la de su padre y se recompuso.

—Entonces, ¿cuándo será?

—La semana que viene.

—¡La semana que viene!

—La reina ya ha comenzado los preparativos. Dentro de dos días partiremos hacia la Corte. Asegúrate de tenerlo todo listo.

Claudia no dijo nada. Se sentía vacía y abrumada.

John Arlex se dirigió a la puerta.

—Tu labor aquí ha sido excelente. La Era está impecable, salvo por esa ventana. Que la cambien.

Sin moverse, ella le preguntó en voz baja:

—¿Qué tal vuestra estancia en la Corte?

—Tediosa.

—¿Y vuestro trabajo? ¿Cómo marcha Incarceron?

Él hizo una pausa que duró una fracción de segundo. El corazón de Claudia palpitó con fuerza. Entonces el Guardián se dio la vuelta y su voz sonó fría y curiosa a la vez.

—La Cárcel va como la seda. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Intentó sonreír, pues deseaba saber cómo controlaba la Cárcel el Guardián y dónde estaban los mandos, ya que todos sus espías le habían dicho que su padre nunca salía de la Corte. No obstante, los misterios de Incarceron eran lo que menos le preocupaba en ese preciso momento.

—Ah, sí. Casi se me olvida. —Alargó el brazo para coger una bolsa de piel que había encima de la mesa y la abrió por completo—. Te he traído un regalo de parte de tu futura suegra.

Sacó el obsequio y lo dejó encima de la mesa.

Ambos se lo quedaron mirando.

Una caja de madera de sándalo, atada con un lazo.

A regañadientes, Claudia alargó la mano para desatar el diminuto lazo, pero él le dijo:

—Espera. —Sacó un escáner portátil y lo pasó alrededor de la caja. Por el mando de la barra se sucedieron las imágenes—. No hay peligro. —Plegó el escáner portátil—. Ábrela.

Claudia levantó la tapa. Dentro, en un marco de oro y perlas, había un cuadro con una miniatura esmaltada de un cisne negro en un lago, el emblema de la casa. Claudia lo sacó y sonrió, complacida a su pesar por el delicado tono azul del agua, por el esbelto cuello del ave.

—Es muy bonito.

—Sí, pero mira.

El cisne se movía. Parecía deslizarse por el agua, al principio con calma. Después alzaba el vuelo, sacudiendo las magníficas alas, y Claudia vio una flecha que salía lentamente de entre los árboles y le perforaba el pecho. El cisne abrió el pico dorado y cantó, una música terrible e inquietante. Al instante se hundió en las aguas y se desvaneció.

La sonrisa de su padre era ácida.

—Sí, es encantador —dijo.

El Experimento será arriesgado y es posible que aparezcan riesgos imprevistos. A pesar de todo, Incarceron será un sistema de gran sofisticación e inteligencia. No podría existir un guardián más amable y compasivo para sus internos.

Informe del proyecto, Martor Sapiens

El camino de vuelta al pozo de la mina era largo, y los túneles francamente bajos. La Maestra caminaba con la cabeza gacha; permanecía callada y se rodeaba el cuerpo con los brazos. Keiro había mandado a Arko el Grande que la vigilara. Finn se había quedado al final del grupo, detrás de los heridos.

En esa parte del ala, Incarceron era oscuro y estaba casi deshabitado. Aquí la Cárcel apenas se molestaba en removerse, encendía los focos con escasa frecuencia y expulsaba a poquísimos Escarabajos. A diferencia de la calzada de adoquines de la planta superior, los suelos de este pabellón no eran más que una malla metálica que cedía ligeramente bajo los pies. Mientras caminaba, Finn vio el resplandor de los ojos de una rata que se agazapaba, y unas motas de polvo cayeron de sus escamas metálicas.

Estaba agarrotado y dolorido, y como siempre que preparaban una emboscada, también enfadado. Para todos los demás era como liberar la tensión acumulada; incluso los heridos charlaban mientras arrastraban los pies, y sus sonoras risotadas poseían la energía del alivio. Finn volvió la cabeza y miró hacia atrás. A su espalda, el viento surcaba el túnel y les devolvía el eco. Incarceron los estaría escuchando.

No podía hablar ni tenía ganas de reír. Una mirada sombría a unos cuantos comentarios socarrones hizo desistir a sus compañeros; vio que Lis le daba un codazo a Amoz y enarcaba una ceja. A Finn no le importó. La rabia era interna, rabia contra sí mismo, y estaba mezclada con el miedo y con un orgullo abrasador, porque nadie más había tenido las agallas de dejarse encadenar así, de quedarse tumbado en medio de aquel silencio esperando a que la muerte llegara rodando y se cerniera sobre él.

Mentalmente volvió a percibir las ruedas, erguidas por encima de su cabeza.

Y también estaba enfadado con la Maestra.

Los Comitatus no tomaban prisioneros. Era una de sus normas. Una cosa había sido convencer a Keiro, pero cuando regresaran a la Guarida, tendría que justificar la presencia del rehén ante Jormanric, y eso le producía escalofríos. Sin embargo, aquella mujer poseía

algún dato sobre la marca que Finn llevaba en la muñeca, y él debía averiguar qué era. Tal vez no tuviera otra oportunidad.

Mientras avanzaba, pensó en el flash de la visión. Como siempre, le había hecho daño, como si el recuerdo (si es que era un recuerdo) se hubiera encendido y hubiera luchado por salir a flote desde un lugar profundo y dolorido, desde un pozo recóndito del pasado. Le costaba mucho mantener la nitidez de la imagen; ya se había olvidado de la mayor parte, salvo de la tarta en una bandeja, decorada con bolitas plateadas. Qué absurdo e inútil. Eso no le daba ninguna pista sobre quién era, o de dónde provenía.

El pozo tenía una escalera que bajaba por el lateral; los escoltas fueron los primeros en descolgarse por ella, después descendieron los Presos y los guerreros, que transportaban los víveres y a los heridos. El último en bajar fue Finn, quien se dio cuenta de que la superficie lisa tenía alguna que otra grieta en puntos en que unos helechos negros y marchitos empezaban a sobresalir. Tendrían que retirar esos brotes, pues de lo contrario la Cárcel podría percibirlos, sellar ese conducto y reabsorber la totalidad del túnel, tal como había hecho el año anterior, cuando los Comitatus habían vuelto de una redada y se habían encontrado con que la antigua Guarida se había esfumado, sustituida por un único pasaje blanco y ancho decorado con imágenes abstractas en tonos rojos y dorados.

—Incarceron se ha encogido de hombros —había dicho en esa ocasión Gildas con amargura.

Había sido la primera vez que Finn había oído reírse a la Cárcel.

Se estremeció al recordarlo: había sido un chasquido frío y divertido que se había hecho eco por los pasadizos. Había silenciado a Jormanric en medio de un juramento y había puesto los pelos de punta a Finn, paralizado por el terror. La Cárcel estaba viva. Era cruel y despreocupada, y él estaba «dentro» de ella.

Descendió los últimos travesaños de la escalera y entró en la Guarida. El desorden y el barullo de la gran cámara eran mayores que nunca; el calor de sus vivas hogueras era sobrecogedor. Mientras la gente se apiñaba con ansiedad alrededor del botín, abriendo los sacos de grano a lo bruto, sacando la comida a puñados, Finn se abrió paso entre la multitud y fue directo a la diminuta celda que compartía con Keiro. Nadie lo detuvo.

Una vez dentro, ajustó la endeble puerta y se sentó encima de la cama. La habitación estaba fría y olía a ropa sucia, pero por lo menos allí había tranquilidad. Poco a poco, se dejó caer en la cama.

Respiró profundamente e inhaló el terror. Se apoderó de él en una oleada abrumadora; sabía que el martilleo de su corazón lo mataría, notó el sudor frío que le congelaba la espalda y el labio superior. Hasta ese momento lo había mantenido a raya, pero los latidos ensordecedores que notaba ahora eran las vibraciones de las ruedas gigantescas; mientras se cubría con las manos los ojos cerrados vio las circunferencias de metal por encima de él, se sintió inmerso en una chirriante fuente de chispas.

Podrían haberlo matado. O peor aún, podrían haberlo aplastado y mutilado. ¿Por qué había aceptado hacerlo? ¿Por qué siempre tenía que estar a la altura de la absurda reputación temeraria de aquella gente?

—¿Finn?

Abrió los ojos.

Al cabo de un momento, se colocó de medio lado en la cama.

Keiro estaba de pie, de espaldas a la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —la voz de Finn sonó quebrada; se aclaró la garganta rápidamente.

—Lo suficiente. —Su hermano de sangre se sentó en la otra cama—. ¿Cansado?

—Es una manera de decirlo.

Keiro asintió. Y luego dijo:

—Siempre hay un precio que pagar. Todo Preso lo sabe. —Miró hacia la puerta—. Ninguno de los que están ahí fuera habría podido hacer lo que tú has hecho.

—Yo no soy un Preso.

—Ahora sí.

Finn se sentó en la cama y se alborotó el pelo sucio.

—Tú sí lo habrías hecho.

—Sí, es verdad. —Keiro sonrió—. Pero es que soy extraordinario, Finn, un artista del hurto. Arrebatadoramente guapo, increíblemente despiadado, totalmente temerario.

Inclinó la cabeza hacia un lado, como si esperase el bufido burlón de Finn; cuando vio que no llegaba, se echó a reír él mismo y se quitó el abrigo y el jubón oscuros. Abrió el baúl y tiró dentro la espada y el trabuco. Después rebuscó entre la pila de ropa y sacó una camisa roja con recargados lazos negros.

Finn dijo:

—Entonces, la próxima vez lo haces tú.

—¿Acaso me has visto alguna vez saltarme el turno, hermano? Los Comitatus tenemos que machacarlos con nuestra reputación hasta metérsela en la mollera a esos

cabezas huecas. Keiro y Finn. Los intrépidos. Los mejores.

Vertió agua de la jarra y se lavó. Finn se dedicó a observarlo, agotado. Keiro tenía la piel fina, los músculos ágiles. En medio de esa amalgama de gente deformada y famélica, de tullidos y pedigüños, su hermano de sangre era perfecto. Y se esforzaba muchísimo por mantener su perfección. En ese momento, después de ponerse la camisa roja, Keiro se trenzó una baratija robada en la melena larga y se miró con atención en un fragmento de espejo. Sin darse la vuelta, dijo:

—Jormanric quiere verte.

Finn ya se lo imaginaba; aun así, oírlo le produjo escalofríos.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Será mejor que te asees.

No quería. Pero al cabo de un momento vertió agua fresca y se frotó la grasa que tenía adherida a los brazos.

Keiro dijo entonces:

—Te apoyaré con lo de la mujer. Con una condición.

Finn se detuvo.

—¿Qué?

—Que me cuentes de qué va todo esto.

—No hay nada...

Keiro le lanzó la harapienta toalla.

—Finn el Visionario no vende mujeres ni niños. Amoz sí, o cualquiera de esos malas piezas. Pero tú no.

Finn levantó la vista; los ojos azules de Keiro le aguantaron la mirada.

—A lo mejor me estoy volviendo como todos los demás.

Se secó la cara en el mugriento harapo y luego, sin molestarse en cambiarse de ropa, se dirigió a la puerta. A medio camino, lo detuvo la voz de Keiro.

—Crees que sabe algo sobre ti.

Fastidiado, Finn se dio la vuelta.

—A veces me arrepiento de no haber elegido a alguien menos astuto para guardarme las espaldas. Está bien. Sí. Me dijo una cosa que... que podría... que necesito preguntarle. Necesito que siga viva.

Keiro lo adelantó y llegó a la puerta.

—Bueno, pues no demuestres mucho interés o él la matará delante de tus narices. Deja que sea yo el que hable. —Comprobó que nadie los estaba espiando junto a la puerta y volvió a mirarlo por encima del hombro—. Baja la cabeza y cierra el pico, hermano. Es lo que mejor se te da.

La puerta de la celda de Jormanric estaba flanqueada por los dos guardaespaldas habituales, pero una amplia sonrisa de Keiro hizo que el que tenían más cerca se apartara con un gruñido. Siguiendo los pasos de su hermano de sangre, Finn entró y estuvo a punto de atragantarse con el hedor dulzón del *ket*, que tan familiar le resultaba; sus humos embriagadores espesaban el aire. Se le metió en la garganta, así que tragó saliva e intentó no inhalar demasiado fuerte.

Keiro se abrió paso a codazos por entre los pares de hermanos de sangre, hasta llegar a la primera fila. Finn siguió su brillante estela roja entre la anodina multitud.

La mayor parte de ellos eran medios hombres y tullidos. Algunos tenían garras metálicas en lugar de manos, o parches de plástico en los lugares donde les faltaba tejido. Uno llevaba un ojo de cristal que era clavado a uno auténtico, salvo porque era ciego, con el iris fabricado con un zafiro. Eran los más rastreros de la capa más rastrera, esclavizados y despreciados por los puros; hombres que la Cárcel había enmendado, algunas veces con crueldad, otras veces simplemente con capricho. Uno de ellos, un hombre encorvado y con el pelo encrespado que recordaba a un enano, no se apartó de su camino lo bastante rápido. Keiro lo derribó de un manotazo.

Keiro sentía un odio peculiar hacia los tullidos. Nunca les hablaba, y apenas reconocía su presencia, los trataba igual que a los perros que abarrotaban la Guarida. Como si, pensó Finn, su propia perfección se viera insultada por la mera existencia de esos medios hombres.

La muchedumbre se apartó hasta que ambos se hallaron en medio de los guerreros. Los Comitatus de Jormanric eran un ejército desgarrado y sin objetivos, cuya intrepidez sólo existía en la imaginación de sus filas. Arko el Grande y Arko el Pequeño, Amoz y su gemelo Zoma, la frágil muchacha Lis que se volvía loca en las peleas y su hermana de sangre Ramill, quien nunca pronunciaba una sola palabra. Una multitud de viejos presos veteranos y de jovenzuelos bravucones, de escurridizos rebanapescuezos acompañados de unas cuantas mujeres expertas en venenos. Y, rodeado de sus musculosos guardaespaldas, el hombre en cuestión.

Jormanric, como siempre, estaba mascando *ket*. Los pocos dientes que le quedaban trabajaban de manera automática, encarnados por el zumo dulce que le tintaba los labios y la barba. Detrás de él, uno de sus guardaespaldas mascaba al unísono.

«Debe de ser totalmente inmune a la droga», pensó Finn. «Aunque no podría vivir sin ella».

—¡Keiroooo! —El Señor del Ala arrastró el grito—. Y Finn el Visionario.

La última palabra iba cargada de ironía. Finn frunció el entrecejo. Apartó de un empujón a Amoz y se colocó hombro con hombro con su hermano de sangre.

Jormanric estaba repantigado en su trono. Era un hombre grandullón a quien habían fabricado a medida un sillón de madera tallada; los brazos del trono tenían varias muescas que reflejaban el número de emboscadas, además de distintas manchas de *ket*. Alguien a quien denominaban «perro esclavo» estaba encadenado al trono; Jormanric lo empleaba para probar su comida, por si estaba envenenada. Huelga decir que ninguno de los esclavos duraba mucho en ese puesto. El que tenía ahora era nuevo, recién capturado en la última redada, un hatillo de harapos y pelo enmarañado. El Señor del Ala vestía una armadura y llevaba el pelo largo y grasiento, recogido en distintas trenzas adornadas con baratijas. En los dedos rollizos tenía encajados a la fuerza siete pesados anillos con forma de calavera.

Observó a los Comitatus con la mirada perdida.

—Una buena emboscada, gente. Comida y metal en bruto. Suficiente para que a todos nos llegue una ración generosa.

Un revuelo en la sala; pero ese «todos» significaba únicamente los Comitatus; los descastados tendrían que conformarse con las migajas.

—Aunque no ha dado tantos beneficios como podría haber dado. Algún imbécil enfadó a la Cárcel. —Escupió el *ket* mascado y cogió otra porción de la caja de marfil que tenía junto al codo. Lo dobló con cuidado y se lo metió en el carrillo—. Han matado a dos hombres. —Masticaba despacio, con los ojos fijos en Finn—. Y hemos cogido a un rehén.

Finn abrió la boca pero Keiro le dio un fuerte pisotón. Nunca era conveniente interrumpir a Jormanric. Hablaba despacio, con pausas irritantes, pero su aparente ineptitud era falsa.

Un delgado hilo de saliva rojiza le colgaba de la barba. Entonces dijo:

—Explícate, Finn.

Finn tragó saliva antes de hablar, pero Keiro fue quien respondió con la voz tranquila.

—Señor del Ala, mi hermano de sangre corrió un peligro enorme ahí fuera. Se expuso a que los Cívicos no se detuvieran, o no frenaran lo suficiente. Gracias a él tendremos comida en abundancia para muchos días. La mujer fue un capricho del momento, una pequeña recompensa. Aunque, por supuesto, los Comitatus os pertenecen, la decisión es vuestra, Señor. La mujer no significa nada, podéis hacer con ella lo que queráis.

Ese «por supuesto» era una pincelada de sarcasmo encubierto. Jormanric no dejó de mascar; Finn no estaba seguro de si se había percatado de esa punzada fina como un alfiler de amenaza velada.

Entonces vio a la Maestra. Estaba de pie a un lado, escoltada por los soldados y con las manos encadenadas. Tenía la cara manchada y la melena muy despeinada. Debía de estar asustadísima, pero mantenía la compostura, erguida. Posó la mirada en Keiro, y después, fría como el hielo, en él. Finn no se atrevía a mirarla a los ojos llenos de reproche. Bajó la vista, pero Keiro le dio un codazo y al instante se obligó a enderezarse, mirando a todos por encima del hombro. Si mostraba debilidad, si parecía dubitativo, estaría acabado. No podía confiar en ninguno de ellos, salvo en Keiro. Y eso únicamente debido al juramento.

Sin abandonar esa postura arrogante, desafió con la mirada a Jormanric.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros? —le preguntó el Señor del Ala.

—Tres años.

—Entonces ya no eres un inocente. El desconcierto se ha borrado de tus ojos. Ya no saltas cuando alguien grita. Ya no gimoteas cuando se apagan las luces.

Los Comitatus ahogaron unas risitas. Alguien apuntó:

—Todavía no ha matado a nadie.

—Pues ya va siendo hora —murmuró Amoz.

Jormanric asintió y las piezas metálicas que llevaba en el pelo tintinearón.

—A lo mejor tienes razón.

Miró fijamente a los ojos a Finn, y éste le devolvió la mirada, porque lo que llevaba el Señor del Ala era una máscara adormecida, un disfraz lento y embotado que cubría su astuta crueldad. Sabía lo que iba a decir a continuación; así que cuando Jormanric dijo, casi en una ensoñación: «Podrías matar a esta mujer», ni siquiera parpadeó.

—Podría hacerlo, señor. Pero preferiría sacarle algún beneficio. Oí que la llamaban Maestra.

Jormanric levantó una ceja roja como el *ket*.

—¿Un rescate?

—Seguro que pagarían por ella. Esos carros estaban cargados de víveres.

Se detuvo ahí, sin necesidad de que Keiro le recordara que no se fuera de la lengua. Por un momento, el miedo volvió a aparecer, pero luchó por contenerlo. Cualquier rescate implicaría que Jormanric podría sacar tajada. Seguro que le tentaba. Su avaricia era legendaria.

La celda estaba en la penumbra, las velas parpadeaban. Jormanric se sirvió una copa de vino, vertió un chorro para la criatura perruna que estaba a sus pies y observó cómo lo lamía. Hasta que el esclavo no volvió a levantarse, indemne, no bebió él. Entonces levantó la mano y le dio la vuelta para mostrar sus siete anillos.

—¿Ves esto, muchacho? Estos anillos contienen vidas. Vidas que he robado. Cada uno de ellos fue mi enemigo en alguna ocasión, al que maté poco a poco, atormentado por la agonía. Cada uno de ellos está atrapado aquí, en un anillo que adorna mi mano. Su respiración, su energía, su fortaleza, extraídas de todos ellos y acumuladas para mí, para cuando las necesite. Nueve vidas puede vivir un hombre, Finn, desplazándose de una a otra, y burlando a la muerte. Mi padre lo hizo y yo lo haré. Pero de momento sólo tengo siete.

Los Comitatus se miraron unos a otros. Al fondo, las mujeres murmuraban; algunas alargaban el cuello para ver los anillos por encima de las cabezas de la muchedumbre. Las calaveras de plata brillaron en el ambiente cargado por la droga: una de ellas guiñó el ojo a Finn, con una mueca. Se mordió los labios resecaos y notó el sabor a *ket*; era tan salado como la sangre, y provocaba que las imágenes se emborronaran y bailaran delante de los ojos. El sudor le empapaba la espalda. El aire de la habitación era asfixiante; desde las vigas del techo las ratas miraban hacia abajo, y un murciélago atravesó la zona iluminada y volvió a perderse en la oscuridad. Sin que los demás se dieran cuenta, en un rincón, tres niños hurgaban en una pila de grano.

Jormanric se puso de pie. Era un hombre monstruoso, le sacaba una cabeza de altura a cualquiera de los demás. Miró a Finn por encima del hombro.

—Un hombre leal le ofrecería la vida de esta mujer a su líder.

Silencio.

No había escapatoria. Finn sabía que tenía que hacerlo. Miró a la Maestra. Ella le devolvió la mirada, pálida, con el rostro demacrado.

Pero la voz apacible de Keiro rompió la tensión.

—¿La vida de una mujer, Señor? ¿Una criatura antojadiza y alocada, una cosa frágil

como ésta?

La Maestra no parecía frágil. Parecía furiosa. Y Finn la maldijo por tener tal aspecto. ¿Por qué no gimoteaba y suplicaba y lloraba desvalida? Como si le leyera el pensamiento, la mujer bajó la cabeza, pero cada centímetro de su piel estaba rígido por el orgullo.

Keiro sacudió una mano briosa.

—No creo que tenga mucha fuerza que un hombre pueda codiciar, pero si lo deseáis, es vuestra.

Ese juego era muy peligroso. Finn estaba acongojado. Nadie se burlaba de Jormanric. Nadie lo dejaba en ridículo. Era imposible que estuviera tan colocado por el *ket* como para no percibir la burla implícita. «Si lo deseáis». Si tan desesperado estáis. Algunos de los guerreros lo entendieron. Zoma y Amoz intercambiaron sonrisas encubiertas.

Jormanric frunció el entrecejo. Miró a la mujer y ella le aguantó la mirada. Entonces escupió la hierba roja que mascaba y agarró la espada.

—No soy tan exigente como algunos jóvenes que se pavonean —espetó.

Finn dio un paso al frente. Por un momento sintió ganas de llevarse a la mujer de allí a rastras, pero Keiro le inmovilizó el brazo con una garra de acero, y antes de que se diera cuenta, Jormanric ya se había incorporado y había rodeado con la espada la garganta de la Maestra, emblanqueciendo con la punta afilada la fina piel que tenía debajo de la barbilla, obligándola a subir la cabeza. Se acabó. Supiera lo que supiese la mujer, pensó Finn con amargura, nunca lo averiguaría.

Una puerta se cerró de golpe al fondo.

Una voz mordaz le reprochó:

—Esa vida no vale nada, hombre. Dádsela al chico. Todo aquel que mantiene la compostura ante la muerte es un loco o un iluminado. En cualquiera de los dos casos, se merece su recompensa.

La multitud se dividió al instante. Un hombre de poca estatura se abrió paso a grandes zancadas, con las prendas de color verde oscuro propias de los Sapienti. Era anciano pero bien plantado, e incluso los Comitatus se apartaron para dejarlo pasar. Se detuvo junto a Finn; Jormanric bajó la mirada hacia él, fastidiado.

—Gildas, ¿se puede saber qué mosca te ha picado?

—Haced lo que os digo. —La voz del anciano era rotunda; hablaba como si su interlocutor fuera un niño—. No tardaréis en tener las dos vidas que os faltan. Pero esa mujer —indicó con el pulgar hacia la Maestra— no será una de ellas.

Cualquier otro estaría muerto a esas alturas. Cualquier otro habría sido sacado a rastras y colgado del pozo bocabajo por los tobillos, para que las ratas se le comieran las entrañas. Sin embargo, al cabo de un segundo, Jormanric bajó la espada.

—Me lo prometes.

—Os lo prometo.

—Las promesas de los Sabios no deben romperse.

El anciano le contestó:

—No se romperán.

Jormanric lo miró. Entonces envainó la espada.

—Llévatela.

La mujer suspiró.

Gildas se la quedó mirando con irritación; al ver que ella no se movía, la agarró por el brazo y la acercó a su cuerpo.

—Sal de aquí —murmuró.

Finn dudó, pero Keiro se movió al instante y empujó a la mujer a toda prisa a través de la muchedumbre.

El apretón de la mano del anciano, rápida como una garra, inmovilizó el brazo de Finn.

—¿Tuviste una visión?

—Nada del otro mundo.

—Yo seré quien lo juzgue. —Gildas miró en dirección a Keiro y de nuevo a Finn. Tenía los pequeños ojos negros muy alerta; se movían con una inteligencia inquieta—. Quiero que me des todos los detalles, muchacho.

Bajó la mirada hacia la marca del pájaro que tenía en la muñeca. Después lo soltó.

Al instante, Finn se abrió camino entre la horda de lisiados y salió de la celda.

La mujer estaba esperándolo fuera, en la Guarida, sin obedecer a Keiro. En cuanto lo vio, se dio la vuelta y pasó muy ofendida por delante de Finn para meterse otra vez en la diminuta celda que había en el rincón. Éste le indicó al vigilante que se alejara sacudiendo

la cabeza.

La Maestra se volvió hacia Finn.

—¿Qué clase de estercolero es éste? —preguntó en un siseo.

—Oye, si estás viva...

—No es gracias a ti. —Levantó los hombros y, al erguirse, resultó ser más alta que él, y su rabia era letal—. No sé qué quieres de mí, pero ya puedes olvidarte. Por mí, los matones como vosotros podéis pudriros en el infierno.

Por detrás de Finn, Keiro se apoyó en el marco de la puerta y sonrió.

—Algunas personas no saben lo que es la gratitud —comentó.

Por fin, cuando todo estuvo a punto, Martor convocó al consejo de los Sapiienti y pidió voluntarios. Debían de estar preparados para abandonar a su familia y sus amigos para siempre. Para dar la espalda a la hierba verde, a los árboles, a la luz del sol. Jamás volverían a ver las estrellas.

—Somos los Sabios —les dijo—. La responsabilidad del éxito es nuestra. Debemos enviar a nuestras mentes más preclaras para guiar a los internos.

A la hora convenida, mientras se aproximaba a la sala de la Puerta, dicen que murmuró que temía que estuviera vacía.

Abrió la puerta. Setenta hombres y mujeres lo estaban esperando. Con gran ceremonia, entraron en la Cárcel.

Y nadie volvió a verlos.

Relatos del Lobo de Acero

Aquella noche el Guardián dio una cena en honor de su invitado.

Vistieron la mesa larga con una magnífica cubertería de plata, con copas y platos que tenían grabados dos cisnes entrelazados. Claudia se puso un vestido de seda roja con un cuerpo de encaje y se sentó enfrente de lord Evian, mientras su padre, en la presidencia de la mesa, comía con moderación y hablaba en voz baja, paseando la tranquila mirada por entre los nerviosos invitados.

Todos los vecinos y arrendatarios habían obedecido a la llamada. Y así eran allí las cosas, pensó con amargura Claudia, porque cuando el Guardián de Incarceron invitaba a alguien, no aceptaba un «no» por respuesta. Incluso la señorita Sylvia, quien debía de tener por lo menos doscientos años, coqueteaba y charlaba despreocupadamente con el joven aburrido que había a su lado.

Mientras Claudia lo miraba, el joven caballero reprimió como pudo un bostezo. Sus ojos se encontraron. Claudia le sonrió con dulzura. Entonces le guiñó un ojo y él se la quedó mirando fijamente. La joven sabía que no debía bromear con él; era uno de los empleados de su padre, y la hija del Guardián tenía un rango muy superior. Sin embargo, ella también se aburría.

Tras interminables platos de pescado, pavo real y jabalí al horno, seguidos de varios postres, empezó el baile. Los músicos se colocaron en un escenario iluminado por velas que quedaba en alto. Claudia agachó la cabeza por debajo de los brazos levantados de la larga fila de bailarines y se preguntó de repente si los instrumentos estaban bien seleccionados: ¿seguro que las violas no eran de un periodo posterior? Esas cosas pasaban cuando dejaba los pormenores de la organización en manos de Ralph. El viejo criado era un siervo excelente, pero se documentaba de forma apresurada en algunas ocasiones. Cuando su padre no estaba presente, a Claudia no le importaba. Pero al Guardián le gustaba cumplir a rajatabla incluso el menor detalle.

Ya pasaba de medianoche cuando Claudia acompañó a los últimos invitados a sus carruajes y se quedó sola en los escalones de la torre del homenaje. Detrás de ella esperaban adormilados dos criados, con las antorchas avivadas por la brisa.

—Marchaos a la cama —les dijo sin darse la vuelta.

El resplandor y el crepitar de las llamas palidecieron. Era una noche tranquila.

En cuanto se fueron, Claudia bajó corriendo los peldaños y cruzó el arco de la torre de entrada, hasta llegar a la pasarela sobre el foso. Respiró la profunda quietud de la noche cálida. Unos murciélagos revolotearon por el cielo; mientras los contemplaba se quitó el alzacuellos rígido y los collares, y de debajo del vestido extrajo las enaguas almidonadas y las arrojó con alivio en el antiguo excusado en desuso que había debajo del terraplén.

¡Mucho mejor! Ahí podían quedarse hasta el día siguiente.

Su padre se había retirado temprano. Había llevado a lord Evian a la biblioteca; tal vez siguieran allí, hablando de dinero y de condiciones, apalabrando su futuro. Más adelante, cuando su invitado se hubiera marchado y la casa estuviera en silencio, su padre correría la cortina de terciopelo negro que había al final del pasillo y abriría la puerta de su estudio con la combinación secreta, la que Claudia llevaba meses intentando descifrar. Allí desaparecería durante horas, tal vez durante días. Que ella supiera, nadie más entraba nunca en aquella estancia. Ni los sirvientes, ni los técnicos, ni siquiera Medlicote, su secretario. La propia Claudia no la había pisado jamás.

Bueno, de momento.

Levantó la mirada hacia la torre norte del castillo y vio, tal como esperaba, una minúscula llama en la ventana de la habitación superior. Caminó a paso ligero hasta la puerta hendida en la pared, la abrió y subió la oscura escalera.

Su padre la consideraba una herramienta. Un objeto que había fabricado..., criado, era la palabra que él empleaba. Frunció los labios, agarrando con los dedos la grasienta pared fría. Hacía mucho tiempo que había asimilado que la crueldad de él era tan absoluta que para sobrevivir a ella tenía que igualarla.

¿La amaba su padre? Mientras hacía un alto para recuperar el aliento en un rellano de piedra, se echó a reír, qué ocurrencia tan divertida. No tenía ni idea. ¿Y ella lo amaba a él? No cabía duda de que lo temía. Él le sonreía, alguna que otra vez la había cogido en brazos cuando era pequeña, le había dado la mano en ciertas ocasiones especiales, admiraba sus vestidos. Nunca le había negado nada, nunca le había pegado ni se había enfadado con ella, ni siquiera cuando a Claudia le había dado un arrebató y había roto el collar de perlas que le había regalado su padre, o cuando se había escapado a caballo por las montañas y había tardado días en regresar. Y sin embargo, hasta donde alcanzaba a recordar la muchacha, la quietud de sus fríos ojos grises siempre la había aterrorizado, el pavor a importunarla siempre la había acompañado.

A partir del tercer rellano, las escaleras estaban plagadas de excrementos de pájaros. No cabía duda de que eran reales. Los sorteó y se fue abriendo camino, anduvo a tientas por el pasillo hasta llegar a la última curva, subió otros tres peldaños y se topó con la puerta de barrotes de acero. Agarró el picaporte, lo hizo girar lentamente y asomó la cabeza.

—¿Jared? Soy yo.

La habitación estaba a oscuras. Una vela solitaria ardía en el alféizar de la ventana; la llama parpadeó por la corriente de aire. Rodeando toda la torreta, las contraventanas estaban abiertas de par en par, con una desobediencia al Protocolo que habría hecho estremecer a Ralph.

El techo del observatorio se elevaba sobre unas vigas de madera tan estrechas que parecía flotar. Había un telescopio orientado hacia el sur; de él sobresalían los buscadores y lectores de infrarrojos, además de una pantalla de ordenador que titilaba. Claudia sacudió la cabeza.

—¡Vaya, vaya! Si el espía de la reina ve esto, nos van a dar una somanta de palos.

—No lo verá. Y menos después de los litros de sidra que ha bebido esta noche.

Al principio no logró ubicarlo. Después, una sombra se movió junto a la ventana y en la oscuridad se fue definiendo una silueta esbelta que se incorporó desde el ocular del telescopio.

—Echad un vistazo, Claudia.

La muchacha caminó a tientas por la habitación, entre las mesas abarrotadas, el astrolabio, los globos terráqueos que colgaban. Aturdido, un cachorro de zorro pasó como una centella y se subió al alféizar.

El hombre la cogió del brazo y la guio hasta el telescopio.

—Nebula f345. La llaman La Rosa.

Cuando miró por el ocular, Claudia supo por qué la llamaban así. La explosión cremosa de estrellas que cubría el tenue círculo de cielo se abrió como un conjunto de pétalos de una flor enorme, a miles de años luz de distancia. Una flor de estrellas y quasares, de mundos y agujeros negros, con el corazón líquido palpitando entre nubes gaseosas.

—¿A qué distancia está? —murmuró Claudia.

—A mil años luz.

—Entonces, lo que estoy observando ocurrió hace mil años.

—Puede que más.

Aturdida, quitó el ojo de la lente. Cuando se dio la vuelta para mirarlo, unos diminutos destellos de luz le nublaron la vista, jugaron sobre la maraña de pelo moreno del hombre, por su rostro estrecho y su figura espigada, con la túnica suelta debajo de la toga.

—Ha adelantado la boda —anunció Claudia.

Su tutor frunció el entrecejo.

—Por supuesto.

—¿Lo sabíais?

—Sabía que habían expulsado al conde de la Academia. —Se desplazó hasta quedar bajo la luz de la vela y Claudia vio sus ojos verdes, que captaron el brillo—. El recado me llegó esta mañana. Suponía que la consecuencia sería ésta.

Enfadada, Claudia apartó un fajo de papeles del sofá y los tiró al suelo. Se sentó con agotamiento y levantó los pies.

—Pues teníais razón. Nos quedan dos días. No será suficiente, ¿verdad?

Él se sentó enfrente de Claudia.

—Para terminar de probar el mecanismo, no.

—Parecéis cansado, Jared Sapiens —dijo la muchacha.

—Y vos también, Claudia Arlexa.

El hombre tenía ojeras y la piel pálida. Con cariño, ella añadió:

—Deberíais dormir más.

Él negó con la cabeza.

—¿Mientras el universo está ahí fuera rodando sobre mi cabeza? Imposible, mi lady.

Claudia sabía que lo que le mantenía despierto era el dolor. En ese momento el hombre llamó al cachorro de zorro, que corrió a subirse en su regazo dándole coletazos y frotándose contra el pecho y la cara. Ausente, le acarició el lomo rojizo.

—Claudia, he estado dándole vueltas a vuestra teoría. Me gustaría que me contarais cómo apalabrarón el enlace matrimonial.

—Bueno, vos estabais aquí cuando ocurrió, ¿no?

Él le dedicó esa sonrisa tan tierna.

—Tal vez penséis que llevo aquí toda la vida, pero en realidad llegué justo después de vuestro quinto cumpleaños. El Guardián fue a buscar el mejor Sapient de la Academia. El tutor de su hija no podía ser menos que eso.

Al escuchar de nuevo las palabras de su padre, Claudia frunció el entrecejo. Jared la miró de soslayo.

—¿He dicho algo malo?

—No, vos no. —Alargó la mano para tocar al zorrillo, pero el animal se apartó de ella, escondiéndose hecho un ovillo en el hueco del brazo de Jared. A continuación, la muchacha dijo con amargura—: En fin, depende de a qué enlace os refiráis. He tenido dos.

—El primero.

—No puedo. Tenía cinco años. No me acuerdo.

—Pero os prometieron con el hijo del rey. Con Giles.

—Como acabáis de decir, la hija del Guardián no puede conformarse con un segundo plato.

Se incorporó de un salto y empezó a dar vueltas rápidas por el observatorio, recogiendo papeles sin cesar.

Sus ojos verdes la observaron.

—Recuerdo que era un chiquillo muy guapo.

De espaldas a él, Claudia dijo:

—Sí. Después del compromiso, el pintor de la Corte me mandaba un retrato del príncipe cada año. Los tengo todos guardados en una caja. Diez en total. Tenía el pelo castaño oscuro y una cara simpática y lozana. Habría sido un buen marido. —Se dio la vuelta—. En realidad sólo lo vi una vez. Cuando fuimos a la Corte para su séptimo cumpleaños. Recuerdo a un niño sentado en un trono que le quedaba muy grande. Le habían puesto un cajón para que apoyara los pies. Tenía los ojos grandes y marrones. Le dieron permiso para besarme en la mejilla y se quedó muy cortado. —Claudia sonrió al recordarlo—. Ya sabéis lo colorados que pueden ponerse los chicos. Bueno, pues él se puso rojo carmín. Lo único que consiguió tartamudear fue: «Hola, Claudia Arlexa. Soy Giles». Me regaló un ramo de rosas. Las guardé hasta que, ya secas, se deshicieron.

La muchacha se acercó al telescopio y se sentó a horcajadas en el taburete, levantándose el vestido hasta las rodillas. El Sapiient acarició al cachorro y observó cómo Claudia se ajustaba la pieza ocular y miraba a través de ella.

—Os gustaba.

Ella se encogió de hombros.

—Nadie habría dicho que era el heredero. Parecía un muchacho como todos los demás. Sí, me gustaba. Nos habríamos llevado bien.

—Pero su hermano el conde no os caía bien, ¿verdad? Ni siquiera entonces.

Los dedos de Claudia giraron las ruedecillas para enfocar mejor.

—¡Uf, él! Esa sonrisa falsa. No, calé cómo era desde el primer momento. Hacía trampas jugando al ajedrez y tiraba el tablero por los aires cuando perdía. Gritaba a los sirvientes y algunas de las chicas me contaron cosas que les había hecho. Cuando mi... cuando el Guardián llegó a casa un día y me contó que Giles había muerto de forma repentina... que había que modificar todos los planes, me puse furiosa. —Se irguió y se dio la vuelta a toda velocidad—. Lo que os juré sigue en pie. Maestro, no puedo casarme con Caspar. No me casaré con él. Lo detesto.

—Tranquilizaos, Claudia.

—¡Como si fuera tan fácil! —Ahora estaba de pie, dando zancadas—. ¡Es como si todo me saliera el revés! Pensaba que tendríamos tiempo, pero ¡sólo quedan un par de días! Hay que actuar, Jared. Tengo que entrar en el estudio, aunque no hayamos probado vuestra máquina.

Él asintió. Entonces cogió en brazos al cachorro y lo arrojó al suelo, haciendo oídos sordos a su gruñido de fastidio.

—Venid a ver esto.

Junto al telescopio, el monitor parpadeó. El hombre tocó los mandos y la pantalla se llenó de vocablos en lengua Sapient de la que jamás, por mucho que ella se lo había suplicado, le había enseñado ni una palabra. Mientras el tutor iba pasando líneas, un murciélago cruzó revoloteando la habitación y se desvaneció otra vez en la noche por una ventana abierta. Claudia miró a su alrededor.

—Deberíamos ir con cuidado.

—Dentro de nada cerraré las ventanas. —Con cara ausente, Jared detuvo el texto—. Aquí. —Sus delicados dedos tocaron una tecla y apareció la traducción—. Mirad. Es un fragmento del borrador de una carta que escribió la reina y luego quemó, recuperado y copiado hace tres años por un Sapient que espiaba en palacio. Me pedisteis que buscara cualquier cosa que pudiese corroborar vuestra absurda teoría...

—No es absurda.

—Bueno, pues digamos la improbable teoría de que la muerte de Giles fuera en realidad...

—Un asesinato.

—Sospechosamente repentina. Bueno, da igual. El caso es que he encontrado esto.

Claudia estuvo a punto de apartarlo de un empujón por culpa de la impaciencia.

—¿Cómo llegó a vuestras manos?

Él enarcó una ceja.

—Secretos de los Sabios, Claudia. Digamos que un amigo de la Academia estuvo rebuscando en los archivos.

Mientras el hombre se aproximaba a las ventanas, Claudia leyó el texto con avidez.

En cuanto al acuerdo del que habíamos hablado, es una desgracia, pero los grandes cambios a menudo requieren grandes sacrificios. Hemos mantenido a G. distanciado de los demás desde la muerte de su padre; el dolor del pueblo será sentido pero efímero, y podremos contenerlo. Huelga decir que vuestra contribución puede ser de lo más valiosa para nosotros. Cuando mi hijo sea Rey, os prometo todo lo que yo...

Claudia resopló con irritación.

—¿Y ya está?

—La reina siempre ha sido muy precavida. Tenemos por lo menos a diecisiete personas infiltradas en palacio, pero las pruebas que hallamos son muy escasas. —Cerró la última contraventana y las estrellas desaparecieron—. Tardamos mucho en encontrar esto.

—¡Pero si está clarísimo! —Claudia volvió a leerlo con mucha emoción—. Me refiero a: «el dolor del pueblo será sentido»... Y «cuando mi hijo sea Rey»...

Cuando el hombre se acercó y encendió la lámpara, Claudia levantó la mirada hacia él, con unos ojos llenos de exaltación.

—Maestro, esto demuestra que la reina lo mató. Asesinó al heredero del rey, el último de los supervivientes de la dinastía Havaarna, para que su hermanastro, el hijo de la reina, pudiera ascender al trono.

Jared se quedó quieto un segundo. Después, cuando la llama se hubo estabilizado, la contempló. A Claudia se le hundió el corazón.

—No os convence...

—Pensaba que os había enseñado algo más, Claudia. Debéis ser rigurosa en vuestros razonamientos. Lo único que demuestra esto es que deseaba que su hijo fuera rey. No demuestra que hiciera nada para lograrlo.

—Pero este G...

—Podría ser cualquier persona con esa inicial. —La desilusionó sin piedad.

—¡No decís lo que pensáis! No podéis...

—Claudia, lo que importa no es lo que «yo» piense. Si hacéis una acusación de semejante calibre, necesitáis pruebas tan irrefutables que no pueda haber lugar a dudas. —El Sapient se acomodó en una butaca e hizo una mueca de dolor—. El príncipe murió de una caída del caballo. Los médicos lo certificaron. Su cuerpo estuvo expuesto a la vista de todos en el velatorio, celebrado en el Gran Salón del palacio, durante tres días. Miles de personas fueron a presentarle sus respetos. Vuestro propio padre...

—Seguro que mandó que alguien lo matara. Estaba celosa de él.

—Nunca dio muestras de algo así. Y el cuerpo fue incinerado. Ahora no hay forma de demostrarlo. —Suspiró—. ¿Es que no veis qué imagen dará esto, Claudia? Os verán como una simple niña malcriada que no está conforme con su matrimonio de conveniencia y desea inventar cualquier escándalo para librarse de él.

Claudia resopló:

—¡Me da igual! Lo que...

Él se irguió en el asiento.

—¡Silencio!

Se quedó petrificada. El cachorro de zorro estaba a cuatro patas, con las orejas de punta. El susurro de una corriente de aire se coló por debajo de la puerta.

Al instante se movieron los dos. Claudia tardó pocos segundos en llegar hasta la ventana y oscurecer el cristal; al darse la vuelta, vio los dedos de Jared sobre el panel de control de los sensores y alarmas que había instalado en la escalera. Unas lucecillas rojas parpadeaban.

—¿Qué pasa? —susurró Claudia—. ¿Qué era eso?

Él tardó un momento en contestar. Cuando lo hizo, su voz fue un murmullo:

—Había algo ahí. Minúsculo. A lo mejor un mecanismo de escucha.

El corazón de Claudia se detuvo.

—¿Mi padre?

—¿Quién sabe? A lo mejor era lord Evian. O a lo mejor Medlicote.

Se quedaron un buen rato en la penumbra, escuchando. Era una noche tranquila. A lo lejos, oyeron ladrar a un perro. También les llegaba el balido amortiguado de las ovejas en el prado, al otro lado del foso, y el ulular de un búho. Al cabo de unos minutos, un movimiento dentro de la estancia les indicó que el cachorro se había acurrucado de nuevo, dispuesto a dormir. La vela parpadeó y se apagó. En medio del silencio, Claudia dijo:

—Mañana entraré en el estudio. Si no puedo averiguar qué pasó con Giles, por lo menos me enteraré de cómo funciona Incarceron.

—Con él en casa...

—Es mi última oportunidad.

Jared se pasó los dedos largos por el pelo enmarañado.

—Claudia, ahora debéis iros. Ya hablaremos de esto mañana.

Y entonces, de improviso, todo su rostro empalideció y colocó las manos planas sobre la mesa. Se inclinó hacia delante y respiró con dificultad.

Claudia rodeó el telescopio sigilosamente.

—¿Maestro?

—Mi medicación. Por favor.

La muchacha agarró la palmatoria, volvió a encenderla y maldijo la Era por centésima vez.

—¿Dónde...? No la encuentro...

—En la caja azul. Junto al astrolabio.

Anduvo a tientas y tocó plumas, papeles, libros, la caja. Dentro había una jeringuilla fina y varias ampollas; colocó una con cuidado y se la acercó al Maestro.

—¿Queréis que...?

Él sonrió con dulzura.

—No. Me las apaño solo.

Aproximó la vela. Cuando el hombre se remangó, Claudia vio innumerables cicatrices alrededor de la vena. Se clavó la inyección con cuidado, la microaguja apenas le tocaba la piel, y una vez que hubo terminado, devolvió la jeringuilla al estuche y habló con voz más tranquila y firme.

—Gracias, Claudia. Y no pongáis cara de susto. Esta enfermedad lleva diez años matándome, y no tiene prisa. Es probable que tarde otros diez en acabar de liquidarme.

Claudia no pudo sonreír. Los momentos así la aterrorizaban. Le preguntó:

—¿Queréis que llame a alguien...?

—No, no. Me meteré en la cama y dormiré un rato. —Le dio la palmatoria y dijo—: Ahora iros, y tened cuidado al bajar las escaleras.

Claudia asintió a regañadientes y recorrió la habitación. Al llegar a la puerta, se detuvo y se dio la vuelta. Él estaba plantado de pie, como si supiese que ella iba a hacer eso. Se entretuvo en cerrar la caja, y el verde oscuro de su túnica de Sapient de cuello alto brilló con una curiosa iridiscencia.

—Maestro, esa carta... ¿Sabéis a quién iba dirigida?

Él levantó la cabeza y la miró con tristeza.

—Sí. Por eso es aún más urgente que entremos en el estudio.

La vela parpadeó cuando Claudia soltó un suspiro consternado.

—Os referís a...

—Me temo que sí, Claudia. La carta de la reina iba dirigida a vuestro padre.

Había un hombre llamado Sáfico. Su procedencia era un misterio. Hay quien dice que nació de la Cárcel, a partir del ensamblaje de sus componentes almacenados. Hay quien dice que provenía del Exterior, porque él fue el único hombre que regresó allí. Hay quien dice que en realidad no era un hombre, sino una criatura surgida de esas centellas brillantes que los lunáticos ven en sueños y llaman estrellas.

Hay quien dice que era un mentiroso y un demente.

Leyenda de Sáfico

—Tienes que comer algo.

Finn hizo un mohín dirigido a la mujer, que estaba sentada. Había apartado la cara de él a propósito y se la cubría con la capucha.

No dijo ni una palabra.

Finn tiró el plato y se sentó en el banco de madera junto a ella; se frotó los ojos cansados con las palmas de las manos. A su alrededor se oían los golpetazos y burdos repiqueteos de los Comitatus que estaban desayunando. Pasaba una hora de Lucencendida, ese momento en el que las puertas que no estaban rotas se abrían como un resorte con un crujido estruendoso al que Finn había tardado años en acostumbrarse. Miró hacia las vigas del techo y vio uno de los Ojos de la Cárcel, que los observaba con curiosidad; la lucecilla roja enfocaba hacia abajo sin parpadear.

Finn frunció el entrecejo. Nadie más prestaba atención a los Ojos, pero él los aborrecía. Se levantó y le dio la espalda al punto rojo.

—Ven conmigo —espetó—. Vamos a un sitio más tranquilo.

Empezó a caminar con brío, sin darse la vuelta para mirar si ella lo seguía. Ya no podía continuar esperando a Keiro. Éste había ido a buscar su parte del botín, porque siempre era Keiro quien se encargaba de esas cosas. Hacía tiempo que Finn había asimilado que, casi con total seguridad, su hermano de sangre le engañaba en los repartos, pero en el fondo no le importaba demasiado. Ahora, tras agachar la cabeza para pasar por debajo de un arco, apareció en la parte superior de una amplia escalinata que se curvaba con elegancia para perderse en la oscuridad.

Aquí fuera los ruidos llegaban amortiguados y producían ecos extraños en los espacios cavernosos. Unas cuantas esclavas esqueléticas pasaron corriendo a su lado, con aspecto aterrado, como siempre que uno de los Comitatus se dignaba siquiera a mirarlas. Del techo invisible colgaban gruesas cadenas pasadas por argollas, como puentes gigantes, cada uno de sus eslabones más robusto que un hombre. En algunas habían anidado arañas gigantes que recubrían el metal con la pegajosa tela de aspecto cremoso. De una crisálida colgaba medio perro disecado cabeza abajo.

Cuando se dio la vuelta, vio que ahí estaba la Maestra.

Finn dio un paso al frente y dijo en voz baja:

—Escúchame. Tenía que raptarte. No quiero hacerte daño. Es que allí arriba, en la calzada, dijiste algo. Dijiste que reconocías esto.

Se apartó la manga y le mostró la muñeca.

Ella dirigió una mirada desdeñosa al dibujo.

—Qué tonta fui al sentir pena por ti.

La rabia se apoderó de él, pero la controló.

—Necesito saberlo. No tengo ni idea de quién soy o de qué significa esta marca. No me acuerdo de nada.

Entonces sí que lo miró con atención.

—¿Eres uno de los Nacidos en la Celda?

Ese nombre lo inquietaba.

—Así los llaman.

La mujer dijo:

—Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto a ninguno.

Finn apartó la mirada. Le incomodaba hablar de sí mismo. Pero percibía el interés de ella; tal vez fuese su única oportunidad. Se sentó en el primer peldaño y notó la fría piedra descantillada bajo las manos. Perdió la mirada en la oscuridad y dijo:

—De repente me desperté. Eso fue todo. El lugar estaba oscuro y silencioso, y mi mente completamente vacía. No sabía quién era ni dónde me hallaba.

No podía hablarle del pánico, del terrorífico pánico que le obligó a gritar, que se

apoderó de él y le hizo dar golpes hasta magullarse contra las paredes de la diminuta celda sin ventilación. No podía confesarle que lloró y lloró y vomitó de aprensión; que se acurrucó en una esquina y se quedó allí temblando durante días, en un rincón de su mente, en un rincón de la celda, porque ambas cosas eran la misma, ambas estaban igual de vacías.

Tal vez ella lo adivinara, porque fue a sentarse junto a él y su vestido emitió un siseo.

—¿Cuántos años tenías?

Se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? De eso hace tres años.

—Entonces debes de tener unos quince. Bastante joven. He oído que algunos nacen trastornados, o ya ancianos. Tuviste suerte.

Un leve atisbo de comprensión. La captó a pesar del tono áspero de su voz, recordó la preocupación por él antes de la emboscada. Era una mujer que sentía empatía por otras personas. Ésa era su debilidad, y él tendría que sacarle partido. Tal como le había enseñado Keiro.

—Yo también estaba trastornado, Maestra. Y algunas veces aún lo estoy. No te imaginas cómo es no tener pasado, desconocer cómo te llamas, de dónde vienes, dónde estás, qué eres. Descubrí que iba vestido con un mono gris que tenía un nombre impreso y un número. El nombre era FINN, y el número 0087/2314. Leí esos números una y otra vez. Me los aprendí de memoria, los grabé en las piedras con objetos punzantes, me los corté en los brazos con letras que eran de sangre. Me arrastré por el suelo como un animal, sucio, con el pelo desgredado y largo. Día y noche veía luces que iban y venían. Deslizaban la comida en una bandeja por una rendija de la pared; mis desperdicios desaparecían de la misma manera. Una o dos veces hice el esfuerzo de intentar escabullirme por esa rendija, pero se cerró demasiado rápido. La mayor parte del tiempo me quedaba tumbado, en una especie de duermevela. Y cuando dormía, soñaba cosas horribles.

La Maestra lo observaba fijamente. Notó que estaba valorando qué parte de lo que le contaba podía ser cierta. Tenía unas manos fuertes y hábiles; a Finn no le cupo duda de que trabajaba mucho con ellas. Pero al mismo tiempo, llevaba las uñas pintadas de carmín. En voz baja, el muchacho dijo:

—No sé cómo te llamas.

—Da igual cómo me llamo. —Mantuvo la mirada fija—. He oído hablar de esas celdas. Los Sapiienti las llaman Vientres de Incarceron. En ellas, la Cárcel crea a nuevas personas; emergen como niños o como adultos, pero enteros, no como los medios hombres. Aunque sólo los jóvenes sobreviven. Los Hijos de Incarceron.

—Sí, algo sobrevivió. Pero no estoy seguro de que fuese yo.

Quería hablarle de las pesadillas de imágenes inconexas, de las veces en que se despertaba, incluso ahora, preso del pánico del olvido, e intentaba a toda costa recordar su nombre, dónde estaba, hasta que la respiración pausada de Keiro lo tranquilizaba. En lugar de contarle eso, dijo:

—Además, siempre estaba el Ojo. Al principio no sabía qué era, sólo lo distinguía por la noche, un puntito rojo que brillaba cerca del techo. Poco a poco me di cuenta de que estaba ahí en todo momento, llegué a imaginarme que me vigilaba, que no había escapatoria. Empecé a pensar que había un ser inteligente tras él, alguien curioso y cruel. Lo odiaba, me escabullía, me retorció con la cara contra las húmedas piedras para no verlo. No obstante, al cabo de un tiempo, me entró la manía de mirar a mi alrededor continuamente para comprobar si seguía allí. Se convirtió en una especie de alivio. Empecé a temer que desapareciera, no podía soportar el pensamiento de que pudiera abandonarme. Entonces fue cuando comencé a hablar con él.

Ni siquiera se lo había contado a Keiro. El silencio de la Maestra, su cercanía, ese olor a jabón y consuelo... Debía de haber conocido algo semejante en el pasado, porque su proximidad hacía que surgieran las palabras, difíciles de pronunciar ahora, incómodas.

—¿Has hablado alguna vez con Incarceron, Maestra? ¿En la noche más oscura, cuando todos los demás duermen? ¿Le has rezado y susurrado? ¿Le has suplicado que termine con la pesadilla del vacío? Eso es lo que hacen los Nacidos en la Celda. Porque para ellos no hay nadie más en el mundo. Incarceron «es» el mundo.

Se le quebró la voz. Procurando no mirarlo a la cara, la Maestra dijo:

—Nunca me he sentido tan sola. Tengo marido. Y tengo hijos.

Él tragó saliva, y notó cómo la rabia de la mujer penetraba en su autocompasión. A lo mejor ella también intentaba manipularlo. Se mordió el labio y se apartó el pelo de los ojos. Sabía que los tenía mojados, pero no le importó.

—Pues tienes mucha suerte, Maestra, porque yo no he tenido a nadie más que a la Cárcel, y te aseguro que la Cárcel tiene el corazón de piedra. Pero poco a poco, empecé a comprender que era enorme y que yo vivía en su interior, que yo era una criatura diminuta y perdida, que me había engullido. Yo era su hijo, e Incarceron era mi padre, más allá de toda comprensión. Y cuando lo hube asimilado, cuando estuve tan seguro de ello que me quedé mudo en medio del silencio, la puerta se abrió.

—¡Así que había una puerta! —Su voz estaba cargada de sarcasmo.

—Sí. Desde el principio. Era pequeñísima y quedaba camuflada en el muro gris. Durante mucho tiempo, horas tal vez, me limité a mirar ese rectángulo de oscuridad, por temor a lo que pudiera entrar por él, asustado por los leves sonidos y olores que me

llegaban del otro lado. Al final, auné el coraje de gatear hasta la puerta y asomar la cabeza. —Sabía que la Maestra lo miraba ahora. Entrelazó las manos y continuó con firmeza—. La única cosa que había al otro lado de la puerta era un pasillo blanco tubular e iluminado desde arriba. Discurría en línea recta en ambos sentidos, y no tenía ramificaciones, ni final. Se estrechaba eternamente en la penumbra. Me obligué a incorporarme...

—Entonces, ¿no te costó andar?

—Sí, mucho. Apenas me quedaban fuerzas.

Ella sonrió, pero sin una pizca de humor. Finn se apresuró a seguir.

—Avancé a trompicones hasta que mis piernas dejaron de sustentarme, pero el pasillo seguía siendo igual de recto e invariable que al principio. Las luces se apagaron y quedaron sólo los Ojos, que me observaban. Cuando dejaba uno de ellos atrás, encontraba otro ante mí, y eso me consolaba, porque, en mi estupidez, pensaba que Incarceron cuidaba de mí, me guiaba hacia la seguridad. Esa noche dormí en el lugar en que caí rendido. A la hora de la Lucencendida apareció de la nada un plato con un alimento blanco y pastoso por encima de mi cabeza. Lo comí y continué caminando. Me pasé dos días recorriendo aquel pasillo, hasta que llegué a la conclusión de que no me movía, sino que caminaba en el sitio, y era el pasillo el que avanzaba, pasando junto a mí a toda prisa. Pensé que estaba en una especie de cinta transportadora odiosa en la que tendría que andar eternamente. Entonces me topé contra un muro de piedra. Lo golpeé desesperado. Se abrió y caí de bruces. En plena oscuridad.

Finn permaneció callado tanto tiempo que la Maestra dijo:

—¿Y fuiste a parar aquí?

Muy a su pesar, estaba fascinada. Finn se encogió de hombros.

—Cuando recuperé el conocimiento, estaba tumbado bocarriba en una vagoneta con una pila de grano y varias docenas de ratas. Los Comitatus me habían recogido en una de sus redadas. Podrían haberme esclavizado, o haberme rebanado el cuello. El Sapient fue el que les quitó la idea. Aunque Keiro se adjudica el mérito.

Ella se echó a reír con amargura.

—No lo dudo. ¿Y nunca has intentado volver a hallar ese túnel?

—Sí lo he intentado. Pero ha sido en vano.

—Pero quedarte con estos... animales.

—No había nadie más. Y Keiro necesitaba un hermano de sangre, es imposible sobrevivir si no lo tienes. Pensó que mis... visiones... podían resultar útiles, o quizá se

diese cuenta de que era lo bastante temerario para acompañarlo. Nos hicimos un corte en la mano y mezclamos la sangre; luego gateamos juntos por debajo de un arco hecho con cadenas. Es la costumbre que tienen aquí... un vínculo sagrado. Cuidamos el uno del otro. Si uno muere, el otro tiene que vengar su muerte. No se puede romper el juramento.

La Maestra miró a su alrededor.

—Yo no habría elegido a un hermano como él. ¿Y el Sapient?

Finn se encogió de hombros.

—Cree que mis flashes de memoria son señales enviadas por Sáfico. Cree que nos ayudarán a encontrar la salida. —La mujer permaneció callada. Lentamente, Finn añadió—: Ahora ya conoces mi historia, cuéntame qué sabes sobre la marca que tengo en la piel. Dijiste algo sobre un cristal...

—Te brindé mi ayuda. —Tenía los labios apretados—. Y a cambio, me veo secuestrada y a punto de morir a manos de un matón que cree que puede almacenar las vidas de otros para vivirlas él. ¡Convertidas en anillos de plata!

—No te burles de eso —dijo Finn, incómodo—. Es peligroso.

—¿Te lo crees? —Sonaba sorprendida.

—Es cierto. Su padre vivió doscientos años...

—¡Bobadas! —Su desdén era absoluto—. Puede que su padre viviera hasta una edad avanzada, pero lo más seguro es que fuera porque siempre se quedaba con la mejor ración de comida y las mejores prendas, y porque dejaba los peligros para sus estúpidos seguidores. Como tú. —Se dio la vuelta y lo miró a la cara—. Jugaste con mi compasión. Y sigues haciéndolo.

—No es verdad. Arriesgué mi vida para salvarte. Ya lo viste.

La Maestra sacudió la cabeza con los labios fruncidos. Entonces lo agarró del brazo y, antes de que él pudiera apartarse, le remangó la harapienta camisa.

La piel sucia tenía magulladuras, pero ninguna cicatriz.

—¿Qué pasó con los cortes que te hiciste en la celda?

—Se me curaron —se limitó a contestar él.

Ella le soltó la manga con repugnancia y le dio la espalda.

—¿Qué ocurrirá conmigo?

—Jormanric enviará a un mensajero a tu pueblo. La recompensa será tu peso en tesoros.

—Y ¿si no lo pagan?

—Claro que lo pagarán.

—Ya, pero ¿y si «no» lo pagan? —Lo miró—. Entonces, ¿qué?

Apenado, Finn se encogió de hombros.

—Terminarás convertida en esclava. Trabajarás en la mina, o fabricarás armas. Es peligroso. Y reciben poca comida. Los hace trabajar hasta que desfallecen.

Ella asintió. Fijó la mirada en la vacua oscuridad de la escalera, respiró hondo y vio una neblina formada entre el aire frío. Entonces dijo:

—En ese caso, hagamos un trato. Yo les mando que traigan el cristal y tú me liberas. Esta noche.

A Finn le dio un vuelco el corazón. Pero dijo:

—No es tan fácil...

—Sí que es tan fácil. De lo contrario, no te daré nada, Finn el Nacido en la Celda. Nada. Jamás.

Se volvió y sus ojos oscuros lo miraron con fijeza.

—Soy la Maestra de mi pueblo y nunca me someteré a la Escoria.

Era valiente, pensó Finn, pero ignoraba cómo funcionaban las cosas. En menos de una hora, Jormanric podía lograr que la Maestra se pusiera a gritar, dispuesta a darle todo lo que él deseara. Finn lo había visto demasiadas veces, pero aún le revolvió el estómago.

—Tendrán que traerlo junto con el rescate.

—No quiero que «tengan» que hacer nada. Quiero que me devuelvas al lugar en que me encontraste, hoy mismo, antes de la hora de cierre. Cuando lleguemos allí...

—No puedo. —Finn se levantó abruptamente. Detrás de ellos el ruido de la campana hizo que una bandada de las palomas cubiertas de hollín que infestaban la Guarida aletearan nerviosas y se escondieran en la oscuridad—. ¡Me despellejarán vivo!

—Es tu problema. —La Maestra sonrió con amargura—. Seguro que puedes inventarte algún cuento. Eres un experto.

—Lo que te he contado es verdad.

De pronto, sintió la necesidad de que lo creyera.

La Maestra acercó la cara a él y sus ojos destilaban furia.

—¿Cómo ese embuste que me contaste durante la emboscada?

Finn le devolvió la mirada. Y después bajó los ojos.

—No puedo liberarte sin más. Pero te juro que, si me traes ese cristal, volverás sana y salva a tu casa.

Un silencio gélido se prolongó durante unos segundos. Luego la Maestra le dio la espalda y se arropó el cuerpo con los brazos. Finn sabía que estaba a punto de contárselo. Su voz sonó lúgubre:

—De acuerdo. Hace un tiempo, mi pueblo entró a la fuerza en un salón desierto. Lo habían tapiado con ladrillos desde el interior, tal vez llevara siglos así. El aire estaba viciado. Cuando nos introdujimos a hurtadillas, descubrimos unas cuantas prendas convertidas en polvo, algunas joyas y el esqueleto de un hombre.

—¿Y? —Finn aguardaba impaciente.

Ella lo miró de soslayo.

—En la mano llevaba un pequeño artefacto de cristal o de un vidrio pesado. Dentro tenía el holograma de un águila con las alas extendidas. En una garra sujetaba una esfera. Alrededor del cuello, igual que la tuya, el águila llevaba una corona.

Finn se quedó sin habla un momento. Antes de que pudiera recuperar el aliento, la Maestra añadió:

—Tienes que jurarme que estaré a salvo.

Finn tenía ganas de agarrarla de la mano y huir con ella, en ese mismo instante, llegar al pozo y subir, subir y subir hasta la calzada. Pero en lugar de eso, dijo:

—Tienen que pagar el rescate. Ahora no podemos hacer nada... Si lo intentáramos, nos matarían a los dos. Y a Keiro también.

La Maestra asintió con fatiga.

—Tendrán que entregar todo lo que poseemos para igualar mi peso en riquezas.

Él tragó saliva.

—Entonces te juro, por mi vida y por la vida de Keiro, que si lo hacen, no te ocurrirá nada malo. Yo me aseguraré de que el intercambio sea honrado. Es todo lo que puedo hacer.

La Maestra se irguió.

—Si alguna vez fuiste uno de los Nacidos en la Celda —susurró— no has tardado mucho en convertirte en Escoria. Y aquí estás tan preso como yo.

Sin esperar la respuesta de Finn, se volvió para perderse en la Guarida. Lentamente, Finn se frotó la nuca con una mano y notó la humedad del sudor. Se dio cuenta de que todo su cuerpo era una maraña de nervios y tensión; se obligó a respirar poco a poco. Entonces se quedó de piedra.

Había una silueta oscura sentada diez peldaños por debajo de él, en la oscura escalinata, apoyada contra la balaustrada.

Finn frunció el entrecejo.

—¿Es que no confías en mí?

—Eres un niño, Finn. Un inocente. —Keiro hizo girar una moneda de oro entre los dedos, pensativo. Luego dijo—: No vuelvas a jurar por mi vida.

—No quería...

—¿Ah no? —Con un ímpetu repentino, su hermano de sangre se puso de pie, subió de dos en dos los escalones y se plantó cara a cara frente a él—. Muy bien. Pero recuerda esto: tú y yo estamos unidos por un juramento. Si Jormanric se entera de que intentas tomarle el pelo, ambos terminaremos convertidos en los dos preciosos anillos que le faltan. Pero no tengo intención de morir, Finn. Y me lo debes. Yo te traje a este ejército, cuando tenías la cabeza hueca y estabas muerto de miedo. —Se encogió de hombros—. A veces me pregunto por qué me tomé la molestia...

Finn tragó saliva.

—Te tomaste la molestia porque nadie más aguantaría tu orgullo, tu arrogancia y tus artes para el robo. Te tomaste la molestia porque viste que podía ser tan atrevido como tú. Y cuando sustituyas a Jormanric, me necesitarás a tu lado.

Keiro enarcó una ceja con sarcasmo.

—¿Qué te hace pensar...?

—Un día u otro lo harás. Puede que pronto. Así que ayúdame esta vez, hermano, y yo te ayudaré a ti. —Frunció el entrecejo—. Por favor. Significa mucho para mí.

—Estás obsesionado con esa tontería de que viniste del Exterior.

—No es una tontería. Para mí, no.

—Tú y ese Sapien. Vaya par de lunáticos. —Como Finn no contestó, Keiro soltó una risa severa—. Naciste en Incarceron, Finn. Acéptalo. Nadie viene del Exterior. ¡Nadie escapa! Incarceron está sellado. Todos nacimos aquí, y aquí es donde moriremos. Tu madre te abandonó y por eso no te acuerdas de ella. La cicatriz del pájaro no es más que una marca tribal. Olvídate ya.

No lo haría. No podía. Dijo testarudo:

—No nací aquí. No me acuerdo de cuando era niño, pero un día lo fui. No me acuerdo de cómo llegué aquí, pero no surgí de un vientre artificial de cables y productos químicos. Y esto —alzó la muñeca— lo demostraré.

Keiro se encogió de hombros.

—Algunas veces pienso que aún te falta un tornillo.

Finn hizo una mueca. Después subió otra vez la escalera.

Al llegar arriba, tuvo que sortear un bulto acurrucado en la oscuridad. Parecía el perro esclavo de Jormanric, que estiraba cuanto podía la cadena que llevaba al cuello para agarrar un cuenco con agua que algún bromista había dejado justo fuera de su alcance. Finn dio una patada al cuenco para acercarlo un poco y siguió avanzando a grandes zancadas.

La cadena del esclavo tintineó.

Entre la maraña de pelo, sus ojillos observaron cómo se alejaba.

Desde un principio se estableció que el Guardián fuera el único que conociese la ubicación de Incarceron. Todos los delincuentes, indeseables, extremistas políticos, degenerados y lunáticos serían trasladados allí. Se sellaría la Puerta y daría comienzo el Experimento. Era primordial que nada perturbara el delicado equilibrio de la programación de Incarceron, que proporcionaría todo lo necesario (educación, dieta equilibrada, bienestar espiritual y trabajo útil) para crear un paraíso.

Desde entonces han transcurrido ciento cincuenta años. El Guardián asegura que los progresos son excelentes.

Archivos de la Corte, 4302/6

—¡Estaba delicioso! —Lord Evian se limpió los gruesos labios con una servilleta blanca—. Tenéis que darme la receta sin falta, querida.

Claudia dejó de repiquetear con las uñas en el mantel y sonrió de oreja a oreja.

—Pediré que os la escriban, mi lord.

Su padre la observaba desde la presidencia de la mesa, con las migajas de su parco desayuno (dos panecillos secos) acumuladas en un ordenado montoncito sobre el plato. Igual que su hija, había terminado de desayunar hacía por lo menos media hora, pero escondía su impaciencia con un control férreo. Eso, si es que estaba impaciente. Claudia ni siquiera estaba segura.

En ese momento dijo:

—Su Señoría y yo iremos a montar a caballo esta mañana, Claudia, y tomaremos un almuerzo ligero a la una en punto. Después continuaremos con las negociaciones.

«Sobre mi futuro», pensó ella, pero se limitó a asentir con la cabeza. Se percató de la consternación del gordo caballero. No podía ser tan tonto como parecía, o la reina no lo habría enviado en representación suya y, por mucho que se empeñaba en disimularlo, unos cuantos comentarios sagaces se le habían escapado de los labios. De todas formas, no tenía aspecto de ser buen jinete.

El Guardián era consciente de eso. Su padre tenía un humor muy negro.

Cuando Claudia se puso de pie, él también se levantó, exageradamente educado, y sacó el relojito de oro que llevaba en el bolsillo. El artilugio resplandeció. Era hermoso, de una precisión digital, y totalmente ajeno a la Era. Esa era su excentricidad particular: el reloj y la cadena, así como el diminuto dado de plata que colgaba de él. El Guardián dijo:

—Creo que deberías tocar la campana, Claudia. Me temo que ya te hemos entretenido bastante y tus clases se van a retrasar.

Claudia se acercó rápidamente a la borla verde que pendía junto al hogaril, mientras, sin levantar la cabeza, su padre añadía:

—Hace un rato he hablado con el Maestro Jared en el jardín. Estaba muy pálido. ¿Qué tal su salud?

A Claudia se le congelaron los dedos durante una fracción de segundo y no pudo tocar la campana. Entonces tiró con fuerza de la borla.

—Está bien, señor. Muy bien.

El Guardián apartó el reloj.

—He estado dándole vueltas a una cosa. Después de la boda ya no necesitarás un tutor, y además, en la Corte ya tienen varios Sapiienti. Creo que podríamos dejar que Jared regresara a la Academia.

La muchacha sintió ganas de mirarlo a la cara con terror a través de un espejo tintado, pero eso habría sido lo que él esperaba. Así que mantuvo la expresión alegre y se dio la vuelta con despreocupación.

—Como deseéis. Aunque, por supuesto, lo echaría de menos. Y estamos inmersos en un fascinante estudio de los reyes Havaarna. Él sabe todo lo que hay que saber sobre la saga.

Sus ojos negros la escudriñaron con interés.

Si Claudia añadía una palabra más no podría seguir escondiendo su aflicción, y eso lo haría decidirse. Una paloma revoloteó junto a la fachada. Lord Evian se levantó con un crujido.

—Guardián, sabed que, si lo hacéis, os aseguro que otra familia se lo adjudicará al instante. Jared Sapiens es famoso por todo el Reino. Podría pedir lo que quisiera. Poeta, filósofo, inventor, genio. Deberíais quedaros con él, señor.

Claudia sonrió complacida para indicar que estaba de acuerdo, pero por dentro se sintió perpleja. Era como si aquel hombre seboso del traje de seda azul supiera que ella no podía decidir por sí misma. Le devolvió la sonrisa con unos ojillos centelleantes.

El Guardián apretó los labios.

—Seguro que tenéis razón. ¿Nos vamos, mi lord?

Claudia les dedicó una reverencia. Su padre siguió a Evian y, cuando se dio la vuelta para cerrar la puerta de doble hoja, la miró a los ojos. Al instante, las puertas se cerraron herméticamente.

Claudia suspiró aliviada. «Igual que un gato que mira a un ratón», pensó. Pero lo único que dijo fue:

—Ahora, por favor.

Al segundo, el panel de la pared se deslizó; criadas y sirvientes entraron a la carrera y empezaron a recoger tazas, platos, candelabros, centros de mesa, vasos, servilletas, fuentes, cuencos de fruta. Las ventanas se abrieron de par en par y las velas agotadas volvieron a encenderse; el fuego abrasador en el hogar lleno de troncos se desvaneció sin dejar ni una muestra de madera calcinada. La ceniza se evaporó; las cortinas cambiaron de color. El aire se endulzó con un popurrí floral.

Mientras los dejaba inmersos en esa actividad, Claudia salió a toda prisa. Cruzó el distribuidor sujetándose decorosamente los faldones, después subió a la carrera la escalinata curvada de madera de roble y agachó la cabeza para atravesar la puerta oculta que había en el rellano, con lo que pasó en un abrir y cerrar de ojos de los lujos ampulosos del castillo a los fríos pasillos grises de las dependencias de los sirvientes; a las paredes desnudas y ensambladas con cables y alambres y generadores eléctricos, plagadas de pantallitas de cámara y de escáneres de sonido.

En la parte posterior, la escalera era de piedra; Claudia subió corriendo y abrió la puerta acolchada, que la devolvió al pasillo lujoso y perfectamente acorde con la Era.

Dos pasos más la condujeron a su dormitorio.

Las sirvientas ya lo habían limpiado. Aseguró con doble cerrojo la puerta, puso en marcha todos los sistemas de seguridad y se acercó a la ventana.

Los prados, verdes y lisos, lucían muy hermosos con el sol otoñal. El hijo del jardinero, Job, merodeaba de aquí para allá con un saco y un palo acabado en punta, para eliminar las hojas caídas. Desde la ventana Claudia no distinguía el diminuto implante musical que llevaba en el oído, pero sus movimientos veloces y sus giros repentinos la hicieron sonreír. Aunque si el Guardián lo veía, lo despediría.

Se dio la vuelta, abrió el cajón del tocador, sacó el minicomunicador y lo activó. El aparato parpadeó y le mostró una imagen distorsionada de su propia cara, grotesca en aquel cristal curvado. Sorprendida, dijo:

—¿Maestro?

Una sombra. Aparecieron dos dedos inmensos y un pulgar que levantaron la funda del alambique. Entonces Jared se sentó delante del receptor oculto.

—Aquí estoy, Claudia.

—¿Está todo listo? Saldrán a montar a caballo dentro de unos minutos.

El rostro del Maestro se ensombreció.

—Estoy preocupado. Puede que el disco no funcione. Necesitamos hacer comprobaciones...

—¡No hay tiempo! Voy a entrar hoy. Ahora mismo.

Él suspiró. Claudia sabía que quería llevarle la contraria, pero a pesar de todas las precauciones, era posible que alguien los estuviera espionando, así que era peligroso desvelar demasiado. Así pues, en lugar de hablar claro, dijo:

—Por favor, tened cuidado.

—Tal como me enseñasteis, Maestro.

Por un breve instante pensó en la amenaza que el Guardián había hecho contra él, pero no era el momento.

—Me voy —dijo Claudia, y cortó la comunicación.

Su habitación estaba amueblada en madera de caoba oscura; la cama de cuatro columnas tenía un dosel de terciopelo rojo, con el escudo bordado del cisne negro cantando. Detrás de la cama había lo que parecía un pequeño armario ropero empotrado, pero cuando atravesó la ilusión óptica, entró en lo que era en realidad un cuarto de baño en suite con todos los lujos posibles; incluso el estricto Protocolo del Guardián tenía sus límites. Cuando se puso de pie encima del inodoro y asomó la cabeza por la estrecha ventana, las motas de polvo iluminadas por el sol bailaron a su alrededor.

Desde allí veía el patio de armas. Habían ensillado tres caballos; su padre estaba de pie junto a uno de ellos, con ambas manos enfundadas en los guantes y apoyadas sobre las riendas. Con alivio descubrió que su secretario, el moreno vigilante llamado Medlicote, estaba montándose en la yegua gris. Detrás de ellos, dos sudorosos mozos de cuadra ayudaban a lord Evian a encabalgarse. Claudia se preguntó qué parte de esa extraña comedia era fingida, y si el hombre estaba preparado para montar en un caballo de verdad en lugar de en un cibercorcel. Evian y su padre jugaban a un refinado y peligroso juego de modales e insultos, de irritación y etiqueta. A Claudia le aburría, pero así eran las cosas en la Corte.

Pensar que el resto de su vida sería así le provocaba escalofríos.

Para huir de aquella sensación, bajó de un salto y se quitó el recargado vestido. Debajo llevaba un mono oscuro. Se miró un segundo en el espejo. La ropa te transforma. Hace mucho tiempo, el rey Endor ya se había dado cuenta. Por eso había detenido el Tiempo y había aprisionado a todo el mundo con jubones y vestidos con miriñaque, los había constreñido mediante la conformidad y la rigidez formal.

Ahora Claudia se sentía ligera y libre. Incluso peligrosa. Volvió a subir para mirar por la ventana.

Justo entonces salían a caballo por la puerta del castillo. Su padre se detuvo y miró hacia la torre de Jared. Ella sonrió en secreto. Sabía lo que podía ver.

Podía verla a ella.

Jared había perfeccionado la imagen por holograma durante sus largas noches de insomnio. Cuando se la había mostrado a la propia Claudia, sentada, hablando, riendo, leyendo junto al alféizar de la ventana de la torre soleada, la muchacha se había sentido fascinada y abrumada a la vez.

—¡No soy yo!

Él había sonreído en silencio.

—A nadie le gusta verse desde fuera.

Claudia había visto a una criatura petulante y altanera, con el rostro convertido en una máscara de compostura, todas sus acciones medidas, todos sus comentarios ensayados. Con aire superior y burlón.

—¿Así es como soy «en realidad»?

Jared se había encogido de hombros.

—Es una imagen, Claudia. Digamos que es una de las maneras en que podéis mostraros.

En ese momento saltó de nuevo al suelo y volvió corriendo al dormitorio, desde donde observó cómo los caballos trotaban con elegancia por las extensiones de césped recién cortado. Evian iba hablando, su padre permanecía callado. Job había desaparecido y el cielo azul estaba moteado por alguna nube alta.

Tardarían por lo menos una hora en regresar.

Sacó el pequeño disco que llevaba en el bolsillo, lo lanzó al aire, lo atrapó y lo

volvió a guardar. Entonces abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza.

La Extensa Galería recorría toda la casa. Estaba forrada de roble y abarrotada de retratos, libros guardados en vitrinas, jarrones azules sobre peanas. Sobre cada puerta, el busto de un emperador romano miraba muy serio por encima del hombro desde su pedestal. Más abajo, al fondo, la luz del sol proyectaba unos rombos sesgados que resplandecían sobre la pared, y una armadura protegía la parte superior de la escalera, como un fantasma rígido.

Subió un peldaño y los escalones crujieron. Las maderas eran viejas y Claudia hizo un mohín, pues sabía que no podría evitar que siguieran crujendo. Tampoco podía hacer nada contra los bustos, pero por lo menos, mientras pasaba por delante de los cuadros, fue tocando los botones de los marcos para oscurecerlos. Al fin y al cabo, estaba casi segura de que algunos de ellos escondían cámaras. Sujetaba delicadamente el disco en una mano; sólo una vez emitió un discreto pitido de advertencia, y Claudia ya sabía a qué se debía: un entramado de líneas difusas que había delante de la puerta del estudio y que le resultaron fáciles de disolver.

Claudia volvió a mirar hacia el pasillo. A lo lejos, en otro extremo del castillo, se golpeó una puerta, un sirviente gritó. Aquí arriba, en el lujo amortiguado del pasado, el aire tenía fragancias de enebro y romero, y bolas de crujiente lavanda aromatizaban el armario de la colada.

La puerta del estudio estaba oculta entre las sombras. Era negra y parecía de ébano; una plancha lisa, salvo por el cisne. Imponente y malévolo, el pájaro la miró a los ojos, con el cuello estirado y las alas extendidas, como si la desafiara con desdén. Sus ojillos brillaban igual que dos diamantes, o dos ópalos negros.

Lo más probable es que fueran mirillas ocultas, pensó Claudia.

Tensa, levantó el disco de Jared y lo pegó con cuidado a la puerta; el objeto se agarró al panel con un leve clic metálico.

El aparato emitió un zumbido. De él salió un ligero gemido, que cambiaba de tono y volumen con frecuencia, como si buscara la intrincada combinación de la cerradura arriba y abajo, por todas las escalas del sonido. Jared le había dado pacientes explicaciones acerca de cómo funcionaba el artilugio, pero Claudia no había prestado demasiada atención.

Nerviosa, jugueteó con los dedos. Y entonces se quedó petrificada.

Unos pasos subían la escalera con un golpeteo suave. Tal vez fuera una de las doncellas, a pesar de las órdenes dadas. Claudia se escondió en el hueco de la puerta, maldijo en silencio y apenas respiró.

Justo por detrás de su oreja, el disco emitió un chasquido suave y satisfecho.

Al instante se dio la vuelta, abrió la puerta y se coló dentro, sacando un brazo con rapidez para despegar el disco.

Para cuando la sirvienta llegó apresurada con la pila de ropa de cama, la puerta del estudio estaba ensombrecida y tan herméticamente cerrada como siempre.

Poco a poco, Claudia retiró el ojo de la mirilla del cisne y respiró aliviada. Después se quedó agarrotada, con los hombros rígidos por la tensión. Una mezcla de curiosidad y terror la embargó. Estaba convencida de que la habitación que tenía detrás no estaba vacía, sino que su padre se hallaría de pie a su espalda, al alcance de la mano, con su amarga sonrisa. Pensó que el jinete que había visto marcharse había sido su propio holograma, que la había engañado, adivinando sus intenciones como siempre hacía.

Se obligó a darse la vuelta.

La habitación sí estaba vacía. Pero no era como ella esperaba.

Para empezar, era inmensa.

No se parecía en nada a las estancias de la Era.

¡Y estaba inclinada!

Por lo menos, fue eso lo que pensó Claudia durante un momento, porque los primeros pasos que dio al adentrarse en ella fueron inusitadamente inestables, como si el suelo resbalara, o como si la perspectiva de las paredes grises y desnudas produjera ángulos extraños. Algo se difuminó y luego se enfocó; entonces, la habitación pareció ir allanándose poco a poco, se normalizó, salvo por el calor y el leve olor dulzón y un zumbido grave que no lograba identificar.

El techo era alto y abovedado. Unos pulcros dispositivos plateados abarrotaban las paredes, cada uno de ellos con lucecillas rojas parpadeantes. Una lámpara estrecha iluminaba apenas la zona que quedaba justo debajo y desvelaba un escritorio solitario con una silla metálica meticulosamente alineada.

El resto de la sala estaba vacía. Lo único que mancillaba el suelo perfecto era una pequeña manchita negra. Se agachó para examinarla. Un resto de metal, que se habría desprendido de algún mecanismo.

Abrumada, y sin estar del todo segura de hallarse sola, Claudia paseó la mirada por la habitación. ¿Había ventanas? Tenía que haber dos ventanales con contraventanas. Con frecuencia, Claudia se había planteado trepar por la enredadera de hiedra para colarse por uno de ellos. Desde fuera, la estancia parecía normal. Y no esta humilde caja inclinada demasiado grande para el espacio que ocupaba.

Dio un paso al frente mientras agarraba con fuerza el disco de Jared, pero el

mecanismo no detectó ningún peligro. Cuando llegó hasta el escritorio, tocó la superficie lisa y sin muescas y en ese momento surgió en silencio una pantalla sin mandos que ella pudiera ver. Buscó por la mesa pero no encontró ningún botón, así que supuso que se activaba con la voz.

—Enciéndete —dijo en voz baja.

No pasó nada.

—Venga. Enciéndete. Ábrete. Arranca.

La pantalla continuó fundida en negro. La habitación era lo único que murmuraba.

Seguro que tenía una contraseña. Se inclinó hacia delante, colocó ambas manos en el escritorio. Sólo se le ocurría una palabra, así que la dijo:

—Incarceron.

Ni rastro de imagen. Sin embargo, debajo de los dedos de su mano izquierda uno de los cajones se abrió lentamente.

Dentro de él, en un lecho de terciopelo negro, vio una llave solitaria. Era muy elaborada, una retorcida malla de cristal. Grabada en el corazón de la llave había un águila con corona; la insignia real de la dinastía Havaarna. Se inclinó para mirarla de cerca y observó sus caras afiladas, que resplandecían con mucha fuerza. ¿Estaba hecha de diamante? ¿O de cristal? Atraída por su pesada belleza, se acercó tanto a la llave que su respiración empañó la frialdad del objeto y su sombra impidió el paso de la luz de la lámpara que tenía encima de la cabeza, de modo que los brillos de arco iris desaparecieron. ¿Sería la llave que abría Incarceron? Le entraron ganas de cogerla. No obstante, antes de hacerlo pasó cuidadosamente el disco de Jared por la superficie.

Nada.

Miró una vez a su alrededor. Reinaba la quietud.

Así pues, levantó la llave.

La habitación estalló. Las alarmas aullaron; unos rayos láser dispararon hacia el techo desde el suelo, aprisionándola en una jaula de luz roja. Una reja metálica cubrió la puerta; unos focos escondidos se encendieron y Claudia se quedó petrificada en un ataque de pánico, con el corazón golpeándole el pecho, y en ese instante el disco la sacudió con un pinchazo de ardiente dolor en el dedo pulgar para que le prestara atención.

Bajó la mirada hacia el dispositivo. El mensaje de Jared sonó entrecortado por el terror.

—¡El Guardián ha vuelto! ¡Salid, Claudia! ¡Salid!

En una ocasión, Sáfico llegó al final de un túnel y bajó la mirada hacia una amplia caverna. El suelo era una piscina contaminada con veneno. Unos tallos corrosivos ascendían desde él. Por toda la oscuridad se extendía un alambre en tensión, y en el extremo más alejado, se veía una puerta, con luz al otro lado.

Los moradores del Ala intentaron disuadirlo:

—Muchos han caído —le decían—. Sus huesos se han podrido en el lago negro. ¿Por qué iba a ser diferente en vuestro caso?

Él respondió:

—Porque tengo sueños, y en esos sueños veo las estrellas.

Entonces se abalanzó sobre el alambre y empezó a avanzar. Repetidas veces se detuvo, o se quedó colgando presa del dolor. Repetidas veces le instaron a que regresara. Al final, al cabo de varias horas, llegó al otro lado, y vieron cómo se tambaleaba y desaparecía por la puerta.

El tal Sáfico era moreno y esbelto. Tenía el pelo liso y largo. Nadie conoce su verdadero nombre.

Andanzas de Sáfico

Gildas repitió con irritación:

—Te lo he dicho mil veces. El Exterior sí existe. Sáfico encontró la manera de salir. Pero nadie puede entrar. Ni siquiera tú.

—Tú qué sabes...

El anciano soltó una carcajada que hizo temblar el suelo. La jaula metálica pendía en lo alto de la cueva, y apenas era lo bastante grande para que ambos cupieran dentro acuciados. De ella colgaban libros con cadenas, instrumentos quirúrgicos, una bamboleante cascada de cajas de latón plagadas de especímenes purulentos. Estaba forrada con colchones viejos de los que salían briznas de paja que caían como una nieve irritante sobre las hogueras en las que cocinaban distintos alimentos en grandes cacerolas. Una

mujer alzó la mirada para gritar con exasperación. Entonces vio a Finn y se quedó callada.

—Lo sé, insensato, porque lo han escrito los Sapienti. —Gildas se calzó una bota—. La Cárcel se construyó para contener a la Escoria de la humanidad; para encerrarlos bajo llave, para exiliarlos de la tierra. Eso ocurrió hace siglos, en los tiempos de Martor, en la época en que la Cárcel hablaba con los hombres. Setenta Sapienti se prestaron voluntarios para entrar en la Cárcel y dirigir a sus internos, y tras ellos, la entrada se selló para siempre. Les transmitieron su sabiduría a sus sucesores. Hasta los niños lo saben.

Finn frotó la empuñadura de la espada. Estaba cansado y resentido.

—Desde entonces no ha entrado nadie más. También sabemos que existen los Vientres, pero desconocemos dónde están. Incarceron es muy eficaz; fue diseñado para ser así. No desperdicia la materia inerte, sino que lo recicla todo. En esas celdas engendra nuevos internos. Puede que también cree animales.

—Pero yo recuerdo cosas... fragmentos de cosas.

Finn se agarró de los barrotes de la celda como si quisiera aferrarse a esa creencia. Observó a Keiro, que cruzó la cueva, muy por debajo de ellos, con los brazos alrededor de dos chicas risueñas.

La mirada de Gildas siguió la suya.

—No es verdad. Sueñas los misterios de Incarceron. Tus visiones nos mostrarán cómo Escapar.

—No. Son «recuerdos».

El anciano parecía nervioso.

—¿Qué es lo que recuerdas?

Finn estaba confuso.

—Bueno..., una tarta. Con bolas plateadas y siete velas. Había gente. Y música... mucha música.

No se había percatado de ese detalle hasta ahora. Se sintió curiosamente complacido, hasta que miró a los ojos al anciano.

—Una tarta. Supongo que eso podría ser un símbolo. El número siete es importante. Los Sapienti lo denominan el símbolo de Sáfico, por la ocasión en que se encontró con el Escarabajo renegado.

—¡Estuve allí!

—Todos tenemos recuerdos, Finn. Lo que importa son tus profecías. Las visiones que descienden sobre ti son el gran don de los Visionarios, lo que los hace especiales. Son únicos. Todo el mundo lo sabe, tanto los esclavos como los guerreros, incluso Jormanric. Así es como te ven los demás. Algunas veces te tienen miedo.

Finn se quedó callado. Odiaba esos arrebatos. Llegaban de improviso, con un mareo confuso y unos desvanecimientos que lo aterrorizaban, y las insistentes e infatigables preguntas de Gildas que seguían a cada uno de ellos lo dejaban tembloroso y sin fuerzas.

—Algún día me moriré por culpa de un ataque —dijo en voz baja.

—Es cierto que pocos Nacidos en la Celda viven hasta la vejez —la voz de Gildas sonó seria, aunque desvió la mirada. Mientras se abrochaba el ornamentado collar por encima de la túnica verde, murmuró—: El pasado ya no existe; fuera lo que fuese, ya no importa. Quítatelo de la cabeza o te volverá loco.

Finn preguntó:

—¿A cuántos Nacidos en la Celda has conocido además de a mí?

—A tres. —Gildas se mesó la punta trenzada de la barba con gran irritación. Hizo una pausa—. Sois seres extraños. Hasta que te conocí a ti, me pasé la vida buscándolos. El primero que conocí fue un hombre que, según los rumores, había nacido en la celda y que pedía limosna en la puerta del Salón de los Leprosos. Sin embargo, cuando por fin conseguí convencerlo para que hablara conmigo, me di cuenta de que había perdido la chaveta; balbuceaba tonterías sobre un huevo que hablaba, un gato que se desvanecía dejando sólo una sonrisa. Años después, tras muchas habladurías, conocí a otra persona Nacida en la Celda, una trabajadora de los Cívicos, en el Ala de Hielo. Tenía un aspecto bastante normal; intenté persuadirla para que me hablara de sus visiones. Pero se negó en rotundo. Un día me enteré de que se había ahorcado.

Finn tragó saliva.

—¿Por qué?

—Me dijeron que había empezado a convencerse de que la seguía un niño, un niño invisible que se aferraba a sus faldones y la llamaba, que la despertaba por las noches. Su voz la atormentaba. Y no conseguía que se callara.

Finn se estremeció. Sabía que Gildas lo observaba. El Sapient dijo con brusquedad:

—Encontrarte a ti aquí fue una oportunidad entre un millón, Finn. Tú eres el único que puede dirigir mi Huida.

—Yo no puedo...

—Sí que puedes. Eres mi profeta, Finn. Mi vínculo con Incarceron. Dentro de poco me traerás la visión que llevo esperando toda la vida, la señal de que ha llegado mi hora, de que debo seguir a Sáfico y buscar en el Exterior. Todo Sapient emprende ese viaje. Ninguno ha logrado su propósito, pero es que ninguno tenía a un Nacido en la Celda para guiarlo.

Finn sacudió la cabeza. Llevaba años oyéndole decir eso, y todavía lo asustaba. El anciano estaba obsesionado con Escapar, pero ¿cómo iba a ayudarlo Finn? ¿Cómo podían los flashes de memoria y las lagunas de inconsciencia que lo asfixiaban y le ponían la piel de gallina ayudar a alguien?

Gildas lo apartó de un empujón y agarró la escalera metálica.

—No hablas con nadie de esto. Ni siquiera con Keiro.

Descendió la escalera y sus ojos se pusieron a la altura de los pies de Finn antes de que el joven pudiera murmurar:

—Jormanric nunca te dejará marcharte sin más.

Gildas lo miró por entre los travesaños.

—Yo voy adonde quiero.

—Él te necesita. Gobierna el Ala gracias a ti. En solitario, él...

—Se las arreglará. Se le da bien la violencia y la intimidación. —Gildas bajó un peldaño más y se irguió, con la menuda cara marchita pero iluminada con una alegría repentina—. ¿Te imaginas cómo será, Finn, un día, abrir una trampilla y salir trepando de la oscuridad, salir de Incarceron? ¿Ver las estrellas? ¡Ver el sol!

Finn permaneció un instante callado; después descendió colgándose de una cuerda y adelantó al Sapient.

—Yo ya lo he visto.

Gildas se rio con amargura.

—Sólo en visiones, insensato. Sólo en sueños.

Zigzagueó con sorprendente agilidad para bajar la diagonal de escaleras de mano entrelazadas. Finn también siguió bajando pero más despacio, pues la fricción de la cuerda le calentaba las manos a pesar de los guantes.

«Escapar».

Esa palabra lo aguijoneaba como una abeja, era un filo que le perforaba la mente, un anhelo que le prometía todo y no significaba nada. Los Sapienti enseñaban que una vez Sáfico encontró la forma de salir y escapó. Finn no sabía si creérselo o no. Las historias sobre Sáfico se magnificaban con cada uno de los narradores; cada cuentacuentos itinerante y cada poeta conocían un relato nuevo. Si un solo hombre hubiese vivido todas esas aventuras, si hubiese burlado a todos esos Señores del Ala, si hubiese emprendido ese viaje épico a través de las Mil Alas de Incarceron, tendría que haber vivido varias generaciones. Se decía que la Cárcel era inmensa, e inabarcable, un laberinto de pabellones y escaleras y cuevas y torres sin número. O eso enseñaban los Sapienti.

Tocó el suelo con los pies. En cuanto vislumbró la iridiscencia verde como una serpiente de la túnica de Gildas, que se apresuraba a salir de la Guarida, Finn corrió tras él, asegurándose antes de llevar el florete envainado y sus dos dagas colgando del cinturón.

El cristal de la Maestra era lo que más le preocupaba en esos momentos. Y llegar hasta él no sería fácil.

El Abismo de los Rescates estaba a sólo tres pabellones de allí, y Finn fue cruzando los oscuros espacios vacíos rápidamente pero muy atento, para protegerse de las arañas y de los halcones nocturnos endémicos, que descendían en picado desde las altísimas vigas del techo. Daba la impresión de que todos se habían congregado ya. Oyó a los Comitatus antes de pasar por el último arco; gritaban y lanzaban insultos desde el otro lado del abismo, y su desdén se ampliaba con el eco que reproducían los lisos muros de la estancia, por los que era imposible trepar.

En el extremo más alejado, los Cívicos esperaban en una fila de sombras.

El Abismo era una grieta irregular que surcaba el suelo, una escarpada cara de obsidiana negra. Si se tiraba una piedra hacia él, jamás se oía el sonido de la piedra al aterrizar. Los Comitatus consideraban que no tenía fondo; algunos llegaban a decir que si alguien caía en sus profundidades, caía directamente a través de Incarceron hasta llegar al corazón líquido de la tierra, y era evidente que de la grieta emanaba calor, un miasma que hacía que el aire temblequease. En el centro, desprendida por la especie de movimiento sísmico de la Cárcel que había creado el abismo, se elevaba una roca fina como un alfiler que llamaban el Pico, con la cumbre plana, agrietada y gastada por el tiempo. Desde ambos lados del abismo, un puente de requemado metal oxidado y oscurecido con grasa de cerdo conducía al Pico. Era un lugar neutral que no pertenecía a nadie, un lugar para las treguas y las negociaciones, para el dubitativo intercambio entre las tribus hostiles del Ala.

Casi al borde del abismo, sin valla protectora, desde donde a menudo arrojaba a los esclavos que le causaban problemas entre gritos de desesperación, Jormanric estaba repantigado en su trono, con los Comitatus a su alrededor y el pequeño perro esclavo acurrucado al final de la cadena.

—Míralo —susurró la voz de Keiro al oído de Finn—. Grande y gordo.

—Y tan vanidoso como tú.

Su hermano de sangre soltó un bufido.

—Por lo menos yo tengo motivos para ser vanidoso.

Sin embargo, Finn no le prestó atención, pues miraba a la Maestra. Cuando la condujeron a la sala del Abismo, sus ojos se pasearon con celeridad por la muchedumbre, por los puentes destartados, por todo su pueblo, que esperaba al otro lado de la nube de aire resplandeciente. Desde la distancia, un hombre gritó, y al oír su voz el rostro de la Maestra perdió la compostura; se zafó de sus guardianes y chilló:

—¡Sim!

Finn se preguntó si sería su marido.

—Vamos —le dijo a Keiro, y lo empujó para que avanzaran.

Al verlos, la multitud se rezagó. «Así es como te ven», recordó con amargura Finn. Saber que el anciano tenía razón lo enojaba. Apareció por detrás de la Maestra y la agarró del brazo.

—Recuerda lo que te dije. Nadie te hará daño. Pero ¿estás segura de que habrán traído esa cosa?

Ella lo miró a los ojos.

—No pondrán impedimentos. Algunas personas saben lo que es el amor.

El aguijón lo alcanzó.

—A lo mejor antes yo también lo sabía.

Jormanric los observaba sin acabar de enfocar bien con esos ojos apagados. Señaló el puente con un dedo en el que lucía un anillo y bramó:

—¡Preparadla!

A la fuerza, Keiro le colocó las manos en la espalda a la mujer y se las encadenó. Al verlo, Finn murmuró:

—Mira, lo siento.

Ella le sostuvo la mirada.

—No tanto como yo lo siento por ti.

Keiro sonrió con malicia. Entonces miró a Jormanric.

El Señor del Ala se incorporó y caminó dando zancadas hasta el borde del Abismo, mirando fijamente a los Cívicos. La grasienta cota de malla crujió cuando Jormanric cruzó los enormes brazos delante del pecho.

—¡Escuchadme, los del otro lado! —atronó—. Os la devuelvo a cambio de su peso en riquezas. Ni más, ni menos. Y eso quiere decir que nada de aleaciones ni baratijas.

Sus palabras se propagaron por el aire caliente de la estancia.

—Primero, danos tu palabra de que no será un embuste —fue la fría respuesta cargada de furia.

Jormanric sonrió. El jugo del *ket* brillaba entre sus dientes.

—¿Queréis mi palabra? No he cumplido mi palabra desde que tenía diez años y apuñalé a mi propio hermano. Pero os la doy encantado.

Los Comitatus soltaron una risilla. Tras ellos, medio oculto en la sombra, Finn vio a Gildas, que tenía una expresión seria.

Silencio.

Entonces, desde lo más profundo de la neblina iridiscente y cálida del abismo, llegó un tintineo y un ruido sordo. Los Cívicos estaban transportando su tesoro por el puente, en dirección al Pico. Finn se preguntaba qué habrían recopilado: minerales, seguro, pero Jormanric esperaba recibir oro y platino y, el más preciado de todos los tesoros, cable de microcircuitos. Al fin y al cabo, los Cívicos eran uno de los grupos más ricos del Ala. Ése había sido el motivo de la emboscada.

El puente se bamboleó. La Maestra se agarró a la barandilla para no perder el equilibrio.

Finn dijo en voz baja:

—Vamos.

Miró hacia atrás. Keiro había sacado la espada.

—Aquí estoy, hermano.

—No soltéis a la ramera hasta que hayáis recogido la última piedra —gruñó Jormanric.

Finn frunció el entrecejo. Empujó a la Maestra para que avanzara en primer lugar y

empezó a cruzar el Abismo.

El puente era una red de cadenas entrelazadas; se balanceaba a cada paso. Finn se resbaló dos veces, una de ellas tan violentamente que toda la estructura empezó a dar bandazos descontrolados y estuvo a punto de arrojarlos a los tres por el precipicio. Keiro maldijo; los dedos con los que la Maestra se agarraba a la barandilla de metal tenían los nudillos blancos de tanto apretar.

Finn no miró hacia abajo. Sabía lo que le esperaba allí; nada salvo una negrura y un calor que ascendía y te abrasaba la cara, emanando unos humos extraños y soñolientos que no era muy sano respirar.

Mientras avanzaba centímetro a centímetro, la voz de la Maestra se dirigió a él, fría y severa.

—¿Y si no traen... el cristal? Entonces ¿qué?

—¿Qué cristal? —preguntó con astucia Keiro.

Finn dijo:

—Cállate.

Ante ellos, entre la neblina, distinguió a los Cívicos: tres hombres, como habían acordado, esperando junto a la balanza para pesar. Se acercó hasta rozar casi a la Maestra.

—Ni se te ocurra intentar huir. Jormanric mandará que te disparen con veinte armas.

—No estoy tan loca —susurró ella.

Y continuó caminando hacia el Pico.

Finn la siguió aliviado e inhaló una profunda bocanada de aire. Fue un error. Los humos de la bruma de calor se le atragantaron en la garganta. Tosió.

Keiro lo adelantó, blandiendo la espada, y agarró a la mujer por el brazo.

—Venga, súbete.

La empujó hacia el plato de la balanza. Era una gran construcción de aluminio, que habían ido transportando allí por piezas y habían montado con grandes esfuerzos para ocasiones como ésta, a pesar de que, en todo el tiempo que Finn llevaba con los Comitatus, no había visto que la utilizaran ni una sola vez. Jormanric no solía molestarse en pedir rescates.

—Fíjate bien en el peso que marca, amigo. —Keiro se volvió desafiante al líder de

los Cívicos—: No es un peso pluma, ¿eh? —Sonrió—. Más os habría valido ponerle una dieta más estricta.

El hombre era bajo y fornido, e iba enfundado en un abrigo de rayas, que abultaba mucho por todas las armas que llevaba escondidas. Haciendo caso omiso de la burla de Keiro, se acercó para ver la aguja en el oxidado marcador, antes de intercambiar una mirada rápida y furtiva con la Maestra. Finn lo reconoció de la emboscada. Era el hombre al que había llamado Sim.

El Cívico miró a Finn con asco. Para no correr riesgos, Keiro tiró de la Maestra y la colocó detrás de él. Luego le puso la daga en el cuello.

—Ahora empezad a cargar. Y no intentéis hacer nada raro.

En el momento previo a que el tesoro empezara a ser vertido sobre el plato de la balanza, Finn se secó el sudor de los ojos. Tragó saliva otra vez e intentó no respirar demasiado hondo, arrepentido de no haberse atado un pañuelo sobre la boca y la nariz. Leves pero terriblemente familiares, los puntos rojos empezaron a nadar por delante de sus ojos. «Ahora no», pensó histérico. «Por favor. Ahora no».

El oro se deslizaba sobre la balanza con un repiqueteo. Anillos, copas, platos, candelabros labrados. Abrieron una bolsa y de ella empezaron a caer en cascada monedas de plata, probablemente forjadas a partir del mineral que habían pasado de contrabando los comerciantes. Después cayó un diluvio de delicados componentes robados de las partes oscuras y menos transitadas del Ala: Escarabajos rotos, lentes de Ojos, una Cigarra con el radar destrozado.

La aguja empezó a moverse. Con los ojos puestos en ella, los Cívicos vertieron un saco de *ket* y dos trozos pequeños de preciada madera de ébano, que crecía en alguna parte de un raquíptico bosque que incluso Gildas conocía únicamente de oídas.

Keiro sonrió a Finn.

Conforme la aguja avanzaba, un montón de alambre de cobre y de plastiglas se unió a la pila, a lo que siguieron un puñado de filamentos de cristal, un casco remendado y tres floretes oxidados que sin duda se romperían con el primer golpe certero.

Los hombres iban cargando las riquezas a toda velocidad, pero era evidente que se estaban quedando sin bienes. La Maestra observaba con los labios fruncidos, la punta de la daga de Keiro le emblanquecía la piel por debajo de la oreja.

Finn respiraba de forma entrecortada. Punzadas de dolor estallaban por detrás de sus ojos. Tragó saliva e intentó susurrarle a Keiro, pero no le quedaba aliento y su hermano de sangre estaba contemplando cómo colocaban el último saco (de quincalla inservible) encima del montón de objetos valiosos.

La aguja se desplazó un poco más.

Se quedó corta.

—Más —dijo Keiro sin alzar la voz.

—No tenemos más.

Keiro se echó a reír.

—¿Aprecias más el abrigo que llevas puesto que a ella?

Sim se quitó el abrigo y lo lanzó sobre el montón de tesoros. Entonces, mirando a la Maestra, lanzó también la espada y el trabuco. Los otros dos hombres hicieron lo mismo. Se quedaron de manos vacías mientras todos y cada uno de ellos contemplaban el avance de la aguja.

No llegó hasta la marca.

—Más —dijo Keiro.

—¡Por el amor de dios! —la voz de Sim sonó rotunda—. ¡Dejadla libre!

Keiro miró a Finn.

—El cristal. ¿Está ahí?

Mareado, Finn negó con la cabeza.

Keiro dedicó una sonrisa gélida a los hombres. Apretó el filo contra el cuello de la Maestra; una gota brillante de sangre oscura apareció en la punta.

—Suplica, mujer.

Estaba muy tranquila cuando dijo:

—Quieren el cristal, Sim. El que encontraste en el salón perdido.

—Maestra...

—Dáselo.

Sim vaciló. Fue sólo por un segundo, aunque, a través de las náuseas, Finn vio que la duda golpeaba a la Maestra como una bofetada. Entonces, el hombre se llevó la mano a la camisa y sacó un objeto que absorbió el brillo de la luz, de modo que un fugaz arco iris surgió de entre sus dedos.

—Hemos descubierto algo —dijo—. Algo que hace...

Ella lo cortó con una mirada. Lentamente, el hombre colocó el cristal encima de la pila de riquezas.

La aguja llegó al peso necesario.

Al instante, Keiro soltó a la mujer con un empujón. Sim la agarró del brazo y la empujó hacia el segundo puente.

—¡Corre! —le chilló.

Finn se acuclilló. La saliva se le acumuló en la garganta cuando recogió el cristal. Dentro tenía un águila con las alas extendidas. ¡Era igual que la que llevaba grabada en la muñeca!

—Finn.

Levantó la cabeza.

La Maestra se había detenido y se había dado la vuelta, con el rostro blanco como el papel.

—Espero que te destruya.

—¡Maestra! —Sim la tenía cogida del brazo, pero ella se soltó. Se agarró de las cadenas del segundo puente y se quedó mirando a Finn antes de escupirle estas palabras.

—Maldigo el cristal, y te maldigo a ti.

—No hay tiempo —dijo él con voz ronca—. Vete ya.

—Has destruido mi confianza. Mi compasión. Pensaba que era capaz de distinguir la verdad de la mentira. Jamás volveré a atreverme a mostrar compasión por un desconocido. ¡Nunca te lo perdonaré!

Su odio lo abrasó. Entonces, cuando la Maestra se dio la vuelta, el puente se tambaleó.

El Abismo giró alocadamente. En un segundo de horror petrificado, la Maestra gritó y él exclamó: «¡No!», dando un trompicon hacia ella. En ese momento, Keiro lo agarró y empezó a gritar, y algo se resquebrajó y, como si el dolor de cabeza las hubiera ralentizado, Finn vio cómo las cadenas y los remaches que sujetaban el puente comenzaban a saltar con un chasquido y a desprenderse, oyó el gran alarido de risa de Jormanric y supo que era una traición.

La Maestra también debía de haberse dado cuenta. Se quedó de pie muy erguida. Lo miró directamente a los ojos durante una fracción de segundo, y entonces desapareció. Tanto ella como Sim y los demás se desvanecieron, cayeron más y más, y el puente se convirtió en un artillugio desenfrenado que se retorció y lanzaba a propulsión los restos de hierro desvencijado con un estruendo metálico contra el borde del precipicio.

Los ecos de los gritos se apagaron.

Finn se acurrucó de rodillas y miró hacia abajo apabullado. Una oleada de náuseas se apoderó de él. Apretó el cristal y, a través del zumbido de sus oídos, oyó cómo Keiro decía sin inmutarse:

—Tendría que haberme imaginado que el viejo bribón iba a hacer algo así. Aunque un trozo de cristal no parece gran cosa para todas las molestias que te has tomado. ¿Qué es?

Entonces Finn supo, en un segundo de amarga claridad, que estaba en lo cierto, que tenía que haber nacido en el Exterior; lo supo porque lo que tenía firmemente sujeto en la mano era un objeto que ningún habitante de Incarceron desde hacía generaciones había visto jamás, algo cuyo propósito ni siquiera podían adivinar, y al mismo tiempo, le resultaba familiar, tenía un nombre para denominarlo, sabía lo que era.

Era una llave.

La oscuridad y el dolor crecieron y lo engulleron.

Cayó entre los brazos firmes de Keiro.

En el submundo, las estrellas son leyendas

Los Años de la Ira han terminado, y nada puede ser igual. La guerra ha surcado la luna y apaciguado las mareas. Debemos encontrar una forma más sencilla de vivir. Debemos refugiarnos en el pasado, todos y para todo; cada cosa en su lugar, ordenada. La libertad es un precio razonable a cambio de la supervivencia.

Decreto del rey Endor

Finn creyó haber descendido más de mil kilómetros hacia la profundidad del abismo antes de precipitarse sobre una cornisa. Sin aliento, levantó la cabeza. A su alrededor rugía la oscuridad. Junto a él, apoyado contra la roca, había alguien sentado.

Finn dijo de inmediato:

—La Llave...

—A tu lado.

Palpó entre los escombros y notó el peso de la delicada Llave. Entonces se dio la vuelta.

No conocía a ese hombre. Era joven y tenía el pelo largo y moreno. Vestía una túnica de cuello alto como la de los Sapiienti, pero harapienta y remendada. Señaló una cara grabada en la roca y dijo:

—Mira, Finn.

En la roca vio dibujado un ojo de cerradura. La luz brillaba dentro de él. Y Finn se dio cuenta de que esa roca era una puerta, minúscula y negra, y dentro de su transparencia encerraba las estrellas y las galaxias comprimidas.

—Esto es el Tiempo. Esto es lo que debes abrir con la Llave —dijo Sáfico.

Finn trató de levantar la Llave, pero pesaba tanto que le hicieron falta ambas manos para sujetarla, y aun así, le temblaba entre los dedos.

—Ayudadme —jadeó.

Pero el agujero se iba cerrando, y para cuando consiguió controlar la Llave, ya no quedaba ni rastro del ojo de la cerradura, sólo un puntito de luz.

—Cuántos lo han intentado —le susurró Sáfico al oído—. Cuántos han perecido en el intento.

Durante un segundo Claudia se quedó petrificada por la desesperación.

Luego se activó. Se metió la llave de cristal en el bolsillo y empleó el disco de Jared para fabricar una holocopia perfecta del objeto, que dejó apoyada sobre el terciopelo negro, y después cerró el cajón de golpe. Con los dedos calientes por el sudor, sacó la caja de plástico concebida para una emergencia así y liberó las mariquitas. Echaron a volar y aterrizaron en el panel de control y en el suelo. A continuación apretó el interruptor azul del disco, que se puso rojo, lo sacudió y apuntó hacia el suelo.

Tres de los haces de luz láser se difuminaron hasta desaparecer. Se coló por el hueco que habían dejado y agachó la cabeza para protegerse de las municiones imaginarias. Eliminar la reja de la puerta fue una pesadilla. El disco vibró y crujió, y Claudia aulló suplicante. Estaba tan desesperada que no hacía más que pensar que se iba a romper, o a quedar sin energía, pero poco a poco vio cómo se fundía un agujerito candente en el metal, mientras los átomos se desperdigaban y volvían a agruparse.

En cuestión de segundos atravesó la reja, abrió la puerta y salió al pasillo.

No se oía ni un alma.

Asombrada, aguzó el oído. Cuando la puerta del estudio se cerró herméticamente tras ella, las alarmas de emergencia se cortaron en seco, como si sonaran en otro mundo.

La casa estaba en paz. Las palomas arrullaban. Y en la planta de abajo, oyó voces.

Echó a correr. Subió la escalera posterior, directa a los áticos, después recorrió el pasadizo que atravesaba las dependencias abuhardilladas de los sirvientes hasta llegar a la alacena del fondo, queapestaba a ajeno y ajo. Se zambulló en ella y, frenética, palpó a tientas para encontrar el mecanismo que abría el antiquísimo refugio secreto. Arañó mugre y telas de araña con las uñas y entonces, ¡sí, allí! La arandela del pasador apenas era lo bastante grande para que le cupiera el pulgar. Cuando movió la barra de seguridad, el panel chirrió. Claudia apoyó todo el peso de su cuerpo sobre él, hizo fuerza soltando un juramento, hasta que por fin se desencajó el pasador, se abrió la puerta y Claudia cayó al otro lado.

Una vez que hubo cerrado la compuerta secreta, con la espalda apoyada contra ella, pudo volver a respirar.

Ante Claudia, el túnel que conducía a la torre de Jared se perdía en la oscuridad.

Finn estaba tumbado en la cama, hecho un ovillo.

Permaneció allí un buen rato, hasta que de manera gradual empezó a percatarse de los ruidos que provenían de la Guarida, de unos pasos que correteaban, del golpeteo de unos platos. Por fin, tanteando con la mano, descubrió que alguien le había tapado delicadamente con una manta. Le dolían los hombros y el cuello; un sudor frío lo congelaba.

Rodó hasta quedar bocarriba y alzó la mirada hacia el mugriento techo. Los ecos de un chillido interminable le retumbaban en los oídos, unidos al pitido de las alarmas y unas luces centelleantes que daban pavor. Por un momento terrible, tuvo la impresión de que sus visiones habían entrado en un túnel largo y oscuro que lo alejaba de su propio cuerpo, creyó que podía adentrarse en él y, a tientas, hallar el camino hacia la luz.

Entonces Keiro le dijo:

—Ya era hora.

Borroso y distorsionado, su hermano de sangre fue a sentarse en la cama junto a él. Puso un mohín.

—Tienes mala cara.

Cuando Finn logró articular palabra, su voz resultó áspera:

—Tú no.

Poco a poco empezó a enfocar. Keiro llevaba la melena rubia recogida hacia atrás. Lucía el abrigo de rayas de Sim con mucho más garbo que su dueño, y un ancho cinturón de tachuelas le sobresalía alrededor de las caderas, con una daga de sortijas ensartada en él. Extendió los brazos.

—¿A que me queda bien?

Finn no contestó. Una oleada de rabia y vergüenza empezaba a despertarse en algún punto de su ser; su mente intentó apartarla. Si dejaba que lo dominara, lo ahogaría. Graznó:

—¿Cuánto tiempo...? ¿Qué ha pasado?

—Dos horas. Te has perdido el reparto. ¡Otra vez!

Con cautela, Finn se sentó en la cama. Los saqueos lo dejaban aturdido y con la boca seca.

Keiro dijo:

—Fue un poco más grave que otras veces. Convulsiones. Te sacudiste y forcejeaste, pero te sujeté y Gildas se aseguró de que no te autolesionaras. Casi nadie más se dio cuenta, la verdad; estaban demasiado ocupados metiendo las zarpas en el tesoro. Te trajimos de vuelta.

Finn se sonrojó por la desesperación. Los desvanecimientos eran imposibles de predecir, y Gildas no conocía cura alguna, o eso aseguraba. Finn no sabía qué había ocurrido después de que el calor y el rugido de la oscuridad lo engulleran, y tampoco quería saberlo. Era una debilidad que lo avergonzaba tremendamente, a pesar de que los Comitatus lo miraran con admiración. Ahora se sentía como si hubiera abandonado su cuerpo y al regresar lo hubiera encontrado dolorido y vacío, como si fuera un extraño dentro de sí mismo.

—Cuando estaba en el Exterior no tenía estos ataques. Estoy seguro.

Keiro se encogió de hombros.

—Gildas se muere por que le cuentes la visión.

Finn alzó la vista.

—Puede esperar. —Se produjo un silencio incómodo. Para romperlo, dijo—: ¿Fue Jormanric quien ordenó la muerte de la mujer?

—¿Quién si no? Esas cosas lo divierten. Y de paso, nos sirve de advertencia.

Desalentado, Finn asintió con la cabeza. Balanceó los pies fuera de la cama y bajó la mirada hacia sus botas gastadas.

—Lo mataré por lo que ha hecho.

Keiro levantó una ceja con elegancia.

—Hermano, ¿para qué tomarte la molestia? Ya tienes lo que querías.

—Le di mi palabra. Le dije que estaría a salvo.

Keiro lo observó durante un instante y luego dijo:

—Somos Escoria, Finn. Nuestra palabra no vale nada. Y ella lo sabía. Era un rehén; si te hubieran atrapado a ti, es probable que los Cívicos hubieran hecho lo mismo, así que deja de darle vueltas al tema. Ya te lo he dicho, te planteas demasiado las cosas. Eso te hace débil. Y en Incarceron no hay lugar para la debilidad. No hay piedad ante un error letal. Aquí es: mata o muere. —Mientras hablaba, miraba al frente, y su voz desprendía una extraña amargura que resultaba nueva para Finn. Pero cuando se volvió, su sonrisa fue tan ácida como de costumbre—. Bueno, ¿qué es una llave, Finn?

A Finn le dio un vuelco el corazón.

—¡La Llave! ¿Dónde está?

Keiro sacudió la cabeza y fingió asombrarse.

—Ay, ¿qué harías tú sin mí? —Extendió la mano y Finn vio que el objeto de cristal se balanceaba en uno de los dedos de Keiro, doblado como un gancho. Alargó la mano para cogerlo, pero Keiro apartó el objeto—. Te he preguntado qué es una llave.

Finn se lamió los labios secos como el papel.

—Una llave es una herramienta para abrir.

—¿Para abrir?

—Sí, abre cerrojos.

Keiro lo miraba muy atento.

—¿Los cerrojos del Ala? ¿Los de cualquier puerta?

—¡No lo sé! Lo que pasa es que... la reconozco. —Volvió a alargar la mano y agarró la Llave con desdén, y esta vez, a regañadientes, Keiro la soltó. El artefacto pesaba mucho, estaba fabricado con unos extraños filamentos de cristal entretejidos, y el águila holográfica del centro miraba a Finn con majestuosidad. Se fijó en que lucía un elegante collar con forma de corona alrededor del cuello, así que se remangó la camisa y lo comparó con las marcas azules ya descoloridas que tenía en la piel.

Por encima del hombro, Keiro le dijo:

—Parecen iguales.

—Son idénticos.

—Pero eso no implica nada. De hecho, en realidad, si algo significa es que naciste en el Interior.

—Esto no ha salido del Interior. —Finn acunó la Llave entre ambas manos—. Mira. ¿Qué material tenemos que se parezca a éste? Y está tan bien trabajado...

—Podría haberlo hecho la Cárcel.

Finn no dijo nada.

Pero en ese momento, casi como si los hubiera estado escuchando, la Cárcel apagó

todas las luces.

Cuando el Guardián abrió con cautela la puerta del observatorio, vio la pantalla de la pared iluminada por las imágenes de los reyes Havaarna de la Decimoctava Dinastía, esas generaciones determinantes de monarcas cuyas políticas sociales habían conducido directamente a los Años de la Ira. Jared estaba sentado encima del escritorio, con un pie apoyado en el respaldo de la silla de Claudia; ella estaba inclinada hacia delante y leía un cuaderno que tenía en las manos.

—«Alejandro VI, restaurador del Reino. Creó el Contrato de Dualidad. Cerró todos los teatros y formas públicas de entretenimiento...» ¿Por qué lo hizo?

—Por miedo —contestó con parquedad Jared—. En aquel entonces, toda aglomeración de gente era vista como una amenaza para el orden.

Claudia sonrió, con la garganta seca. Eso era lo que su padre debía ver: a su hija con su amado tutor. Por supuesto, se daría perfecta cuenta de que ellos sabían que estaba allí.

—Ejem.

Claudia dio un brinco; Jared volvió la mirada. Su sorpresa fue magistral.

El Guardián les dedicó una sonrisa fría, como si admirara la función.

—¿Señor? —Claudia se levantó y se desarrugó el vestido de seda—. ¿Ya habéis regresado? Pensaba que habíais dicho que volveríais a las once.

—Y eso fue precisamente lo que dije. ¿Puedo entrar, Maestro?

Jared contestó:

—Por supuesto.

El zorrillo saltó de entre sus manos y se subió a las estanterías de libros.

—Es un honor para nosotros, Guardián.

El Guardián anduvo hasta la mesa abarrotada de artilugios y tocó un alambique.

—Los detalles de la Era que reproducís son un poco... excéntricos, Jared. Pero, claro, los Sapienti no tienen que seguir tan fielmente el Protocolo. —Levantó el delicado objeto de cristal de modo que su ojo izquierdo, increíblemente ampliado, los miró a través de él—. Los Sapienti hacen lo que quieren. Inventan, experimentan, mantienen la mente de la humanidad activa incluso en la tiranía del pasado. Siempre buscan nuevas formas de energía, antídotos nuevos. Admirable. Pero decidme, ¿qué tal progresa mi hija?

Jared entrelazó los dedos frágiles. Con cautela, dijo:

—Claudia siempre ha sido una alumna excepcional.

—Erudita.

—Sin duda.

—¿Inteligente y capacitada?

El Guardián bajó el recipiente de cristal. Tenía los ojos fijos en ella; Claudia levantó la cabeza y le correspondió mirándolo con calma.

—Estoy seguro —murmuró Jared— de que conseguirá todo lo que se proponga.

—Y se lo propone todo.

El Guardián abrió los dedos y dejó caer el alambique. Cayó en la esquina del escritorio y se rompió en añicos, una explosión de cristallitos que asustaron al cuervo, que salió por la ventana entre graznidos.

Jared dio un salto hacia atrás y se quedó petrificado. Claudia estaba de pie detrás de él, también muy quieta.

—¡Lo siento mucho! —El Guardián observó el estropicio sin inmutarse, después sacó un pañuelo y se limpió los dedos—. Me temo que es la torpeza de la edad. Confío en que no contuviera nada vital...

Jared negó con la cabeza; Claudia percibió un leve brillo sudoroso en la frente de su tutor. Notaba que ella también tenía la cara pálida. Su padre dijo:

—Claudia, te encantará saber que lord Evian y yo hemos terminado de aclarar los tediosos pormenores. Será mejor que vayas a recoger el ajuar, querida mía.

Al llegar a la puerta se detuvo. Jared estaba encorvado, recogiendo los fragmentos afilados y curvos de cristal. Claudia no se movió. Se quedó mirando a su padre y su aspecto le recordó, durante un instante, su propio reflejo cuando lo contemplaba en el espejo todas las mañanas. El Guardián dijo:

—Al final no comeré con vosotros. Tengo mucho trabajo que hacer. Estaré en mi estudio. Me parece que hay problemas con algún insecto.

Cuando la puerta se cerró tras él, ninguno de los dos dijo ni una palabra. Claudia se sentó y Jared tiró los cristales en una papelera y cambió la imagen del monitor para que enfocara las escaleras de la torre. Juntos observaron cómo la silueta angular y oscura del Guardián esquivaba con fastidio los excrementos de roedor y las telas de araña.

Al final, Jared dijo:

—Lo sabe.

—Claro que lo sabe.

Claudia se dio cuenta de que estaba temblando; se colocó un abrigo viejo de Jared por encima de los hombros. Aún llevaba el mono debajo del vestido, se había puesto los zapatos con el pie cambiado y tenía el pelo recogido de cualquier manera en una maraña sudorosa.

—Ha venido sólo para demostrárnoslo —añadió Claudia.

—No se ha tragado el embuste de que las mariquitas hicieran saltar las alarmas.

—Os lo dije. La habitación no tiene ventanas. Pero el Guardián no querrá admitir que heredé lo mejor de él, y nunca lo hará. Así que le seguiremos el juego.

—Pero la Llave... lo de llevárosla...

—No se dará cuenta si se limita a abrir el cajón y mirarla. Sólo lo sabrá si intenta cogerla. Pero antes de que lo haga, puedo devolver la original.

Jared se secó la cara con una mano. Se sentó, tembloroso.

—Un Sapient no debería decir esto, pero el Guardián me aterra.

—¿Estáis bien?

Dirigió sus ojos oscuros hacia ella, y el cachorro de zorro saltó de nuevo y le golpeó las rodillas con las pezuñas.

—Sí. Pero vos me aterráis tanto o más, Claudia. ¿Por qué demonios la robasteis? ¿Es que queríais que él supiera que habíais sido vos?

Ella frunció el entrecejo. Algunas veces era demasiado avisado.

—¿Dónde está?

Jared se la quedó mirando un momento, después puso expresión atribulada. Quitó la tapa de una vasija de barro y, tras meter un gancho en ella, extrajo la Llave del formaldehído. El olor acre del producto químico cubrió la estancia; Claudia se colocó la manga del abrigo por encima de la cara.

—Dios... ¿No había ningún otro sitio?

En cuanto había llegado al observatorio, Claudia le había lanzado la Llave a las manos, y había estado demasiado atareada vistiéndose para ver dónde la guardaba. En ese momento, Jared le retiró con cuidado un envoltorio protector y colocó la Llave en la madera retorcida y con muescas del banco de trabajo. Ambos se la quedaron mirando.

Era preciosa. Claudia se dio perfecta cuenta de que sus caras talladas captaban la luz del sol que entraba por la ventana y emitían brillantes destellos de arco iris. Grabada en el corazón de la Llave, el águila alada los observaba con orgullo.

Sin embargo, parecía demasiado frágil para abrir cerradura alguna, y su transparencia desvelaba que no tenía circuitos. Claudia dijo:

—La contraseña para abrir el cajón era «Incarceron».

Jared enarcó una ceja.

—Así que se os ocurrió que tal vez...

—Es evidente, ¿no? ¿Qué otra cosa podría abrir semejante llave? Ninguna puerta de esta casa se abre con una llave así.

—No tenemos ni idea de dónde está Incarceron. Y aunque lo supiéramos, no podríamos utilizarla.

Ella arrugó la frente.

—Tengo intención de averiguarlo.

Jared se lo planteó por un instante. Después, mientras ella lo observaba, colocó la Llave en una balanza pequeña y la pesó con precisión, calculó su masa y su longitud y apuntó los resultados con su letra esmerada.

—No es cristal. Es silicato de cristal. Además —ajustó la balanza—, tiene un campo electromagnético muy peculiar. Diría que no es una llave en el sentido estrictamente mecánico, sino que es algo de una tecnología compleja, muy del estilo pre-Era. Es imposible que sirva únicamente para abrir la puerta de una cárcel, Claudia.

La muchacha ya lo había imaginado. Volvió a sentarse y dijo pensativa:

—Antes tenía celos de la Cárcel.

Anonadado, Jared se dio la vuelta y ella se echó a reír.

—Sí, en serio. De pequeña, cuando vivíamos en la Corte. La gente hacía cola para verlo: el Guardián de Incarceron, el Vigilante de los Internos, el Protector del Reino. Yo no sabía qué significaban esas palabras, pero las aborrecía. Pensaba que Incarceron era una

persona, otra hija, una maliciosa hermana gemela secreta. La odiaba. —Cogió un compás de la mesa y lo abrió—. Cuando descubrí que era una cárcel, me lo imaginé bajando a las bodegas del palacio con una linterna y una llave gigante: una llave roñosa y antigua. Habría una puerta enorme, tachonada y recubierta con la carne reseca de los criminales.

Jared sacudió la cabeza.

—Demasiadas novelas góticas.

Claudia puso el compás en equilibrio sobre un punto y lo hizo girar.

—Durante un tiempo soñé con la Cárcel, imaginaba ladrones y asesinos en las profundidades, debajo de la casa, aporreando las puertas, luchando por salir. Y solía despertarme en mitad de la noche, asustada, pensando que venían a por mí. Pero después me di cuenta de que no era tan sencillo. —Levantó la mirada—. Esa pantalla del estudio... Seguro que puede controlarla desde allí.

Jared asintió y cruzó los brazos.

—Según dicen todos los libros, Incarceron fue sellado después de su fabricación. Nadie entra ni sale de allí. El Guardián es el único que ve cómo funciona. Sólo él sabe dónde se halla. Existe una teoría, muy antigua ya, que dice que Incarceron se encuentra bajo tierra, muchos kilómetros por debajo de la superficie terrestre, en un laberinto interminable. Tras los Años de la Ira la mitad de la población fue encerrada allí. Una gran injusticia, Claudia.

La muchacha tocó la Llave con un dedo.

—Sí. Pero nada de todo esto me sirve de ayuda. Yo buscaba alguna prueba del asesinato, no...

Un parpadeo.

Una luz que se desvanecía.

Claudia apartó el dedo.

—¡Asombroso! —exclamó Jared.

Una huella de oscuridad permaneció marcada en el cristal, una hendidura negra y circular, como un ojo.

Dentro de ella, en las profundidades, vieron dos destellos de luz que se movían, diminutos como estrellas.

Tú eres mi padre, Incarceron.

Nací de tu dolor y tu pena.

Huesos de acero; circuitos por venas.

Mi corazón, un cofre de hierro.

Cantos de Sáfico

Keiro levantó la linterna.

—¿Dónde estás, Sabio?

Gildas no estaba en la jaula en la que dormía ni en ningún rincón de la estancia principal, donde los Comitatus habían encendido desafiantes hogueras en todos los braseros y celebraban su victoria con canciones soeces y bravuconerías. Keiro había tenido que asestar unos cuantos mamporros con el puño entre los esclavos hasta dar con alguien que hubiera visto al anciano, que se encaminaba a los cobertizos. Finn y él lo habían seguido hasta una celda pequeña, donde estaba vendando una herida supurante que tenía en la pierna un niño esclavo, mientras su madre sujetaba una frágil vela y esperaba ansiosa.

—Estoy aquí —Gildas miró a su alrededor—. Acerca más esa linterna. No veo nada.

Finn entró en la celda y vio cómo la luz iluminaba al chiquillo. Se percató de su aspecto enfermizo.

—Alegra esa cara —le ordenó enfurruñado.

El niño sonrió aterrado.

—Si os dignarais a tocarlo, señor —murmuró la madre.

Finn se dio la vuelta. Podría haber sido guapa en el pasado; ahora era escuálida y demacrada.

—Dicen que la mano del Visionario puede sanar.

—Supersticiones absurdas —gruñó Gildas mientras anudaba la venda, pero Finn lo hizo de todos modos. Colocó los dedos con gentileza sobre la frente caliente del chico.

—No muy distintas de las tuyas, Sabio —soltó Keiro con malicia.

Gildas se incorporó, se limpió los dedos en el abrigo e hizo oídos sordos a la provocación.

—Bueno, es todo lo que puedo hacer. Ahora es preciso que la herida drene. Procura mantenerla limpia.

Mientras Finn y Keiro lo seguían fuera de la celda, gruñó:

—Cada vez hay más infecciones y más enfermedades. Lo que necesitamos son antibióticos, en vez de oro y quincallerías.

Finn ya conocía esos arrebatos de malhumor; era la oscura melancolía que hacía que en ocasiones Gildas se quedara varios días metido en la jaula, leyendo, durmiendo, sin hablar con nadie. Seguro que la muerte de la Maestra atormentaba al anciano. Por eso, de improviso, Finn dijo:

—Vi a Sáfico.

—¡Qué! —Gildas se quedó clavado en el sitio. Incluso Keiro parecía interesado.

—Me dijo...

—Espera. —El Sapient miró a su alrededor con urgencia—. Aquí dentro.

Señaló un arco oscuro del que salía una de las impresionantes cadenas que colgaban de las arandelas del techo de la Guarida. Gildas colocó el pie en una anilla y empezó a trepar hasta que la oscuridad lo ocultó; cuando Finn se encaramó detrás de él, descubrió al anciano en una repisa estrecha en lo alto del muro, apartando excrementos de pájaros ya resecos y unos cuantos nidos.

—No pienso sentarme ahí —dijo Keiro.

—Pues quédate de pie. —Gildas le quitó la linterna a Finn y la dirigió hacia la cadena—. Ahora cuéntamelo todo. Todas y cada una de las palabras, al pie de la letra.

Finn dejó colgando los pies por el borde de la repisa y bajó la mirada.

—Era un sitio como éste, en lo alto. Estaba allí conmigo, y yo tenía la Llave.

—¿Ese cristal? ¿Lo llamó «llave»? —Gildas estaba anonadado; se rascó la canosa barba de tres días—. Es un término de los Sapienti, Finn, una palabra mágica. Un

mecanismo para abrir cerrojos.

—Ya sé lo que es una llave. —Su voz sonó enfadada; intentó mantener la calma—. Sáfico me dijo que la utilizara para abrir el Tiempo; había un ojo de cerradura en una roca negra y brillante, pero la Llave pesaba mucho y me costaba moverla. No llegué a tiempo. Me quedé... destrozado.

El anciano agarró a Finn por la muñeca, se la apretó con fuerza y furia.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era joven. De pelo largo y moreno. Como en las leyendas.

—¿Y la puerta?

—Muy pequeña. Había luz al otro lado de la roca, como estrellas.

Keiro se propulsó con elegancia contra el muro.

—Qué sueños tan extraños, hermano.

—No son sueños. —Gildas lo liberó; el anciano seguía estupefacto, no cabía en sí de gozo—. Conozco esa puerta. Nadie la ha abierto nunca. Está a menos de un kilómetro de aquí, arriba, en el territorio de los Cívicos. —Se frotó la cara con ambas manos y añadió—: ¿Dónde está la Llave?

Finn vaciló. Primero se la había colgado del cuello con un cordel gastado, pero pesaba mucho, así que al final se la había guardado debajo de la camisa. A regañadientes, la sacó.

El Sapien la tomó de manera reverencial. Sus manos pequeñas de venas marcadas la exploraron; se la acercó a los ojos y contempló el águila.

—Esto es lo que estaba esperando. —Le temblaba la voz por la emoción—. La señal de Sáfico. —Levantó la mirada—. Es lo que inclina la balanza. Nos iremos ahora mismo, esta noche, antes de que Jormanric averigüe lo que es esta cosa. Raudos y veloces, Finn, empezaremos a Escapar.

—¡Eh! ¡Espera un momento! —Keiro se desprendió de la pared—. Finn no se marcha a ninguna parte. ¡Me ha jurado lealtad!

Gildas lo miró con desagrado.

—Sólo lo llamas hermano porque te es útil.

—¿Y a ti no? —Keiro soltó una risa socarrona—. Eres un hipócrita, viejo. Lo único

que te interesa es una baratija de cristal y unos cuantos desvaríos cuando se le va la cabeza.

Gildas se puso de pie. Apenas le llegaba al hombro a Keiro, pero su mirada desprendía maldad, su cuerpo esquelético estaba tenso.

—Muchacho, yo en tu lugar tendría cuidado. Mucho cuidado.

—¿O qué? ¿Me convertirás en una serpiente?

—Ya lo estás haciendo tú solo.

Con un temblor de acero, Keiro desenvainó la espada. Tenía los ojos azules y gélidos.

Finn dijo:

—Ya basta.

Ninguno de los otros dos se dignó a mirarlo.

—Nunca me has caído bien, muchacho. Nunca he confiado en ti —dijo Gildas muy serio—. No eres más que un ladrón bravucón y arrogante que se preocupa únicamente de sus propios placeres, que no dudaría en matar si se le antojara, como sin duda ya ha ocurrido. Y tu mayor deseo sería hacer de Finn tu hermano gemelo.

Keiro tenía el rostro enrojecido por la ira. Levantó la espada de modo que la punta afilada amenazó a los ojos del anciano.

—Finn me necesita para protegerse de ti. Yo soy quien cuida de él, quien le aguanta la cabeza cuando está enfermo, quien le cubre las espaldas. Si quieres que nos pongamos a decir verdades, te diré que los Sapienti sois unos viejos locos que se agarran a supersticiones sin sentido...

—¡He dicho que ya basta! —Finn se colocó entre ambos y apartó de un manotazo el filo de la espada.

Con el ceño fruncido, Keiro le sacudió la mano.

—¿Te vas con él? ¿Por qué?

—¿Qué me retiene aquí?

—¡Por el amor de dios, Finn! Aquí estamos bien. Hay comida, chicas, ¡todo lo que queremos! Nos temen, nos respetan. Somos lo bastante poderosos para derrocar a Jormanric en cualquier momento. Y cuando lo hagamos, seremos los Señores del Ala, ¡los dos!

—¿Y hasta cuándo? —se burló Gildas—, ¿hasta que dos sea multitud?

—¡Cállate! —Finn se dio la vuelta furioso—. ¡Miraos! Sois los únicos amigos que tengo en este infierno y no sabéis hacer otra cosa que pelear por mí. ¿Es que a alguno de vosotros le importo un comino? No me refiero al visionario, ni al guerrero, ni al loco que acepta todos los retos, sino a mí, a Finn... —Se quedó plantado, temblando. De repente lo embargó la fatiga, y mientras los otros dos lo miraban, se acucilló, con las manos en la cabeza, y se le quebró la voz—. No puedo soportarlo más. Me estoy muriendo aquí dentro, siento terror, vivo a la merced de los ataques, temo cuándo llegará el siguiente. No puedo soportarlo más. Tengo que salir de aquí, ¡averiguar quién soy! ¡Tengo que Escapar!

Se quedaron callados. El polvo caía lentamente por el haz de luz de la linterna. Entonces Keiro enfundó la espada.

Finn intentó dejar de temblar. Cuando levantó la mirada, temió ver la burla en los ojos de Keiro, pero su hermano de sangre le tendió la mano y ayudó a Finn a levantarse hasta que quedaron cara a cara.

Gildas gruñó:

—A mí me importas, tontorrón.

Keiro achinó los ojos azules.

—Cállate, abuelo. ¿Es que no ves que nos está manipulando a los dos? Como siempre... Qué bien se te da, Finn. Lo hiciste con la Maestra y ahora lo estás haciendo con nosotros. —Soltó el brazo de Finn y dio un paso atrás—. De acuerdo. Supongamos que intentamos escapar. ¿Se te ha olvidado la maldición que te echó la Maestra? Te deseó la muerte, Finn. ¿Podemos hacer algo contra un hechizo así?

—Déjame eso a mí —soltó Gildas.

—Ah sí, claro. La brujería. —Keiro sacudió la cabeza, incrédulo—. ¿Y cómo sabemos si la Llave va a abrir esa puerta? Las puertas sólo se abren si Incarceron quiere.

Finn se frotó la barbilla. Se obligó a mantenerse erguido.

—Necesito intentarlo.

Keiro suspiró. Se dio la vuelta, dirigió la mirada hacia las hogueras de los Comitatus, y Gildas miró a los ojos a Finn y asintió. A pesar del silencio, parecía triunfante.

Keiro volvió a mirarlos.

—Está bien. Pero será un secreto. Así, si no lo conseguimos, nadie lo sabrá.

—No hace falta que vengas con nosotros —gruñó Gildas.

—Si él va, yo también.

Mientras lo decía, con el pie rascó un resto de excremento de pájaro de la repisa; al observar cómo caía, Finn creyó entrever una sombra que parpadeaba abajo. Se agarró a la cadena.

—Ahí había alguien.

Keiro bajó la mirada.

—¿Estás seguro?

—Tengo una corazonada.

El Sapien se puso de pie. Parecía derrumbado.

—Si era un espía, si ha oído lo de la Llave, estamos en un aprieto. Coged armas y comida, y reuníos conmigo dentro de diez minutos al borde del pozo. —Miró la Llave con su brillo de arco iris—. Yo la guardo.

—Ni hablar. —Finn la recuperó con un movimiento rápido—. Se queda conmigo.

Mientras se daba la vuelta con la pesada Llave en la mano, notó un calor extraño y repentino, así que bajó la mirada. Por debajo de la zarpa del águila palidecía un círculo tenue. Dentro de él creyó ver, apenas por un instante, la sombra de una cara que lo miraba fijamente.

La cara de una chica.

—Tengo que reconocer que detesto montar a caballo. —Lord Evian paseaba entre los ribazos de flores y examinaba las dalias con atención—. Es agotador, y no le encuentro la gracia a tener los pies tan lejos del suelo. —Se sentó cerca de Claudia en un banco y perdió la mirada en el campo soleado, con la aguja de la iglesia brillando en la neblina provocada por el calor—. ¡Y luego, vuestro padre quiso regresar tan abruptamente! Confío en que no fuera por algún malestar repentino...

—Supongo que se habría dejado algún asunto pendiente —dijo Claudia midiendo las palabras.

La luz del atardecer calentaba la piedra de color miel del castillo; centelleaba en el centro de las aguas del foso, de un dorado oscuro. Los patos se arracimaron alrededor del pan que flotaba en la superficie. Claudia les tiró unas migas más, desmenuzándolas antes entre los dedos.

El reflejo de Evian le devolvió su rostro redondo cuando se inclinó hacia delante. Su boca dijo:

—Debéis de estar un poco nerviosa, además de impaciente por la boda.

Claudia tiró un trozo de pan a un pato.

—Según el momento.

—Os aseguro que todo el mundo dice que sabréis manejar al conde de Steen sin problemas. Su madre lo adora.

A Claudia no le cabía la menor duda. De repente se sintió abatida, como si todo el esfuerzo de representar su papel la superase. Se puso de pie y su sombra oscureció el agua.

—Ahora, si me disculpa, mi lord, tengo muchas cosas que organizar.

Él no levantó la cabeza, sino que alargó sus rollizos dedos hacia los patos. Sin embargo, dijo:

—Sentaos, Claudia Arlexa.

Esa voz. Claudia se quedó mirando apabullada la coronilla del hombre. El deje nasal había desaparecido. De pronto sonaba rotundo e imperativo. Levantó la mirada.

Claudia se sentó, en silencio.

—Estoy seguro de que esto os resultará sorprendente. Disfruto poniéndome el disfraz, pero algunas veces es extenuante. —La sonrisa bobalicona había desaparecido también de su rostro, y eso hacía que el hombre pareciera distinto, y sus ojos de párpados caídos reflejaban cansancio. Parecía más viejo.

—¿Disfraz? —preguntó ella.

—Sí, un personaje. Todos interpretamos un papel en esta tiranía del Tiempo, ¿no os parece? Claudia, ¿puede oírnos alguien si hablamos aquí?

—Es más seguro que la casa.

—Sí. —El lord se acomodó en el banco, y el pálido traje de seda crepitó. Claudia olió una ráfaga del exquisito perfume con el que se había rociado en abundancia—. Ahora escuchadme. Tengo que hablar con vos, y puede que ésta sea mi única oportunidad. ¿Habéis oído hablar alguna vez de los Lobos de Acero?

Alarma. Esa situación era peligrosa y Claudia tenía que andarse con pies de plomo. Así que contestó:

—Jared es un maestro excelente. El Lobo de Acero era el símbolo heráldico de lord Calliston, quien fue declarado culpable de provocar la traición contra el Reino, y fue el primer Preso que entró en Incarceron. Aunque eso fue hace siglos.

—Hace ciento sesenta años —murmuró Evian—. ¿Y eso es todo lo que sabéis?

—Sí.

Era cierto.

Él dirigió una mirada rápida hacia los campos.

—Entonces dejad que os cuente que Lobo de Acero también es el nombre de una organización secreta de cortesanos y... ¿cómo podríamos decirlo?... personas insatisfechas que anhelan la liberación de este juego interminable del pasado idealizado. Que quieren liberarse de la tiranía de los Havaarna. Ellos... nosotros... deseáramos que el Reino fuera gobernado por una reina que se preocupara del pueblo, que nos dejara vivir como quisiéramos. Que abriera Incarceron.

A Claudia le palpitó el corazón lleno de miedo.

—¿Comprendéis lo que os digo, Claudia?

No sabía cómo lidiar con aquella situación. Mientras se mordía el labio, observó como Medlicote salía por la torre de entrada al castillo y miraba a su alrededor, buscándolos.

—Creo que sí. ¿Formáis parte de ese grupo?

Él también había visto al secretario. Se apresuró a decir:

—Tal vez. Me estoy arriesgando mucho al hablar con vos. Pero creo que no os parecéis demasiado a vuestro padre.

La figura oscura del secretario cruzó el puente levadizo y avanzó hacia ellos dando zancadas. Evian saludó con la mano, apático. Añadió:

—Pensadlo. No serían muchos quienes llorasen la pérdida del conde de Steen. —Se puso de pie—. ¿Me buscabais, caballero?

John Medlicote era un hombre alto de pocas palabras. Hizo una reverencia dirigida a Claudia y dijo:

—Sí, mi lord. El Guardián os envía sus disculpas y me ha pedido que os informe de que este comunicado acaba de llegar de la Corte.

Le tendió un sobre de cuero.

Evian sonrió y lo tomó con delicadeza.

—Entonces, tendré que leerlo. Disculpadme, querida.

Claudia hizo una extraña reverencia y observó cómo el hombrecillo caminaba a paso ligero junto al serio sirviente y hablaba por hablar de las perspectivas de la cosecha, mientras iba sacando del sobre los documentos que debía leer. Claudia desmenuzó un trozo de pan entre los dedos en silencio, incrédula.

«No serían muchos quienes llorasen la pérdida del conde de Steen».

¿Se refería a un asesinato? ¿Hablaban con sinceridad o era algún plan urdido por la reina para atraparla, para poner a prueba su lealtad? Tanto si lo delataba como si permanecía en silencio, se arriesgaba a cometer un error.

Lanzó el pan a las aguas oscuras y contempló cómo los ánades reales más grandes, con sus cuellos largos con brillos verdosos, picoteaban a los más pequeños para apartarlos de la comida. Su vida era un laberinto de complots y mentiras, y la única persona en quien podía confiar en medio de todo aquello era Jared.

Se sacudió los dedos unos contra otros, fríos a pesar del sol.

Porque tal vez estuviera agonizando.

—Claudia. —Evian había vuelto. Sujetaba una carta en alto, entre dos dedos regordetes—. Buenas noticias, querida, de parte de vuestro prometido. —Se la quedó mirando con un rostro impenetrable—. Caspar está de camino. Llegará al castillo mañana.

Se quedó patidifusa. Sonrió con afectación y lanzó las últimas migas al agua. Flotaron unos segundos. Después, fueron engullidas.

Keiro había llenado un macuto con el botín: ropas elegantes, oro, joyas, un trabuco. Debía de pesar bastante, pero no pensaba quejarse; Finn sabía que le dolería infinitamente más dejar sus bienes atrás. Por su parte, Finn había elegido un somero recambio de ropa, algo de comida, una espada y la Llave. Eso era todo lo que deseaba llevarse. Al mirar su parte de las riquezas acumuladas en el baúl había sentido cómo lo embargaba el desprecio hacia sí mismo, había vuelto a notar la mirada penetrante y llena de desdén de la Maestra. Había cerrado de golpe la tapa del baúl con estruendo.

Cuando vio la linterna de Gildas ante ellos, corrió detrás de su hermano de sangre, sin dejar de mirar atrás, ansioso.

La noche en Incarceron era negra como el carbón. Pero la Cárcel nunca dormía. Uno de sus pequeños Ojos rojos se abrió, giró y emitió un clic mientras Finn corría bajo él, y el

sonido provocó un leve escalofrío de consternación que le recorrió la piel. Aunque la Cárcel se limitaba a observarlos, con curiosidad. Jugeteaba con sus internos, les permitía que mataran, que deambularan, que lucharan y amaran hasta que se cansaba y los atormentaba con los Encierros, o transformando la estructura de la propia Cárcel. Eran su único entretenimiento, y tal vez Incarceron supiera que no había forma de Escapar.

—¡Daos prisa! —Gildas los esperaba con impaciencia. Apenas había cogido un hatillo de comida y medicinas, y su bastón; se lo colgó del hombro y miró en dirección a la escalera anexa al pozo—. Subiremos hasta la calzada. Puede que haya vigilancia arriba, así que yo iré el primero. Desde allí hay dos horas caminando hasta la puerta.

—A través del territorio de los Cívicos —murmuró Keiro.

Gildas lo miró con frialdad.

—Todavía estás a tiempo de darte la vuelta.

—No, ya no está a tiempo.

Finn dio un respingo; Keiro, a su lado, hizo otro tanto.

De los laterales y las sombras de los túneles aparecieron los orgullosos Comitatus; con los ojos rojos, colocados por el *ket*, apuntándolos con ballestas y con trabucos en las manos. Finn vio a Arko el Grande, que se encogió de hombros y sonrió; Amoz blandió su temible hacha.

Entre sus guardaespaldas, envalentonado e imponente, se alzaba Jormanric. El jugo rojizo le manchaba la barba como si fuera sangre.

—Aquí nadie se va a ninguna parte —gruñó—. Y esa Llave tampoco.

Los ojos del pasadizo eran oscuros y miraban atentos. Eran muy numerosos.

—Salid —les dijo.

Y salieron. Eran niños. Vestían harapos y tenían la piel levantada por las úlceras. Sus venas eran tubos, su pelo de alambre. Sáfico alargó la mano y los tocó.

—Vosotros sois quienes nos salvarán —dijo.

Sáfico y los niños

Nadie habló.

Finn se apartó de la escalera de mano; sacó la espada y se dio cuenta de que Keiro ya blandía la suya, pero ¿qué podían hacer dos armas contra tantos enemigos?

Arko el Grande rompió la tensión.

—Nunca habría dicho que ibas a huir de nosotros, Finn.

La sonrisa de Keiro era fría como el acero.

—¿Quién dice que estamos huyendo?

—La espada que llevas en la mano.

Avanzó con pesadez hacia ellos, pero Jormanric lo detuvo plantándole el dorso del guante de malla contra el pecho. Entonces el Señor del Ala miró por detrás de Finn y Keiro.

—¿De verdad puede existir una herramienta que abra todos los cerrojos?

Tenía la voz pastosa, pero sus ojos parecían bien enfocados. Finn oyó cómo Gildas bajaba de la escalera.

—Eso creo. Me la envió Sáfico. —El anciano intentó abrirse paso, pero Finn lo agarró por el cinturón y se lo impidió. Enfadado, Gildas se zafó de su garra y señaló con un dedo huesudo—. Escúchame, Jormanric. Te he dado consejos excelentes durante muchos

años. He sanado a tus heridos y he intentado proveer de cierto orden a este agujero infernal que has creado. Pero a cambio, voy y vengo cuando quiero, y mi etapa contigo ha terminado.

—Ah, claro —dijo el hombretón con fastidio—. Cuánta razón tienes.

Los Comitatus intercambiaron sonrisitas. Se les acercaron. Finn miró a los ojos a Keiro; juntos, cerraron filas alrededor de Gildas.

El Sabio cruzó los brazos. Su voz sonó cargada de desprecio:

—¿Acaso crees que te tengo miedo?

—Pues sí, abuelo. Debajo de toda esa fachada, me tienes miedo. Y con motivos. —Jormanric se paseó el *ket* por la lengua—. Has presenciado demasiadas veces cómo cortaba manos y arrancaba lenguas, cómo partía la crisma a más de un hombre con el hacha, para saber muy bien qué voy a hacer contigo. —Se encogió de hombros—. Y tu voz ha empezado a irritarme. Estoy harto de que me des lecciones y consejos cuando no te los pido. Así que esto es lo que te propongo: piérdete antes de que te corte la lengua con mis propias manos. Sube esa escalera y únete a los Cívicos. No te echaremos de menos.

No era cierto, pensó Finn. La mitad de los Comitatus le debían la vida o los miembros a Gildas. Los había remendado y había cosido sus heridas después de innumerables peleas, y ellos lo sabían.

Gildas se rio con amargura.

—¿Y la Llave?

—Ah. —Jormanric achinó los ojos—. La Llave mágica y el Visionario. No puedo dejar que se marchen. Y nadie huye jamás del ejército de Comitatus. —Fijó la mirada en Keiro—. Finn nos será útil, pero tú, desertor, la única forma de Escapar que te queda es la Puerta de la Muerte.

Keiro no parpadeó. Se mantuvo erguido, con el apuesto rostro enrojecido por la rabia controlada, aunque Finn percibió un débil temblor en la mano con la que blandía la espada.

—¿Es un reto? —espetó—. Porque si no lo es, te lo propongo yo ahora mismo. —Miró a su alrededor, a todos ellos—. Todo este despliegue no es por una baratija de cristal, ni por el Sapient. Es algo entre tú y yo, Señor del Ala, y hace mucho tiempo que se estaba fraguando. He visto cómo traicionabas a todo aquel que te amenazaba, lo mandabas a una emboscada, o lo envenenabas, o sobornabas a su hermano de sangre; he visto cómo convertías a tu ejército en una panda de colgados del *ket* sin una sola neurona en el cerebro. Pero a mí no. Te llamo cobarde a la cara, Jormanric. Eres un gordo y un cobarde, un asesino, un mentiroso. Estás gastado, acabado. ¡Viejo!

Silencio.

En el pozo oscuro, las palabras reverberaron como si la Cárcel las susurrara para burlarse una y otra vez. Finn agarraba la espada con tanta fuerza que las cuerdas que rodeaban la empuñadura se le clavaron en la palma; le martilleaba el corazón. Keiro estaba loco. Keiro los había metido en la boca del lobo. Arko el Grande sacó pecho; las chicas, Lis y Ramill, observaban muy ansiosas.

Detrás de ellos vio al perro esclavo, que se arrastraba, retenido por la cadena.

Todo el mundo miró a Jormanric.

Éste se movió al instante. Sacó un grueso cuchillo mugriento y la espada que llevaba guardada en la espalda, y se abalanzó contra Keiro antes de que alguien tuviera tiempo de gritar.

Finn se apartó; la espada de Keiro se elevó reluciente de forma instintiva y las hojas entrechocaron.

Jormanric tenía la cara encarnada de rabia, con la sangre bombeando por las gruesas venas de su cuello. Escupió a Keiro en plena cara:

—Estás muerto, chaval.

Y entonces atacó.

Los Comitatus bramaron de emoción; chillaron y se arremolinaron en un ruedo apretado, blandieron las armas, patearon al unísono. Les encantaba ver derramamientos de sangre, y la mayor parte de ellos habían sufrido el azote de la arrogancia de Keiro; ahora verían cómo pagaba por sus fanfarronerías. Finn fue apartado con brusquedad, nadie le prestaba atención; intentó abrirse hueco, pero Gildas le ordenó que se mantuviera al margen:

—¡Apártate!

—¡Lo van a matar!

—Si lo matan, no perdemos nada.

Keiro luchaba para defender su vida. Era joven y atlético, pero Jormanric pesaba el doble que él, estaba curtido en la batalla, y poseído por unas ansias de pelear que pocas veces lo dominaban. Le hizo un tajo en la cara a Keiro, otro en los brazos, y luego dio unas rápidas estocadas con el cuchillo. Keiro se tambaleó hacia atrás, chocó con uno de los Comitatus, que volvió a arrojarlo sin piedad al ring; desequilibrado, se dejó caer hacia delante, y Jormanric le atestó otra puñalada.

—¡No! —gritó Finn.

El filo le hizo un corte en el pecho; Keiro inclinó la cabeza hacia un lado con un gemido. Un chorro de sangre salpicó a la multitud.

Finn tenía la daga en la mano, dispuesto a atacar, pero su acción no serviría de nada; los contrincantes se hallaban demasiado lejos de él, y Keiro estaba tan concentrado en la pelea que no podía mirar hacia los lados. Una mano agarró a Finn por el brazo; al oído, Gildas le murmuró:

—Retrocede hasta la escalera del pozo. No nos verá nadie.

Finn estaba demasiado afectado para responder. En lugar de eso, se sacudió la mano e intentó penetrar en el centro del ring, pero un brazo corpulento lo rodeó por la garganta:

—Nada de trampas, hermano.

A Arko le apestaba el aliento a *ket*.

Desesperado, Finn observó la pelea. Era imposible que Keiro sobreviviera a aquello. Las cuchilladas ya le habían alcanzado en la pierna y en la muñeca; eran heridas superficiales, pero que sangraban mucho. Jormanric tenía los ojos vidriosos y los dientes cubiertos de *ket*, apretados, amenazantes. Su ataque era una avalancha de violencia; peleaba sin miedo ni conciencia de sí mismo, y los filos soltaban chispas al entrechocar.

Sin aliento, Keiro dirigió una rápida mirada hacia un lado, aterrado; Finn dio patadas y manotazos para llegar hasta él. Jormanric rugió, un gruñido salvaje que provocó los vítores de todos sus hombres, que lo animaron; dio un paso hacia delante y blandió la espada formando un arco de acero volador.

Y se tambaleó.

Por un instante, apenas un segundo, perdió el equilibrio. Entonces se derrumbó, fue una caída estrepitosa e inexplicable, con los pies doblados detrás de él, enmarañados en una cadena que se había deslizado entre los pies de la multitud. Estaba atrapado por el lazo improvisado de un par de manos mugrientas cubiertas de harapos.

Keiro se abalanzó sobre él. Le asestó un puñetazo que hizo crujir los huesos de la espalda del Señor del Ala, cubierta por la cota de malla. Jormanric gruñó por la furia y el dolor.

Los gritos de los Comitatus cesaron abruptamente.

Arko soltó a Finn.

Keiro estaba blanco por la extenuación, pero no se detuvo. Cuando Jormanric se

retorció, Keiro golpeó con la espada el brazo izquierdo del Señor del Ala; lo atravesó, un ruido ominoso. El filo llegó a tocar el suelo. Jormanric logró incorporarse hasta quedar de rodillas, con la cabeza gacha, gruñendo por el brazo destrozado, que le colgaba medio muerto.

Por el rabillo del ojo, Finn vio una conmoción entre la multitud; estaban apartando a patadas al perro esclavo. Se escabulló para acercarse a él mientras lo pateaban y maldecían, pero cuando llegó hasta el esclavo, vio que uno de los Comitatus que lo atormentaban caía al suelo, abatido por un golpe del bastón de Gildas.

—Yo me encargo de esto —rugió el Sapient—. ¡Detenlos antes de que muera alguno de los dos!

Finn retrocedió, a tiempo de ver cómo Keiro le daba una patada a Jormanric en plena cara.

El Señor del Ala seguía aferrado a su espada, pero otro golpe cruel en la cabeza lo dejó tumbado; se desplomó con los brazos y piernas extendidos, un torrente de sangre le manaba de la nariz y la boca.

La multitud se quedó muda.

Keiro inclinó la cabeza hacia atrás y gritó triunfante.

Finn se lo quedó mirando. Su hermano de sangre se había transformado. Tenía los ojos brillantes, el pelo oscuro por el sudor y pegado al cráneo, las manos manchadas de sangre. Parecía más alto, resplandecía con una energía elegante y concentrada que apartó de un plumazo toda la fatiga; levantó la cabeza y fue paseando la mirada por todos ellos, una mirada cruda y ciega, irreconocible, que no veía nada pero desafiaba a todos.

Entonces, a conciencia, se dio la vuelta, colocó la punta de la espada sobre la vena de la garganta de Jormanric y empujó.

—Keiro —la voz de Finn fue rotunda—. No.

Los ojos de Keiro se posaron en él. Por un momento, parecía que tuviera que esforzarse por reconocer quién le había hablado. Después dijo con voz ronca:

—Está acabado. Ahora yo soy el Señor del Ala.

—No lo mates. Tú no quieres este penoso reino de pacotilla. —Finn le aguantó la mirada sin parpadear—. Nunca lo has querido. El Exterior, eso es lo que quieres. Ningún otro sitio es lo bastante grande para nosotros.

En el fondo del pozo, a modo de respuesta, sopló una cálida brisa.

Keiro se quedó mirando un momento a Finn, y después miró a Jormanric.

—¿Que renuncie a esto?

—A cambio de más. A cambio de todo.

—Es mucho pedir, hermano. —Bajó la mirada, levantó la hoja de la espada lentamente. El Señor del Ala tomó aliento, profunda pero angustiosamente. Y entonces, con un giro despiadado, Keiro clavó la espada hasta el fondo en la palma abierta de Jormanric.

El Señor del Ala soltó un alarido y se sacudió. Clavado al suelo, se convulsionó con agonía y rabia, pero Keiro se arrodilló y empezó a arrancarle los anillos de vida de los dedos, esos anillos gruesos con forma de calavera.

—¡Déjalos! —chilló Gildas por detrás de ellos—. ¡La Cárcel!

Finn levantó la mirada. Las luces explotaron alrededor de él con un destello rojo. Mil Ojos abrieron los párpados. Las alarmas empezaron a sonar con un terrible alarido ululante.

Era un Encierro.

Los Comitatus se dispersaron a empujones, se fragmentaron en una muchedumbre presa del pánico, y cuando las ranuras del muro se abrieron y un cañón de luz resplandeció, todos empezaron a huir, pasando por alto la agonía de Jormanric, que seguía sangrando. Finn gritó para azuzar a Keiro.

—¡Venga! ¡Déjalo ya!

Keiro negó con la cabeza y se metió tres anillos en el jubón.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Un gruñido por detrás.

—¿Crees que maté a la mujer, Finn?

Se dio la vuelta.

Jormanric se retorció de dolor. Escupió las palabras como si fueran veneno.

—No es verdad. Pregúntale a tu hermano. A tu apestoso hermano el traicionero. Pregúntale por qué murió.

El fuego láser parpadeaba como una barra de acero entre ellos. Durante un segundo, Finn no pudo moverse; luego Keiro resurgió y tiró de él hacia abajo. Arrastrándose por el

suelo mugriento, reptaron hacia el pozo. El pasillo era una chispeante red de energía; con eficacia, Incarceron iba restaurando el orden, cerraba herméticamente escotillas y puertas, emitía un siseo de gas amarillo y pestilente en los túneles engolfados.

—¿Dónde está?

—Allí.

Finn vio que Gildas rebuscaba entre los cuerpos; arrastraba al perro esclavo, cuyas cadenas zigzagueaban y lo hacían tropezar. Finn agarró la espada de Keiro, tiró de la criatura hacia él y arremetió contra la cadena herrumbrosa. La cuchilla afilada rompió los eslabones al instante. Finn levantó la mirada y vio unos ojos marrones, brillantes y enmarcados en las vendas harapientas que le cubrían la cara.

—¡Déjalo! ¡Está enfermo!

Keiro se abrió paso con los hombros, se estremeció ante una llamarada de fuego que perforó el techo, y saltó para agarrarse a la escalera. En cuestión de segundos se perdió por la oscuridad que se cernía en el pozo.

—Tiene razón —dijo Gildas fatigado—. Nos obligará a ir más lentos.

Finn vaciló. Entre los rugidos y las alarmas que ululaban y el acero que golpeteaba, miró hacia atrás y notó cómo los ojos del esclavo leproso lo observaban. Pero lo que vio fueron los ojos de la Maestra, su voz fue la que le habló dentro de su mente.

«Jamás volveré a atreverme a mostrar compasión por un desconocido».

Al momento se agachó, se cargó a la criatura a la espalda y empezó a subir.

Keiro ascendía el primero montando mucho alboroto, Gildas iba el último y farfullaba entre dientes sin dejar de resoplar. Mientras se daba impulso para subir los peldaños, Finn no tardó en quedarse sin resuello por culpa del peso que cargaba a la espalda; las zarpas vendadas de la criatura se agarraban con fuerza a él, y sus talones se le hundían en el estómago. Frenó un poco; después de treinta peldaños tuvo que parar, sin aliento, con los brazos pesados como el plomo. Se quedó colgando entre jadeos.

Al oído, una voz le susurró:

—Suéltame. Puedo subir yo.

Asombrado, dejó que la criatura bajara de su espalda, se encaramara a la escalera y se perdiera trepando en la oscuridad. Por debajo de él, Gildas le zarandó el pie.

—¡Vamos! ¡Rápido!

El polvo se acumulaba en la parte alta del pozo, y luego estaba ese fantasmal siseo del gas. Se dio ánimos para continuar avanzando, cada vez más alto, hasta que notó los músculos de la corva y de los muslos demasiado débiles, hasta que los hombros le dolieron al estirarse para agarrar otro peldaño y tirar de su propio peso.

Y entonces, sin advertencia alguna, se vio en un espacio más amplio, casi se derrumbó en medio de la calzada, y Keiro tiró de él para levantarlo. Entre los dos sacaron a Gildas y, sin decir ni una palabra, miraron hacia abajo. Unas ráfagas de luz parpadeaban en las profundidades. Las alarmas rojas se encendieron; los chorros de gas hicieron toser a Finn. Con los ojos llorosos, vio una plancha metálica que se deslizaba sobre la boca del pozo, hasta sellarla con un sonido hueco.

Y después, el silencio.

No hablaron. Gildas tomó de la mano a la criatura y Finn se apartó a trompicones arrastrando a Keiro, porque el ascenso y la pelea empezaban a pasarle factura y Keiro se sintió exhausto de repente; sus cortes dejaron un reguero de sangre acusador en la pasarela metálica. Corrieron sin parar por el laberinto de túneles, pasaron por puertas con marcas de los Cívicos, aberturas con barras cruzadas, y se escurrieron por una reja con los barrotes demasiado grandes e inútiles. No podían bajar la guardia en ningún momento, porque si los Cívicos los descubrían, no les darían opción de defenderse. Finn se ponía a sudar cada vez que doblaban una esquina del pasadizo, cada vez que oían un lejano golpe metálico o un susurro transportado por el eco; aguzaba el oído cuando veían sombras o un Escarabajo que correteaba por una pequeña celda en círculos interminables.

Al cabo de una hora, cojeando por la fatiga, Gildas los condujo por un pasillo que se convirtió en una galería empinada e iluminada por filas de Ojos avizores, y en la cúspide, que se perdía en la oscuridad, se detuvo y se dejó caer contra una diminuta puerta cerrada con llave.

Finn ayudó a Keiro a sentarse y se derrumbó junto a él. La criatura perruna se hizo un ovillo en el suelo. Por un momento, el estrecho espacio se llenó con su fatigosa respiración. Después, Gildas se incorporó.

—La Llave —graznó—. Antes de que nos encuentren.

Finn la sacó. Había una única grieta en la puerta, hexagonal, ribeteada por partículas de cuarzo.

Metieron la Llave en la cerradura y la giraron.

Y en cuanto al pobre Caspar, lo siento por quienes tengan que lidiar con él. Pero vos sois ambicioso y ahora estamos vinculados. Vuestra hija será la Reina y mi hijo será el Rey. Se ha pagado el precio. Si me falláis, ya sabéis lo que haré.

Reina Sia al Guardián de Incarceron,

Correspondencia personal

—¿Por qué aquí? —Claudia se abrió paso tras él entre los matorrales.

—Es evidente —murmuró Jared—, porque nadie más podrá encontrar el camino.

Ella tampoco podía. El laberinto de tejos era antiquísimo y complejo, y los espesos arbustos resultaban impenetrables. Una vez, cuando era pequeña, se había perdido y había permanecido allí dentro todo un largo día de verano, deambulando y sollozando muy enfadada, y la doncella y Ralph habían organizado una batida y casi habían perdido los nervios por culpa del miedo, hasta que la habían encontrado dormida bajo el astrolabio que se erigía en el claro central. No recordaba cómo había llegado allí, pero desde entonces, algunas veces, en el limbo de los sueños, aquel calor adormecedor regresaba a ella: las abejas, la esfera de cobre al sol.

—Claudia. Os habéis saltado una curva.

La muchacha retrocedió y lo encontró esperándola impaciente en la intersección.

—Perdonad. Estaba en otra galaxia.

Jared conocía al dedillo el camino. El laberinto era uno de sus rincones favoritos; solía ir allí a leer y estudiar, o a poner a prueba en secreto los artilugios prohibidos. Hoy era un remanso de paz comparado con la histeria de recogerlo todo y el pánico que se palpaba en la casa. Peinando los senderos recortados tras su sombra, Claudia aspiró el aroma de las rosas y jugueteó con la Llave, que tenía en el bolsillo.

Era un día perfecto, no demasiado caluroso, con unas cuantas nubes finas. Estaba programada una llovizna a las tres y cuarto, pero para entonces ya deberían haber terminado. Cuando dobló la última esquina y de pronto dio a parar en el claro central, miró a su alrededor muy sorprendida.

—Es más pequeño de lo que recordaba.

Jared enarcó una ceja.

—Pasa con todo.

El astrolabio era de cobre azul verdoso y de apariencia decorativa; junto a él, un banco de hierro forjado se hundía con elegancia en el césped, con un arbusto de rosas de color rojo sangre que trepaban sobre el respaldo. Unas margaritas salpicaban la hierba.

Claudia se sentó con las rodillas levantadas debajo del vestido de seda.

—¿Y bien?

Jared apartó el escáner.

—Parece seguro.

Se dio la vuelta y se sentó en el banco, se inclinó hacia delante y entrelazó las frágiles manos, muy nervioso.

—Bueno, contadme.

Claudia reprodujo la conversación con Evian a toda prisa, y él escuchó con el ceño fruncido. Cuando terminó el relato, el Sapiient dijo:

—Por supuesto, podría ser una trampa.

—Es posible.

Claudia se lo quedó mirando.

—¿Qué sabéis de esos Lobos de Acero? Y ¿por qué no me lo habéis contado?

Él no levantó la mirada, y eso era mala señal; Claudia notó un hilillo de miedo que se extendía por su columna vertebral.

Entonces el Maestro dijo:

—He oído hablar de ellos. Corren rumores, pero nadie está seguro de quién forma parte del grupo, o de lo real que es la conspiración. El año pasado se descubrió un mecanismo explosivo en palacio, en una sala donde se esperaba que estuviera la reina. Eso no es nada nuevo, pero también encontraron un pequeño emblema colgando de la manecilla de la ventana: era un lobo de metal. —Observó una mariquita que trepaba por una brizna de hierba—. ¿Qué vais a hacer?

—Nada. De momento. —Claudia sacó la Llave y la sujetó con ambas manos, dejando que la luz del sol iluminara las distintas caras—. No soy una asesina.

Él asintió, pero parecía preocupado, y no dejaba de mirar fijamente el cristal.

—¿Maestro?

—Algo pasa. —Absorto, alargó la mano hacia la Llave y se la arrebató—. Mirad, Claudia.

Las diminutas luces habían vuelto, esta vez se movían mucho, con un patrón rápido y repetido. Jared colocó el artefacto a toda prisa encima del banco.

—Se está calentando.

Y no sólo eso, sino que había empezado a emitir sonidos. Claudia acercó más la cara, oyó un estruendo metálico y una ráfaga de notas musicales.

Entonces la Llave habló.

—*No pasa nada* —dijo.

Claudia ahogó un grito y se apartó; con los ojos abiertos como platos, miró a Jared.

—¿Habéis...?

—Callad... ¡Escuchad!

Otra voz, más madura, sonó autoritaria:

—*Acércate y mira, tontorrón. Dentro hay luces.*

Claudia se arrodilló fascinada. Los delicados dedos de Jared se deslizaron en silencio por el bolsillo de la túnica. Sacó el escáner y lo colocó al lado de la Llave. Empezó a grabar.

La Llave repiqueteó, fue un tintineo más bien. La primera voz reapareció, extrañamente distante y emocionada.

—*Se está abriendo. ¡Apartaos!*

Y entonces surgió un sonido del artefacto, un fuerte sonido metálico, hueco, extraño, de modo que a Claudia le costó un momento asimilarlo, reconocer lo que era.

Una puerta. Se abría.

Una pesada puerta metálica, tal vez centenaria, porque los goznes gimieron, y luego un alboroto y un golpe, como si el óxido se cayera, o como si unos escombros se desprendieran del dintel.

Después, el silencio.

Las luces de la Llave cambiaron, se volvieron de un tono verde, y al momento se apagaron.

Los únicos que graznaron fueron los grajos de los olmos, junto al foso. Un cuervo se posó en el rosal y sacudió la cola.

—Vaya —dijo Jared en voz baja.

Ajustó el escáner y volvió a pasarlo por la Llave. Claudia alargó un brazo y tocó el cristal. Estaba frío.

—¿Qué ha pasado? ¿Quiénes eran?

Jared dio la vuelta al escáner para mostrárselo.

—Era un fragmento de una conversación. En tiempo real. Un vínculo fónico abierto y cerrado en unos segundos. Pero no estoy seguro de si lo iniciasteis vos o si fueron ellos.

—Ellos no sabían que los estábamos escuchando.

—Al parecer no.

—Uno de ellos ha dicho: «Dentro hay luces».

Los ojos oscuros del Sapien se toparon con los de ella.

—¿Acaso creéis que tienen un artilugio parecido?

—¡Sí! —Claudia se puso de pie de un brinco, demasiado emocionada para seguir sentada, y el cuervo salió volando, alarmado—. Escuchad, Maestro, tal como dijisteis, esto es algo más que la llave de Incarceron. ¡A lo mejor también es un mecanismo para comunicarse!

—¿Con la Cárcel?

—Con los internos.

—Claudia...

—¡Pensadlo! Nadie puede entrar. ¿De qué otra forma iba a controlar el Experimento

el Guardián? ¿Escuchando a hurtadillas lo que ocurre dentro?

El Maestro asintió, con un mechón de pelo metido en los ojos.

—Es posible.

—Aunque... —Frunció el entrecejo y entrelazó los dedos. Después se volvió hacia él—. Tenían mala pinta.

—Debéis ser más precisa cuando habléis, Claudia. ¿Qué queréis decir con «tenían mala pinta»?

Claudia buscó la palabra que mejor describiera la sensación. Cuando la encontró, ella misma se sorprendió:

—Sonaban asustados.

Jared reflexionó.

—Sí... es verdad.

—Y ¿por qué iban a estar asustados? No hay nada que temer en un mundo perfecto, ¿verdad?

Dubitativo, él contestó:

—A lo mejor lo que hemos oído era una obra de teatro. O un serial.

—Pero si tienen esas cosas: obras de teatro, películas, seriales..., entonces deben conocer lo que es el peligro, el riesgo y el terror. ¿Cómo es posible? ¿Cómo van a inventar tales cosas si su mundo es perfecto? ¿Cómo se explica que hayan sido capaces de crear una historia semejante?

El Sapient sonrió.

—Ése es un punto sobre el que podríamos debatir, Claudia. Hay personas que opinan que nuestro mundo es perfecto, y aun así, vos conocéis todas esas desgracias.

Ella frunció el ceño:

—De acuerdo. Pero se me ocurre otra cosa. —Dio unos golpecitos al águila con las alas extendidas—. ¿Será sólo para escuchar? ¿O creéis que también podremos hablar con ellos?

El Maestro suspiró.

—Aunque pudiéramos, no deberíamos hacerlo. Las condiciones de Incarceron se controlan de manera muy estricta; todo fue calculado de forma precisa. Si introducimos variables, si abrimos siquiera una diminuta grieta en ese lugar, podríamos tirarlo todo por la borda. No podemos inocular ningún germen en el Paraíso, Claudia.

Claudia se dio la vuelta.

—Sí, pero...

Se quedó petrificada.

Detrás de Jared, en el hueco que dejaban los arbustos, se hallaba su padre. La estaba observando. Por un instante, el corazón le dio un vuelco por la conmoción; después dejó que la sonrisa estudiada se dibujara con gracia en su rostro.

—¡Señor!

Jared se puso tenso. La Llave estaba encima del banco; deslizó la mano, pero quedaba fuera de su alcance.

—Os he buscado por todas partes a los dos. —La voz del Guardián era dulce, y su abrigo oscuro de terciopelo parecía un agujero en el corazón del claro iluminado por el sol. Jared levantó la mirada hacia Claudia, con la cara pálida. Si veía la Llave ...

El Guardián sonrió con calma.

—Tengo una noticia que darte, Claudia. Ha llegado el conde de Steen. Tu prometido te anda buscando.

Por un frío segundo le aguantó la mirada. Después se incorporó lentamente.

—Lord Evian está entreteniéndolo, pero sólo conseguirá aburrirlo. ¿Estás contenta, querida mía?

Se acercó para tomarla de la mano; ella quería dar un paso hacia un lado para esconder el cristal resplandeciente, pero era incapaz de moverse. Entonces Jared murmuró algo y se dejó caer hacia delante.

—¿Maestro? —Alarmada, Claudia soltó la mano de su padre—. ¿Os duele algo?

La voz de Jared sonó ronca:

—Eh... No... Un desmayo, ya está. Nada de lo que preocuparse.

Lo ayudó a sentarse bien en el banco. El Guardián estaba de pie, mirándolos desde lo alto, con la cara convertida en una máscara de preocupación. Entonces dijo:

—Me temo que trabajáis demasiado últimamente, Jared. No os conviene que os dé el sol a estas horas. Y tanto estudio, todas esas horas en vela por las noches...

Jared se puso de pie, tembloroso.

—Sí. Gracias, Claudia. Ya estoy bien. De verdad.

—Os iría bien descansar un poco —le aconsejó.

—Lo haré. Creo que volveré a mi torre. Por favor, disculpadme, señor.

Se levantó con dificultad. Durante un segundo terrible, Claudia pensó que su padre no iba a moverse. Jared y él se miraron cara a cara. Después, el Guardián retrocedió con una sonrisa irónica.

—Si preferís que os suban la cena, avisadnos y mandaremos que lo hagan.

Jared se limitó a asentir.

Claudia observó cómo su tutor caminaba cautelosamente entre los arbustos de tejo. No se atrevía a mirar en dirección al banco, pero sabía que estaría vacío.

El Guardián fue a sentarse, estiró las piernas y cruzó los tobillos.

—Un hombre impresionante, este Sapient.

Ella contestó:

—Sí. ¿Cómo habéis encontrado el camino?

Él soltó una risotada.

—Ay, Claudia. Yo diseñé este laberinto antes de que nacieras. Nadie conoce sus secretos tan bien como yo, ni siquiera tu apreciado Jared. —Se volvió y rodeó con un brazo el respaldo del banco. Lentamente, añadió—: ¿Has hecho algo para desobedecerme, Claudia?

Tragó saliva.

—¿Lo he hecho?

Su padre asintió, muy serio. Sus ojos se encontraron.

Estaba haciendo lo que siempre hacía: ponerla a prueba, jugar con ella. Pero de repente, Claudia fue incapaz de soportarlo más, esas conspiraciones, ese juego absurdo. Se puso de pie, furiosa.

—¡De acuerdo! ¡Fui yo quien se coló en vuestro estudio! —Le plantó cara, con el rostro encendido por la ira—. Y lo sabéis, ¡lo sabéis desde que entrasteis en él! Así que, ¿por qué os empeñáis en fingir? Quería ver qué había dentro, porque vos nunca me dejáis. ¡Nunca me habéis dejado entrar! Así que me colé. Lo siento, ¿vale? ¡Lo siento!

El Guardián se la quedó mirando. ¿Estaba aturdido? Era imposible saberlo. Pero ella se sentía temblorosa, pues todo ese miedo acumulado y esa rabia de años habían explotado, la furia de saber que el Guardián había convertido la vida de ella, igual que la de Jared, en algo tan falso.

Su padre levantó una mano al instante.

—¡Claudia, por favor! Claro que lo sabía. No estoy enfadado. Es más, admiro tu ingenio. Te resultará muy útil cuando vivas en palacio.

Ella le aguantó la mirada. Por un momento, notó que se había quedado perplejo. Más que eso: anonadado.

Y no había mencionado la Llave.

La brisa meció el rosal, que soltó una ráfaga de su empalagoso perfume, una sorpresa silenciosa con la que él había revelado muchísimo. Cuando volvió a hablar, su voz retomó el tono ácido habitual.

—Confío en que Jared y tú os divirtierais con el reto. —Se puso de pie de manera abrupta—. El conde te espera.

Ella frunció el entrecejo.

—No quiero verlo.

—No tienes alternativa.

El Guardián hizo una reverencia y caminó dando zancadas hacia el espacio entre los setos. Ella se dio la vuelta y fijó la vista en su espalda. Entonces dijo:

—¿Por qué no hay ni un retrato de mi madre en toda la casa?

Claudia ignoraba que una pregunta así pudiera salir de su boca. Surgió como un arrebató, con una exigencia que no era propia de su voz.

El Guardián se quedó petrificado.

A Claudia le palpitaba con fuerza el corazón; se había sorprendido a sí misma. No quería que su padre se diera la vuelta, ni contestase a su pregunta, no quería verle la cara. Porque si mostraba debilidad, ella se sentiría aterrada; aborrecía su controlada pose, pero si

la quebraba, Claudia no tenía ni idea de qué aparecería debajo.

Sin embargo, él contestó sin darse la vuelta.

—No sigas por ahí, Claudia. No pongas a prueba mi paciencia.

Cuando el Guardián se hubo marchado, Claudia se ovilló en un extremo del banco, con los músculos de la espalda y los hombros rígidos por la tensión, las manos aferradas a la seda de la falda. Se obligó a respirar hondo una vez.

Y otra vez.

Tenía los labios salados por el sudor.

¿Por qué le había preguntado eso? ¿De dónde había salido la ocurrencia? Su madre era alguien en quien nunca pensaba, a quien nunca imaginaba. Era como si no hubiera existido. Ni siquiera cuando era pequeña y veía en la Corte a las otras niñas con sus preocupadas «mamás» había sentido curiosidad por saber cosas sobre su madre.

Empezó a roerse las uñas ya mordidas. Había sido un error imperdonable. Nunca jamás debería haberlo dicho.

—¡Claudia!

Una voz alta y autoritaria. Cerró los ojos.

—Claudia, no está bien que te escondas entre todos estos matorrales. —Oyó ramas que se retorcían y se partían—. ¡Háblame! ¡No encuentro la salida!

Ella suspiró.

—Veo que por fin habéis llegado. Y ¿cómo está mi futuro esposo?

—Achicharrado y de los nervios. Aunque supongo que te importa un comino. Mira, hay cinco direcciones que nacen del punto en el que estoy ahora. ¿Cuál sigo?

La voz sonó próxima; percibía el perfume caro que usaba. No en exceso, como Evian, sino el justo.

—El que os parezca menos acertado —dijo Claudia—. Hacia la casa.

El refunfuño se volvió más distante.

—Igual que nuestro compromiso, dirían muchos. ¡Claudia, sácame de aquí!

Ella hizo un mohín. Era peor de lo que lo recordaba.

El conde pisoteó y rompió algunos arbustos.

Claudia se puso de pie rápidamente, se sacudió el vestido y confió en que su cara no tuviera un tono tan pálido como el que ella creía. A su izquierda se sacudió un seto. Una espada lo atravesó y dibujó una abertura entre las hojas, por la que cruzó su grandullón guardaespaldas mudo, Fax, quien echó un rápido vistazo a su alrededor antes de mantener separadas las ramas.

A través de ellas surgió un joven delgado, con la boca torcida por la insatisfacción. Se la quedó mirando, contrariado:

—¡Mira cómo llevo la ropa, Claudia! Hecha una pena. Una pena.

—Así que os han expulsado —contestó ella sin perder los nervios.

—Me he marchado. —Él se encogió de hombros—. Me aburría. Mi madre te manda esto.

Era una carta, escrita en grueso papel blanco y sellada con la rosa blanca de la reina. Claudia la abrió y leyó:

Querida mía:

Ya os habréis enterado de la buena nueva: vuestra boda es inminente. Después de todos estos años esperando, ¡estoy segura de que vuestra emoción será tan intensa como la mía! Caspar ha insistido en ir a buscaros personalmente... qué romántico. Formaréis una pareja estupenda. De ahora en adelante, querida mía, debéis considerarme vuestra cariñosa madre.

Sia Regina

Claudia volvió a doblarla.

—¿Habéis insistido en venir?

—No. Me mandó ella. —Caspar dio una patada al astrolabio—. Casarse va a ser un tostón, Claudia. ¿No te parece?

Ella asintió sin decir una palabra.

La decadencia fue gradual y tardamos en advertirla. Y de pronto, un día, tras una conversación con la Cárcel, cuando me marché de la habitación la oí reírse. Una risita contenida y burlona.

El sonido me dejó de piedra. Me quedé plantado en el pasillo y volvió a mí el recuerdo de una imagen antigua que había visto una vez en un manuscrito fragmentado, la de las enormes fauces del Infierno devorando a los pecadores.

En ese momento supe que habíamos creado un demonio que nos destruiría.

Diario de lord Calliston

El sonido del cerrojo al girar fue angustioso, como si la Cárcel suspirase. O como si se tratara de una puerta que llevaba siglos sin abrirse. Pero no sonaron las alarmas. Tal vez Incarceron supiera que ninguna de las puertas podía sacarlos de allí.

Gildas retrocedió en cuanto Finn lo alertó: al instante se desplomaron con estruendo varias placas de escombros y una lluvia roja de óxido. La puerta se abrió unos centímetros hacia dentro, pero luego se atascó.

Esperaron un momento, porque la estrecha rendija era oscura y fría, y un aire dulzón soplaba desde el otro lado. Entonces, Finn apartó los escombros con el pie y apostó el hombro contra la puerta. Empujó con todas sus fuerzas y la puerta se desplazó un poco más, hasta volver a quedar atascada. Sin embargo, ahora ya había espacio suficiente para colarse por ella.

Gildas lo animó:

—Echa un vistazo. Ten cuidado.

Finn miró fugazmente a Keiro, que estaba sentado en el suelo, alicaído y fatigado. Sacó la espada y se deslizó de perfil por la abertura.

Hacía más frío. Se le congeló el aliento. El terreno era irregular y estaba en pendiente. Dio unos pasos más y notó unos extraños desperdicios diminutos que crujían alrededor de sus tobillos; bajó la mano y palpó montones de cosas crujientes, frías, húmedas y afiladas, contra las yemas de los dedos. Cuando se le acostumbraron los ojos a la penumbra, cada vez más espesa, se le ocurrió que estaba en medio de un empinado salón

con columnas; unos altos pilares negros se alzaban hasta entrelazarse por encima de su cabeza. Se acercó al que tenía más próximo y lo palpó con las manos, confuso. Estaba frío como el hielo e igual de duro, pero no era liso. Un amasijo de fisuras y grietas lo recorrían, con nudos y protuberancias hinchadas, y ramas de una complejidad intrincada.

—¿Finn?

Gildas era una sombra que asomaba por la puerta.

—Esperad. —Finn aguzó el oído. La brisa se meció en la oscura maraña y provocó un leve tintineo plateado que pareció extenderse kilómetros y kilómetros. Al cabo de un momento, añadió—: Aquí no hay nadie. Podéis entrar.

Oyó unos susurros y movimientos. Entonces Gildas le dijo:

—Coge la Llave, Keiro. Tenemos que cerrar esto.

—¿Y cómo regresaremos luego? —Keiro sonaba fatigado.

—¿A dónde quieres regresar? Dame la mano. —En cuanto el perro esclavo se hubo colado por la rendija, Finn y el anciano empujaron y forzaron la puertecilla hasta que quedó encajada de nuevo en el marco. Emitió un sonido al cerrarse del todo.

Un susurro. Un sonido rasposo. Una luz, cada vez más nítida, procedente de la linterna.

—Podrían verla —comentó Keiro.

Pero Finn insistió:

—Os lo he dicho: estamos solos.

Gildas levantó la linterna y miraron a su alrededor, a los inquietantes pilares entrelazados. Al final, Keiro dijo:

—Pero ¿qué son?

Detrás de ellos, el perro esclavo se agachó. Finn se lo quedó mirando y supo que tenía los ojos fijos en él.

—Árboles de metal. —La luz iluminó la barba trenzada del Sapient, con un brillo de satisfacción en la mirada—. Un bosque donde todas las especies son de hierro, de acero y de cobre, donde las hojas son finas como planchas metálicas, donde los frutos que crecen son de oro y plata. —Se dio la vuelta—. Desde la Antigüedad se han transmitido leyendas sobre lugares como éste. Manzanas de oro vigiladas por monstruos. Por lo que parece, esas historias eran ciertas.

El aire era frío y apacible. Emitía una extraña sensación de distancia. Fue Keiro quien preguntó lo que Finn no se atrevía a verbalizar:

—¿Estamos en el Exterior?

Gildas soltó un bufido.

—¿Tan fácil crees que es? Venga, siéntate antes de que te desplomes. —Miró a Finn—. Yo me ocupo de sus heridas. Este lugar es tan adecuado como cualquier otro para esperar que llegue Lucencendida. Aquí podemos descansar. Incluso comer algo.

Sin embargo, Finn se volvió para mirar a la cara a Keiro. Por dentro sentía escalofríos y mareos, pero pronunció las palabras con determinación:

—Antes de que sigamos avanzando, quiero saber a qué se refería Jormanric. Con lo de la muerte de la Maestra.

Hubo un segundo de silencio. En el ambiente fantasmal, Keiro dedicó a su hermano de sangre una mirada exasperada y se removió con fatiga entre las hojas crujientes. Se apartó los mechones de pelo con las manos manchadas de sangre.

—Por el amor de dios, Finn, ¿acaso crees que yo lo sé? Ya lo viste. Estaba acabado. ¡Habría podido decir cualquier cosa! Era todo mentira. Olvídalo.

Finn bajó la mirada hacia él. Por un segundo deseó insistir, volver a preguntarle, silenciar el miedo machacón de su interior, pero Gildas lo apartó con afecto.

—Vamos, échanos una mano. Saca algo para comer.

Mientras el Sapient vertía agua, Finn extrajo unos cuantos paquetes de carne seca y fruta del macuto, así como una linterna, que encendió al instante. Después aplastó las frías hojas metálicas hasta formar una masa compacta; extendió unas mantas sobre ellas y se sentó. En el bosque que quedaba ensombrecido más allá del haz de luz de la linterna, cualquier sonido y crepitar resultaba inquietante; Finn intentó hacer oídos sordos. Keiro maldijo como un carretero mientras Gildas le limpiaba los cortes, le rasgaba la chaqueta y la camisa, y le frotaba con unas hierbas masticadas, amargas y desagradables, las heridas que le surcaban el pecho.

En las sombras, el perro esclavo se ovilló hasta volverse casi invisible. Finn tomó uno de los paquetes de comida, lo abrió y sacó parte del alimento.

—Toma —susurró.

Una mano cubierta de harapos, plagada de llagas, se la arrebató. Mientras la criatura comía, Finn la observó y recordó la voz que le había contestado, una voz baja y apremiante. Entonces le susurró:

—¿Quién eres?

—¿Todavía sigue aquí esa cosa?

Dolorido e irritable, Keiro volvió a ponerse la chaqueta como pudo y se la abrochó, maldiciendo los cortes y rasgones.

Finn se encogió de hombros.

—Yo me lo quitaría de encima. —Keiro se sentó, engulló la carne y buscó más con la mirada—. Tiene la lepra...

—Le debes la vida a «esa cosa» —le recordó Gildas.

Airado, Keiro levantó la mirada:

—¡No es verdad! Tenía controlado a Jormanric. —Sus ojos se volvieron hacia la criatura; después se abrieron como platos con una furia repentina y se incorporó, caminando dando zancadas hasta el lugar donde aquel ser estaba acurrucado y le arrebató algo oscuro—. ¡Esto es mío!

Era su mochila. De ella sobresalían una túnica verde y una daga incrustada de joyas.

—Ladrón apestoso.

Keiro hizo ademán de dar una patada a la criatura, que se apartó. Y entonces, para asombro de todos, el perro esclavo dijo con una voz afeminada:

—Deberías darme las gracias por haberla traído.

Gildas giró sobre sus talones y se quedó mirando aquel hatillo de harapos. Entonces lo amenazó con un dedo huesudo.

—Descúbrete —le ordenó.

Se apartó la capucha llena de jirones, sus zarpas deshicieron los nudos y quitaron las cuerdas grises que sujetaban los vendajes. Poco a poco, de ese amasijo encorvado emergió una silueta pequeña, acucillada, con el pelo corto, oscuro y sucio, y un rostro estrecho de ojos atentos y sospechosos. Era una chica, que estaba rebozada en decenas de prendas atadas para simular jorobas y bultos. Cuando se desprendió de las vendas apretadas que le cubrían las manos, Finn retrocedió repugnado ante las llagas en carne viva, con úlceras a la vista. Hasta que Gildas espetó:

—Son falsas.

Dio un paso adelante.

—No me extraña que no quisieras que me acercase a ti.

En la penumbra del bosque de metal, el perro esclavo se había transformado en una chiquilla delgada, con unas úlceras que eran en realidad hábiles manchas de color. Se incorporó poco a poco; como si ya casi no recordara el modo de hacerlo. Entonces se despezó y gruñó. El final de la cadena, que llevaba alrededor de la garganta, tintineó y se sacudió.

Keiro se echó a reír con picardía.

—Vaya, vaya. Jormanric era más astuto de lo que yo pensaba.

—Él no lo sabía. —La chica lo miró con descaro—. Ninguno de ellos lo sabía. Cuando me apresaron, iba en un grupo. Una anciana murió aquella noche, así que le robé estos harapos y me pinté las llagas con óxido, me froté todo el cuerpo con mugre y me corté el pelo como pude. Sabía que tenía que ser muy lista para seguir con vida.

Parecía asustada, a la vez que desafiante. Costaba adivinar su edad; el estafalario corte de pelo la hacía parecer una niña esquelética, pero Finn intuyó que no era mucho más joven que él. Le dijo:

—Pues al final no resultó ser tan buena idea.

Ella se encogió de hombros.

—No se me ocurrió que pudiera terminar siendo su esclava.

—¿Y probabas su comida?

Volvió a reírse, con una risa amarga.

—Comía bien. Y así salvaba el pellejo.

Finn se quedó mirando a Keiro. Su hermano de sangre observó a la chica, después se dio la vuelta y se ovilló entre las mantas.

—La abandonaremos mañana.

—Tú no eres quien decide. —La voz de la chica sonó delicada pero firme—. Ahora soy la sirvienta del Visionario.

Keiro rodó por las mantas y se la quedó mirando.

Finn dijo:

—¿Yo?

—Tú fuiste quien me sacó de aquel sitio. Nadie más lo habría hecho. Si me abandonas, te seguiré. Igual que un perro. —Dio un paso al frente—. Quiero Escapar. Quiero encontrar el Exterior, si es que existe. Y en el pabellón de los esclavos decían que ves estrellas en sueños, que Sáfico te habla. Que la Cárcel te mostrará el camino hacia la salida, porque eres su hijo.

Finn la contempló, consternado. Gildas sacudió la cabeza. Entonces miró a Finn y éste le devolvió la mirada.

—Está en tus manos —murmuró el anciano.

No sabía qué hacer, así que se aclaró la garganta y le preguntó a la chica:

—¿Cómo te llamas?

—Attia.

—Bueno, pues mira, Attia. Yo no quiero sirvientes. Pero... puedes venir con nosotros.

—No tiene comida. Eso significa que tendremos que alimentarla —intervino Keiro.

—Tú tampoco tienes. —Finn dio un empujón al hatillo de ropa—. Y ahora, yo tampoco.

—Pues entonces, compartirá tu ración, hermano. No la mía.

Gildas se apoyó contra uno de los árboles metálicos.

—A dormir —les dijo—. Ya lo solucionaremos cuando se enciendan las luces. Pero alguien tiene que montar guardia, así que puedes empezar tú, chica.

Ella asintió, y mientras Finn se acurrucaba incómodo entre las mantas, vio cómo Attia se escabullía entre las sombras y se desvanecía.

Keiro bostezó como un gato.

—Seguro que nos rebana el pescuezo —murmuró.

Claudia repitió:

—He dicho «buenas noches», Alys.

Y observó en el espejo del tocador el modo en que su doncella repasaba las prendas de seda que había extendidas por el suelo.

—Mirad esto, Claudia. Está perdido de barro...

—Pues mételo en la lavadora. Sé que tienes alguna escondida por ahí.

Alys se la quedó mirando. Ambas sabían que el arcaico método de frotar, sacudir y golpear la ropa contra las piedras del lavadero era tan agotador que el servicio había abandonado secretamente el Protocolo hacía mucho tiempo. Claudia pensó que lo más probable era que incluso en la Corte tuvieran lavadora.

En cuanto se cerró la puerta, Claudia dio un salto y se aproximó a ella. Pasó el cerrojo, giró la llave de hierro forjado y puso en marcha todos los sistemas de seguridad secretos. Entonces apoyó la espalda contra la madera y reflexionó.

Jared no se había presentado a la hora de cenar. Eso no significaba nada; era posible que quisiera prolongar el engaño, y además, aborrecía la estupidez del conde. Por un momento se preguntó si de verdad se habría mareado en el laberinto y pensó en llamarlo, pero el Maestro le había advertido que reservara el minicomunicador para las emergencias, en especial cuando el Guardián estaba en casa.

Se ató el cinturón de la bata y saltó sobre el colchón. Alargó la mano y palpó el dosel de la cama de cuatro postes.

Allí no estaba.

Por fin reinaba la tranquilidad en la casa. Caspar había hablado y bebido sin parar durante toda la cena: catorce platos de pescado y pinzones, capones y cisnes, anguilas y postres dulces. Se había pavoneado a gritos sobre los torneos, había alardeado de su caballo nuevo, del castillo que había mandado construir en la costa, de las grandes cantidades que había perdido apostando. Al parecer, su nueva pasión era la caza del jabalí, o por lo menos, quedarse rezagado mientras sus sirvientes azuzaban a un jabalí herido para que él lo rematara. Les había descrito su arpón, las presas que se había cobrado, las cabezas disecadas que adornaban los pasillos de la Corte. Y había bebido una copa tras otra, de modo que su voz se había vuelto cada vez más intimidante y arrastrada.

Claudia lo había escuchado con la sonrisa fija y le había tomado el pelo con preguntas extrañas y enrevesadas que su prometido apenas había comprendido. Y en todo momento, su padre había permanecido sentado enfrente de ella, jugueteando con el tallo de la copa de vino, dándole vueltas sobre el mantel blanco con sus dedos esbeltos, mientras miraba a su hija. Ahora, al bajarse de un salto de la cama y regresar junto al tocador para buscar en todos los cajones, recordó de pronto esa mirada fría, cómo evaluaba la manera en que se sentaba Claudia, allí, junto al estúpido con el que tendría que casarse.

No estaba en ninguno de los cajones.

Con un escalofrío repentino, se acercó a la ventana y liberó el cerrojo, dejando que las contraventanas se abrieran de par en par, y se acurrucó formando un triste ovillo entre

los cojines que había en el alféizar. ¿Cómo podía hacerle eso si la quería? ¿Es que no se daba cuenta de lo desgraciada que iba a ser? La noche estival era cálida y transportaba el aroma dulzón de los alhelíes y la madreselva, y del arbusto de rosas de almizcle que trepaba alrededor del foso. A lo lejos, entre los campos, la campana de la iglesia de Hornsely dio doce campanadas. Observó una polilla que entró revoloteando y empezó a dar vueltas incesantes alrededor de la llama de las velas; su sombra se proyectó por un segundo como la de un gigante en el techo.

¿Le había sonreído su padre con una acritud nueva? ¿Acaso esa absurda pregunta sobre su madre había aumentado la amenaza?

Su madre había muerto. Eso era lo que le había contado Alys, aunque en aquella época aún no trabajaba allí, igual que el resto de sirvientes, salvo Medlicote, la mano derecha de su padre, un hombre con quien apenas hablaba Claudia. Aunque tal vez debiera hacerlo. Porque esa pregunta le había dolido como una puñalada, había atravesado la estudiada armadura de sonrisas contenidas y frío decoro de la Era que siempre lucía el Guardián. Lo había apuñalado y él había sido consciente del ataque.

Claudia sonrió con la cara encendida.

Era la primera vez que ocurría.

¿Podía haber algún asunto turbio relacionado con la muerte de su madre? Las enfermedades eran frecuentes, aunque para los ricos era fácil encontrar fármacos ilegales; medicamentos demasiado modernos para esta Era. Su padre era estricto, pero sin duda, si amaba a su mujer, habría hecho cualquier cosa por salvarla, aunque hubiese estado prohibido. ¿O habría sido capaz de sacrificar a su esposa en aras del Protocolo? ¿O acaso había ocurrido algo peor que eso?

La polilla bailoteó en el techo. Claudia se inclinó hacia delante y miró por la ventana, hacia el cielo.

Las estrellas brillaban con fuerza en verano. Iluminaban los tejados y almenas del castillo con un fulgor tenue y fantasmal, con una luz nocturna que se reflejaba en las ondas negras y plateadas de la polilla.

Su padre estaba implicado en la muerte de Giles. ¿Era posible que ya hubiera matado antes?

Un roce en la mejilla le hizo dar un brinco. Las alas de la polilla la acariciaron y susurraron «En el alféizar». Y al instante desapareció el insecto, revoloteando hacia la débil luz de la torre de Jared.

Claudia sonrió.

Se irguió, metió la mano entre los cojines de la repisa y palpó la silueta fría de

cristal. Con mucho cuidado, la sacó.

La Llave absorbió la luz de las estrellas y la reflejó. Parecía brillar con una leve luminiscencia, y el águila que tenía dentro atrapó un rayito de luz con el pico.

Jared debía de haberla depositado allí mientras todos los demás cenaban.

Claudia tuvo la precaución de apagar las velas de un soplo y cerrar la ventana. Sacó la gruesa manta de la cama y se envolvió con ella. Entonces se colocó la Llave entre las rodillas. A continuación la tocó, la frotó y respiró sobre ella.

—Háblame —le dijo.

Finn tenía tanto frío que apenas le quedaba energía para tiritar.

El bosque de metal estaba oscuro como la boca del lobo; la linterna sólo arrojaba un foco de luz minúsculo: sobre la mano extendida de Keiro, sobre el hatillo que formaba Gildas. La chica era una sombra bajo un árbol; no emitía ningún sonido y Finn se preguntó si estaría dormida.

Alargó la mano con cautela hacia la bolsa de Keiro. Sacaría una de las elegantes chaquetas de su hermano de sangre y se la pondría encima de la suya. Tal vez dos, pues si en algún momento se separaban, a Keiro no le harían falta.

Le dio la vuelta al macuto y metió la mano. Tocó la Llave.

Estaba caliente.

La extrajo con sumo cuidado y colocó los dedos cerca del objeto, para que el calor que generaba aliviara sus articulaciones agarrotadas. En voz baja, la Llave dijo:

—*Háblame.*

Con los ojos como platos, Finn miró a los demás.

Ninguno de ellos se movió.

Con mucho cuidado, pese a lo cual su cinturón de cuero se oyó en la quietud, se incorporó de espaldas al resto. Consiguió dar tres pasos antes de que el crujido de un montón de hojas metálicas hiciera murmurar a Keiro, quien se dio la vuelta.

Detrás del árbol, Finn se quedó petrificado.

Se acercó la Llave al oído. Estaba en silencio. La tocó, resiguió toda su superficie, la sacudió. Entonces le susurró:

—Sáfico, lord Sáfico. ¿Sois vos?

Claudia suspiró.

La respuesta había sido alta y clara. Miró muy nerviosa a su alrededor, buscando algo con lo que grabar la conversación, pero maldijo al ver que no había nada. Entonces contestó:

—¡No! No, me llamo Claudia. ¿Quién eres tú?

—¡Más bajo! Van a despertarse.

—¿Quiénes?

Se produjo una pausa. Entonces Finn respondió:

—Mis amigos.

Parecía sin aliento, extrañamente aterrado.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿Y dónde estás? ¿Eres un Preso? ¿Estás en Incarceron?

Retiró la cabeza hacia atrás y se quedó mirando a la Llave con incredulidad.

En el corazón del objeto había una lucecita azul; se inclinó sobre ella hasta que le iluminó la piel.

—Claro que estoy en Incarceron. ¿Acaso tú... estás... en el Exterior?

Se hizo el silencio. Duró tanto que Finn pensó que se había cortado la comunicación; entonces añadió apresurado:

—¿Me has oído?

Y al mismo tiempo, la chica preguntó:

—¿Sigues ahí?

Se produjo un incómodo solapamiento.

Hasta que ella dijo:

—Lo siento. No debería hablar contigo. Jared me advirtió que no lo hiciera.

—¿Jared?

—Mi tutor.

Él sacudió la cabeza y su aliento congeló el cristal.

—Pero mira —dijo ella—, ahora ya es demasiado tarde, y no creo que unas cuantas palabras puedan poner en peligro un experimento con siglos de antigüedad, ¿no te parece?

Finn no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—Estás en el Exterior, ¿verdad? ¿El Exterior existe? Las estrellas están ahí, ¿a que sí?

Le aterraba la posible respuesta de ella, pero al cabo de un momento, la chica dijo:

—Sí. Las estoy mirando.

Finn suspiró con admiración; el cristal volvió a empañarse por el frío de su aliento.

—No me has dicho cómo te llamas —dijo ella.

—Finn. Nada más.

Silencio. Una quietud contenida, la Llave torpe entre sus dedos. Había tantas cosas que deseaba preguntarle, que no sabía por dónde empezar. Y entonces ella dijo:

—¿Con qué me estás hablando, Finn? ¿Tienes una llave de cristal, con el holograma de un águila dentro?

Él tragó saliva.

—Sí, una llave.

Oyó un crujido detrás de él. Miró al otro lado del árbol y vio a Gildas, que roncaba y gruñía.

—Entonces tenemos una réplica del mismo mecanismo. —La chica sonaba rápida, pensativa, como si estuviera acostumbrada a resolver problemas, a dar con soluciones; una voz clara que le hizo recordar de repente, con la más leve chispa de dolor, unas velas. Las siete velas de la tarta.

En ese momento, con la brusquedad habitual, las luces de Incarceron se encendieron.

Finn ahogó un grito al ver que estaba de pie en un paisaje de cobre y oro, y de un tono pardo rojizo. El bosque se extendía kilómetros y kilómetros, pendiente abajo, formando un paisaje amplio y ondulante. Lo contempló anonadado.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado? ¿Finn?

—Se han encendido las luces. Estoy... en un lugar nuevo, un Ala diferente. Un bosque de metal.

Contra todo pronóstico, ella dijo:

—Te envidio. Debe de ser fascinante.

—¿Finn?

Gildas se había levantado y miraba a su alrededor. Por un segundo Finn tuvo ganas de llamarlo, pero después la cautela le aconsejó que no lo hiciera. Ése era su secreto. Necesitaba conservarlo.

—Tengo que irme —dijo apresurado—. Intentaré volver a hablar contigo... Ahora que sabemos... Bueno, si tú quieres, claro. Aunque tienes que querer —añadió con apremio—. Tienes que ayudarme.

La respuesta de la chica lo sorprendió:

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puede ir mal en un mundo perfecto?

La mano de Finn se tensó cuando la luz azul fue palideciendo. Desesperado, susurró:

—Por favor. Tienes que ayudarme a Escapar.

Las paredes oyen.

Las puertas ven.

Los árboles hablan.

Las bestias mienten.

Huye de la lluvia.

Huye de la nieve.

Huye del hombre

que conocer crees.

Cantos de Sáfico

La voz de Finn.

Mientras se ponía el guante y doblaba el florete, su voz volvió a susurrarle dentro de la máscara.

«Tienes que ayudarme a Escapar».

—En guardia, Claudia, por favor.

El maestro de esgrima era un hombre canoso y pequeño que sudaba a raudales. Su florete chocó con el de ella; la iba guiando con los movimientos precisos y casi imperceptibles de un esgrimista experimentado (sexta, séptima, octava), tal como había hecho desde que Claudia tenía seis años.

La voz de ese chico le resultaba familiar.

Protegida por la cálida oscuridad de la máscara, se mordió el labio, atacó, recibió la cuarta, dio una estocada y alcanzó el chaleco acolchado de su maestro con un satisfecho ruido sordo.

El acento, las vocales ligeramente arrastradas. Así era como hablaban en la Corte.

—Finta y estocada alta. Separaos, por favor.

Obedeció, acalorada, con el guante ya moldeado por el sudor, blandiendo el florete y buscando consuelo en los giros rápidos de esos ejercicios tan habituales, en el control del arma que obligaba a su mente a trabajar a toda velocidad.

«Tienes que ayudarme a Escapar».

Miedo. Miedo en el susurro, miedo a que lo oyeran, a decir lo que había dicho. Y la palabra «Escapar» como algo sagrado, prohibido, lleno de reverencia.

—Cuarta contra cuarta, por favor, Claudia. Y mantened la mano bien alta.

Realizaba los ejercicios con la mente absorta, el filo del florete del profesor se deslizaba junto a su cuerpo. Detrás de él, vio que lord Evian salía del salón principal en dirección al patio y se detenía en los escalones, tomando rapé. La observó con pose elegante.

Claudia frunció el entrecejo.

Tenía tantas cosas en las que pensar. La clase de esgrima era su propia válvula de escape. En la casa reinaba el caos: tenía que elegir la ropa para el viaje, tomarse las últimas medidas para el vestido de novia, recopilar los libros que se negaba a dejar en el castillo, preparar las mascotas que había insistido en llevarse. Y ahora esto. Una cosa... Jared tendría que encargarse de la Llave. Sería más seguro si la transportaba él en su equipaje.

Entonces empezaron a luchar. Dejó que todos sus pensamientos se esfumaran, concentrada en los ataques, en esquivar los golpes, en blandir y doblar el florete para golpear con él una vez, dos, tres.

Hasta que al final el maestro retrocedió.

—Muy bien, mi lady. Vuestro control de los puntos sigue siendo excelente.

Poco a poco, Claudia se quitó la máscara y le dio la mano al profesor de esgrima. Visto de cerca, parecía más viejo y algo taciturno.

—Lamento perder a una alumna tan buena.

Claudia apretó aún más la mano.

—¿Perder?

Él retrocedió.

—Eh... al parecer... después de vuestra boda...

Claudia contuvo la rabia. Le soltó la mano y se incorporó.

—Después de la boda continuaré necesitando vuestros servicios. Por favor, obviad cualquier cosa que mi padre os haya dicho al respecto. Viajaréis con nosotros a la Corte.

Él sonrió e hizo una reverencia. Dejó entrever la duda; y mientras Claudia se daba la vuelta y aceptaba la copa de agua que Alys le tendía, la muchacha notó el calor de la humillación subiéndole por la cara.

Estaban intentando aislarla. Ya se lo esperaba; Jared se lo había advertido. En la corte de la reina Sia querían que estuviera sola, sin nadie de confianza, sin nadie con quien conspirar. Pero no iba a pasar por el aro.

Lord Evian llegó caminando como un pato.

—Magnífico, querida mía.

Sus ojos pequeños se deleitaron en la silueta de Claudia, vestida con el uniforme de esgrima.

—No seáis condescendiente —le espetó. Indicó a Alys que se retirara sacudiendo la mano, cogió la copa y una jarra de agua, y se dirigió con paso rápido hacia un banco que había en un rincón del césped. Al cabo de un momento, Evian se acercó a ella. Claudia lo miró—: Necesito hablar con vos.

—La casa nos vigila —dijo él sin inmutarse—. Cualquiera podría vernos.

—Entonces sacudid el pañuelo y reíd. O haced lo que se supone que hacen los espías.

Sus dedos cerraron la caja de rapé.

—Estáis enfadada, lady Claudia. Pero tengo la impresión de que no es conmigo.

Era cierto. Pero aun así, continuó penetrándolo con la mirada.

—¿Qué queréis de mí?

Él sonrió con serenidad a los patos del lago, a las pequeñas pollas de agua negras entre los juncos.

—De momento, nada. Es evidente que no vamos a mover ficha hasta después de la boda. Pero entonces, necesitare vuestra ayuda. En primer lugar habrá que lidiar con la reina... es la más peligrosa. Y después, cuando seáis coronada reina, vuestro esposo tendrá

algún tipo de accidente...

Claudia bebió un trago de agua fría. En la copa vio invertido el reflejo de la torre de Jared, con el cielo azul debajo, las ventanitas y almenas que cumplían el Protocolo a la perfección.

—¿Y cómo sé que esto no es una trampa?

Él sonrió.

—¿Acaso la reina duda de vos? No tiene motivos.

Claudia se encogió de hombros. Sólo había visto a la reina en unas cuantas celebraciones. La primera vez había sido durante su compromiso matrimonial, y de eso hacía varios años. Recordaba una mujer delgada y rubia con un vestido blanco, sentada en un trono elevado sobre lo que parecían cientos de escalones, y Claudia había tenido que subirlos todos, muy concentrada, con una cesta de flores entre las manos, una cesta que era casi tan grande como Claudia en aquella época.

Las manos de la reina, las uñas con esmalte rojo.

Su palma fría en la frente.

Sus palabras.

—Qué encanto, Guardián. Qué dulce.

—Podríais estar grabando nuestra conversación —dijo Claudia—. Podríais estar poniendo a prueba... mi lealtad.

Evian suspiró en voz muy baja.

—Os aseguro...

—Aseguradme lo que queráis, pero podría ser verdad. —Dejó en el suelo la copa y cogió la toalla que le había preparado Alys. Se secó la cara con suavidad. Luego se volvió hacia él—: ¿Qué sabéis sobre la muerte de Giles?

Lo sobresaltó. Sus ojos pálidos se agrandaron un ápice. Pero tenía práctica en el arte del engaño; respondió sin soltar prenda.

—¿El príncipe Giles? Se cayó del caballo.

—¿Fue por accidente? ¿O lo asesinaron?

Si estaba grabando su conversación, Claudia sabía que a partir de ese momento

estaba acabada.

El hombre cruzó los dedos regordetes.

—De verdad, querida mía...

—Decídmelo. Necesito saberlo. Yo soy la persona a la que más concierne. Giles era... estábamos comprometidos. Me gustaba.

—Sí. —Evian la miró con astucia—. Ya veo. —Parecía inseguro, pero entonces, como si acabara de decidirse, añadió—: Sí que hubo algo raro en relación con su muerte.

—¡Lo sabía! Se lo dije a Jared...

—¿El Sapien está al corriente de esto? —Levantó la mirada muy alarmado—. ¿Le habéis hablado de mí?

—Le confiaría a Jared mi vida entera.

—Ésas son las personas más peligrosas. —Evian se dio la vuelta y observó la casa. Uno de los patos deambuló hacia él; sacudió la mano apresuradamente y el animal se marchó haciendo cua, cua—. Nunca sabe uno dónde puede haber espías —dijo en voz baja mirando fijamente al pato—. Esto es lo que han conseguido hacer con nosotros los Havaarna. Meternos el miedo en el cuerpo.

Por un instante pareció casi conmovido; después se eliminó una arruga inexistente del traje de seda y dijo con la voz cambiada:

—El príncipe Giles salió a caballo esa mañana sin sus sirvientes habituales. Era una plácida mañana de primavera; estaba en forma, sano como una manzana, era un muchacho risueño de quince años. Dos horas más tarde, llegó al galope un mensajero blanco de tanto sudar; se bajó del corcel y corrió al salón de la Corte, subió a toda prisa los escalones y se arrojó a los pies de la reina. Yo estaba allí, Claudia. Vi la cara de la reina cuando le contó lo del accidente. Es una mujer pálida, como todas ellas, pero en ese momento se quedó blanca como el papel. Si fue una pantomima, la interpretó como una profesional. Transportaron al chico en un improvisado féretro de ramas, con los abrigos de los sirvientes cubriéndole la cara. Vi llorar a hombres hechos y derechos.

Impaciente, Claudia dijo:

—Continuad.

—Montaron la capilla ardiente. Lo vistieron con una magnífica toga dorada y una túnica de seda blanca con el águila de la corona bordada. Miles de personas le presentaron sus respetos. Las mujeres lloraban. Los niños le dejaban flores. «Qué guapo era», decían. «Y qué joven».

Volvió a mirar atentamente la casa.

—Pero pasó algo extraño. Había un hombre. Se llamaba Bartlett. Un hombre que había cuidado del muchacho desde su más tierna infancia. Ahora ya era anciano y débil, estaba jubilado. Le permitieron ver el cuerpo un día a última hora de la tarde, cuando el resto de visitantes se hubieron marchado. Lo condujeron por entre los pilares y las sombras del salón de la capilla ardiente, y a continuación subió los peldaños con dificultad para acercarse al féretro y bajó la mirada hacia Giles. Pensaron que lloraría y gemiría y aullaría de dolor. Pensaron que se rasgaría las vestiduras por la agonía. Pero no lo hizo.

Evian levantó la mirada y Claudia vio que sus ojillos mostraban viveza.

—Se echó a reír, Claudia. El anciano se echó a reír.

Después de dos horas deambulando por el bosque de metal, empezó a nevar.

Al tropezarse con una raíz de cobre y salir de su ensoñación, Finn se dio cuenta de que en realidad ya llevaba un buen rato nevando; los copos cubrían el lecho de hojas con una fina escarcha. Miró hacia atrás y su respiración se convirtió en vaho.

Gildas iba un poco rezagado, charlando con la chica. Pero ¿dónde estaba Keiro?

Finn se dio la vuelta a toda prisa. Había sido incapaz de quitarse de la cabeza esa voz, la voz del Exterior, del lugar en el que habitaban las estrellas. Claudia. Y ¿cómo había logrado hablar con él? Notó el bulto frío de la Llave por dentro de la camisa; su extrañeza lo reconfortó.

—¿Dónde está Keiro? —preguntó.

Gildas se detuvo. Clavó el bastón en el suelo y se inclinó sobre él.

—¿No lo has oído? Te lo ha dicho.

De pronto el anciano empezó a aproximarse dando zancadas y miró atentamente a Finn, con sus ojos azules claros como el cristal y su cara surcada de arrugas.

—¿Estás bien? ¿Acaso notas que se acerca alguna visión, Finn?

—Sí, estoy bien. Siento decepcionarte. —Asqueado por la ansiedad de la voz del Sapient, Finn miró a la chica—. Tenemos que quitarte esa cadena.

La llevaba enroscada alrededor del cuello como si fuera un collar para evitar que arrastrara por el suelo. Finn vio que tenía la piel levantada por debajo de la ropa, aunque se la había cubierto con varias capas de tela. La muchacha se limitó a decir:

—No hace falta. Pero ¿dónde estamos?

Finn se dio la vuelta y contempló los kilómetros de bosque. Empezó a levantarse viento y las hojas metálicas entrecucharon con un tintineo. A lo lejos, pendiente abajo, el bosque se perdía entre nubes de nieve, y en lo alto, muy por encima de ellos, el techo de la Cárcel era como una opresión distante, con sus luces difusas y amortiguadas por la bruma.

—Sáfico recorrió este camino. —Gildas estaba tenso de tanta exaltación—. En este bosque venció sus primeras dudas, las oscuras desesperaciones que le decían que no había forma de continuar. Aquí empezó a ascender hacia la salida.

—Pero no se puede ascender, el camino es cuesta abajo —dijo Attia con calma.

Finn se la quedó mirando. Por debajo de la suciedad y el pelo alborotado, notó que su rostro estaba iluminado con una extraña alegría.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —preguntó.

—No. Pertenecía a un pequeño clan de Cívicos. Nunca salíamos del Ala. Esto es... fascinante.

La palabra le hizo pensar en la Maestra y un escalofrío de culpabilidad lo recorrió, pero Gildas se abrió paso y siguió avanzando.

—Puede parecer que va cuesta abajo, pero si es cierta la teoría de que Incarceron está bajo tierra, tendremos que ascender en algún momento. A lo mejor el ascenso comienza después del bosque.

Abrumado, Finn contempló las leguas cubiertas de vegetación metálica. ¿Cómo podía ser tan extenso Incarceron? Jamás se había imaginado que fuera así. Entonces la chica preguntó:

—¿Eso es humo?

Siguieron la dirección del dedo con el que señalaba. En la lejanía, entre las neblinas distantes, ascendía una delgada columna que se iba disipando. Parecía humo de una hoguera, pensó Finn.

—¡Finn! ¡Échame una mano!

Se dieron la vuelta. Keiro arrastraba algo por entre los arbustos de cobre y acero; mientras corrían hacia él, Finn vio que se trataba de un cordero, con una de las patas remendada con poca gracia, pues los circuitos quedaban a la vista.

—Veo que seguís siendo unos ladrones —dijo Gildas con acritud.

—Ya conoces la regla de los Comitatus. —La voz de Keiro sonó alegre—. Todo pertenece a la Cárcel, y la Cárcel es nuestra enemiga.

Ya le había rebanado el pescuezo al animal. Entonces miró a su alrededor.

—Podemos destriparlo aquí. Mejor dicho, que lo haga ella. Así nos servirá para algo.

Ninguno de ellos se movió. Gildas dijo:

—Lo que has hecho es una temeridad. No sabemos qué internos viven aquí. Ni lo fuertes que son.

—¡Tenemos que comer! —Ahora Keiro estaba enfadado, se le iba oscureciendo la cara. Arrojó el cordero a los arbustos—. ¡Pero si no lo queréis, pues muy bien!

Se produjo un silencio incómodo. Al cabo de un rato, Attia se limitó a decir:

—¿Finn?

Se dio cuenta de que la chica lo haría si él se lo pedía. No deseaba aceptar ese poder. Pero Keiro estaba a punto de estallar, así que contestó:

—De acuerdo. Lo haremos entre los dos.

El uno junto al otro, se arrodillaron y abrieron en canal el cordero. Attia le pidió la navaja a Gildas y empezó a trabajar con destreza; Finn se dio cuenta de que debía de haberlo hecho muchas veces, y cuando él dejó patente su torpeza, ella lo apartó y seccionó sola toda aquella carne cruda. Sólo tomaron una porción; no tenían modo de transportar grandes cantidades, ni un cazo en el que cocinar la carne para conservarla. Además, sólo la mitad de la bestia era orgánica; el resto era un amasijo de metal, ensamblado con ingenio. Gildas husmeó entre los restos con el bastón.

—Últimamente la Cárcel alimenta peor a sus bestias.

Parecía taciturno. Keiro dijo:

—¿A qué te refieres, viejo?

—A lo que he dicho. Recuerdo cuando las criaturas eran únicamente de carne y hueso. Luego empezaron a aparecer los circuitos, unas cosas diminutas entretejidas en lugar de venas, de cartílagos. Los Sapienti siempre estudian y diseccionan los tejidos que encuentran. En otra época yo ofrecía recompensas a quienes me traían una carcasa de animal, aunque la Cárcel solía ser demasiado rápida.

Finn asintió. Todos sabían que los restos de cualquier criatura muerta desaparecían de la noche a la mañana. Incarceron enviaba a sus Escarabajos al instante con el fin de que recogieran toda la materia prima para reciclarla. Aquí no se enterraba nada, ni se incineraba. Incluso los Comitatus que morían asesinados eran depositados en el suelo,

rodeados de sus posesiones favoritas, honrados con flores, en un lugar cercano al Abismo. Por la mañana, siempre habían desaparecido.

Para sorpresa de los demás, Attia habló:

—Mi pueblo lo sabía. Ya hace mucho tiempo que los corderos son así, y los perros también. El año pasado, en nuestro clan nació un niño que tenía el pie izquierdo hecho de metal.

—¿Qué le pasó? —preguntó Keiro en voz baja.

—¿Al niño? —Se encogió de hombros—. Lo mataron. No se puede permitir que esas cosas vivan.

—La Escoria era más benévola. Dejábamos que viviera toda clase de engendros.

Finn se lo quedó mirando. La voz de Keiro resultó mordaz; se dio la vuelta y se adentró en el bosque. Pero Gildas no se movió. En lugar de eso, dijo:

—¿Es que no ves lo que significa, tontorrón? Significa que la Cárcel se está quedando sin materia orgánica...

Pero Keiro no lo escuchaba. Levantó la mano, alerta.

Del bosque emanó un sonido. Era un susurro bajo, una brisa bisbiseante. Casi imperceptible al principio, empezó a levantar las hojas, luego alborotó el pelo de Finn, ondeó la túnica de Gildas.

Finn se dio la vuelta.

—¿Qué es eso?

El Sapient se puso en marcha y lo instó a avanzar.

—Deprisa. Tenemos que encontrar cobijo. ¡Rápido!

Corrieron entre los árboles, con Attia siempre pisándole los talones a Finn. El viento arreció por momentos. Las hojas empezaron a desprenderse, a formar remolinos, a volar delante de ellos. Una le golpeó en la mejilla a Finn; se llevó la mano rápidamente al picotazo repentino y notó un corte, vio la sangre. Attia suspiró y se protegió los ojos con las manos.

Y de pronto se vieron inmersos en una avalancha de esquirlas de metal, de hojas de cobre y acero y plata, un remolino de objetos afilados como cuchillas en una abrupta tempestad. El bosque gruñó y se sacudió, las ramas se rompían con chasquidos que reverberaban en el techo invisible.

Mientras corría, agachando la cabeza y sin aliento, Finn oyó el rugido de la tormenta como si fuera una voz potente. Bramó, lo agarró y luego lo arrojó al suelo; la ira de la tormenta lo hizo chocar contra los árboles de metal, que lo magullaron y golpearon. Tambaleándose, supo que las hojas eran sus palabras, flechas de rencor, que Incarceron se dirigía a él, su hijo, nacido en sus celdas, y entonces se detuvo, se inclinó y jadeó:

—¡Ya te oigo! ¡Ya te oigo! ¡Basta!

—¡Finn! —Keiro tiró de él hacia el suelo. Pero se resbaló, pues la superficie cedió y formó un agujero entre las raíces enmarañadas de un roble imponente.

Aterrizó sobre Gildas, quien lo apartó de un manotazo. Por un momento, los dos se limitaron a tomar aliento, a escuchar cómo las hojas asesinas cortaban el aire, gemían y murmuraban. Entonces la voz amortiguada de Attia les llegó por detrás:

—¿Qué es este lugar?

Finn se dio la vuelta. A sus espaldas vio un simple agujero redondo, hendido hasta lo más profundo de la corteza de acero del roble. Demasiado bajo para que alguien pudiera colocarse de pie en él, el túnel se perdía en la oscuridad. La chica, a cuatro patas, reptó por él. Las hojas metálicas crujieron bajo su cuerpo; Finn percibió un olor mohoso y extraño, y vio que de las paredes sobresalían setas, masas retorcidas y moteadas de esporas que crecían con flacidez.

—No es más que una madriguera —dijo Keiro con amargura. Levantó las rodillas, se sacudió la porquería del abrigo y luego miró a Finn—. ¿Está a salvo la Llave, hermano?

—Pues claro que sí —murmuró Finn.

Los ojos azules de Keiro lo miraron con dureza.

—Entonces, enséñamela.

Reticiente y sorprendido, Finn introdujo la mano en la camisa. Sacó la Llave y vieron que el cristal resplandecía en la penumbra. Estaba fría y, para alivio de Finn, silenciosa.

Attia abrió los ojos como platos.

—¡La Llave de Sáfico!

Gildas se volvió hacia ella.

—¿Qué acabas de decir?

Sin embargo, la chica no estaba mirando el cristal. Contemplaba una imagen grabada meticulosamente en la cara posterior del árbol, erosionada por siglos de suciedad y

liquen verde bastante crecido; la imagen de un hombre alto y esbelto, de pelo moreno, sentado en un trono con las manos extendidas y formando con los dedos una ranura hexagonal de oscuridad.

Gildas le quitó la Llave a Finn. La introdujo en la abertura. Al instante empezó a resplandecer; emanaba luz y calor, con los que iluminó sin piedad las caras sucias de todos ellos, los cortes afilados, e hizo visibles los recodos más escondidos de la madriguera.

Keiro asintió.

—Parece que vamos por buen camino —murmuró.

Finn no contestó. Tenía los ojos fijos en el Sapient; ese brillo de admiración y gozo en el rostro del anciano. Esa obsesión. Se le helaron hasta los huesos.

Prohibimos el crecimiento y, por lo tanto, la decadencia. La ambición y, por lo tanto, la desesperación. Porque cada una de esas cosas no es más que el reflejo velado de la otra. Y sobre todo, prohibimos el Tiempo. A partir de ahora, nada cambiará.

Decreto del rey Endor

—No sé para qué quieres toda esta porquería. —Caspar cogió un libro de la pila y lo abrió. Miró con desgana las brillantes letras manuscritas—. En el palacio ya tenemos libros. Nunca pierdo el tiempo con ellos.

—Cuánto me sorprendéis.

Claudia se sentó encima de la cama y miró a su alrededor, impotente, hacia el caos. ¿Cómo podía tener tantas posesiones? ¡Y tan poco tiempo!

—Y los Sapienti almacenan miles y miles. —Apartó el libro con desdén—. Qué suerte has tenido, Claudia, de no haberte visto obligada a ir a la Academia. Pensé que iba a morirme de aburrimiento. Bueno, es igual, ¿por qué no vamos a ver los halcones? Los sirvientes pueden hacer todo esto. Para eso están.

—Sí.

Claudia se mordió las uñas; se dio cuenta y dejó de hacerlo.

—¿Intentas deshacerte de mí, Claudia?

Levantó la cabeza. Caspar la miraba atentamente, con sus ojillos pequeños fijos en la expresión impertérrita de ella.

—Sé que no quieres casarte conmigo —le dijo.

—Caspar...

—No pasa nada, no me importa. Al fin y al cabo, es cosa de la dinastía. Ya me lo ha explicado mi madre. Puedes tener todos los amantes que quieras, una vez que hayamos dado un heredero. Yo lo haré, te lo aseguro.

Claudia lo observó, incrédula. No podía quedarse de brazos cruzados; dio un salto y empezó a recorrer la habitación desordenada.

—¡Caspar, escuchad lo que decís! ¿Se os ha ocurrido alguna vez la clase de vida que vamos a llevar juntos, en ese mausoleo de mármol que llamáis palacio? Viviremos en una mentira, una pantomima, tendremos que fingir sonrisas en todo momento, llevar ropa de una época que jamás existió, posar y pavonearnos e imitar modales que sólo deberían aparecer en los libros. ¿Habéis pensado en todo eso?

Estaba sorprendido.

—Siempre ha sido así.

Se sentó junto a él.

—¿Es que nunca habéis querido ser libre, Caspar? ¿Ser capaz de cabalgar a solas una mañana de primavera y emprender camino para conocer el mundo? ¿Encontrar aventuras y alguien a quien poder amar?

Era demasiado. Claudia lo supo en cuanto lo hubo dicho. Era demasiado pedir para él. Notó como se ponía rígido y ceñudo. Entonces se la quedó mirando.

—Ya sé a qué viene todo esto. —Su voz sonó áspera—. Es porque preferirías estar con mi hermano. El santo Giles. Bueno, pues está muerto, Claudia, así que olvídate de él. —Después recuperó la sonrisa, maliciosa y fina—. ¿O es por Jared?

—¿Jared?

—Bueno, está claro, ¿no? Es mayor, pero a algunas chicas les gustan los hombres así.

Le entraron ganas de abofetearlo, de levantarse y darle un guantazo en esa carita burlona. Caspar le sonrió.

—He visto cómo lo miras, Claudia. Y ya te lo he dicho, no me importa.

Claudia se puso de pie, tensa por la rabia.

—Sapo repugnante.

—Te has enfadado. Eso demuestra que es verdad. ¿Sabe tu padre lo que hay entre Jared y tú, Claudia? Debería contárselo, ¿no crees?

Era puro veneno. Era un lagarto que sacaba la lengua para atraparla. Su sonrisa era malvada. Claudia se inclinó y acercó la cara a la de él, hasta que Caspar retrocedió.

—Si volvéis a mencionar esto, a mí o a cualquier otro, os mataré. ¿Me habéis entendido, mi lord Steen? Yo, con mis propias manos, con una daga que atravesará vuestro cuerpo enclenque. ¡Os mataré igual que mataron a Giles!

Temblando de ira, salió de la habitación y cerró con un portazo que se hizo eco por todo el pasillo. Fax, el guardaespaldas, estaba recostado en la puerta. Cuando Claudia pasó por delante de él, se puso de pie, con una lentitud insolente, y mientras ella corría por debajo de la hilera de retratos hasta las escaleras, notó los ojos del guardián puestos en su espalda, la sonrisa gélida.

Los odiaba.

A todos.

¡Cómo podía decirle algo así!

¡Cómo podía siquiera pensarlo Caspar! Bajó los peldaños como un caballo desbocado y abrió de par en par la puerta doble de un empujón. Las doncellas se desperdigaron ante Claudia, pues vieron que estaba de un humor de perros. ¡Qué injuria tan asquerosa! ¡Contra Jared! ¡Jared, que nunca soñaría, que no se atrevería ni a pensar semejante cosa!

Llamó a gritos a Alys, quien llegó corriendo.

—¿Qué ocurre, mi lady?

—Mi abrigo de montar. ¡Ya!

Mientras esperaba, empezó a soltar pestes, deambulando y mirando por la puerta abierta del castillo hacia la perfección de los prados, el cielo azul, los pavos reales que practicaban sus inquietantes chillidos.

La rabia le era familiar, un curioso consuelo. Cuando le trajeron el abrigo, se cubrió con él y espetó:

—Me voy a cabalgar.

—Claudia... ¡hay miles de cosas que hacer! Nos marchamos mañana.

—Pues las hacéis vosotras.

—Y el vestido de novia... la última prueba.

—Por mí, como si lo convertís en trapos.

Al instante desapareció, corrió escaleras abajo y atravesó el patio de armas. Y

mientras corría miró hacia arriba y vio a su padre, de pie en la ventana imposible de su estudio, esa ventana que no existía, que no podía estar allí.

El Guardián estaba de espaldas a ella, hablando con alguien.

¿Había alguna persona en el estudio con él?

Pero si nadie entraba allí jamás.

Aminoró el paso y observó con atención un momento, perpleja. Entonces, por temor a que se diera la vuelta, se apresuró hacia los establos y encontró a Marcus ya ensillado, coceando el suelo con impaciencia. El caballo de Jared también estaba listo, una criatura esbelta y musculosa llamada Tam Lin, que seguramente respondía a algún acertijo ideado por el Sapient que ella no había sabido descifrar.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está el Sabio? —preguntó a Job.

El chico, que siempre mantenía la boca cerrada, murmuró:

—Ha vuelto a la torre, lady. Se había olvidado algo.

Se lo quedó mirando.

—Job, escúchame. ¿Conoces a todos los habitantes de los dominios?

—A casi todos.

Barría el suelo con precipitación, levantando nubes de polvo. Quería decirle que parara, pero eso habría hecho que se pusiera todavía más nervioso, así que le preguntó:

—Un anciano llamado Bartlett. Jubilado, que antes era sirviente en la Corte. ¿Sigue vivo?

El muchacho levantó la cabeza.

—Sí, mi lady. Tiene una cabaña en Hewelsfield. Cerca del sendero que va hasta el molino.

Notó el palpar de su corazón.

—¿Está...? ¿Todavía está lúcido?

Job asintió y consiguió esbozar una sonrisa.

—Más lúcido que mucha gente. Es muy avisado. Pero no dice gran cosa, por lo menos, sobre sus días en la Corte. Se limita a mirar a la cara de quien le pregunta.

La sombra de Jared oscureció la puerta del establo y al instante entró casi sin resuello.

—Lo siento, Claudia.

El Sapient se montó en la silla de su caballo, y mientras Claudia apoyaba el pie en las manos entrelazadas de Job, le preguntó en voz baja:

—¿Qué habíais olvidado?

Sus ojos oscuros se encontraron con los de ella.

—Cierta objeto que no quería dejar abandonado.

Desvió la mano discretamente hacia su ropa, esa túnica de cuello alto y color verde oscuro característica de los Sapienti.

Ella asintió, sabiendo que hablaba de la Llave.

Cuando empezaron a cabalgar, Claudia se preguntó por qué se sentía tan extrañamente avergonzada.

Metidos en la madriguera, hicieron una fogata con los hongos secos y unos polvos crepitantes de la bolsa de Gildas y cocieron allí la carne mientras el viento huracanado atronaba en el exterior. Ninguno de ellos hablaba apenas. Finn temblaba de frío y le escocían los cortes de la cara; notaba que Keiro también estaba agotado. Costaba decir cómo se sentía la chica. Se sentó algo apartada y empezó a comer deprisa, con los ojos avizores, atenta a todos los detalles.

Al final, Gildas se limpió las manos grasientas en la túnica.

—¿Viste algún indicio de que hubiera internos?

—Las ovejas estaban pastando —dijo Keiro con desgana—. No había ni una verja.

—¿Y la Cárcel?

—¿Cómo voy a saberlo? Tendrá Ojos en los árboles, supongo.

Finn se estremeció. Notaba un eco extraño dentro de la cabeza. Deseaba que todos se acostaran, que se quedaran dormidos para que él pudiera sacar de nuevo la Llave y hablar con el artillero. Con la chica. La chica del Exterior. Así pues, dijo:

—No podemos continuar avanzando, así que podríamos descansar aquí. ¿No creéis?

—Suená bien —dijo Keiro, perezoso.

Acomodó la mochila contra la parte posterior del refugio. Pero Gildas se había quedado mirando la imagen grabada en el tronco del árbol. Anduvo a cuatro patas para acercarse más, alargó la mano y empezó a frotarla con los dedos venosos. Se cayeron las capas de liquen. La cara estrecha pareció emerger de entre la mugre y la capa verde de musgo, sujetando la Llave entre las manos, una Llave grabada con tanto esmero que parecía real. Finn se dio cuenta de que la Llave debía de estar unida a algún circuito del interior del árbol, y por un momento una visión difusa lo pilló desprevenido, la sensación de que todo Incarceron era una gran criatura en cuyas entrañas de cable y hueso reptaban ellos.

Parpadeó.

Nadie pareció darse cuenta, aunque la chica lo miraba fijamente. Gildas dijo en ese momento:

—Nos está guiando por el camino que él siguió. Como el hilo dentro del laberinto.

—¿Y dibujó él su propio retrato? —dijo Keiro arrastrando las palabras.

Gildas frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no. Esto es un altar, creado por los Sapienti que lo han seguido. Deberíamos ir encontrando otras señales por el camino.

—Me muero de ganas.

Keiro se dio la vuelta y se encogió formando un ovillo.

Gildas se quedó mirando su espalda. Entonces le dijo a Finn:

—Saca la Llave. Tenemos que cuidarla bien. Es posible que el camino sea más largo de lo que creemos.

Mientras pensaba en la inmensidad del bosque, Finn se preguntó si deambularían por él eternamente. Con cuidado, extendió un brazo y quitó la Llave del hexágono; se desprendió con un leve clic, y al instante el agujero quedó en la penumbra y las silbantes esquivadas de acero nublaron las luces distantes de la Cárcel.

Finn se sentía tenso e incómodo, pero se mantuvo quieto, a la escucha. Al cabo de un buen rato, supo por la respiración pesada del anciano que Gildas se había dormido. No estaba seguro de si los otros dos también. Keiro tenía la cara vuelta hacia la pared. Attia siempre estaba callada, como si hubiera aprendido que quedarse inmóvil y pasar desapercibida era lo que la mantenía con vida. Fuera de la guarida, el bosque rugía en plena

tormenta. Oyó el crujido de las ramas, el torbellino de su ola de desprecio procedente de la lejanía, notó la fuerza del viento que zarandeaba los árboles, que sacudía el tronco que tenían encima.

Habían enfurecido a Incarceron. Habían abierto una de sus puertas prohibidas y cruzado algún límite. Tal vez los dejara allí atrapados para siempre, cuando apenas habían emprendido el viaje.

Al final, el chico fue incapaz de seguir esperando.

Con sumo cuidado, tomando infinitas precauciones para paliar el crujido del manto de hojas del suelo, sacó la Llave del bolsillo. Estaba fría, cubierta por una capa de escarcha. Sus dedos dejaron huellas opacas en el objeto y, aunque se esforzó, no logró distinguir la forma del águila grabada en el interior, así que frotó la escarcha para dejar limpia la superficie.

La sujetó con fuerza.

—Claudia —susurró.

La Llave estaba fría y muerta.

No brilló ninguna luz. Finn no se atrevía a hablar más fuerte.

Pero justo entonces, Gildas murmuró en sueños, de modo que Finn aprovechó la ocasión para ovillarse y acercar más la Llave a su cara.

—¿Me oyes? —preguntó dirigiéndose a la Llave—. ¿Estás ahí? Por favor, contesta.

La tormenta atronaba. Le retumbaba en los dientes y en los nervios. Cerró los ojos y sintió la desesperación, pensó que lo había imaginado todo, que la chica no existía, que ciertamente había nacido en algún Vientre de la Cárcel.

Y entonces, como si surgiera de su propio miedo, le llegó una voz, un comentario alejado.

—¿Se echó a reír? ¿Estáis segura de que eso fue lo que dijo?

Finn abrió los ojos como platos. Una voz de hombre. Tranquila y pensativa.

Miró a su alrededor muy nervioso, por miedo a que los demás lo hubieran oído, y entonces una chica dijo:

—... Claro que estoy segura. Maestro, ¿por qué iba a reírse el anciano si Giles estaba muerto?

—Claudia —Finn susurró el nombre de la chica sin poder contenerse.

Al instante Gildas se dio la vuelta; Keiro se sentó. Maldiciendo, Finn introdujo la Llave en el abrigo y rodó sobre su cuerpo para encontrar a Attia mirándolo fijamente. De inmediato supo que lo había visto todo.

Keiro había sacado el cuchillo.

—¿No lo habéis oído? Hay alguien fuera.

Sus ojos azules estaban alerta.

—No. —Finn tragó saliva—. He sido yo.

—¿Hablabas en sueños?

—Hablabas conmigo —dijo Attia como si tal cosa.

Por un momento, Keiro se los quedó mirando. Luego se reclinó de nuevo, pero Finn sabía que no estaba convencido.

—¿Ah sí? Ya —dijo su hermano de sangre en voz baja—. Y entonces, ¿quién es Claudia?

Continuaron subiendo el camino a medio galope, con las hojas verdes oscuras de los robles formando un túnel por encima de sus cabezas.

—¿Y creéis a Evian?

—En este caso, sí. —Ella miró al frente, hacia el molino que se erigía a los pies de la colina—. La reacción del anciano no fue la esperada, Maestro. Seguro que quería mucho a Giles.

—El duelo afecta a las personas de maneras extrañas, Claudia. —Jared parecía preocupado—. ¿Le contasteis a Evian que iríais a buscar a ese tal Bartlett?

—No. Él...

—¿Se lo dijisteis a alguien? ¿A Alys?

Ella resopló.

—Ja, contadle algo a Alys y lo sabrá todo el servicio en cuestión de minutos. —Eso le hizo pensar en otra cosa. Claudia aminoró el paso del caballo, que iba resoplando—. Mi padre ha despedido al profesor de esgrima. O lo ha intentado. ¿No os ha dicho nada más sobre vuestros servicios?

—No, de momento no.

Se quedaron callados mientras él descabalgaba y abría el cerrojo de la cerca, dando unas palmaditas al caballo en el lomo para que avanzara y la abriera del todo. Al otro lado el camino estaba agrietado, rodeado de setos verdes, con escaramujos que se entrelazaban entre ortigas y adelfillas, y salpicaduras blancas de las flores del perifollo.

Jack se chupó la sangre del dedo, pues se había pinchado. Entonces dijo:

—Debe de ser aquí.

Era una cabaña baja medio ensombrecida por un gran castaño que crecía al lado. Conforme se acercaban a caballo, Claudia contempló con el entrecejo fruncido que cumplía perfectamente el Protocolo: el tejado de paja con agujeros, las paredes húmedas, los árboles nudosos del huerto.

—Una casucha para los pobres.

Jared sonrió con esa tristeza característica.

—Me temo que sí. En esta Era, sólo los ricos saben lo que es la comodidad.

Dejaron a los caballos atados, comiendo las largas briznas de hierba exuberante que crecía junto a la vereda. La puerta de madera estaba rota y colgaba medio abierta; Claudia se dio cuenta de que la habían forzado hacía poco, y habían aplastado las hojas de hierba que tenía debajo, todavía húmedas por el rocío.

Jared se detuvo.

—La puerta está abierta —dijo.

Ella se dispuso a adelantarle, pero el Maestro dijo:

—Un momento, Claudia. —Sacó el pequeño escáner y dejó que se activara—. Nada. No hay nadie.

—Entonces entremos a esperarlo. Sólo nos queda hoy.

Avanzó dando zancadas por el camino agrietado; Jared se apresuró a seguirla.

Claudia empujó la puerta para abrirla un poco más; cuando crujió, la muchacha creyó que algo se había arrastrado dentro.

—¿Hola? —preguntó al momento.

Silencio.

Asomó la cabeza por la puerta.

La habitación estaba a oscuras y olía a humo. Una ventana baja la iluminaba, con los postigos abiertos y apoyados contra la pared. El fuego del hogar se había apagado; al entrar, vio el cazo ennegrecido colgado de la cadena, el asador, las cenizas que revoloteaban por la enorme boca de la chimenea.

Había dos bancos pequeños que reseguían una esquina de la chimenea; cerca de la ventana había una mesa y una silla, además de una repisa con unos cuantos platos de peltre abollados y una jarra encima. Cogió la jarra y olió la leche que había dentro.

—Fresca.

Vieron una puertecilla baja que daba al establo de las vacas. Jared se acercó y asomó la nariz, aunque tuvo que agacharse para pasar por el dintel.

Estaba de espaldas a ella, pero Claudia supo, por su repentina quietud nada improvisada, que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Cuando el Maestro se dio la vuelta, tenía la cara tan pálida que la muchacha creyó que estaba enfermo. Entonces dijo:

—Me temo que llegamos tarde.

Claudia se aproximó. Él se quedó plantado, impidiéndole pasar.

—Quiero verlo —murmuró la chica.

—Claudia...

—Dejadme ver, Maestro.

Agachó la cabeza por debajo del brazo de él.

El anciano estaba tirado de cualquier manera en el suelo del establo. Saltaba a la vista que tenía el cuello partido. Estaba bocarriba, con los brazos extendidos, una mano enterrada en la paja. Tenía los ojos abiertos.

El establo olía a estiércol rancio. Las moscas zumbaban sin cesar y las avispas entraban y salían por la puerta abierta; fuera baló un cabrito.

Fría por la estupefacción y la rabia, Claudia dijo:

—Lo han matado.

—No lo sabemos.

De repente, Jared pareció volver a la vida. Se arrodilló junto al anciano, le tocó el cuello y la muñeca, le pasó el escáner por el cuerpo.

—Lo han matado. Sabía algo sobre Giles, sobre el asesinato. ¡Se han enterado de que íbamos a venir!

—¿Quién puede haberse enterado?

El Sapien volvió a incorporarse rápidamente y regresó a la sala de estar.

—Evian lo sabía. Seguro que pincharon mi conversación con él. Y también está Job. Le pregunté...

—Job es un crío.

—Tiene miedo de mi padre.

—Claudia, yo también tengo miedo de vuestro padre.

Volvió a mirar la silueta semienterrada entre la paja y soltó la rabia que llevaba dentro, agarrándose el cuerpo con los brazos.

—Se ven perfectamente las marcas —dijo para sí misma.

Marcas de manos. Dos hematomas como huellas oscuras de unos pulgares, hendidas en la carne tumefacta.

—Alguien grande. Muy fuerte.

Jared abrió bruscamente el armario del mueble de la cocina y sacó unos platos.

—Está claro que no se cayó.

Claudia se dio la vuelta.

Él cerró la portezuela de golpe, se acercó a la chimenea y miró hacia arriba. Entonces, para asombro de la joven, se subió a uno de los bancos y metió la mano en la oscuridad, palpando a ciegas. El hollín cayó en cascada.

—¿Maestro?

—Vivía en la Corte, Claudia. Tenía que ser instruido.

Al principio Claudia no lo comprendió. Luego se dio la vuelta y miró

apresuradamente a su alrededor, vio la cama, levantó el colchón, lo rajó y dejó a la vista la paja cubierta de piojos.

Fuera graznó un cuervo, que se marchó aleteando.

Claudia se quedó de piedra.

—¿Van a volver?

—Podría ser. Seguid buscando.

Pero en el momento en que Claudia se movió, se tropezó con un tablón que crujía. Cuando se arrodilló y tiró de él, la madera se levantó como un resorte con la holgura que provoca el uso frecuente.

—¡Jared!

Era la caja de objetos valiosos del anciano. Una cartera gastada con unas cuantas monedas de cobre, un collar roto al que le faltaban la mayor parte de las piedrecillas, dos plumas, un pergamino enrollado y, cuidadosamente oculta en el fondo de la caja, una bolsita de terciopelo azul cerrada con un cordón, tan pequeña como la palma de la mano de Claudia.

Jared sacó el pergamino y lo ojeó.

—Parece un testamento. ¡Sabía que lo habría escrito! Si había estudiado con los Sapienti era lógico que...

Levantó la mirada. Claudia había abierto la bolsita azul. De ella extrajo un óvalo pequeño de oro, en cuyo dorso estaba grabada el águila con la corona. Le dio la vuelta.

El rostro de un niño los miró a la cara, con una sonrisa tímida y franca, y unos ojos marrones.

Claudia le devolvió la sonrisa, con amargura. Levantó la cabeza hacia su tutor.

—Debía de valer una fortuna, pero nunca lo vendió. Tenía que quererlo mucho.

En voz baja, el Maestro preguntó:

—¿Estáis segura...?

—Sí, sí. Estoy segura. Es Giles.

Encadenados de pies y manos

Sáfico salió cabalgando del Bosque Enmarañado y vio la Fortaleza de Bronce. Personas procedentes de todos los rincones entraban en tropel a través de sus muros.

—¡Entrad! —le instaban—. ¡Deprisa! ¡Antes de que nos ataque!

Miró a su alrededor. El mundo era de metal y el cielo era de metal. Las personas eran hormigas en las llanuras de la Cárcel.

—¿Acaso habéis olvidado —les preguntó— que ya estáis dentro?

Pero siguieron corriendo y dijeron que había perdido el juicio.

Leyenda de Sáfico

La tormenta había azotado durante toda la noche antes de amainar de forma tan abrupta que Finn se había despertado de sopetón a causa del silencio. La quietud resultaba inquietante después del vendaval, pero por lo menos significaba que al fin iban a poder desplazarse, antes de que la Cárcel cambiara de opinión. Keiro había reptado hasta la salida del refugio y una vez fuera se había desperezado, soltando un gruñido al notar un calambre. Al cabo de un momento, había recuperado la voz, inusitadamente baja:

—Mirad.

Cuando Finn se había incorporado, había visto que el bosque estaba desnudo. Todas y cada una de las hojas, todas y cada una de las delgadas ramitas metálicas de los arbustos estaban amontonadas en remolinos inmensos.

En lugar de hojas ahora los árboles tenían flores. Capullos de cobre, dorados y carmesí, resplandecían colina arriba y valle abajo, hasta donde se perdía la vista.

Detrás de él, Attia se había echado a reír.

—Es precioso.

Él se había dado la vuelta, sorprendido, pues en su opinión aquello no era más que un obstáculo.

—¿Ah sí?

—Claro. Pero tú... ya debes de estar acostumbrado a los colores. Como vienes del Exterior...

—¿Me crees?

Ella había asentido con parsimonia.

—Sí. Noto que eres diferente. No encajas aquí. Y ese nombre que pronunciaste en sueños, esa tal Claudia. ¿Te acuerdas de ella?

Eso era lo que les había contado. Entonces había asentido y después había levantado la mirada.

—Escúchame, Attia. Necesito que me ayudes. Es que... algunas veces necesito estar solo. La Llave... favorece las visiones. Por eso hay veces en las que tengo que apartarme de Keiro y Gildas. ¿Me comprendes?

Ella había dicho que sí muy seria, con los ojos brillantes y fijos en él.

—Ya te lo dije, soy tu sirvienta. Sólo tienes que decirme cuándo, Finn.

A Finn le había dado vergüenza. La muchacha lo había mirado a la cara, pero no había dicho nada más.

Desde ese episodio, habían avanzado a toda prisa por un paisaje de color rubí, entre plantaciones de árboles que se perdían colina abajo, mientras el terreno del bosque, fragmentado y a la vez cosido por ríos de agua, dibujaba extraños lechos aislados, surcados por grietas. Unos insectos que Finn no había imaginado jamás reptaban por los grandes montones de hojas que bloqueaban el paso; tardaron horas en encontrar caminos alternativos mediante los que bordear esos montículos. Y en lo alto, entre las ramas desnudas, los grajos iban saltando y graznando en bandadas, siguiendo a los viajeros con una vivaracha curiosidad, hasta que Gildas los maldijo y los amenazó con un puño. Entonces, en silencio, se alejaron volando.

Keiro asintió:

—Vaya, resulta que al final los Sipienti sí saben hacer magia.

Sin aliento, el anciano lo miró a la cara.

—Ojalá funcionara contigo.

Keiro sonrió a Finn con ironía.

Finn se permitió esbozar una sonrisa. En cierto modo se sentía aliviado, y mientras caminaba como podía detrás de Gildas por los senderos del bosque, empezó a experimentar algo que debía de parecerse a la felicidad. Había comenzado la Huida. Los Comitatus quedaban lejos ya; toda esa vida de luchas brutales, de asesinatos y mentiras y miedo había terminado. Las cosas serían distintas a partir de ahora. Sáfico les mostraría el rumbo hacia la salida.

Cuando pisó una maraña de raíces, le entraron ganas de echarse a reír a mandíbula batiente, pero en lugar de eso se llevó la mano al interior de la camisa y tocó la Llave.

Apartó la mano de inmediato.

Estaba caliente.

Miró a Keiro, que iba a la cabeza. Entonces se dio la vuelta. Attia estaba donde siempre. A sus pies.

Irritado, se detuvo.

—No me gusta tener esclavos.

Ella también se detuvo.

—Lo que tú digas.

Sus ojos lo penetraron con esa mirada herida.

Entonces él dijo:

—Allí hay un arroyo, lo oigo. Diles a los demás que voy a beber un trago de agua.

Sin esperar la respuesta, se alejó de la senda dando zancadas y se adentró entre unas zarzas de platino; después se acucilló entre los matorrales. Unas matas de alambre maleable se levantaban a su alrededor, juncos huecos por los que los micro Escarabajos subían y bajaban muy atareados.

Sacó a toda prisa la Llave.

Sabía que corría un riesgo. Keiro podía acercarse. Pero notó su elevado calor entre los dedos y también vio las habituales lucecillas azules en las profundidades del cristal.

—¿Claudia? —susurró muy nervioso—. ¿Me oyes?

—¡Finn! ¡Menos mal!

La muchacha gritó tanto que Finn tragó saliva; miró a su alrededor.

—¡Más bajo! Y date prisa, por favor. Va a venir a buscarme.

—¿Quién? —Parecía fascinada.

—Keiro.

—¿Y quién es?

—Mi hermano de sangre.

—Muy bien. Ahora escúchame. Hay una plaquita en la base de la Llave. Es invisible, pero la superficie está ligeramente levantada. ¿La has encontrado?

Palpó con los dedos y dejó manchas de mugre en la Llave.

—No —contestó azorado.

—¡Busca bien! ¿Crees que tiene un artefacto distinto?

La pregunta no iba dirigida a Finn. La otra voz le contestó, la que Finn recordaba como Jared.

—Estoy casi seguro de que son idénticas. Finn, utiliza las yemas de los dedos. Busca entre las aristas, en las caras inferiores, ¡junto a las aristas!

¡Quién se habían creído que era! Siguió toqueteando hasta que le dolieron las manos.

—¡Finn!

El murmullo de Keiro sonó pegado a su espalda. Finn dio un respingo y escondió la Llave antes de exclamar:

—¡Por el amor de dios! ¿Es que no puedo beber agua en paz?

La mano de su hermano volvió a engolfarlo entre los arbustos.

—Agáchate y cierra el pico. Tenemos visita.

Claudia se sentó sobre los talones y maldijo llena de frustración.

—¡Se ha ido! ¿Por qué se ha ido?

Jared se acercó a la ventana y echó un vistazo al caos absoluto que reinaba en el patio de armas.

—Mejor así. Porque el Guardián está subiendo la escalera.

—¿Habéis oído cómo hablaba? Volvía a sonar... aterrado.

—Sé cómo se siente. —Jared sacó una especie de minúsculo libro electrónico del bolsillo de la capa de montar a caballo y se lo arrojó a las manos—. Aquí tenéis el borrador del testamento del anciano sirviente. Leedlo mientras viajamos.

Varios portazos. Voces en el exterior. La de su padre. La de Caspar.

—Borradlo inmediatamente después, Claudia. Tengo una copia.

—Deberíamos hacer algo. Con el cuerpo.

—No estuvimos allí, ¿os acordáis?

Apenas hubo terminado de decir esas palabras, la puerta se abrió de sopetón. Claudia camufló lentamente el librito debajo del vestido.

—Querida mía.

Su padre entró y se quedó de pie frente a ella. Claudia también se levantó para saludarlo. Vestía su habitual levita negra, un ostentoso pañuelo en el cuello que parecía de seda y sus botas de la piel más fina. Sin embargo, hoy llevaba una flor blanca en el ojal de la solapa, como para destacar la ocasión, y eso era tan poco propio de él que Claudia se quedó mirando la flor muy sorprendida.

—¿Estás lista? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza. Se había puesto un vestido de viaje en azul oscuro y una casaca, con un bolsillo especial cosido en el forro para guardar la Llave.

—Una mañana importante para la Casa de Arlex, Claudia. El principio de una nueva vida para ti, para todos nosotros.

Llevaba el pelo surcado de mechones canosos y recogido en la coronilla, muy tirante; sus ojos se habían oscurecido por la satisfacción. Se subió los guantes antes de darle la mano a su hija, como si supiera que sus dedos viscosos le resultaban desagradables. Claudia lo miró sin sonreír, pues lo único que tenía en mente era el anciano muerto entre la paja, con los ojos abiertos.

Sonrió e hizo una reverencia.

—Estoy lista, señor.

Él asintió.

—Siempre supe que lo estarías. Siempre supe que no me decepcionarías.

«¿Como hizo mi madre?», se preguntó con amargura Claudia. Sin embargo, no dijo nada, y su padre dirigió a Jared un fugaz movimiento de cabeza antes de conducir a la muchacha hacia la puerta. Entraron en el gran salón, recorrieron la estancia alfombrada de lavanda, entre las filas de sirvientes fascinados: el Guardián de Incarceron y su orgullosa hija, directa al matrimonio que la convertiría en reina. Y en cuanto Ralph hizo una señal, todo el servicio vitoreó y aplaudió, y les lanzó dulces lirios a los pies; los criados tocaron unas campanillas de plata en honor de la boda que nunca presenciarían.

Jared caminaba tras ellos, con un fajo de libros bajo un brazo. Estrechó la mano a varios sirvientes y las criadas se entristecieron al verlo; se acercaban y le obsequiaban con paquetitos de dulces, le prometían que cuidarían mucho de su torre, que no tocarían ninguno de sus valiosos instrumentos, que darían de comer al zorrillo y a los pájaros.

Cuando Claudia tomó asiento en el carruaje y miró hacia atrás, sintió un nudo de aflicción en la garganta. Todos echarían de menos a Jared, sus buenos modales, su belleza frágil, sus ganas de curar a los niños que tosían y de aconsejar a los hijos descarriados. Ninguno de ellos parecía lamentar que «ella» se marchara.

Aunque ¿quién tenía la culpa? Claudia también había seguido el juego. Era la señorita, la hija del Guardián.

Fría como el hielo. Dura como el clavo.

Alzó la cabeza y sonrió hacia Alys.

—Cuatro días de viaje. Tengo intención de recorrer a caballo por lo menos la mitad del trayecto.

La doncella arrugó la frente.

—Dudo que el conde quiera. Y lo más probable es que desee que os sentéis en su carruaje algún que otro rato.

—Bueno, aún no estoy casada con él. Cuando lo esté, no tardará en percatarse de que lo importante es lo que yo desee.

Si la consideraban dura, sería dura. Y sin embargo, mientras ensillaban a los caballos, congregaban a los escoltas y los carruajes se dirigían a la torre de entrada del castillo, Claudia sintió deseos de quedarse allí, en la casa en la que había vivido desde su nacimiento, así que se inclinó y asomó la cabeza por la ventanilla y saludó con la mano y gritó sus nombres, con los ojos anegados en lágrimas repentinas:

—¡Ralph! ¡Job! ¡Mary-Allen!

Ellos le devolvieron el saludo, una tormenta de pañuelos y palomas blancas que alzaron el vuelo desde los tejados, y de abejas en el panal que zumbaron mientras su carruaje avanzaba crujiendo por el puente levadizo de madera. En las oscuras aguas verdes del foso vio la mansión reflejada, y detrás de ella, en una larga procesión, los carruajes y carros y jinetes y perros y halconeros de su séquito, de la familia del Guardián de Incarceron, en el día en que los planes de su padre empezaban a materializarse.

Abrumada, se reclinó en el asiento de piel del carruaje y se apartó el pelo de los ojos.

Bueno, tal vez.

Eran hombres, pero ¿cómo era posible?

Por lo menos medían dos metros y medio. Caminaban con una extraña cojera lateral, dando zancadas como las garzas, ajenos a los ingentes montones de hojas afiladas, que crujían sin cesar a sus pies.

Finn notó la zarpa de Keiro, que le apretaba con tanta fuerza el brazo que le hizo daño. Entonces su hermano le susurró al oído una sola palabra, como un jadeo:

—Zancos.

Por supuesto. Mientras uno de los desconocidos pasaba junto a ellos, lo vio de cerca: unos aparatos ortopédicos metálicos que les llegaban hasta la rodilla. Aquellos hombres caminaban con soltura sobre plataformas, dando zancadas largas. Y también vio que aprovechaban su altura privilegiada para acceder a ciertos puntos de los árboles, a pequeños nudos de los troncos, y al instante, los árboles que tocaban se plagaban de frutos semi orgánicos que los hombres recolectaban.

Volvió la cabeza y buscó a Gildas con la mirada, pero fuera donde fuese que se habían escondido el Sapient y la chica, eran invisibles a sus ojos.

Observó la fila de hombres que iban resiguiendo los árboles. Conforme se desplazaban colina abajo, parecían ir encogiéndose, y Finn se fijó en que, de pronto, el hombre que cerraba el desfile resplandeció, como si atravesara un punto en el que cambiase el aire.

Al cabo de un rato, sólo quedaban a la vista las cabezas y los hombros. Y más tarde, desaparecieron por completo.

Keiro esperó un momento prolongado antes de incorporarse. Silbó en voz baja y un montículo de hojas se sacudió junto a ellos. La mano plateada de Gildas surgió de entre las hojas. Dijo:

—¿Se han ido?

—Ya están lejos.

Keiro observó cómo Attia salía a toda prisa y después se dio la vuelta. Miró fugazmente a su hermano de sangre y preguntó también en voz baja:

—¿Finn?

Estaba ocurriendo. La contemplación de ese brillo en el ambiente lo había provocado. Empezó a picarle la piel, llena de cortes; la boca se le quedó seca, la lengua de trapo. Finn se pasó la mano por la boca.

—No —murmuró.

—Agárralo —espetó Gildas.

Desde algún punto distante, Keiro dijo:

—Espera.

Y entonces Finn empezó a andar. A andar directo hacia ese lugar, al hueco entre dos grandes ramas de cobre en el que el aire se había movido como si el polvo cayera por una columna de luz precisamente allí, como si una fractura del Tiempo se abriera en aquel punto. Y cuando llegó al sitio se detuvo, estiró ambos brazos ante él, como si estuviera ciego. Era un ojo de cerradura que salía del mundo.

A través del ojo soplaba una ráfaga de aire.

Unos agujijones de dolor le pincharon por dentro. Luchó contra ellos, palpó, tocó los bordes del ojo de la cerradura, acercó la cara, se introdujo en el haz de luz, miró a través de él.

Vio un resplandor de color. Era tan brillante que le hizo llorar, y exhaló un suspiro. Dentro se movían unas siluetas, un mundo verde, un cielo tan azul como en sus sueños, y una gran criatura de color negro y ámbar voló con un zumbido hacia él.

Soltó un grito y retrocedió, notó cómo Keiro le agarraba de los dos brazos por detrás.

—Sigue mirando, hermano. ¿Qué ves? ¿Qué es, Finn?

Se derrumbó. Todas las fuerzas abandonaron sus piernas y se desplomó en medio de las hojas caídas. Attia apartó a Keiro de un manotazo. Rápidamente vertió agua en un vaso y se la acercó a Finn; a ciegas, tomó el vaso y apuró el agua, después cerró los ojos y enterró la cabeza entre las manos, mareado y confuso. Tuvo arcadas. Y luego vomitó.

Por encima de su cabeza atronaban unas voces. Cuando empezó a reconocerlas, se

dio cuenta de que una de ellas pertenecía a Attia.

—¡... tratarlo así! ¡No veis que está mareado!

Keiro rio con socarronería.

—Se recuperará. Es un visionario. Ve cosas. Cosas que tenemos que saber.

—¿Es que él no os importa nada?

Finn alzó la cabeza como pudo. La chica estaba amenazando a Keiro, con las manos apretadas en dos puños a ambos lados del cuerpo. Sus ojos habían perdido el aire herido; ahora centelleaban con furia.

Keiro seguía sonriendo de forma burlona.

—Es mi hermano. Por supuesto que me importa.

—Lo único que te importa eres tú mismo. —Entonces se dirigió a Gildas—: Y a ti también, Maestro. Tú...

Se detuvo. Era evidente que Gildas no la escuchaba. Había apoyado un brazo en un árbol metálico, con la mirada perdida al frente.

—Venid aquí —ordenó en voz baja.

Keiro extendió una mano y Finn la tomó. Se levantó con dificultad. Se acercaron al Sapient y se colocaron detrás de él. Miraron hacia delante y vieron lo mismo que él veía.

El bosque terminaba allí. Ante ellos, un camino estrecho conducía a una Ciudad. Se erigía detrás de las murallas en un paisaje feroz de llanuras despejadas. Las casas estaban apiñadas, construidas con retazos de metal, torres y almenas fabricadas con una extraña madera oscura, entrelazada con hojas de latón y cobre.

Por todo el camino que llevaba a la Ciudad, en largos ríos de estruendosas risas y gritos y cantos, andando y en carros, con niños en brazos y rebaños de ovejas a sus pies, cientos y cientos de personas avanzaban en tropel.

Con las piernas encogidas sobre el asiento del carruaje, Claudia leyó el librito electrónico mientras Alys dormía. El carruaje iba dando botes; en el exterior, los bosques verdes y los campos del feudo del Guardián hacían traquetear al vehículo en una nube de polvo y moscas.

Me llamo Gregor Bartlett. Éste es mi testamento. Rezo porque quienes lo encuentren lo mantengan a salvo, y cuando llegue el momento adecuado, lo utilicen, porque se ha cometido una gran injusticia y yo soy el único que todavía está vivo para

contarla.

Trabajé en palacio desde mi adolescencia. Empecé como mozo de cuadra y postillón, después pasé a ser sirviente doméstico. Me gané la confianza, llegué a ser importante. Fui el ayuda de cámara del difunto Rey, y recuerdo a su primera esposa, la frágil y hermosa mujer de Allende los Mares con quien se casó cuando ambos eran jóvenes. Cuando nació su primer hijo, Giles, me encomendaron sus cuidados. Yo era el responsable de las amas de cría, y fui quien contrató a las niñeras para el príncipe. Él era el Heredero; no había que escatimar en comodidades. Conforme el chico crecía, mi afecto también creció hasta que lo amé como si fuera mío. Era un niño feliz. Aun cuando su madre murió y el Rey volvió a casarse, continuó viviendo en su propia ala del palacio, rodeado de sus preciosos juguetes y mascotas, con sus propios criados. Yo no tengo hijos. El muchacho dio sentido a mi vida. Deben creerme.

Poco a poco percibí un cambio. Conforme el niño crecía, su padre disminuyó la frecuencia de sus visitas. Ya había nacido un segundo hijo, el conde Caspar, un niño llorón y caprichoso que malcriaban todas las mujeres de la Corte. Y además había una nueva Reina.

Sia era una mujer extraña y distante. Dicen que el Rey alzó la mirada un día desde el carruaje mientras iba por un sendero del bosque y allí la vio, en la intersección de dos caminos. Dicen que mientras pasaba por delante de ella, vio sus ojos (eran unos ojos extraños, con los iris pálidos) y desde ese momento no pudo dejar de pensar en la mujer. Volvió a enviar a sus mensajeros al cruce, pero allí no había nadie. Pidió que registraran las aldeas y feudos cercanos, puso anuncios, ofreció recompensas a sus caballeros, pero nadie logró encontrarla. Y entonces, semanas después, mientras paseaba por los jardines de palacio, levantó la vista y allí estaba ella, sentada junto a la fuente.

Nadie conoce su estirpe, ni de dónde proviene. Creo que es una hechicera. Lo que quedó patente en cuanto nació su hijo era que odiaba a Giles. Nunca lo manifestaba delante del Rey o de su Corte; ante ellos procuraba honrar al Heredero. Pero yo lo veía.

A los siete años, apalabraron su matrimonio con la hija del Guardián de Incarceron. Una niñita arrogante, pero que a él parecía gustarle...

Claudia sonrió. Observó a Alys y luego asomó la cabeza por la ventanilla. El carruaje de su padre iba detrás; debía de compartirlo con Evian. Se saltó unos párrafos y continuó leyendo.

... la alegría de su fiesta de cumpleaños, una noche, mientras remábamos por el lago, bajo las estrellas, me contó lo feliz que era. Nunca olvidaré sus palabras.

La muerte de su padre lo afectó muchísimo. Se volvió solitario. Dejó de asistir a los bailes y juegos. Estudiaba mucho. Me pregunto si había empezado a temer a la Reina. Nunca lo reconoció. Ahora saltaré al desenlace. La víspera del accidente a caballo, recibí un mensaje en el que me informaban de que mi hermana, que vivía en Casa^[2], estaba

enferma. Pedí permiso a Giles para ir a verla; mi querido muchacho estaba preocupadísimo, e insistió en que las cocineras me preparasen un paquete de delicias para mi hermana. También se aseguró de que hubiera un carruaje listo para mí. Salió a despedirme y me saludó desde la escalinata del patio exterior. Fue la última vez que lo vi.

Cuando llegué, mi hermana estaba sana como una manzana. Ignoraba por completo quién podía haberme mandado el recado.

Me dio un vuelco el corazón. Pensé en la Reina. Quería regresar al instante, pero el cochero, quien seguramente era un acólito de la Reina, se negó, alegando que los animales estaban cansados. Ya no acostumbro a montar a caballo, pero ensillé un corcel de la posada y volví al galope, tan rápido como pude, sin detenerme en toda la noche. No intentaré plasmar aquí la agonía y la preocupación que sentí. Subí la colina y vi el millar de pináculos del castillo, y vi que en todos y cada uno de ellos ondeaba una bandera negra.

Recuerdo poca cosa a partir de ese momento.

Habían colocado su cuerpo en un féretro en la gran cámara de la Capilla Ardiente, y una vez que estuvo acicalado, pedí que me dejaran aproximarme a él. La Reina ordenó que un hombre me escoltara. Se trataba del secretario del Guardián, un hombre alto y silencioso llamado Medlicote...

Claudia se sorprendió tanto que silbó. Alys roncó y se dio la vuelta.

... subí la escalinata igual que un animal malherido. Mi muchacho estaba allí, y lo habían puesto muy guapo. Me incliné para besarle el rostro con los ojos empañados por las lágrimas.

Y entonces me detuve.

Ay, se habían esmerado mucho, quedaba fantástico. Quien fuera que fuese el chico, tenía la edad y el tono de piel adecuados, y la varita mágica para retocar facciones había sido utilizada con mucha destreza. Pero yo me di cuenta, sí, me di cuenta.

No era Giles.

Creo que me eché a reír. Una carcajada de alegría. Rezo para que nadie se diera cuenta, para que nadie lo supiera. Sollocé, me retiré, fingí ser el criado acongojado, el anciano destrozado. Pero a pesar de todo, adiviné el secreto que la Reina, y tal vez el Guardián, habría preferido que nadie conociera.

Que Giles está vivo.

Y ¿dónde puede hallarse salvo en Incarceron?

Alys gruñó, bostezó y abrió los ojos.

—¿Ya estamos cerca de la posada? —preguntó adormilada.

Claudia miraba fijamente el librito, con los ojos como platos. Dirigió la vista hacia su doncella y la contempló como si nunca la hubiera visto antes. Entonces volvió a bajar la cabeza y leyó la última frase otra vez.

Y otra vez.

No me desafiéis, John. Y manteneos en guardia. Hay complots en la Corte y conspiraciones contra nosotros. En cuanto a Claudia, por lo que decís ya ha encontrado lo que buscaba. Qué curioso que ni siquiera haya sabido reconocerlo.

Reina Sia al Guardián,

Correspondencia personal

Tardó horas en poder ver a solas a Jared. Primero fue por el alboroto de encontrarles habitación, después por las miles de reverencias y saludos del posadero, luego por la cena, la interminable charla insustancial de Evian, la vigilancia pausada de su padre, las quejas de Caspar acerca de su caballo...

Pero por fin, ya pasada la medianoche, llamó a la puerta de la buhardilla de Jared y se coló en su habitación.

Estaba sentado junto a la ventana, contemplando las estrellas, con un pájaro picando pan de sus manos. Claudia le preguntó:

—¿Es que no dormís nunca?

Jared sonrió.

—Claudia, esto es una temeridad. Si os descubren aquí, ya sabéis lo que pensarán.

—Puedo ponerlos en peligro, lo sé —contestó ella—. Pero tenemos que hablar de lo que escribió el anciano.

Jared permaneció callado unos segundos. Después soltó al pajarillo, cerró la ventana y se dio la vuelta. Claudia vio sus ojeras marcadas.

—Sí.

Se miraron el uno al otro. Finalmente, fue ella quien dijo:

—No mataron a Giles. Lo «encarcelaron».

—Claudia...

—¡No iban a derramar la sangre de un Havaarna! A lo mejor a la reina le dio miedo. O a mi padre... —Levantó la mirada—. Es verdad. Mi padre tiene que estar al corriente.

Su voz sonó tan lúgubre que ambos se sorprendieron. Claudia se sentó en una silla.

—Y hay algo más. Ese chico, Finn. El Preso. Su voz... me suena.

—¿Que os suena?

Jared la miró con astucia.

—Sí, ya la había oído antes, Maestro.

—Son imaginaciones vuestras. No elucubréis, Claudia.

La joven se quedó pensativa un instante. Después se encogió de hombros.

—De todos modos, tenemos que intentarlo otra vez.

Jared asintió. Caminó hasta la puerta y la cerró con llave, adhirió un pequeño mecanismo a la madera y lo ajustó. Una vez hecho eso, se dio la vuelta.

Claudia ya tenía la Llave preparada. Activó el canal de comunicación y, acto seguido, el minúsculo circuito de imagen que habían descubierto. Jared se quedó de pie, detrás de ella, y observó el holograma del águila, que batía sus silenciosas alas.

—¿Borrasteis el testamento?

—Pues claro. De principio a fin.

Cuando la Llave empezó a brillar, Jared dijo en voz baja:

—No tuvieron remordimientos por derramar la sangre del anciano, Claudia. Puede que ya sepan que registramos su cabaña. Y deben de estar temblando al pensar qué podemos haber encontrado.

—Cuando decís «deben» os referís a mi padre, ¿no? —Levantó la mirada—. No me hará daño. Si me pierde a mí, perderá el trono. Y yo os protegeré, Maestro, lo juro.

La sonrisa de Jared fue amarga. Claudia sabía que el Sapient no estaba seguro de que ella pudiera protegerlo.

En un susurro, la Llave habló:

—¿*Me oyes?*

Claudia exclamó:

—¡Es él! Toca el botón, Finn. ¡Tócalo! ¿Lo has encontrado?

—Sí —su voz reflejaba la duda—. ¿Qué ocurrirá si lo toco?

—Podremos vernos mutuamente, o eso creo. No te pasará nada. Prueba, por favor.

Por un segundo el aire se detuvo, se oyeron unos crujidos. Y entonces, Claudia casi dio un respingo. Desde la llave se proyectó un silencioso rayo de luz. Se amplió hasta formar un recuadro y, de cuclillas dentro del recuadro, sucio y abrumado, apareció un chico.

Era alto y muy flaco, con la cara desnutrida y aspecto ansioso. Llevaba el pelo lacio y largo, recogido en una coleta hecha con una cuerda anudada, y sus ropajes eran los más harapientos que Claudia había visto en su vida, una amalgama de mugrientos tonos grises y verdes, muy gastados. Insertados en el cinturón llevaba una espada y un cuchillo oxidado.

Se la quedó mirando con admiración.

Finn vio a una reina, a una princesa.

Tenía la cara limpia y despejada, el pelo brillante. Llevaba un vestido de una seda lustrosa, y un collar de perlas que habría valido una fortuna si hubiera sido posible hallar un comprador con riqueza suficiente para adquirirlo. Al instante vio que nunca había pasado hambre, que era una chica avispada e inteligente. Detrás de ella lo observaba un hombre serio de pelo oscuro, ataviado con una túnica de Sapien que habría dejado en evidencia a Gildas y a sus harapos.

Claudia permaneció callada tanto tiempo que Jared la miró. Vio que estaba apabullada, probablemente por las condiciones en que se encontraba el chico, así que dijo con afecto:

—Vaya, parece que Incarceron no es un paraíso.

El chico lo miró.

—¿Os burláis de mí, Maestro?

Jared negó con la cabeza, muy apenado.

—Francamente no. Cuéntanos cómo llegó este artefacto a tus manos.

Finn miró a su alrededor. La negra cueva estaba en silencio, con la sombra de Attia

acurrucada en el dintel de la puerta, observando la oscuridad del exterior. La muchacha asintió con la cabeza para reconfortarlo. Entonces Finn volvió a mirar hacia la pantalla holográfica, temeroso de que su luz pudiera delatarlos.

Mientras les hablaba del águila de su muñeca, contemplaba a Claudia. Se le daba bien leer la expresión facial, pero la cara de ella se le resistía, tan controlada, tan misteriosa, aunque por el leve agrandamiento de sus ojos le demostró que estaba fascinada. Luego añadió una sarta de mentiras, como que había encontrado la Llave en un túnel desierto, y obvió la existencia de la Maestra, su muerte, la vergüenza, como si nada de eso hubiera ocurrido. Attia lo miró de reojo, pero Finn no apartó la mirada de la pantalla. Les habló de los Comitatus, de la espeluznante batalla que habían librado contra Jormanric, de cómo él había vencido al gigante en un solo combate, le había robado tres anillos con forma de calavera de las manos y había sacado a sus amigos de aquel infierno. Les contó que estaban siguiendo un sendero sagrado para salir de la Cárcel.

Ella lo escuchó con mucha atención y le fue haciendo algunas preguntas breves. Finn ignoraba si le creía o no. El Sapient guardaba silencio, y sólo una vez enarcó una ceja, cuando Finn habló de Gildas.

—¿Así que todavía sobreviven los Sapienti? Pero ¿qué ha ocurrido con el Experimento, con las estructuras sociales, con el abastecimiento de comida? ¿Cómo se ha desmoronado todo eso?

—Ahora no importa —dijo Claudia muy impaciente—. ¿Es que no veis lo que significa esa águila, Maestro? ¿No lo veis? —Se inclinó hacia delante, ansiosa—. Finn, ¿cuánto tiempo llevas en Incarceron?

—No lo sé. —Frunció el entrecejo—. Lo único... que recuerdo es...

—¿Qué?

—Los últimos tres años. Me vienen... recuerdos, pero...

Se detuvo. No quería hablarle de sus ataques.

Ella asintió. Tenía las manos apretadas sobre el regazo. Finn vio que en un dedo lucía un anillo de diamantes que refulgía.

—Escúchame, Finn. ¿Te resulto familiar? ¿Me reconoces?

A Finn le dio un vuelco el corazón.

—No. ¿Debería hacerlo?

Claudia se mordió el labio. Finn notó la tensión de la muchacha.

—Finn, escúchame bien. Creo que podrías ser...

—¡FINN!

El grito de Attia quedó ahogado. Una mano la agarró y le tapó la boca.

—Demasiado tarde —dijo Keiro lleno de júbilo.

De entre la oscuridad surgió Gildas, que miró la pantalla holográfica. Por un segundo, Jared y él compartieron una mirada sorprendida.

Entonces, la pantalla se fundió en negro.

El Sapient murmuró una oración. Se dio la vuelta y miró a Finn a la cara, y la obsesión había regresado a sus severos ojos azules.

—¡Lo he visto! ¡He visto a Sáfico!

De pronto Finn se sintió muy cansado.

—No —dijo mientras observaba a Attia intentando zafarse de las garras de Keiro—. No era él.

—¡Lo he visto, tontorrón! ¡Lo he visto! —El anciano se arrodilló con mucho esfuerzo delante de la Llave. Extendió los brazos y la tocó—. ¿Qué te ha dicho, Finn? ¿Te ha dado algún mensaje para nosotros?

—¿Y por qué no nos habías contado que veías cosas con la llave? —le reprochó Keiro—. ¿No confías en nosotros?

Finn se encogió de hombros. Cayó en la cuenta de que él, y no Claudia, era quien más había hablado. Pero tenía que conseguir que mantuvieran la incertidumbre, así que contestó:

—Sáfico... nos advierte.

—¿Sobre qué? —Mientras se frotaba la mano mordida, Keiro miró a la chica con desprecio—. Zorra —murmuró.

—Sobre el peligro.

—¿Qué clase de peligro? Todo este lugar...

—De las alturas —respondió Finn al azar—. El peligro de las alturas.

Todos miraron hacia arriba a la vez.

Al instante, Attia gritó y se abalanzó hacia un lado; Gildas perjuró. La red se desplomó como la tela de una araña gigante, con pesos en todos los extremos; se cernió sobre Finn, lo aplastó con el impacto, un remolino de polvo y de murciélagos que chillaban. Por un momento sintió que le habían robado la respiración, después se dio cuenta de que Gildas manoteaba como un loco junto a él; ambos estaban enredados en esas pesadas cuerdas, pegajosas por la acción de una resina supurante.

—¡Finn!

Attia se arrodilló y tiró de la red; se le quedó encallada la mano, que tuvo que sacar a toda prisa dando tirones.

Keiro había desenvainado la espada; apartó a la chica y empezó a dar cuchilladas a los cables, pero estaban trenzados con hilos de metal, que hacían tintinear la hoja de la espada. Al mismo tiempo, empezó a atronar una alarma estridente dentro de la cueva, una nota aguda y lastimera.

—No perdáis tiempo —murmuró Gildas. Y entonces, furioso—: ¡Salid de aquí!

Keiro se quedó mirando a Finn.

—No dejaré tirado a mi hermano.

Finn se esforzó por ponerse en pie, pero no pudo. Por un instante, regresó a su mente toda la pesadilla de verse encadenado delante de los carros de los Cívicos. Luego dijo entre jadeos:

—Haz lo que te manda.

—Entre los dos podemos quitaros esta cosa de encima. —Keiro miró a su alrededor, frenético—. Si encontramos un punto de apoyo.

Attia agarró un puntal metálico de la pared. Se convirtió en polvo oxidado entre sus dedos, así que lo arrojó al suelo con un gemido.

Keiro tiró de la red. Un aceite oscuro le ennegreció las manos y la chaqueta; soltó juramentos pero siguió tirando, mientras Finn hacía fuerza desde abajo, pero al cabo de un segundo los dos se derrumbaron, abrumados por el peso.

Keiro se agachó junto a la red.

—Os encontraré. Os rescataré. Dame la Llave.

—¿Qué?

—Dámela. O la descubrirán y te la robarán.

Finn apretó los dedos alrededor del cristal templado. Por un momento distinguió la mirada sorprendida de Gidas por entre la maraña de metal; el Sapient dijo:

—Finn, no. No volveremos a verlo.

—Cierra la boca, viejo. —Furioso, Keiro se volvió hacia su hermano—. Dámela, Finn. ¡Ya!

Se oyeron voces fuera. El ladrido de unos perros por el camino.

Finn se retorció. Deslizó la Llave entre el amasijo grasiento; Keiro la atrapó y la exhibió, manchando con los dedos grasientos el águila perfecta. Se la escondió debajo de la chaqueta, luego sacó uno de los anillos de Jormanric y lo ensartó en el dedo de Finn.

—Uno para ti. Dos para mí.

La alarma se paró.

Keiro retrocedió, mirando a su alrededor, pero Attia ya se había esfumado.

—Os encontraré, lo juro.

Finn no se movió. Pero en cuanto Keiro se hubo desvanecido en la noche de la Cárcel, agarró las cadenas y susurró:

—Sólo funcionará conmigo. Sáfico me habla sólo a mí.

No pudo saber si Keiro lo había oído, porque justo entonces las puertas se abrieron con estruendo, las luces le deslumbraron y los colmillos de los perros empezaron a morderle las manos y la cara entre gruñidos.

Jared la miró aterrado.

—Claudia, esto es una locura...

—Podría ser él. Podría ser Giles. Sí, es verdad, está muy cambiado. Más delgado. Más curtido. Más viejo. Pero podría ser él. Todo encaja: la misma edad, la misma constitución. El pelo. —Sonrió—. Los mismos ojos.

Empezó a dar vueltas por la habitación, consumida por la inquietud. No quería reconocer lo mucho que la había afectado ver las condiciones en que se hallaba el muchacho. Sabía que el fracaso del Experimento de Incarceron era un golpe muy duro, que todos los Sapienti se derrumbarían si se enteraban. De pronto se acuclilló junto al fuego casi apagado y dijo:

—Maestro, tenéis que dormir, y yo también. Mañana insistiré en que viajéis

conmigo en el carruaje. Leeremos Historias de Alegon hasta que Alys se quede dormida y después hablaremos sin impedimentos. Ahora sólo quiero añadir una cosa más. Si no es Giles, podría serlo. Podríamos defender la hipótesis de que es él. Con el testamento del anciano y la marca en la muñeca del chico, sembraríamos la duda. Una duda suficiente para impedir la boda.

—Su ADN...

—No se ajusta al Protocolo, ya lo sabéis.

Jared sacudió la cabeza.

—Claudia, no puedo creer que... Esto es imposible...

—Pensadlo. —Claudia se incorporó y se dirigió a la puerta—. Porque aunque ese chico no sea Giles, el verdadero Giles está allí metido en algún sitio. Caspar no es el heredero, Jared. Y tengo intención de demostrarlo. Si eso significa enfrentarme a la reina y a mi padre, lo haré.

Cuando llegó a la puerta se detuvo, pues no quería dejar a Jared solo con semejante aflicción, deseaba decir algo más que pudiera aliviar su congoja.

—Tenemos que ayudarle. Tenemos que ayudar a todos los que están en ese infierno.

Jared, que estaba de espaldas a Claudia, asintió. Con voz sombría, dijo:

—Id a dormir, Claudia.

Ella se deslizó por el pasillo en penumbra. En una alcoba lejana ardía una vela. A cada paso que daba, su vestido iba rozando los juncos secos del suelo. Cuando llegó a la puerta de su habitación, se detuvo y miró hacia atrás.

La posada parecía tranquila. Pero junto a la puerta que debía de ocultar la habitación de Caspar, un repentino movimiento la obligó a aguzar la vista, y se mordió el labio, consternada.

El grandullón guardaespaldas, Fax, estaba recostado entre dos sillas.

La miró fijamente. Lo irónico fue que, con una lascivia que la dejó de piedra, la saludó con la jarra de cerveza que llevaba en la mano.

En las leyes antiguas, la Justicia siempre era ciega. Pero ¿qué ocurre si ve, si lo ve todo, y su Ojo es frío y despiadado? ¿Quién estará a salvo de semejante mirada?

Año tras año Incarceron ha ido apretando las tuercas. Ha convertido en un infierno lo que debería haber sido el Cielo.

La Puerta está sellada; quienes habitan en el Exterior no pueden oír nuestros gemidos. Así que, en secreto, he empezado a ingeniar una llave.

Diario de lord Calliston

Mientras pasaba por debajo de la puerta de entrada a la Ciudad, Finn vio que tenía dientes.

La habían diseñado como una boca, con las fauces abiertas, plagadas de incisivos de metal que parecían afilados como cuchillos. Supuso que debía de haber algún mecanismo que la cerrara en casos de emergencia, provocando un mordisco hermético e implacable.

Miró a Gildas, que iba recostado en el carro; estaba exhausto. El anciano tenía magulladuras y el labio hinchado por el puñetazo que le habían propinado. Finn le dijo:

—Seguro que aquí viven algunos de los tuyos.

El Sapient se rascó la cara con las manos atadas y dijo con sequedad:

—Si es así, no imponen mucho respeto.

Finn frunció el entrecejo. Keiro tenía la culpa de todo. Lo primero que habían hecho los Hombres-grulla después de sacarlos a rastras de la trampa había sido registrar el hatillo de Gildas. Habían sacado todos los polvos y ungüentos, los pergaminos cuidadosamente enrollados, el libro con los Cantos de Sáfico que siempre llevaba consigo. Nada de todo eso les había importado. Pero cuando habían encontrado los paquetes de carne se habían mirado los unos a los otros. Uno de ellos, un hombre alto y esquelético, había girado sobre sus zancos y había espetado:

—Así que vosotros sois los ladrones.

—Escúchame, amigo —había dicho entonces Gildas con voz grave—. No sabíamos que aquel cordero era vuestro. Todos tenemos que comer. Os lo pagaré con mi sabiduría. Soy un Sapient muy experimentado.

—Ya lo creo que lo pagarás, viejo —había contestado el hombre aguantándole la mirada. Se había vuelto hacia sus camaradas; todos parecían divertirse con el episodio—. Con tus manos, diría yo, cuando las Justicias vean esto.

Habían maniatado a Finn tan fuerte que las cuerdas le abrasaban la piel. Cuando lo habían arrastrado al exterior, había visto una carreta tirada por un asno; los Hombres-grulla se subieron de un brinco al vehículo, sacándose con pericia y facilidad aquellas extrañas prótesis metálicas.

Con las manos atadas a la espalda, Finn había ido dando traspiés junto al anciano por el camino que conducía a la Ciudad. Dos veces había mirado hacia atrás, con la esperanza de ver a Keiro o tal vez a Attia, aunque fuera de reojo, haciéndole un gesto con la mano, pero el bosque quedaba lejos ya, no era más que un brillo distante de colores imposibles, y el camino se extendía recto como una flecha por la larga pendiente metálica, con ambas veredas tachonadas de púas y rodeadas de zanjas irregulares.

Admirado ante tales defensas, murmuró:

—¿De qué tienen miedo?

Gildas frunció el entrecejo.

—De un ataque, es evidente. Están ansiosos por entrar antes de Luzapagada.

Algo más que ansiosos. La mayor parte de la muchedumbre que habían visto en el bosque estaba ya dentro de las murallas. Mientras se apresuraban a cruzar la puerta, sonó una corneta en la ciudadela y los Hombres-grulla azuzaron al burro con violencia para que corriera, tanto, que Gildas se quedó sin aliento al intentar seguirles el paso y estuvo a punto de caerse.

Al cabo de unos segundos, una vez dentro y a salvo, Finn oyó el cierre hermético del rastrillo de la puerta y el chasquido de unas cadenas. ¿Habrían logrado entrar también Keiro y Attia? ¿O estaban en algún escondrijo del bosque? Sabía que los Hombres-grulla habrían encontrado la Llave de haberla llevado encima, pero pensar que la tenía Keiro, que tal vez estuviera hablando con Claudia, lo ponía nervioso. Además, había otro pensamiento que lo atormentaba, pero no podía pensar en eso. Todavía no.

—Vamos. —El cabecilla del grupo lo obligó a ponerse de pie—. Tenemos que hacerlo esta noche. Antes del Festival.

Mientras recorría dando traspiés las calles de la ciudadela, Finn pensó que nunca había visto un hervidero de gente como aquél. Avenidas y callejones estaban festoneados

con farolillos; cuando las luces de la cárcel se apagaron, el mundo se transformó al instante en un entramado de parpadeantes destellos de plata, hermosos y brillantes. Había miles de habitantes montando tiendas de lona, regateando en enormes bazares, buscando refugio, azuzando al ganado y a los cibercorceles para que entraran en los establos o en la plaza del mercado. Vio pedigüños sin manos, ciegos, sin labios y sin orejas. Vio enfermedades que desfiguraban el cuerpo de tal manera que tuvo que suspirar y mirar en otra dirección. Y sin embargo, no vio medios hombres ni tullidos. Al parecer, aquí la abominación natural estaba restringida a los animales.

El sonido de los cascos de los caballos era ensordecedor; le llegó el hedor a estiércol y sudor, a paja aplastada, y la repentina dulzura penetrante del sándalo, de los limones. Los perros corrían por todas partes, olfateaban entre sacos de comida, husmeaban en las alcantarillas, y tras ellos iban unas escurridizas ratas enanas, del tamaño de una moneda, que se reproducían a toda velocidad y se colaban por grietas y puertas, con sus ojillos rojos.

También vio que en cada esquina había imágenes de Sáfico, erigidas sobre las puertas y las ventanas, un Sáfico que extendía la mano derecha para mostrar que le faltaba un dedo, y que sujetaba en la mano izquierda lo que Finn reconoció, con un silencioso latido del corazón, como una Llave de cristal.

—¿Lo has visto?

—Sí. —Gildas se sentó sin resuello en un peldaño mientras uno de sus captores se adentraba en la multitud—. No cabe duda de que es una especie de festividad. Tal vez en honor a Sáfico.

—Y las Justicias...

—Deja que hable yo. —Gildas se puso de pie, trató de alisarse la túnica—. No digas ni una palabra. En cuanto sepan lo que soy, nos liberarán y se arreglará este entuerto. Un Sapient debe ser escuchado.

Finn frunció el entrecejo.

—En eso confío.

—¿Qué más viste cuando estábamos en la cueva? ¿Qué más te dijo Sáfico?

—Nada más.

Ya no se le ocurrían más mentiras, y le dolían los brazos, que ahora llevaba atados delante del cuerpo. El miedo se iba colando en su mente como un hilillo de agua fría.

—Aunque no esperes volver a ver la Llave —dijo Gildas con amargura—. Ni a ese mentiroso de Keiro.

—Yo confío en él —dijo Finn con los dientes apretados.

—Pues más tonto.

Los hombres regresaron. Empujaron a los prisioneros hacia un lado, los hicieron pasar por un arco abierto en una pared y luego subir una ancha escalera en penumbra que giraba a la izquierda. En lo alto se toparon con una imponente puerta de madera; a la luz de las dos lamparillas que la custodiaban, Finn vio un ojo enorme que habían grabado en la madera negra; el ojo lo miraba fijamente, y por un momento pensó que estaba vivo, que lo observaba, que era el Ojo de Incarceron que durante toda su vida lo había escudriñado con curiosidad.

Entonces el Hombre-grulla golpeó la madera y la puerta se abrió. Hicieron pasar a Finn y Gildas, con un guardián a cada lado.

La habitación, si es que era una habitación, estaba negra como la boca del lobo.

Finn se detuvo al instante. Respiraba hondo, oía ecos, un susurro extraño. Sus sentidos le advertían de una enorme vacuidad, ante él, o tal vez hacia un lado; tenía terror a dar otro paso, por si acababa precipitándose en unas profundidades desconocidas. Un vago recuerdo se removió en su mente, un susurro de algún lugar sin luz, sin aire. Se obligó a recuperar la compostura. Tenía que mantenerse alerta.

Los hombres dieron un paso para apartarse y de pronto se sintió aislado, no veía nada, no notaba a nadie.

Entonces, no muy lejos, delante de él, habló una voz.

—*Aquí todos somos delincuentes. ¿No es así?*

Era una pregunta baja y contenida, modulada. Finn fue incapaz de distinguir si quien hablaba era hombre o mujer.

Gildas dijo inmediatamente:

—No, no es así. Yo no soy un delincuente, ni lo fueron mis antepasados. Soy Gildas Sapiens, hijo de Amos, hijo de Gildas, quien entró en Incarceron el Día del Cierre.

Silencio. Y luego:

—Pensaba que ya no quedaba ninguno de los vuestros.

La misma voz ¿o no era la misma? Provenía de un punto algo más a la izquierda; Finn escudriñó en aquella dirección, pero no vio nada.

—Ni el muchacho ni yo os hemos robado nada —espetó Gildas—. Otro de nuestros

compañeros de viaje mató al animal. Fue una equivocación, pero...

—Calla.

Finn suspiró. La tercera voz, idéntica a las dos primeras, provenía de la derecha. Debían de ser tres en total.

Gildas tomó aliento, irritado. Incluso su silencio transmitía ira.

La voz central dijo con gravedad:

—Aquí todos somos delincuentes. Todos somos culpables. Incluso Sáfico, quien Escapó, tuvo que pagar la deuda con Incarceron. Vosotros también pagaréis la deuda con vuestra carne y vuestra sangre. Los dos pagaréis.

Tal vez la luz fue aumentando, o tal vez los ojos de Finn se fueron adaptando a la penumbra. El caso es que ahora las distinguía bastante bien; tres sombras sentadas ante ellos, vestidas con túnicas negras que cubrían sus cuerpos de la cabeza a los pies, y tocadas con unos extraños recogidos en el pelo también negro. Enseguida vio que eran pelucas. Pelucas de pelo liso y negro como un cuervo. El efecto era grotesco, porque quienes hablaban tenían una edad avanzadísima. Nunca había visto mujeres tan viejas.

Su piel estaba curtida por las arrugas, sus ojos eran de un blanco lechoso. Todas ellas tenían la cabeza gacha; y cuando los pies de Finn frotaron el suelo con nerviosismo, vio que las tres caras se movían para seguir el sonido. Entonces supo que eran ciegas.

—Por favor... —susurró.

—No hay defensa posible. Ésta es la sentencia.

Miró a Gildas. El Sapien estaba observando unos objetos depositados a los pies de las mujeres. En los escalones que había delante de la primera había una tosca rueca de madera, de la que salía un hilo, una delicada madeja plateada. El hilo serpenteaba y se enroscaba en los pies de la segunda mujer, como si nunca se hubiera movido del taburete en el que estaba sentada, y escondida entre la madeja había una regla. El hilo, sucio y gastado, continuaba por debajo de la silla de la tercera, junto a la que había unas afiladas tijeras de sastre.

Gildas parecía sobrecoigido.

—He oído hablar de vosotras —susurró.

—Entonces ya sabrás que somos las Tres Despiadadas, las Implacables. Nuestra justicia es ciega y sólo se remite a los hechos. Habéis robado a estos hombres, se han presentado las pruebas. —La vieja bruja del centro inclinó la cabeza—. ¿Estáis de acuerdo, hermanas mías?

De las tres Justicias surgieron tres voces idénticas:

—Estamos de acuerdo.

—Pues que se cumpla el castigo reservado a los ladrones.

Los hombres dieron un paso adelante, agarraron a Gildas y lo obligaron a ponerse de rodillas. En la penumbra Finn vio la silueta de una plataforma de madera. Tiraron de los brazos del anciano a la fuerza y le apoyaron las muñecas sobre la pieza de madera.

—¡No! —exclamó—. Escuchadme...

—¡No fuimos nosotros! —Finn intentó forcejear—. ¡Es un error!

Las tres caras idénticas parecían sordas además de ciegas. La del centro levantó un dedo esquelético; el filo de un cuchillo brilló en la oscuridad.

—¡Soy un Sapien de la Academia! —La voz de Gildas sonaba desgarrada y llena de pavor. Unas gotas de sudor le manaban de la frente—. No permitiré que me tratéis como a un ladrón. No tenéis derecho...

Lo agarraron con fuerza; un hombre lo cogió por la espalda, otro le sujetó las manos atadas. Levantaron la hoja del cuchillo.

—Cállate, viejo loco —murmuró uno de ellos.

—Podemos pagar. Tenemos dinero. Sé curar enfermedades. El chico... el chico es un visionario. Habla con Sáfico. ¡Ha visto las estrellas!

Lo soltó en un grito de desesperación. De pronto, el hombre del cuchillo se quedó petrificado; su mirada se dirigió a las tres arpías.

Las tres dijeron al unísono:

—¿Las estrellas?

Las palabras sonaron como un murmullo superpuesto, un susurro de admiración. Gildas aprovechó para tomar una bocanada de aire y vio su oportunidad.

—Las estrellas, Sabias Mujeres. Las luces de las que habla Sáfico. ¡Preguntadle! Es un Nacido en la Celda, hijo de Incarceron.

Se quedaron mudas. Sus rostros ciegos se volvieron hacia Finn; la del centro levantó la mano y le hizo señas para que se acercara, de modo que los Hombres-grulla lo empujaron hacia delante para que pudiera tocarle el brazo y agarrarlo. Finn se quedó muy quieto. Las manos de la anciana eran huesudas y enjutas; sus uñas, largas y rotas. Le palpó

los brazos de arriba abajo, luego el pecho, buscó su cara con las manos. Finn deseaba apartarse, estremecerse, pero se mantuvo quieto, soportando los dedos fríos y rugosos por encima de la frente, sobre los ojos.

Las otras mujeres estaban expectantes, como si el tacto de una lo sintieran las tres. Entonces, con ambas manos apretadas contra su pecho, la Justicia central murmuró:

—Percibo su corazón. Late desbocado, es la carne de la Cárcel, el hueso de la Cárcel. Percibo el vacío en él, los cielos fragmentados de la mente.

—Percibimos el dolor.

—Percibimos la pérdida.

—Es mi criado. —Gildas se incorporó y se recompuso a toda prisa—. Me sirve sólo a mí. Pero os lo regalo, hermanas, os lo ofrezco como compensación por nuestro delito. Un intercambio justo.

Finn lo miró sin dar crédito a sus oídos.

—¡No! ¡No puedes hacerlo!

Gildas se dio la vuelta. No era más que una silueta pequeña y encogida en la oscuridad, pero sus ojos eran astutos y se iluminaron con una inspiración repentina. Respiraba de forma entrecortada. Miró a conciencia el anillo que Finn llevaba en el dedo.

—No tengo alternativa.

Las tres brujas intercambiaron miradas. No hablaron, pero algún tipo de información se transmitió entre ellas. Una de las Justicias soltó tal risotada que Finn se puso a sudar, y el hombre que había detrás murmuró algo aterrado.

—¿Lo hacemos?

—¿Debemos?

—¿Podemos?

—Aceptamos. —Lo pronunciaron al unísono. A continuación, la arpía de la izquierda se inclinó y agarró el huso. Sus dedos encorvados lo hicieron girar; tomó el hilo y tiró de él entre el dedo índice y el pulgar—. Él será el Elegido. Será el Tributo.

Finn tragó saliva. Se sentía muy débil; el sudor frío le produjo un escalofrío en la espalda.

—¿Qué tributo?

La segunda Justicia midió el hilo, una longitud corta. La tercera cogió las tijeras. Con cuidado cortó el hilo, que cayó silenciosamente al suelo polvoriento.

—El Tributo que le debemos —susurró—, a la Bestia.

Keiro y Attia llegaron a la Ciudad justo antes de Luzapagada, dentro de la última caravana, en la parte posterior de un carro cuyo cochero ni siquiera se había dado cuenta de su presencia. Al llegar a las puertas, se bajaron de un salto.

—¿Y ahora qué? —susurró ella.

—Entramos sin más. Como hace todo el mundo.

Keiro empezó a andar con paso decidido y Attia se quedó mirando su espalda antes de correr tras él.

Había una puerta más pequeña, y a la izquierda una ranura estrecha en la muralla. Se preguntó para qué sería; después vio que los guardias obligaban a pasar por allí a todos los caminantes.

Volvió la mirada. La carretera estaba desierta. A lo lejos, en las silenciosas llanuras, los defensores aguardaban; en lo alto, lo que podría haber sido un pájaro volaba en círculos, como una chispa plateada en medio de las nieblas umbrías.

Keiro la empujó hacia delante.

—Tú primera.

Cuando se acercaron a la portezuela, el guardia los estudió con precisión de arriba abajo e inclinó la cabeza hacia la ranura. Attia pasó por la puerta. Daba a un pasaje sombrío y maloliente, tras el que emergió en las calles adoquinadas de la Ciudad.

Keiro avanzó justo después de ella.

Al instante, sonó una alarma. Keiro se dio la vuelta. Un pitido bajo pero insistente que surgía de la muralla. Justo sobre él, Incarceron abrió un Ojo y lo miró.

El guardia, que había empezado a cerrar la compuerta, se detuvo. Se dio la vuelta de un brinco y blandió la espada.

—Vaya, no pareces un...

Con un puñetazo en el estómago, Keiro lo desequilibró; otro puñetazo lo propulsó contra la pared. Se quedó en el suelo hecho un ovillo. Keiro respiró hondo, después se acercó al panel de mandos de la muralla y desconectó la alarma. Cuando se dio la vuelta, Attia lo miraba fijamente.

—¿Por qué a ti? ¿Por qué no a mí?

—¿Qué más da? —La adelantó dando un par de zancadas—. Supongo que notó la Llave.

Attia se quedó mirando cómo avanzaba, con su imponente jubón y la melena al viento que se apartó hacia atrás de forma despreocupada. En voz baja, para que él no la oyera, la muchacha preguntó:

—Entonces, ¿por qué tienes tanto miedo?

Cuando el carruaje se inclinó hacia un lado al montarse él, Claudia suspiró aliviada.

—Ay, creía que no ibais a llegar nunca.

Se apartó de la ventanilla y las palabras murieron en su boca.

—Estoy conmovido —dijo su padre con sequedad.

Se quitó un guante y sacudió el polvo del asiento. Entonces colocó el bastón y un libro junto a él, y gritó al cochero:

—En marcha.

El carruaje crujió cuando el cochero azuzó a los caballos. Al cabo de un momento, los arneses empezaron a tintinear y el carruaje dobló la curva cerrada del patio de la posada. Mientras tanto, Claudia intentó reprimirse para no caer en su trampa. Pero le pudo la ansiedad.

—¿Dónde está Jared? Pensaba que...

—Le pedí que hoy por la mañana viajara con Alys en el tercer coche. Creo que tenemos que hablar.

Era un insulto, de eso no había duda, aunque a Jared no le importaría y Alys estaría emocionada de tenerlo para ella sola. Pero tratar a un Sapient como a un sirviente... Se puso tensa de la rabia.

Su padre la observó un momento y después perdió la mirada por la ventana, y Claudia se fijó en que se había dejado unas cuantas canas más en la barba, de modo que su aire de seria distinción era más acentuado que nunca.

Entonces el Guardián dijo:

—Claudia, hace unos días me preguntaste por tu madre.

Si le hubiera dado un bofetón no la habría dejado más descolocada. Sin embargo, al instante se puso alerta. Era propio de él tomar la iniciativa, darle la vuelta a la partida, atacar. Era un ajedrecista excelente en la Corte. Ella no era más que un peón en su tablero; un peón que él convertiría en reina, a pesar de todo.

Fuera, una llovizna veraniega regaba los campos. Olía dulce y fresca. Claudia dijo:

—Sí.

El Guardián miró los campos mientras sus dedos jugueteaban con los guantes negros.

—Me resulta muy doloroso hablar de ella, pero hoy, en este viaje hacia todo lo que siempre he ansiado, tal vez haya llegado el momento.

Claudia se mordió el labio.

Lo único que sentía era miedo. Y por un momento, sólo un fragmento de segundo, experimentó algo que nunca antes había notado. Sintió pena por él.

Hemos pagado el tributo con los mejores y más apreciados, y ahora esperamos el desenlace. Aunque tarde siglos, no lo olvidaremos. Igual que los lobos, montaremos guardia. Y si tenemos que vengarnos, nos vengaremos.

Los Lobos de Acero

—Me casé cuando estaba en la mediana edad. —John Arlex contemplaba el espeso follaje veraniego, que ensombrecía el interior del carruaje entre destellos de luz—. Era un hombre acaudalado, porque nuestra familia siempre había formado parte de la Corte, y ostentaba el puesto de Guardián desde la juventud. Una gran responsabilidad, Claudia. No te imaginas todo lo que implica.

Suspiró brevemente.

El carruaje traqueteaba sobre las piedras. En el bolsillo de la capa de viaje, Claudia notó la Llave de cristal, que le golpeteaba la rodilla, entonces recordó el miedo de Finn, su rostro demacrado. ¿Acaso eran todos así, todos los Presos que vigilaba su padre?

—Helena era una mujer hermosa y elegante. El nuestro no fue un matrimonio de conveniencia, sino el fruto de un encuentro fortuito en un baile de invierno celebrado en la Corte. Era dama de cámara de la difunta reina, la madre de Giles. Era huérfana, la última de su estirpe.

Hizo una pausa, como si quisiera que Claudia dijera algo, pero no lo hizo. La muchacha creía que, si hablaba, rompería el hechizo, que el Guardián dejaría de hablar. No la miró. En voz baja, continuó diciendo:

—Yo estaba muy enamorado de ella.

Claudia tenía las manos tensas y entrelazadas. Se obligó a relajarlas.

—Después de un breve noviazgo, nos casamos en la Corte. Fue una boda discreta, no como va a ser la tuya, pero después celebramos un modesto banquete y Helena se sentó en la presidencia de mi mesa y no paró de reírse. Se parecía mucho a ti, Claudia, aunque no era tan alta. Tenía el pelo rubio y fino. Siempre llevaba una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello, con un retrato de nosotros dos dentro, como un camafeo.

Se acarició la rodilla, abstraído.

—Cuando me dijo que estaba embarazada, no cupe en mí de alegría. Tal vez fuera porque pensaba que mi momento había pasado y ya nunca tendría un heredero. Porque pensaba que el cuidado de Incarceron pasaría a manos de otra familia, que la estirpe de los Arlexi moriría conmigo. Bueno, el caso es que empecé a mimarla todavía más. Ella era fuerte, pero había que cumplir las restricciones del Protocolo.

Levantó la mirada.

—Pasamos tan poco tiempo juntos...

Claudia respiró hondo y dijo:

—Murió.

—Durante el parto. —El Guardián desvió la mirada y la dirigió hacia la ventana. Las sombras de unas hojas bailaron en su rostro—. Contábamos con una comadrona y con los Sapiienti más reputados para cuidar de ella, pero no pudieron hacer nada por salvarla.

A Claudia no se le ocurría nada que decir. Jamás la habían preparado para semejante noticia. Su padre nunca le había hablado de ese modo. Volvió a entrelazar los dedos con fuerza. Entonces dijo:

—Así que no llegué a conocerla.

—No. —La mirada sombría del Guardián se volvió hacia Claudia—. Y después de aquello, yo no soportaba ver su imagen. Había un retrato, pero mandé que lo guardaran bajo llave. Ahora sólo queda esto.

De debajo de la camisa extrajo un relicario dorado, se sacó la cinta de terciopelo negro por la cabeza y se lo mostró. Por un momento, Claudia tuvo miedo de cogerlo; cuando lo hizo, notó que estaba templado por el calor que desprendía el cuerpo de su padre.

—Ábrelo —le dijo.

Claudia desató el lazo. Dentro, mirándose mutuamente en dos marcos ovalados, había dos miniaturas pintadas con suma exquisitez. A la derecha, su padre, con aspecto serio y más joven, el pelo de un bonito tono castaño. Y enfrente, con un vestido de talle bajo en seda carmesí, una mujer con el rostro dulce y delicado, sonriente, con una florecilla en la boca.

Su madre.

Le temblaron los dedos; cuando alzó la mirada para ver si él se daba cuenta, vio que su padre la observaba. Muy serio, dijo:

—En la Corte pediré que te hagan una copia. El Maestro Alan, el pintor, trabaja con

mucha precisión.

Claudia deseaba que su padre se derrumbara, que se echara a llorar. Deseaba que se enfadara, que lo consumiera la pena, algo, cualquier cosa a la que ella pudiera responder. Pero mantuvo la misma calma grave de siempre.

Claudia sabía que él había ganado esta partida. En silencio, le devolvió el medallón.

El Guardián lo deslizó dentro del bolsillo.

Los dos permanecieron en silencio durante un buen rato. El carruaje retumbaba en la calzada; atravesaron un pueblo de cabañas en ruinas con un estanque donde los gansos levantaron la cabeza y sacudieron sus alas blancas muy asustados. Luego la carretera empezó a empinarse por una colina, y se adentró en la sombra verde de un bosque.

Claudia estaba sofocada y sentía vergüenza. Una avispa se coló zumbando por la ventanilla abierta; la ahuyentó a manotazos y después se enjugó las manos y la cara en un pañuelito. Se fijó en cuánto polvo marrón de la calzada se había quedado impregnado en el lino blanco.

Al final, dijo:

—Me alegro de que me lo hayáis contado. Pero ¿por qué ahora?

—No soy un hombre muy efusivo, Claudia. Pero ahora por fin me siento preparado para hablar del tema. —Su voz sonó ronca y áspera—. Esta boda será la cúspide de mi vida. Y de la de tu madre también, si hubiera vivido para verla. Debemos pensar en ella, en lo orgullosa y feliz que se habría sentido. —Levantó los ojos, que eran grises y acerosos—. No podemos permitir que nada estropee las cosas, Claudia. Nada debe interponerse en el camino hacia nuestro éxito.

Claudia lo miró a los ojos. Él esbozó su sonrisilla habitual.

—Bueno. Estoy seguro de que preferirías estar en compañía de Jared.

Sus palabras iban cargadas de una intención que a Claudia no le pasó inadvertida. Cogió el bastón y golpeteó en el techo del carruaje; fuera, el cochero soltó una orden en voz baja, con la que obligó a los caballos a detenerse de forma brusca, piafando y resoplando, sin aliento. Una vez que estuvieron quietos, el Guardián se inclinó hacia delante y abrió la portezuela. Bajó por la escalerita y se despezó.

—Qué paisaje tan hermoso. Mira, querida mía.

Claudia salió y se colocó junto a él.

Ante ellos discurría un río ancho, que resplandecía con el sol estival. Serpenteaba

entre ricas tierras de cultivo, con campos dorados por la cebada crecida, y Claudia vio que las mariposas se elevaban formando nubes por entre los prados de flores que se extendían a ambos lados de la carretera. Notó el calor del sol en los brazos; levantó la cabeza hacia él, agradecida, cerró los ojos y no vio más que un caliente punto rojo, aspiró el polvo y el aroma acre de un seto de milenrama aplastado.

Cuando volvió a abrir los ojos, su padre se había marchado en dirección a los otros carruajes. Iba meneando el bastón y hablaba despreocupadamente con lord Evian, quien al final salió del carruaje y empezó a secarse el sudor de la cara enrojecida.

El reino se extendía ante ella hasta perderse en la distante neblina cálida del horizonte, y por un segundo Claudia deseó poder huir en medio de aquella quietud veraniega, escapar sumida en la paz de la tierra baldía. A un lugar en el que no hubiera nadie más.

A algún lugar en el que pudiera ser libre.

Notó un movimiento junto al codo. Lord Evian estaba allí de pie, bebiendo un trago de una petaca pequeña.

—Hermoso —dijo sin resuello. Señaló con un dedo rollizo—. ¿Lo veis?

Claudia distinguió un brillo a kilómetros de allí, en las lejanas colinas. Un reflejo reluciente y blanco como el diamante. Y supo que era el reflejo del sol en el tejado del gran Salón de Cristal.

Keiro comió el último pedazo de carne y se inclinó hacia atrás, saciado. Bebió los posos de la cerveza y miró a su alrededor, buscando a alguien que pudiera rellenarle la jarra.

Attia seguía sentada junto a la puerta; fingió no verla. La taberna estaba llena, así que tuvo que gritar dos veces para captar la atención del personal. Entonces la tabernera se acercó a él con una jarra de servir y le rellenó la que tenía en la mano. Mientras lo hacía le preguntó:

—¿Y vuestra amiga? ¿Ella no come?

—No es mi amiga.

—Pues entró detrás de vos.

Él se encogió de hombros.

—No puedo evitar que las chicas me sigan. A ver, mírame.

La mujer se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Muy bien, guaperas. Pagad la cuenta.

Keiro contó unas monedas, apuró la cerveza y se levantó desperezándose. Se sentía mejor después de haberse lavado, y el jubón rojo fuego siempre le había favorecido. Se abrió paso entre las mesas a grandes zancadas y fingió no ver a Attia, aunque la chica se apresuró a seguirlo. Ya había recorrido la mitad de un callejón oscuro en el momento en que la voz de la muchacha lo obligó a detenerse.

—¿Cuándo vas a empezar a buscarlos?

No se dio la vuelta.

—Dios sabe qué les estará pasando. Prometiste...

Keiro se volvió bruscamente:

—¿Por qué no te pierdes?

La chica lo desafió con la mirada. Era pequeña y tímida, o eso creía Keiro, pero ésta era la segunda vez que le plantaba cara, y empezaba a incomodarle.

—No pienso irme a ninguna parte —se limitó a decir Attia.

Keiro sonrió burlón.

—Crees que voy a dejarlos en la estacada, ¿verdad?

—Sí.

Fue tan directa que lo dejó descolocado. Se enfadó. Se dio la vuelta y continuó caminando, pero ella lo siguió como una sombra. Como un perro.

—Lo que creo es que quieres abandonarlos, pero no te dejaré. No dejaré que huyas con la Llave.

Keiro se dijo a sí mismo que no iba a contestarle, pero las palabras surgieron de su boca igualmente.

—No tienes ni idea de lo que voy a hacer. Finn y yo somos hermanos de sangre. Eso significa que nos lo debemos todo. Y yo cumplo mi palabra.

—¿Ah sí? —Attia cambió la voz e imitó el vozarrón malicioso de Jormanric—: «No he cumplido mi palabra desde que tenía diez años y apuñalé a mi propio hermano». ¿Así es como funcionan las cosas, Keiro? ¿Así es como los Comitatus continúan acompañándonos, continúan dentro de ti?

Se dispuso a atacarla, pero ella ya estaba preparada. Attia saltó y le arañó la cara, pataleó y le empujó con tanta fuerza que Keiro se tambaleó y aterrizó contra el muro. La Llave se le cayó del bolsillo, un repiqueteo en los adoquines mugrientos; ambos alargaron la mano para cogerla, pero ella fue más rápida.

Keiro siseó con rabia. La agarró del pelo y tiró de él como un salvaje.

—¡Dámela!

Ella gritó y se retorció.

—¡Suéltame!

Él tiró con más fuerza. Con un aullido de dolor, Attia tiró la Llave hacia la oscuridad; al instante, Keiro le soltó los pelos y se abalanzó a buscarla, pero en cuanto atrapó la Llave, la soltó emitiendo un chillido.

Se quedó abandonada en el suelo, con unas lucecillas azules bailoteando dentro.

De repente, en medio de un silencio alarmante, un campo de imagen se extendió a su alrededor. Vieron a una niña ataviada con un vestido suntuoso, con la espalda apoyada en un árbol, iluminada por el glorioso brillo de la luz. Los miraba fijamente a los dos. Cuando habló, su voz estaba cargada de sospecha.

—¿Dónde está Finn? ¿Quién diablos sois vosotros?

Le habían dado unas galletas de miel y unas semillas muy extrañas acompañadas de una bebida caliente que burbujeaba un poco, pero no había querido probar nada, por si la comida estaba envenenada. Fuera donde fuese que lo conducían, prefería llegar allí con la mente lúcida.

También le habían dado ropa limpia y agua para lavarse. En el exterior de la puerta de la habitación, había dos Hombres-grulla en guardia, apoyados contra la pared.

Se acercó a la ventana. Había una altura considerable. Abajo vio una calle estrecha, abarrotada de gente incluso a esas horas, gente que pedía, vendía e instalaba campamentos improvisados en la calle y dormía debajo de sacos, con sus animales deambulando por todas partes. El ruido era apabullante.

Colocó las manos en el alféizar y se inclinó hacia delante, con intención de ver los tejados. La mayor parte de ellos eran de paja, con algunos parches de metal aquí y allá. No había manera de escapar trepando por ellos; además, la casa estaba inclinada hacia delante, como si fuese a caerse, y sin duda él acabaría en el suelo si intentaba escapar por allí. Por unos segundos se planteó si no sería mejor romperse la nuca en el intento que tener que enfrentarse a una criatura sin nombre, pero pensó que todavía le quedaba tiempo. Las cosas podían cambiar.

Se cobijó en la habitación y se sentó en el taburete para intentar pensar. ¿Dónde estaba Keiro? ¿Qué hacía en esos momentos? ¿Qué planes tenía? Keiro era terco y asalvado, pero era un gran conspirador. La emboscada contra los Cívicos había sido idea suya. Seguro que se le ocurría una buena solución. Finn ya empezaba a echar de menos su desparpajo, su absoluta seguridad en sí mismo.

Se abrió la puerta; Gildas se coló por ella.

—¡Tú! —Finn se puso de pie de un brinco—. ¡Cómo te atreves a...!

El Sapient extendió ambas manos en alto.

—Sé que estás enfadado, Finn, pero no tenía elección. Ya viste lo que iban a hacernos. —Parecía abatido. Entonces se sentó dejando caer el peso sobre el taburete—. Además, voy a ir contigo.

—Dijeron que sólo yo.

—Las monedas de plata sirven de mucho. —Dijo Gildas con un gruñido irascible—. Aunque al parecer la mayor parte de la gente intenta sobornar a los verdugos para que los «saquen» de la Cueva, no para que los «metan».

No había ningún asiento más en toda la habitación, así que Finn se sentó en el suelo, entre la paja, y se abrazó las rodillas.

—Pensaba que estaba solo —dijo en voz baja.

—Bueno, pues no estás solo. Yo no soy como Keiro, y no daré la espalda a mi iluminado.

Finn frunció el entrecejo. Entonces preguntó:

—¿Me darías la espalda si no tuviera visiones?

Gildas se frotó las manos secas, que sonaron a papel arrugado.

—Claro que no.

Se quedaron callados un momento, escuchando la torre de babel que era la calleja. Entonces, Finn dijo:

—Háblame de la Cueva.

—Creía que conocías la historia. Sáfico llegó a la Ciudadela de las Justicias, que debe de ser donde estamos ahora. Se enteró de que sus habitantes pagan un Tributo mensual a un ser que sólo conocen como la Bestia: el tributo es un joven o una doncella de la

ciudad. Los meten en una cueva que hay oculta en la montaña; ninguno de ellos regresa jamás.

Se rascó la barba.

—Sáfico se presentó ante las Justicias para ofrecerse a cambio de la muchacha cuya vida iban a sacrificar. Dicen que la chica lloró a sus pies. Y cuando Sáfico salió de las murallas, todos los habitantes de la ciudad observaron cómo se marchaba, en silencio. Entró en la Cueva solo, sin arma alguna.

—¿Y? —preguntó Finn.

Gildas permaneció un momento callado. Cuando continuó con el relato, lo hizo en voz más baja.

—Pasaron tres días sin que ocurriera nada. Y entonces, el cuarto día, se extendió como la pólvora la noticia de que el forastero había emergido de la Cueva. Los lugareños se apiñaron junto a las murallas y abrieron de par en par las puertas. Sáfico recorrió la calle lentamente. Cuando llegó a las puertas de la Ciudadela, levantó la mano derecha, y vieron que le faltaba el dedo índice, y que la mano sangraba sobre el polvo del camino. Dijo: «La deuda no ha sido saldada. No basta con todo lo que yo soy para saldar la deuda. Lo que habita en la Cueva tiene un apetito que nunca puede verse saciado. Un vacío que nunca puede llenarse». Entonces se dio la vuelta y se alejó de la ciudad, y los demás dejaron que se marchara. Pero la chica, aquella cuya vida había salvado, corrió tras él y viajó con Sáfico durante un tiempo. Fue la primera de sus Seguidores.

Entonces intervino Finn:

—¿Qué...?

Pero la puerta se abrió de sopetón antes de que pudiera terminar la pregunta. Los Hombres-grulla gesticularon.

—Fuera. Ahora el chico tiene que dormir. En cuanto llegue Lucencendida, nos iremos.

Gildas se marchó después de dirigirle una mirada fugaz. Uno de los hombres le arrojó unas mantas; Finn se arropó con ellas y se sentó hecho un ovillo contra la pared, para escuchar las voces, los cantos y los ladridos de la calle.

Tenía frío y se sentía completamente solo. Intentó pensar en Keiro, en Claudia, en la chica que la Llave le había mostrado. Y ¿Attia se olvidaría de él? ¿Lo abandonarían todos a su suerte?

Rodó sobre la espalda y se acurrucó bocarriba.

Y entonces vio el Ojo.

Era minúsculo, estaba en lo alto, cerca del techo, medio escondido entre telas de araña.

Lo observaba fijamente, y Finn lo miró con la misma fijeza. Después se sentó y le plantó cara.

—Háblame —le ordenó, con voz baja pero cargada de rabia y sarcasmo—. ¿Tanto miedo tienes que no te atreves a hablarme? Si de verdad nací de ti, entonces, háblame. Dime qué tengo que hacer. Abre las puertas de par en par.

El Ojo era un resplandor rojo, no parpadeaba.

—Sé que estás ahí. Sé que puedes oírme. Siempre lo he sabido. Los otros se olvidan, pero yo no. —Se había puesto de pie; se acercó al punto de luz y alargó las manos hacia él, pero el Ojo estaba, igual que siempre, demasiado elevado—. Le hablé de ti a la Maestra, la mujer que mataron, que yo maté. ¿Lo viste? ¿La viste caer? ¿La recogiste? ¿La tienes encerrada en alguna parte, viva?

Le temblaba la voz, tenía la boca seca; conocía los indicios, pero estaba furioso y demasiado asustado para parar.

—Me Escaparé de ti. Lo haré, lo juro. Tiene que haber algún lugar al que pueda ir. Algún lugar en el que no puedas verme. ¡En el que no existas!

Estaba sudoroso, mareado. Tenía que sentarse, tumbarse, dejar que el aturdimiento lo barriera, una amalgama de imágenes, una habitación, una mesa, un barco en un lago oscuro. Se atragantó con las imágenes, luchó por apartarlas, se ahogó en ellas.

—No —dijo—. No.

El Ojo era una estrella. Una estrella roja. Cayó lentamente dentro de su boca abierta. Y mientras lo quemaba por dentro, oyó que hablaba con el más leve de los susurros, el murmullo del polvo en los pasillos desiertos, el crepitar de las cenizas en el corazón de una hoguera.

—*Estoy en todas partes* —susurró—. *En todas partes.*

Por los interminables rincones de la culpa

se derrama el plateado hilo de mis lágrimas.

Mi dedo es la llave que acabó quebrada.

Mi sangre el aceite que la cerradura engrasa.

Cantos de Sáfico

Claudia se quedó mirando la imagen del holograma con desesperación.

—¿Qué quieres decir con que está encarcelado? Pero todos vosotros estáis en la Cárcel, ¿no?

El chico sonrió con una burla irónica que desde el principio desagradó a Claudia. Se sentó en el bordillo de lo que parecía un pasaje oscuro, y se inclinó hacia atrás, mirándola con interés, como si la escudriñara.

—¿Es que acaso lo dudas?... Entonces ¿dónde estás tú, princesa?

Ella frunció el entrecejo. De hecho, estaba en el guardarropa de una posada donde habían hecho un alto para comer, un cuartucho de piedra maloliente demasiado fiel al Protocolo para ser cómodo. Sin embargo, no iba a perder el tiempo en dar explicaciones.

—Escúchame bien, como te llames...

—Keiro.

—De acuerdo, Keiro. Es imprescindible que hable con Finn. Para empezar, ¿cómo le has arrebatado la Llave, eh? ¿Se la has robado?

Keiro tenía los ojos muy azules, y el pelo rubio y largo. Era guapo y no cabía duda de que lo sabía. El muchacho dijo:

—Finn y yo somos hermanos de sangre, nos hemos jurado fidelidad mutua. Me la dio para que estuviera a salvo.

—Así que ¿confía en ti?

—Por supuesto.

—Pero yo no —dijo otra voz.

Una chica apareció por detrás de él; Keiro la miró con rabia y murmuró:

—¿Por qué no cierras el pico?

Sin embargo, la chica se acuclilló y habló apresuradamente con Claudia.

—Soy Attia. Y creo que Keiro va a abandonar a Finn y al Sapient para intentar Escapar como hizo Sáfico, y piensa que la Llave funcionará también con él. ¡Pero no debes dejar que lo haga! O Finn morirá...

Desconcertada por tantos nombres, Claudia dijo:

—Espera. ¡Más despacio! ¿Por qué morirá?

—Al parecer, en esta Ala celebran una especie de ritual. Tiene que enfrentarse con la Bestia. ¿Puedes hacer algo para impedirlo? ¿Puedes utilizar la magia de las estrellas? ¡Tienes que ayudarnos!

La chica vestía los ropajes más mugrientos que Claudia había visto jamás; tenía el pelo moreno y cortado a tijeretazos con infinidad de trasquilones. Saltaba a la vista que estaba muerta de preocupación. Mientras intentaba pensar, Claudia dijo:

—¿Y qué queréis que haga yo? ¡Tenéis que liberarlo vosotros!

—¿Qué te hace pensar que podemos hacerlo? —preguntó Keiro sin perder la calma.

—No tenéis alternativa. —Un grito en el patio de la posada la hizo mirar a su alrededor, nerviosa—. Porque Finn es el único con quien pienso hablar.

—Ah, claro, porque te gusta. Y vamos a ver, ¿quién eres tú?

Miró fijamente a la pantalla.

—El Guardián de Incarceron es mi padre.

Keiro soltó un bufido.

—¿Qué Guardián?

—El que... controla la Cárcel. —Se quedó helada. El desprecio en la mirada de él la

petrificó. No tardó en continuar—. A lo mejor puedo encontrar algún mapa de la Cárcel, un plano de sus pasajes secretos, de las puertas y pasillos que os mostrarán la salida. Pero no te lo contaré hasta que vea a Finn.

Semejante mentira habría hecho refunfuñar a Jared, pero no le quedaba otra alternativa. No confiaba en ese tal Keiro; era demasiado arrogante. Y la chica parecía enfadada y muerta de miedo.

Keiro se encogió de hombros.

—¿Y qué tiene de especial Finn?

Claudia dudó un momento. Entonces dijo:

—Creo que... creo que lo reconozco. Ha crecido, parece distinto, pero hay algo en él, en su voz... Si no me equivoco, su verdadero nombre es Giles, y es el hijo de... de alguien muy importante de aquí fuera.

No debía desvelar demasiado. Lo justo para hacerlo reaccionar.

Keiro se la quedó mirando estupefacto.

—¿Me estás diciendo que toda esa patraña de que en realidad proviene del Exterior es cierta? ¿Significa algo esa marca que lleva en la muñeca?

—Tengo que irme. Ve a buscarlo y punto.

Él se cruzó de brazos.

—¿Y si no puedo?

—Pues entonces olvídate de la magia de las estrellas. —Miró a la chica y sus ojos se encontraron un instante—. Y esta Llave no será más que un inútil bártulo de cristal. Además, si eres su hermano, querrás rescatarlo.

Keiro asintió.

—Claro que quiero. —Señaló con la cabeza en dirección a Attia—. No le hagas caso. Está loca. No sabe nada. —Habló más bajo y con más seriedad—: Finn y yo somos hermanos y nos protegemos el uno al otro. Siempre.

Attia miró a Claudia con la cara transformada en una mueca. La duda se reflejaba en sus ojos.

—¿Es pariente tuyo? —preguntó en voz baja la chica—. ¿Es tu hermano? ¿O tu primo?

Claudia se encogió de hombros.

—No, es un amigo. Un amigo, nada más.

A toda prisa, apagó la pantalla holográfica.

La Llave resplandecía en la fétida oscuridad. Se la metió en el bolsillo de la falda y echó a correr, desesperada por respirar aire fresco. Alys merodeaba muy ansiosa por el pasillo, mientras los demás sirvientes pasaban rozándola cargados con bandejas y platos.

—¡Ay, aquí estáis, Claudia! El conde Caspar os anda buscando.

Sin embargo, para entonces Claudia ya lo había oído, ese bramido agudo e irritante que era su voz, y para su aflicción, vio que era con Jared con quien hablaba, así como con lord Evian; los tres sentados en un banco al sol, con los perros del hostel tumbados en un círculo expectante a sus pies.

Salió y cruzó el adoquinado.

Evian se puso de pie inmediatamente y le dedicó una reverencia exagerada; Jared se desplazó al momento para dejarle sitio a su lado. Caspar se limitó a decir con irritación:

—¡Te pasas el día evitándome, Claudia!

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo, si puede saberse? —Se sentó y sonrió—. Qué alegría. Todos mis amigos juntos.

Caspar frunció el entrecejo. Jared inclinó la cabeza levemente. A su lado, Evian ocultó una sonrisa en el pañuelo adornado con puntillas. Claudia se preguntó cómo podía quedarse allí sentado tan tranquilo en compañía del conde, un joven a quien planeaba asesinar. Aunque, de haberle preguntado, él habría alegado que no era algo personal, era cuestión de política, nada más. El juego de siempre.

Claudia se dirigió a Jared.

—Quiero que viajéis conmigo. ¡Me muero de aburrimiento! Podríamos comentar la Historia natural del reino de Menessier.

—¿Y por qué no yo? —Caspar arrojó un pedazo de carne a los perros y observó cómo se peleaban por el alimento—. No soy nada aburrido. —Sus ojillos se volvieron hacia ella—. ¿Verdad?

Era un reto.

—Por supuesto que no, Vuestra Merced. —Claudia sonrió encantada—. Y por supuesto que me encantaría que os unierais a nosotros. Menessier escribió unos pasajes

excelentes acerca de la fauna en los bosques de coníferas.

Se la quedó mirando con repugnancia.

—Claudia, no intentes que me trague todo ese rollo inocente. Ya te lo dije: me da igual qué tienes entre manos. Además, ya lo sé todo. Fax me lo contó anoche.

Notó que se ponía pálida y no se atrevió a mirar a Jared. Los perros gruñían y se peleaban. Uno de ellos le rozó la falda y Claudia le dio una patada.

Caspar se puso de pie, con petulante aire triunfal. Lucía una chabacana gargantilla de eslabones dorados y un jubón de terciopelo negro, y se puso a dar patadas a los perros para apartarlos; no paró hasta que soltaron un alarido.

—Pero te lo advierto, Claudia: te aconsejo que seas más discreta. Mi madre no es tan abierta de miras como yo. Si se enterara, se pondría hecha una fiera. —Sonrió a Jared—. Podría ser que la enfermedad de tu inteligente tutor se agravase de repente.

Sentía tanta rabia que estuvo a punto de incorporarse de un brinco, pero un suave toque de Jared hizo que se mantuviera sentada. Observaron cómo Caspar se marchaba dando zancadas por el patio, evitando los charcos y montículos de estiércol para no mancharse las botas caras.

Al final, lord Evian sacó la caja de rapé.

—Madre mía —dijo en voz baja—, es la amenaza más directa que he oído jamás.

Los ojos de Claudia se toparon con los de Jared. Los vio oscuros y atribulados.

—¿Fax? —preguntó el anciano.

Ella se encogió de hombros, irritada consigo misma.

—Me vio salir de vuestra habitación anoche.

El Sapient expresó su abatimiento.

—Pero Claudia...

—Lo sé, lo sé. Es todo culpa mía.

Evian aspiró el rapé con delicadeza.

—Si me permitís que intervenga, diré que eso fue de lo más inoportuno.

—No es lo que pensáis.

—Estoy seguro.

—No. De verdad. Y podéis dejar de fingir. Le he hablado a Jared de... los Lobos de Acero.

El lord miró a su alrededor apresuradamente.

—Claudia, no lo digáis en voz alta, por favor. —Su voz perdió la afectación—. Aprecio la confianza que tenéis en vuestro tutor pero...

—Por supuesto que hizo bien en contármelo. —Jared golpeó el sobre de la mesa con sus dedos largos—. Porque toda la conspiración es temeraria, totalmente ilegal y casi con total seguridad fallida, pues uno u otro os delatará. ¡Cómo se os ocurrió siquiera meter a la muchacha en esto!

—Porque no podemos lograrlo sin ella. —El hombre gordo estaba tranquilo, pero una capa de sudor resplandeció en su frente—. Vos, mucho más que cualquier otro, Maestro Sapient, sabéis lo que los férreos decretos de los Havaarna han hecho con nosotros. Somos ricos, por lo menos algunos de nosotros, y vivimos bien, pero no somos libres. Estamos encadenados de pies y manos por el Protocolo, esclavizados en un mundo estático y vacío en el que ni hombres ni mujeres saben leer, en el que los avances científicos de todos los tiempos son un privilegio para los ricos, en el que los artistas y poetas están condenados a repeticiones interminables y versiones estériles de obras maestras del pasado. Nada es nuevo. La novedad no existe. Nada cambia, nada crece, nada se desarrolla ni se amplía. El tiempo se ha detenido. El progreso está prohibido.

Se inclinó hacia delante. Claudia nunca lo había visto tan serio, tan despojado de su disfraz de afectación, y le sorprendió mucho, como si estuviera ante alguien totalmente distinto, un hombre más anciano, agotado y desconsolado.

—*Nos estamos muriendo, Claudia.* Debemos romper esta celda en la que nos hemos encerrado nosotros mismos, escapar de esta rueda incesante en la que damos vueltas como ratones. Me he volcado en cuerpo y alma para lograr la liberación. Si conseguirla implica mi muerte, no me importa, porque incluso la muerte sería una especie de liberación.

En la quietud, los grajos graznaron alrededor de los árboles, sobre sus cabezas. En el establo estaban ensillando a unos caballos, que golpeaban los adoquines con los cascos.

Claudia se lamió los labios secos.

—No hagáis nada de momento —susurró—. Tal vez tenga... información que daros. Pero todavía no.

Se puso de pie apresuradamente, pues no quería añadir nada más, no quería sentir la angustia viva que se había abierto en ella como una herida de puñal.

—Los caballos están listos. Vamos.

Las calles estaban repletas de personas, todas calladas. Ese silencio lo aterrorizó; era tan intenso... Y el apetito con el que lo miraban lo puso tan nervioso que se tropezó. Las mujeres y los niños andrajosos, los mutilados, los viejos, los soldados; miradas frías y curiosas que no se atrevía a devolver, de modo que bajaba la vista, a sus pies, a la suciedad de la calle, fija en cualquier punto salvo en ellos.

El único sonido que repicaba en las empinadas calles era la marcha rítmica de los seis guardias que lo rodeaban, el crujido de sus botas de suelas de hierro sobre los adoquines, y por encima de todos ellos, trazando círculos como un mal augurio, un único pájaro grande que graznaba chillidos tristes entre las nubes y los vientos que resonaban en la bóveda de Incarceron.

Entonces alguien respondió a su cántico, una única nota de lamento, y como si fuese una señal, toda la multitud de unió y entonó el mismo acorde en voz baja, su pena y su miedo convertidos en una extraña cancioncilla. Intentó identificar las palabras, pero sólo le llegaban fragmentos: *«El plateado hilo que se quebró... por los interminables rincones de la culpa y los sueños...»*. Y como un eco, el estribillo, repetido igual que un hechizo: *«Su dedo la llave, su sangre el aceite que la cerradura engrasa»*.

Al doblar una esquina, Finn miró hacia atrás.

Gildas caminaba tras él, a solas. Los guardias fingían no verlo, pero él caminaba con paso firme, con la cabeza alta, y los ojos de los espectadores recorrían admirados el color verde de su túnica de Sapient. El anciano parecía serio y decidido; asintió brevemente hacia Finn para darle ánimos.

No había ni rastro de Keiro ni de Attia. A la desesperada, Finn oteó entre la multitud. ¿Habrían descubierto lo que le había pasado? ¿Lo esperarían en la puerta de la Cueva? ¿Habrían hablado con Claudia? La ansiedad lo atormentaba, y no quería permitirse pensar en la cosa que más temía, la que pendía en la oscuridad de su mente como una araña, como el susurro burlón de Incarceron.

Que tal vez Keiro hubiera huido con la Llave.

Sacudió la cabeza. En los tres años que había pasado con los Comitatus, Keiro no lo había traicionado nunca. Lo había insultado, sí, se había reído de él, le había robado, había peleado y discutido con Finn. Pero siempre había estado ahí. Y sin embargo, Finn se dio cuenta con una frialdad repentina de lo poco que sabía sobre su hermano de sangre, sobre su procedencia. Keiro se había limitado a decir que sus padres habían muerto. Finn nunca le había hecho preguntas. Siempre había estado demasiado absorto en su propia pérdida agónica, en los flashes de memoria y en los ataques.

Tendría que haberle preguntado.

Tendría que haberse preocupado.

Una lluvia de diminutos pétalos negros empezó a caer sobre él. Levantó la mirada y vio que se los tiraba la gente, arrojando puñados y puñados que caían sobre los adoquines de la calle y formaban una fragante alfombra oscura sobre la calzada. Se percató de que los pétalos eran muy peculiares, pues en cuanto entraban en contacto, se fundían, y por las alcantarillas y las calles fluía una masa pegajosa y espesa que exudaba el más dulce de los aromas.

Hizo que se sintiera extraño. Y, como si se adentrara en un sueño, recordó la voz que había oído por la noche.

«Estoy en todas partes». Como si la Cárcel le respondiera. En ese momento levantó la mirada, mientras atravesaba las fauces abiertas de la puerta de la ciudad, y vio un solo Ojo rojo en el rastrillo, con su mirada que nunca parpadeaba fija en él.

—¿Me ves? —preguntó en un suspiro—. ¿Fuiste tú quien me habló?

Pero para entonces la puerta estaba a sus espaldas, y los guardias y él ya habían salido de la Ciudad.

El camino discurría en línea recta y estaba desierto. El pegajoso aceite avanzaba por los laterales; detrás oyó las compuertas y portezuelas cerrarse herméticamente, oyó cómo pasaban los cerrojos, y las rejas de hierro bajaban hasta quedar pegadas al suelo. Aquí, bajo la bóveda, el mundo parecía vacío, la llanura barrida por los vientos helados.

Los soldados se bajaron del hombro a toda prisa las pesadas hachas que transportaban; el que iba a la cabeza tenía una especie de artilugio con una lata adherida, una máquina para lanzar fuego, supuso Finn. Ese mismo hombre dijo:

—Esperad a que el Sapient nos alcance.

Aminoraron el paso, como si el anciano hubiera dejado de ser su prisionero y hubiera pasado a ser su guía, y Gildas llegó caminando sin aliento y dijo:

—Tu hermano no se ha presentado.

—Ya aparecerá.

Decirlo lo consolaba.

Caminaron con brío, cerrados en un grupo compacto. A ambos lados del camino había hoyos y trampas; Finn vio fauces de hierro en las profundidades de los agujeros. Miró hacia atrás y se sorprendió de lo lejos que quedaba ya la Ciudad, con sus habitantes alineados junto a las murallas, observando, gritando, levantando a sus hijos para que vieran mejor.

El capitán de los soldados dijo:

—Ahora vamos a salir del camino. Tened cuidado; pisad sólo donde pisemos nosotros y que no se os ocurra escapar. El terreno está minado de globos de fuego.

Finn no tenía ni idea de lo que eran los globos de fuego, pero Gildas frunció el entrecejo.

—No cabe duda de que esa Bestia es temible.

El hombre lo miró.

—Yo nunca la he visto, Maestro, ni tengo intención de verla.

Una vez que salieron de la carretera, la travesía se volvió más accidentada. Parecía que hubieran horadado la tierra cobriza y la hubieran arañado para formar grandes surcos en ella; en algunos puntos estaba quemada, carbonizada hasta adquirir la textura crujiente de la turba, que se elevaba en nubes de polvo cuando la pisaban, o vitrificada casi hasta volverse de cristal. Era preciso un calor enorme para lograr semejante transformación, pensó Finn. Además, apestaba, un olor acre, a carbonilla. Siguió de cerca a los hombres, observando sus pasos con nerviosa atención; cuando se detuvieron, levantó la cabeza y vio que estaban muy alejados, en medio de la llanura, con las luces de la Cárcel tan altas que eran como soles brillantes, que dibujaban su sombra y la de Gildas detrás de ellos.

Muy lejos, en la bóveda kilométrica, el pájaro seguía dando vueltas. En una ocasión graznó, y los guardias levantaron la mirada hacia él. El más próximo murmuró:

—Busca carroña.

Finn empezó a preguntarse hasta cuándo seguirían caminando. No había colinas por allí, ni montañas, así que, ¿cómo iban a encontrar una cueva? Se la había imaginado como una especie de grieta oscura en un acantilado metálico. Ahora lo embargaba una aprensión nueva, porque incluso su imaginación lo traicionaba.

—Deteneos. —El capitán levantó una mano—. Aquí es.

Ahí no había nada. Eso fue lo que pensó Finn al principio. El alivio lo inundó. Era todo una farsa. Ahora lo dejarían marcharse, volver corriendo a la Ciudad, contar algún cuento espeluznante sobre un monstruo para mantener apaciguado al pueblo.

Entonces, cuando se abrió paso entre los hombres, vio la zanja en el suelo.

Y la Cueva.

Jared exclamó:

—¡Les habéis prometido unos mapas que no existen! Vaya locura se os ha ocurrido, Claudia. ¡Nos estamos metiendo en terreno peligroso!

Claudia sabía que estaba francamente preocupado. Se colocó en su lado del carruaje y dijo:

—Maestro, ya lo sé. Pero hay tanto en juego...

Él levantó la mirada y la muchacha vio en sus ojos que había regresado el dolor.

—Claudia, decidme que no os estáis planteando en serio participar en ese plan temerario propuesto por Evian. ¡Nosotros no somos asesinos!

—Yo no. Si mi plan funciona, no hará falta.

Pero no le dijo lo que estaba pensando: que si la reina acababa por enterarse, que si él, Jared, corría alguna clase de peligro, Claudia los mandaría matar a todos sin dudarlo, incluso a su padre, para salvarlo.

A lo mejor ya lo sabía. Mientras el carruaje traqueteaba, Jared dirigió la mirada hacia la ventanilla y su expresión se oscureció; su pelo moreno rozó el cuello de la túnica de Sapient.

—Aquí está «nuestra» cárcel —dijo con voz sombría.

Y cuando siguió su mirada, Claudia vio los pináculos y las torres de cristal del palacio, las torretas y las torres festoneadas con banderolas y otros adornos; oyó que las campanas sonaban para darle la bienvenida, que todas las palomas aleteaban y alzaban el vuelo, todos los cañones disparaban balas a modo de estruendoso y contundente saludo desde todas las azoteas altísimas que se erigían con sumo esplendor en el cielo de un azul puro.

Nos hemos dejado la piel en este cometido. Ahora es más grande que todos nosotros juntos.

Informe del proyecto, Martor Sapiens

—Toma esto, y esto.

El capitán de los guardias arrojó una bolsita de cuero y una espada a las manos de Finn. La bolsa pesaba tan poco que debía de estar vacía.

—¿Qué hay dentro? —preguntó el muchacho con nerviosismo.

—Ya lo verás. —El hombre se apartó y miró a Gildas. Entonces dijo—: ¿Por qué no huyes, Maestro? ¿Por qué malgastas tu vida?

—Mi vida es la de Sáfico —espetó Gildas—. Su destino es mi destino.

El guardián sacudió la cabeza.

—Como prefieras. Pero ningún otro ha regresado jamás. —Señaló con la cabeza la entrada de la Cueva—. Ahí está.

Se produjo un instante de silencio tenso. Los soldados empuñaron con fuerza las hachas; Finn sabía que ése era el momento en el que se esperaba que él hiciera amago de escapar, ahora que iba armado con una espada y se enfrentaba a terrores desconocidos. ¿Cuántos de los que habían conducido allí como Tributo habrían chillado y luchado presas del pánico en ese instante?

Él no. Él era Finn.

Con atrevimiento, se dio la vuelta y bajó la mirada hacia la grieta.

Era muy estrecha, y completamente negra. Tenía los bordes quemados y cuarteados, como si el metal de la estructura de la Cárcel se hubiera calentado en exceso y se hubiera fundido innumerables veces provocando serpenteos grotescos y afilados. Como si ese ser desconocido que iba a salir reptando de entre los labios metálicos pudiera fundir el acero igual que si fuese caramelo.

Miró a Gildas.

—Yo iré el primero.

Antes de que el Sapien pudiera poner objeciones, se acucilló sobre la ranura de oscuridad, mirando fugazmente por última vez hacia lo lejos. Sin embargo, vio que la llanura agrietada estaba vacía, la Ciudad era una fortaleza remota.

Deslizó las botas por el borde de la ranura, encontró un apoyo para los pies y, al momento, introdujo el cuerpo sin pensarlo más.

Una vez por debajo del nivel de la superficie, la oscuridad se cernió sobre él. Palpando con manos y pies se dio cuenta de que la grieta era un espacio horizontal entre dos estratos inclinados, y se adentraba en el terreno. Tuvo que extender los brazos y las piernas para caber por la rendija, y empezó a avanzar centímetro a centímetro por una superficie oscura que semejava una losa, plagada de residuos que parecían piedras y bolitas lisas de acero derretido que rodaban bajo su cuerpo y le hacían heridas. Arañó con los dedos el polvo y los escombros; cuando agarró un puñado, se le deshizo entre las yemas como un hueso seco. Lo tiró de inmediato.

El techo era muy bajo; en dos ocasiones le rozó la espalda y empezó a temer quedarse encajado en el túnel. En cuanto ese pensamiento se transformó en un terror frío, se detuvo.

Sudando, respiró hondo antes de preguntar:

—¿Dónde estás?

—Justo detrás de ti. —Gildas sonaba exhausto. Su voz resonó con el eco; una llovizna de polvo cayó del techo y aterrizó en el pelo y los ojos de Finn. Una mano lo agarró por la bota.

—Continúa.

—¿Por qué? —Intentó agachar la cabeza para mirar hacia atrás—. ¿Por qué no esperamos aquí hasta que llegue Luzapagada y entonces volvemos a salir reptando? No me dirás que esos hombres van a esperar montando guardia hasta que se vaya la luz, ¿no? Lo más probable es que ya se hayan marchado. ¿Qué puede impedirnos...?

—Los globos de fuego, tontorrón. Cientos y cientos de globos. Un paso en falso y te volarán un pie. Y tú no viste lo que yo vi anoche, cómo patrullan por las murallas de la Ciudad, cómo unos focos potentísimos peinan la llanura durante toda la noche. Nos verían a la primera. —Se echó a reír, su risa sonó como un ladrido lúgubre en la oscuridad—. Decía en serio lo que les conté a las tres mujeres ciegas. Eres un Visionario. Si Sáfico entró aquí, nosotros debemos imitarlo. Aunque me temo que mi teoría de que el camino hacia la salida conduce a un territorio más elevado va a resultar errónea.

Finn sacudió la cabeza, incrédulo. Incluso en semejante tesitura, el anciano se preocupaba de sus teorías más que de cualquier otra cosa. Siguió arrastrándose, hincando las puntas de las botas para darse impulso y empujar el cuerpo hacia delante.

Pasó los siguientes minutos con la certeza de que el techo iba a bajar cada vez más, hasta que llegara un momento en que se topara con el suelo y lo atrapase en medio. Entonces, para su alivio, el túnel empezó a ensancharse y, al mismo tiempo, giró hacia la izquierda y la pendiente se volvió más empinada. Al final fue capaz de ponerse de rodillas sin golpear la cabeza contra el techo.

—Se abre un poco más adelante. —Su voz sonó hueca.

—Espera ahí.

Gildas buscó algo a tientas; se oyó un crujido estruendoso y el siseo de una luz; era una de las bengalas humeantes y toscas que los Comitatus utilizaban para indicar que estaban en apuros. Cuando brilló, Finn vio que el Sapient estaba tumbado sobre el estómago y sacaba una vela del hatillo de cosas. Encendió la vela con la bengala y una vez que se hubo agotado su chispeante luz roja, las llamitas parpadearon y se movieron por una corriente de aire procedente de algún punto que quedaba delante de ellos.

—No sabía que las habías traído.

—Algunos de nosotros —dijo Gildas— pensamos en algo más que en ropa de gala y anillos inútiles. —Rodeó la llama con la mano—. Avanza despacio. Aunque, sea lo que sea, ya nos habrá olfateado y oído hace rato.

A modo de respuesta, algo rugió ante ellos. Un ruido bajo y retumbante, que notaron como una vibración debajo de las palmas extendidas. Finn blandió la espada y la agarró con fuerza. No veía nada en la negrura.

Continuó caminando y el túnel se abrió, se convirtió en un espacio que lo envolvía. Gracias al brillo de la modesta llama de la vela, vio los laterales escarpados de los estratos de metal, afloramientos de cuarzos de cristal, extrañas capas de óxidos que resplandecían con tonos turquesa y anaranjado cuando la luz los rozaba de soslayo. Se puso a cuatro patas.

Ante él se movió algo. Más que oírlo, Finn lo percibió, notó una ráfaga de aire putrefacto que se le atascó en la garganta. Muy quieto, prestó atención forzando todos los sentidos. Detrás de él, Gildas resopló.

—¡Calla!

El Sapient soltó un juramento.

—¿Está ahí?

—Creo que sí.

Empezaba a asimilar el espacio. Conforme iba acostumbrándose a la oscuridad, las aristas y las caras de la roca empinada se fueron separando de las sombras; vio un pináculo de piedra chamuscada y se dio cuenta con un sobresalto de que era inmensa, y estaba muy alejada. Además, la inicial ráfaga de aire se había convertido en una ventolera que soplabla contra su cara, un olor putrefacto y cálido como la respiración de una criatura gigantesca, un hedor acre e insoportable.

Y entonces, en un momento de lucidez, supo que la tenía enroscada alrededor de todo su cuerpo, que esa cara rocosa, negra y llena de aristas era su piel escamosa, las enormes protuberancias de piedra eran sus garras fosilizadas, supo que estaba en una cueva que en realidad era la antiquísima guarida llena de escamas de una bestia que echaba humo.

Se dio la vuelta para advertir con un grito a su compañero.

Pero entonces, lentamente, con un perezoso crujido espeluznante, se abrió un ojo.

Un ojo rojo, de párpados pesados, más grande que el propio Finn.

Las calles estaban envueltas en un ruido ensordecedor. La gente no dejaba de lanzarle flores; y al cabo de un rato, Claudia empezó a estremecerse ante los repiqueteos y botes provocados por el impacto contra el techo del carruaje, y el aroma de los tallos truncados se volvió más dulce y embriagador. La cuesta era empinada y Claudia iba dando bandazos sobre el asiento con clara incomodidad; a su lado, Jared estaba pálido. Lo cogió del brazo.

—¿Estáis bien?

Jared sonrió lánguidamente.

—Ojalá pudiéramos detenernos un momento. Si vomito en la escalinata del palacio no causaré muy buena impresión.

Claudia intentó sonreír. Ambos se quedaron en silencio mientras el carruaje seguía traqueteando y retumbando por las callezuelas de la Ciudadela Externa, bajo sus imponentes torres defensivas, a través de sus patios y pórticos adoquinados, y con cada curva y cada giro, Claudia sabía que se adentraba más y más en la trampa de la vida que le esperaba allí, las luchas de poder, el laberinto de traición. Poco a poco, los gritos estridentes se apagaron; las ruedas empezaron a deslizarse con suavidad y al correr la cortinilla vio que la calzada estaba forrada por una alfombra roja, con ostentosas bandas, y por todas las calles colgaban guirnaldas de flores, y las palomas aleteaban entre los tejados y los aleros.

Allí arriba también había gente; eran las dependencias de los miembros de la Corte, el Comité Asesor del Reino y la Oficina del Protocolo. Los vítores se volvieron más refinados, aderezados con acordes musicales procedentes de violas, serpentones, pífanos y

tambores. Desde algún punto al que todavía no había llegado su carruaje surgieron más gritos y aplausos: seguro que Caspar acababa de asomarse por la ventanilla de su vehículo para saludar y agradecer la cálida bienvenida a su hogar.

—Querrán ver a la novia —murmuró Jared.

—Pues todavía no ha llegado.

Silencio. Entonces Claudia añadió:

—Maestro, tengo miedo. —Percibió su sorpresa—. De verdad, tengo pánico. Este lugar me asusta. En casa sé quién soy, sé qué tengo que hacer. Soy la hija del Guardián, sé cuál es mi lugar. Pero este sitio es peligroso, está lleno de trampas. Desde pequeña he sabido que me aguardaba, pero ahora no estoy segura de poder enfrentarme a esto. Quieren absorberme, convertirme en uno de ellos, pero no voy a cambiar, ¡nunca! Quiero seguir siendo yo misma.

Él suspiró, y Claudia vio que tenía la mirada sombría y fija en la ventana velada.

—Claudia, sois la persona más valiente que conozco.

—No es verdad...

—Sí lo es. Y nadie logrará cambiaros. Vos seréis quien gobierne en palacio, aunque no será fácil. La reina es poderosa y os envidiará, porque sois joven y vais a ocupar su lugar. Vuestro poder es mayor que el suyo.

—Pero si os apartan de mí...

Jared se volvió hacia ella.

—No me marcharé. No soy un hombre valiente, lo reconozco. La confrontación me aturde; una mirada de vuestro padre y siento el miedo hasta en la médula, sea Sapient o no. Pero no pueden obligarme a dejaros, Claudia. —Se sentó con la espalda erguida, apartándose de ella—. Llevo años mirando a la muerte a la cara, y la ventaja es que me ha vuelto un poco más temerario.

—No digáis eso.

Él se encogió de hombros con dulzura.

—Tarde o temprano llegará. Pero no debemos pensar tanto en nosotros mismos. Deberíamos plantearnos si podemos ayudar a Finn. Dadme la Llave para que pueda estudiarla un poco más. Tiene mecanismos complejos que todavía no he podido analizar.

Mientras el carruaje rebotaba al pisar el umbral de una puerta, Claudia sacó la llave

del bolsillo oculto y se la tendió, y en ese momento, las alas del águila central parpadearon, como si el animal las hubiera sacudido para emprender el vuelo. Jared corrió la cortina rápidamente y los rayos de sol se reflejaron en sus brillantes caras talladas.

El pájaro había echado a volar.

Estaba sobrevolando un paisaje oscuro, una llanura carbonizada. En lo más profundo de la llanura se abría una fractura en la tierra, y el pájaro bajó en picado y se introdujo en ella, girando para entrar de lado por la estrecha grieta. Claudia suspiró de miedo.

La Llave se quedó negra. Una única luz roja latía dentro.

Sin embargo, mientras la contemplaban, el carruaje se detuvo bruscamente, los caballos piafaron y resoplaron, y la puerta del coche se abrió de par en par. La sombra del Guardián oscureció el vano.

—Vamos, querida mía —dijo en voz baja—. Todos están esperando.

Sin mirar a Jared, sin permitirse siquiera pararse a pensar, Claudia salió del carruaje y se incorporó, cogiendo del brazo a su padre.

Juntos se colocaron frente a la doble fila de cortesanos que aplaudían, ante el esplendor de los banderines de seda, ante la gran escalinata que conducía a lo alto del trono.

Sentada en él, radiante con un vestido plateado con una gorguera imponente, estaba la reina. Incluso desde esa distancia destacaba el color encarnado de su pelo y sus labios, el brillo de los diamantes de la gargantilla que lucía. Detrás de su hombro, de pie, como una presencia inquietante y ceñuda, estaba Caspar.

El Guardián dijo sin inmutarse:

—La sonrisa, querida.

Claudia la impostó. Esa sonrisa amplia y confiada, tan falsa como todo el resto de su vida, una máscara que cubría la frialdad.

A continuación, subieron con paso firme la escalinata.

Era la mirada irónica de sus pesadillas, así que la reconoció. La voz le salió ronca:

—¿Tú?

Tras él, oyó el suspiro de Gildas.

—Dale. ¡Pégale, Finn!

El Ojo era un remolino. La pupila una espiral de movimiento, una galaxia de color escarlata. A su alrededor, irguiéndose, la oscuridad se sacudió convulsa, y Finn vio que la inmensa guarida de la Bestia estaba abarrotada de objetos, joyas, huesos, harapos de tela, restos de armas. Algunas cosas tenían siglos de antigüedad; las escamas y la roca habían crecido sobre ellas. Con un crujido y el crepitar que hacen dos objetos al despegarse, una protuberancia de roca oscura con varias caras talladas se convirtió en la cabeza del monstruo, que se erigió sobre él; unas cuchillas de metal salieron como si fueran garras y se aferraron al suelo de la caverna, que vibraba y se estremecía.

Finn era incapaz de moverse. El polvo y el humo formaban una nube sobre él.

—¡Ataca! —Gildas lo agarró del brazo.

—Es inútil. ¿Es que no ves...?

Gildas emitió un rugido de ira, le arrebató la espada de las manos y la lanzó hacia la guarida abarrotada de la Bestia. Al instante se inclinó hacia atrás, como si esperase que la sangre manara a borbotones, como un gran chorro.

Entonces se quedó mirando fijamente al frente y vio lo que Finn ya había visto.

No había herida alguna. La cueva se abrió y se disolvió, absorbió la hoja de la espada, se recompuso alrededor de ella. La Bestia era una criatura compleja, una formación extenuante y rápida de millones de seres, de murciélagos y huesos y escarabajos, con nubes oscuras de abejas, un patrón calidoscópico en continuo cambio de fragmentos de roca y virutas metálicas. Cuando la Bestia se dio la vuelta y se levantó hacia el techo de la cueva, vieron que, a lo largo de los siglos, había absorbido todo el terror y todo el miedo de la Ciudad, que todos los Tributos enviados para aplacarla habían sido asimilados, comidos, no habían hecho más que agrandarla. En algún punto de su interior había miles de millones de átomos de los muertos, de las víctimas y de los niños arrastrados hasta allí por decreto de las Justicias. Era una masa magnética de carne y metal, con una cola que se desmenuzaba, tachonada de uñas, dientes y garras.

Extendió la cabeza por encima de ellos y se inclinó hacia delante, acercando los grandiosos Ojos rojos a la cara de Finn. Al instante convirtió su piel en púrpura, sus manos temblorosas parecían teñidas de sangre.

—*Finn* —lo llamó, con una voz de profundo placer, una melaza gutural y ronca—. *Por fin.*

Él retrocedió, se acercó a Gildas. La mano del Sapien lo agarró por el codo.

—Conoces mi nombre.

—*Yo te di nombre.* —Su lengua titiló en la oscura caverna de su boca—. *Te lo di hace mucho tiempo, cuando naciste dentro de mis celdas. Cuando te convertiste en mi hijo.*

Finn se estremeció. Quería negarlo, gritar a pleno pulmón, pero no le salían las palabras.

La criatura meneó la cabeza para estudiarlo mejor. El largo hocico, del que se desprendían abejas y escamas, se fragmentó dando lugar a una nube de libélulas y luego volvió a tomar forma compacta.

—Sabía que vendrías —le dijo—. Te he estado vigilando, Finn, porque eres muy especial. En las entrañas y venas de mi cuerpo, en todos los millones de seres que encierro, no hay ni uno solo comparable a ti.

La cabeza se acercó aún más a él. Algo similar a una sonrisa se dibujó en su hocico y luego se quebró.

—¿En serio piensas que puedes escaparte de mí? ¿Se te ha olvidado que podría matarte, dejarte sin luz y sin aire, carbonizarte en cuestión de segundos?

—No se me ha olvidado —logró balbucir Finn.

—Muchos hombres lo olvidan. Muchos hombres están satisfechos de vivir en su prisión y creen que esto es el mundo, pero tú no, Finn. Tú te acuerdas de mí. Tú miras a tu alrededor y ves mis Ojos observándote. En esas noches de oscuridad, me llamaste, y yo te oí...

—Nunca contestabas —susurró.

—Pero tú sabías que estaba ahí. Eres un Visionario, Finn. Ves las estrellas. Qué interesante...

Gildas se abrió paso hasta quedar el primero. Estaba blanco como el papel y tenía el escaso pelo mojado por el sudor.

—¿Quién eres? —gruñó.

—Soy Incarceron, anciano. Ya deberías saberlo. Fueron los Sapienti quienes me crearon. Soy vuestro fantástico, mastodóntico e interminable fracaso. Vuestra Némesis. —Se aproximó zigzagueando, abriendo tanto la boca que vieron jirones de tela que colgaban de su garganta, olieron la grasienta y extrañamente dulce pestilencia de su aliento—. Ah, el orgullo de los Sabios. Y aún te atreves a buscar una manera de liberarte de tu propia locura.

Retrocedió y los Ojos rojos se cerraron hasta quedar reducidos a una rendija de luz.

—Págame, Finn. Págame como pagó Sáfico. Dame tu carne, tu sangre. Dame al anciano y su terrible deseo de muerte. Entonces, tal vez tu Llave abra puertas con las que ni siquiera sueñas.

Finn tenía la boca seca como la ceniza.

—Esto no es un juego.

—*¿Ah no?* —La risa de la Bestia sonó como un siseo grave—. *¿Acaso no sois todos como fichas en un tablero?*

—Somos personas. —Su rabia iba en aumento—. Personas que sufren. Personas a quienes atormentas.

Por un instante, la criatura se disolvió en diversas nubes de insectos. Luego se agruparon en abruptas gárgolas, un nuevo rostro, serpenteante y sinuoso.

—*Me temo que te equivocas. Las personas se atormentan unas a otras. No hay sistema alguno que pueda impedirlo, ningún lugar que pueda cercar el mal, porque los hombres lo llevan dentro de su ser, incluso los niños. Esos hombres son incorregibles, y mi única tarea es contenerlos. Los mantengo dentro de mi cuerpo. Me los trago enteros.*

Un tentáculo se extendió como un látigo y le rodeó la muñeca.

—*Págame, Finn.*

Finn retrocedió asustado y miró a Gildas. El Sapient parecía apocado, con la cara desencajada, como si todo el temor se hubiera cernido sobre él de repente, pero dijo de manera pausada:

—Deja que me tome, muchacho. Ya no me queda nada.

—No. —Finn plantó cara a la Bestia, a pesar de que su sonrisa de reptil estaba a pocos centímetros de él—. Ya te he dado una vida.

—*Ah, claro, la mujer.* —Ensanchó la sonrisa—. *Cuánto te atormenta su muerte. La mala conciencia y el sentimiento de culpa son tan poco frecuentes... Me resultan interesantes.*

Algo en aquella mueca sonriente hizo que Finn contuviera la respiración. Un sobresalto de esperanza que le hizo daño. Jadeó:

—*¡No está muerta! ¡La atrapaste, evitaste que cayera! ¿A que sí? La salvaste.*

La espiral roja le hizo un guiño.

—*Aquí no se desperdicia nada* —murmuró la criatura.

Finn la miró fijamente, pero entonces la voz de Gildas le gruñó al oído.

—Miente, muchacho.

—A lo mejor no. A lo mejor...

—Está jugando contigo. —Con cara de asco, el anciano observó con fijeza la confusión serpenteante del iris del Ojo—. Si es cierto que nosotros fabricamos una atrocidad como tú, entonces estoy preparado para pagar por nuestra locura.

—No. —Finn lo agarró muy fuerte. Se sacó un tosco anillo de plata del dedo pulgar y lo mostró, como una bengala centelleante—. Acepta esto como Tributo en su lugar, «padre».

Era el anillo con forma de calavera. Y no le importaba nada.

He trabajado en secreto durante varios años para fabricar un mecanismo que reproduzca fielmente el que hay en el Exterior. Ahora me protege. Timon murió la semana pasada y Pela ha desaparecido durante los disturbios, y a pesar de que estoy aquí escondido, en este salón perdido, la Cárcel me busca.

—Mi señor —susurra—, os noto. Noto cómo reptáis por mi piel.

Diario de lord Calliston

La reina se levantó con enorme gracia.

En la palidez de porcelana de su rostro, sus extraños ojos destacaban, claros y fríos.

—Mi queridísima Claudia.

Claudia le dedicó una reverencia, sintió el susurro de un beso en cada mejilla, y en la fuerte presión de su abrazo notó los huesecillos de la mujer, la constitución delgada que había debajo del corsé de varillas y los faldones huecos y almidonados.

Nadie conocía la edad de la reina Sia. Al fin y al cabo, era una hechicera. Posiblemente fuera mayor que el Guardián, aunque a su lado, él se veía serio y taciturno, con la meticulosa barba plateada. Frágil o no, su juventud era convincente; apenas aparentaba tener unos años más que su hijo.

Se dio la vuelta e invitó a pasar a Claudia, dejando atrás a Caspar y su mirada huraña.

—Qué guapa estáis, dulce jovencita. Ese vestido es fantástico. ¡Y el pelo! Decidme, ¿es natural o teñido?

Claudia soltó un suspiro, pues empezaba a irritarse, pero no tuvo que contestar. Antes de que le diera tiempo, la reina ya había pasado a otro tema.

—... y espero que no penséis que soy demasiado atrevida.

—No —se limitó a decir Claudia en un segundo de silencio.

La reina sonrió.

—Excelente. Por aquí.

Era una puerta doble de madera que abrieron de par en par dos lacayos; pero en cuanto Claudia entró, las puertas se cerraron y aquella reducida estancia se desplazó en completo silencio hacia arriba.

—Sí, lo sé —murmuró la reina mientras la apretaba contra su cuerpo—. Incumple todas las normas del Protocolo. Pero sólo lo utilizo yo, así que ¿quién puede enterarse?

Las delicadas manos blancas se aferraban con tanta fuerza a su brazo que Claudia empezó a notar cómo se le clavaban las uñas. Se quedó sin aliento, como si la hubieran secuestrado. Incluso habían dejado atrás a su padre y a Caspar.

Cuando volvieron a abrirse las puertas, el pasillo que se extendía ante ella le pareció una ilusión: un sueño de objetos dorados y decenas de espejos; debía de ser tres veces más grande que el castillo en el que vivía Claudia. La reina la condujo por el pasillo sin soltarla de la mano, entre imponentes mapas pintados que mostraban todos los países del reino, adornados en las esquinas con fantasías de olas encrespadas, sirenas y monstruos marinos.

—Aquí está la biblioteca. Sé que os encantan los libros. Por desgracia, Caspar no es tan estudioso. Lo cierto es que ni siquiera estoy segura de que sepa leer... Ahora no vamos a entrar.

Mientras la reina la escoltaba para que pasara de largo, Claudia volvió la mirada. Entre un mapa y otro había jarrones de porcelana china en azul y blanco lo bastante altos para esconder a un hombre dentro, y los espejos se reflejaban los unos en los otros, formando tal confusión de rayos de sol que de repente Claudia dejó de distinguir dónde terminaba el pasillo, si es que tenía fin. Además, la pequeña figura blanca de la reina se multiplicaba en todas direcciones: delante y detrás de ella, y a ambos lados, como si el miedo que Claudia había sentido en el carruaje se hubiera concentrado en esos andares artificialmente jóvenes y briosos, en esa voz rotunda y llena de secretismo.

—Y ésta es vuestra suite. La de vuestro padre está en la puerta contigua.

Inmensa.

Una alfombra en la que se le hundieron los pies, una cama con tantos doseles de seda color azafrán que Claudia creyó que iba a engullirla.

De pronto soltó la mano de la reina y se dio la vuelta, consciente de la encerrona. Consciente de que la habían atrapado.

Sia se quedó callada. Dio por concluida la cháchara insulsa. Se miraron a los ojos.

Entonces, la reina sonrió.

—Estoy segura de que no hace falta que os lo advierta, Claudia. La hija de John Arlex tiene muy buenos modales; pero de todos modos, supongo que no está de más que os recuerde que muchos de los espejos poseen doble cara, y que los mecanismos de escucha desplegados por todo el palacio son de lo más eficaces. —Dio un paso para acercarse un poco más a la muchacha—. ¿Sabéis qué? Me han contado que se os ha despertado la curiosidad por la pérdida de nuestro querido Giles.

Claudia mantuvo la compostura y no cambió en absoluto de expresión, pero tenía las manos frías como el hielo. Bajó la mirada.

—Algunas veces pienso en él. Si las cosas hubieran sido distintas...

—Sí. Todos nos quedamos conmocionados por su muerte. Pero aunque la dinastía de los Havaarna haya terminado, el reino debe tener quien lo gobierne. Y no me cabe la menor duda, Claudia, de que vos lo haréis muy bien.

—¿Yo?

—Por supuesto. —La reina se dio la vuelta y se sentó con elegancia en una silla dorada—. Seguro que ya os habéis dado cuenta de que Caspar es incapaz de gobernar nada. ¡Si ni siquiera se gobierna a sí mismo! Venid a sentaros aquí conmigo, querida mía. Dejad que os dé un consejo.

La sorpresa la dejó petrificada. Claudia se sentó.

La reina se inclinó hacia delante y sus labios rojos sonrieron con malicia.

—Mirad, vuestra vida en palacio puede ser muy placentera. Caspar es un niño: dejad que tenga sus juguetes, sus caballos, sus palacios y chicas, y no os dará problemas. Me he asegurado personalmente de que no sepa absolutamente nada sobre política. ¡Se aburre con tanta facilidad! Nosotras dos podemos pasárnoslo muy bien juntas, Claudia. No os imagináis lo aburrido que es estar aquí sola rodeada de todos estos hombres.

Claudia se miró las manos. ¿Había algo de real en todo aquello? ¿Qué porcentaje formaba parte del juego?

—Yo pensaba...

—¿Que os odiaba? —La reina soltó una risita infantil—. ¡Os necesito, Claudia! Podemos gobernar juntas, ¡se os dará tan bien! Y vuestro padre esbozará esa sonrisa de sería satisfacción. Así que —dijo mientras daba unos golpecitos con las delicadas manos en las de Claudia—, se acabaron los pensamientos tristes sobre Giles. Ahora está en un lugar mejor, querida mía.

Lentamente, Claudia asintió y se puso de pie. La reina hizo lo mismo. La seda del vestido crujió.

—Sólo una cosa.

Con una mano ya en la puerta, Sia se volvió.

—¿Sí?

—Jared Sapiens, mi tutor. Yo...

—Ahora ya no necesitáis tutor. Yo puedo enseñaros todo lo que queráis.

—Deseo que se quede.

Lo dijo con rotundidad.

La reina le devolvió una mirada penetrante.

—Es joven para ser Sapiens. No sé en qué estaría pensando vuestro padre cuando...

—Jared se queda.

Se aseguró de que sonara como una afirmación, no como una pregunta.

La reina cambió la expresión de sus labios encarnados. Su sonrisa se volvió gentil.

—Lo que vos digáis, dulce jovencita. Lo que queráis.

Jared colocó el escáner en el marco de la puerta, abrió la diminuta ventana y se sentó en la cama. La habitación era muy austera, como tal vez pensaban en la Corte que debía ser la celda de un Sapiens, con el suelo de tablones de madera y las paredes forradas de oscuros paneles decorados con tréboles y rosas en tonos crudos.

Olía a junco y humedad, y apenas tenía muebles, pero Jared ya había extraído dos pequeños mecanismos de espionaje, y era posible que hubiera más. Aun así, tenía que arriesgarse.

Sacó la Llave y la sujetó entre las manos. Activó el canal de comunicación.

Nada salvo la oscuridad.

Volvió a tocarla, preocupado: la oscuridad adquirió la forma de un círculo amplio, que continuó siendo oscuro. Después, muy tenuemente, distinguió la silueta de una figura acurrucada en el centro del círculo.

—No puedo hablar —susurró Keiro—. Ahora no.

—Entonces escucha —contestó Jared también en un susurro—: Tal vez esto os ayude. Si pulsáis una combinación de dos, cuatro, tres y uno en el teclado crearéis un campo de vacío. Todos los sistemas de vigilancia os perderán la pista, por completo. Desapareceréis de sus escáneres. ¿Sabes a qué me refiero, muchacho?

—No soy tonto —el murmullo irritado de Keiro se oyó a duras penas.

—¿Habéis encontrado a Finn?

Nada. Habían cortado.

Jared entrelazó los dedos y soltó un juramento en voz baja en la lengua de los Sapienti. Por la ventana le llegaban las voces de la gente, cada vez más altas, y algunos violinistas en los jardines lejanos que rasgaban unas notas. Esa noche habría baile para dar la bienvenida a la prometida del heredero.

Y sin embargo, si el viejo Bartlett estaba en lo cierto, el verdadero heredero continuaba vivo, y Claudia estaba convencida de que era ese chico llamado Finn. Jared sacudió la cabeza mientras se aflojaba el cuello de la túnica con los dedos largos. Cuánto deseaba Claudia que así fuera. Jared tendría que silenciar sus propias dudas porque, sin esa esperanza, la joven no tendría nada a lo que aferrarse. Y al fin y al cabo, era posible, aunque no fuera más que posible, que su instinto no le fallara.

Fatigado, se recostó apoyando la espalda en el duro cabecero de la cama, sacó la bolsita con la medicación del bolsillo y preparó la dosis. Ahora tomaba tres granos más, pues hacía una semana que había aumentado la dosis, pero a pesar de todo, el dolor que habitaba en las profundidades de su cuerpo parecía crecer sin prisa pero sin pausa, como un ser vivo; algunas veces pensaba que la enfermedad se dedicaba a devorar el fármaco, que sólo conseguía alimentar su apetito.

Se puso la inyección y frunció el entrecejo. Qué ideas tan tormentosas y absurdas.

Sin embargo, cuando se tumbó y se quedó dormido, soñó fugazmente que un ojo, colorado como las galaxias, se había abierto en la pared y lo observaba.

Finn estaba desesperado; le mostró el anillo.

—Tómalo y déjanos marchar.

El Ojo se enfocó y lo escudriñó con mucha atención.

—*¿Crees que este objeto tiene algún valor?*

—Contiene una vida. Está atrapada dentro.

—*Qué ironía. Pues todas vuestras vidas están atrapadas dentro de mí.*

Finn temblaba. No le cabía duda de que, si Keiro lo estaba escuchando, tenía que actuar justo en ese momento. *Si estaba allí, claro.*

Gildas lo captó. Tuvo que hacerlo, porque de repente espetó a voz en grito:

—¡Tómalo! Deja que nos marchemos.

—*¿Igual que tomé el Tributo de Sáfico? ¿Igual que acepté esto?*

En la guarida abarrotada de la Bestia se abrió un destello de luz; vieron un diminuto y frágil hueso, muy incrustado en la roca.

Gildas murmuró una oración, anonadado.

—*¿Qué pequeño es!* —exclamó la Bestia mientras lo miraba—. *Y aun así, cuánto dolor provocó. Déjame ver esa vida atrapada.*

La Bestia acercó el Ojo. Finn agarró el anillo con todo el puño, pues el sudor lo había vuelto resbaladizo. Luego abrió la mano.

Al instante, el Ojo parpadeó. Se amplió, se contrajo, miró alrededor. De la garganta de la Bestia se deslizó un susurro oleoso, una pregunta curiosa y fascinada.

—*¿Cómo lo habéis hecho? ¿Dónde estáis?*

Una mano se cernió sobre la boca de Finn; mientras se sacudía, vio que era Attia, quien se llevó un dedo a los labios para advertirle. Detrás de ella estaba Keiro, con la Llave bien sujeta en una mano y un lanzallamas en la otra.

—*¡Sois invisibles!* —La Bestia sonaba perpleja—. *¡No es posible!*

Una masa de tentáculos se desplegó desde su cuerpo, formaciones de diminutas arañas pegajosas como el hilo de sus telas tantearon en la oscuridad.

Finn se tambaleó hacia atrás.

Keiro arremetió con el lanzallamas.

—Si quieres atraparnos —dijo con voz tranquila—, aquí estamos.

Una llamarada de fuego surgió junto a Finn; la Bestia rugió de rabia. Al cabo de un instante, la caverna se convirtió en una explosión de aves aterradas que chillaban, y de abejas y murciélagos faltos de toda forma y todo orden; describieron curvas y aletearon y subieron en espiral hasta el techo de la caverna, para golpearse inútilmente contra la roca.

Keiro soltó un grito de satisfacción. Volvió a disparar fuego, una bocanada de llamas amarillas, y la Bestia se convirtió en una estruendosa cascada de fragmentos, de piel chamuscada y de roca desprendida. Su Ojo rojo había quedado reducido a una diminuta explosión de mosquitos que se dispersaron, presas del pánico.

Las llamas chisporrotearon, chocaron contra las paredes y rebotaron en ellas duplicando el repentino calor.

—¡Déjalo! —chilló Finn—. ¡Salgamos de aquí!

Pero el techo y el suelo habían empezado a inclinarse, y la grieta se estrechaba a su alrededor.

—*Puede que no sea capaz de verte* —reconoció la Cárcel con acritud en medio del estruendo—, *pero estás aquí dentro, y te voy a agarrar muy fuerte, hijo mío.*

Los obligó a apretarse unos contra otros, espalda contra espalda, ya que se puso a dar vueltas en espiral, las paredes de la cueva empezaron a desmoronarse y del techo se desplomaron varios fragmentos. Finn alargó la mano para agarrar a Attia en medio del caos.

—¡Mantente a mi lado!

—Finn. —La voz de Gildas sonó ahogada—. En la pared. Ahí arriba.

Al principio Finn no sabía a qué se refería; luego la vio: una fisura ascendente.

Al instante, Attia se liberó de la mano de Finn. Corrió y trepó; se aferró a las protuberancias de la roca y empezó a ascender por los tentáculos gelatinosos, escalando las propias escamas de la Bestia.

Finn empujó a Gildas para que la siguiera; el anciano se agarraba con torpeza pero con un vigor desesperado, mientras pedazos de piedra y gemas se desprendían y rodaban bajo sus manos.

Finn se dio la vuelta.

Keiro tenía el arma preparada.

—¡Vamos! ¡Nos está buscando!

Incarceron estaba cegado. Finn vio cómo se habían vuelto a formar algunas partes de la Bestia: una garra, la cola; vio cómo zarpeaba y daba coletazos en la oscuridad. Los notaba sobre su piel, percibía las vibraciones de sus movimientos. Finn quería preguntarle a Keiro cómo lo había logrado, pero ahora no tenía tiempo, así que se dio la vuelta y empezó a escalar detrás de Gildas.

La pared se transformaba a cada minuto, tomaba nueva forma y se mecía, inclinándose hasta quedar tan empinada que parecía que la Bestia estuviera irguiéndose, retorciéndose con el fin de expulsarlos de su espalda. Los obligó a subir a altos espacios cavernosos, hasta quedar colgando de sus escamas, y cuando Finn alzó la vista, distinguió unas grietas de luz en lo alto, agujeritos brillantes, y por un vertiginoso instante se sintió entre las estrellas, y entonces, una de ellas giró sobre él y vio que era un foco, que volvió plateadas sus manos y su cara mientras suspiraba, expuesto e indefenso.

Attia se dio la vuelta con el rostro desencajado.

—¡Más espacio! ¡Tenemos que quedarnos cerca de la Llave!

Le habían sacado mucha ventaja a Keiro, que trepaba con el lanzallamas apartado a un lado. En una de las ondulaciones de la abrupta guarida, Keiro se tropezó y un pie se le quedó colgando en el espacio. Tal vez la Bestia lo percibiera, porque siseó y el aire se cargó con unos pestilentes humos nuevos.

—¡Keiro! —Finn se volvió hacia él—. Tengo que bajar a buscarlo.

Attia aguzó la vista.

—No. Se las arreglaré solo.

Keiro se aferró con uñas y dientes. Intentó recuperar la estabilidad. La Bestia se agitó. Entonces se echó a reír, con esa risotada siniestra que Finn recordaba tan bien.

—Así que poseéis algún artilugio para ocultaros. Os felicito. Pero no lo dudéis: tengo intención de descubrir qué es.

Cayó polvo; un chorro de luz.

—¡Espera! —le gritó Finn a Gildas; sin resuello, el anciano negó con la cabeza.

—Ya no puedo agarrarme más.

—¡Claro que puedes!

Finn miró a Attia con desesperación; ella se pasó el brazo de Gildas por encima de los hombros y dijo:

—Yo me quedo con él.

Mientras, Finn casi se dejó caer hasta donde estaba colgando Keiro; lo agarró con una mano y lo apretó fuerte.

—¡Es inútil! No hay salida.

—Tiene que haberla —suspiró Keiro—. ¿No tenemos una Llave?

Con esfuerzo, la sacudió y Finn la cogió con una mano; por un momento, la agarraron los dos. Luego, Finn dio un tirón y la apartó de su hermano. Apretó todos los botones, frotó el águila, la esfera, la corona. Nada. Mientras la Bestia daba sacudidas debajo de ellos, Finn movió la Llave, la maldijo, hasta que notó cómo su calor crecía de pronto en sus manos, se recalentaba con un gemido preocupante. Hizo malabarismos para cambiarla de una mano a otra; los dedos le ardían.

—¡Úsala! —chilló Keiro—. ¡Funde la roca!

Finn apretó la Llave contra el lateral de la cueva. Al instante empezó a murmurar e hizo un clic.

Incarceron gritó. Un aullido de angustia. Las rocas se desplomaron, Attia gritó desde arriba. Mientras Finn miraba, una enorme ranura blanca se abrió en la pared, igual que un desgarrón en la tela que componía el mundo.

El Guardián estaba con Claudia junto a la ventana, mirando hacia el jolgorio iluminado por antorchas que acontecía en la calle.

—Lo has hecho muy bien —dijo con seriedad—. La reina está encantada.

—Bien. —Claudia estaba tan cansada que le costaba pensar.

—A lo mejor mañana podemos...

Se detuvo.

Un pitido estridente y cargado de urgencia. Insistente y alto. Sobresaltada, Claudia miró a su alrededor.

—¿Qué es eso?

Su padre se quedó muy quieto. Luego, metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó el reloj, y tras pulsarlo con el pulgar, hizo saltar la tapa de oro. Claudia vio las preciosas agujas, la hora. Las once menos cuarto.

Sin embargo, no era un repique para indicar la hora. Era una alarma.

El Guardián se lo quedó mirando. Cuando levantó la vista, sus ojos grises denotaban frialdad.

—Tengo que irme. Buenas noches, Claudia. Que duermas bien.

Abrumada, Claudia observó cómo se dirigía a la puerta dando largas zancadas.

—¿Es... es la Cárcel? —preguntó.

El Guardián se dio la vuelta con la mirada severa.

—¿Por qué dices eso?

—La alarma... Nunca la había oído...

La miró a los ojos. Claudia se hizo un reproche. Después su padre contestó:

—Sí. Parece que hay un... incidente. No te preocupes. Me ocuparé personalmente de solucionarlo.

Las puertas se cerraron tras él.

Claudia se quedó un momento allí, petrificada. Miró fijamente las láminas de madera; a continuación, como si la quietud la hubiera propulsado a actuar, agarró un chal oscuro, se arrojó con él y se abalanzó hacia la puerta, para abrirla a toda prisa.

Él ya había recorrido un buen trecho del pasillo dorado, pues caminaba rápido. En cuanto torció una esquina, Claudia corrió tras él, sin aliento, sigilosa gracias a las alfombras mullidas. Su imagen parpadeó en los tenues espejos.

Junto a un enorme jarrón de porcelana se meció una cortina; cuando se deslizó detrás de ella, Claudia se encontró en la parte superior de un tramo de escaleras de caracol mal iluminadas. Aguardó, con el corazón martilleando con fuerza, y observó la silueta negra del Guardián descendiendo la escalera; se dio cuenta de que corría, libraba los escalones con rapidez, agitado. Se apresuró a bajar detrás de él, dando vueltas y más vueltas, con una mano en la barandilla húmeda, hasta que las paredes doradas pasaron a ser de ladrillo, y luego se convirtieron en piedra. Los peldaños estaban erosionados por el desgaste, resbaladizos por el líquen verde.

Hacía frío y reinaba la oscuridad. Se le empañó el aliento. Tembló y se cubrió mejor con el chal.

Se dirigía a la Cárcel.

¡Se dirigía a Incarceron!

Difusa, muy por delante de ella, la alarma seguía pitando, alta y urgente, con un pánico implacable.

Estaban en las bodegas del palacio. Eran unas cámaras enormes, abovedadas, repletas de barriles y toneles, con alambres que salían de las paredes, recubiertos con sales blancas que habían emanado de los ladrillos. Si era cosa del Protocolo, resultaba bastante convincente.

Se escondió detrás de una pila de toneles y, muy quieta, asomó la cabeza para observar.

El Guardián había llegado a una puerta.

Era de bronce verde y estaba camuflada en la pared. Brillaba con los rastros dejados por la baba de los caracoles y estaba corroída por el tiempo. Unos enormes remaches la tachonaban. Unas cadenas oxidadas la cruzaban de lado a lado. El corazón le dio un brinco cuando Claudia vio el águila de Havaarna, sus alas extendidas casi desaparecidas bajo capas y capas de verdín.

Su padre echó un breve vistazo alrededor y ella agachó la cabeza, conteniendo la respiración. Luego él pulsó una rápida combinación de teclas en el globo terráqueo que sujetaba el águila; Claudia oyó un clic.

Las cadenas se deslizaron y se sacudieron antes de desplomarse, abiertas.

Bajo una llovizna de telas de araña y caracoles y polvo, la puerta se abrió con una sacudida.

Claudia se asomó de nuevo, pues se moría por ver qué había al otro lado, ver cómo era el Interior, pero no había más que oscuridad y un olor, una pestilencia acre y metálica, y tuvo que volver a esconderse rápidamente muy a su pesar porque él se dio la vuelta.

Cuando miró de nuevo, el Guardián se había ido y la puerta estaba cerrada.

Claudia se apoyó en los ladrillos mojados y respiró lentamente, emitiendo un silbido silencioso de aliento húmedo.

Por fin. Ya era hora.

La había encontrado.

La alarma les retumbó en los dientes, en los nervios, en los huesos. Finn pensó que le iba a dar otro ataque; aterrado, ascendió hacia la rendija y respiró el aire helado que soplaba a través de ella.

La Bestia había desaparecido. Mientras Keiro trepaba por encima de Finn y agarraba a Gildas, aquel ser se desvaneció; de pronto, todos se vieron inmersos en una cascada de fragmentos, y al momento se golpearon contra la pared, una cadena de cuerpos sujetos únicamente por el brazo de Finn.

El muchacho chilló con agonía:

—¡No podré aguantaros a todos!

—¡Ya lo creo que podrás! —jadeó Keiro.

El terror recorrió su cuerpo. A Keiro se le resbaló la mano y soltó un grito agónico.

No podía más. Le ardía la mano.

Una sombra cayó sobre él. Pensó que era la cabeza de la Bestia, o un águila tremenda, pero cuando se retorció lleno de desesperación y miró hacia arriba, vio que algo caía en picado por la ranura, volando con una potencia contenida. Era un barco de plata, un antiguo barco de vela, con las velas fabricadas con una amalgama de telarañas, con las cuerdas enredadas y colgando por la borda.

Se quedó flotando sobre sus cabezas y, muy despacio, una escotilla se abrió en la base. Por ella descendió una cesta, colgada de cuatro enormes cables, por encima de la cual se asomó una cara desde la cubierta del barco, una cara horrenda, como de gárgola, deformada por unas gafas de buceo y un extraño aparato para respirar.

—Entrad —ordenó—. Antes de que cambie de opinión.

Finn ignoraba cómo lo habían conseguido, pero el caso es que en cuestión de segundos Keiro había trepado hasta la cesta, que se bamboleaba con violencia, y Gildas se había aventurado tras él. Attia dio un salto después de pensarlo sólo un momento, y por último se montó Finn, que se dejó caer con la mente totalmente en blanco por el alivio. Cayó sin miedo y no notó que había aterrizado, hasta que el silencio de bienvenida se rompió por el grito que Keiro le propinó al oído.

—¡Me estás aplastando, Finn!

Como pudo, se incorporó. Attia estaba inclinada sobre él, preocupada.

—¿Estás bien?

—... Sí.

Era mentira, lo sabía, pero la adelantó de un salto y se asomó al borde de la cesta para mirar hacia abajo, mareado por el zarandeo y el viento gélido.

Estaban fuera de la Cueva, por encima de la llanura, a kilómetros del suelo y de la Ciudad. La Ciudadela parecía un juguete en medio de la llanura, y desde semejante altura vieron las marcas chamuscadas y las humaredas que la rodeaban, como si la tierra en sí fuese la piel de la Bestia que luchaba en el subsuelo, soltando bufidos de ira.

Las nubes pasaron rozándolos, unos vapores de un amarillo metálico, un arco iris.

Finn sintió que Gildas lo agarraba, la voz del anciano delirante por el júbilo, secuestrada por el viento.

—¡Mira hacia lo alto, muchacho! ¡Mira! ¡Todavía quedan Sapiienti, y tienen poder!

Inclinó la cabeza. Y vio, mientras el barco de plata ascendía en espiral, una torre tan estrecha e imposiblemente alta que parecía una aguja puesta en equilibrio sobre una nube, con la cúspide iluminada por la luz. Notó cómo se le congelaba el aliento y se condensaba, crujía y se hacía añicos, con cada una de las aristas de hielo polarizada por la torre, cada uno de los cristales alineados como por acción de un imán. Tomó aire, que notó liviano, y agarró al anciano del brazo, temblando de frío y de miedo, sin atreverse a volver a mirar abajo, viendo únicamente el diminuto punto de aterrizaje de la cúspide de la aguja que crecía y crecía, el globo que giraba lentamente sobre su vértice.

Y aun con todo, a pesar de lo elevados que se hallaban, por encima de ellos, a lo largo de kilómetros y kilómetros, la noche de Incarceron seguía extendiéndose en el cielo helador.

Los golpes que aporreaban la puerta despertaron a Jared con un sudor frío provocado por el miedo.

Al principio no sabía de qué se trataba, pero luego la oyó susurrar:

—¡Jared! ¡Rápido! ¡Soy yo!

Se sentó en la cama y fue dando traspiés hasta la puerta. Despegó el escáner del marco y tanteó con la mano hasta encontrar el cerrojo. En cuanto lo hubo levantado, la puerta se abrió de par en par y casi le golpeó en la cara; al instante Claudia estaba dentro de su cuarto, sin resuello y cubierta de polvo, con un chal sucísimo sobre el vestido de seda.

—¿Qué ocurre? —jadeó el Sapiient—. Claudia, ¿acaso se ha enterado? ¿Sabe que tenemos la Llave?

—No, no.

La muchacha se había quedado sin aliento; se desplomó en la cama y se hizo un ovillo, apretándose el costado.

—¿Entonces qué pasa?

Claudia levantó una mano para indicarle que esperara; al cabo de un momento, cuando pudo hablar de nuevo, miró hacia arriba y el Sapiient vio que su rostro estaba iluminado por el triunfo.

Dio un paso atrás, con una cautela repentina.

—¿Qué habéis hecho, Claudia?

Su sonrisa era amarga.

—He conseguido lo que llevaba años ansiando. He encontrado la puerta de su secreto. La entrada de Incarceron.

Un mundo suspendido en el espacio

—¿Dónde están los líderes? —preguntó Sáfico.

—En sus fortalezas —respondió el cisne.

—¿Y los poetas?

—Absortos en sueños de otros mundos.

—¿Y los artesanos?

—Forjando máquinas para desafiar a la oscuridad.

—¿Y los Sabios, que crearon el mundo?

El cisne bajó su negro cuello con tristeza.

—En sus torres, convertidos en brujas y hechiceros.

Sáfico en el Reino de las Aves

Finn tocó una de las esferas con mucho cuidado.

Le devolvió su propio rostro, hinchado de forma grotesca en el delicado cristal lila. Detrás de él vio a Attia, que atravesaba un arco y miraba a su alrededor.

—¿Qué es esto?

Se quedó maravillada por las burbujas que colgaban del techo, y Finn vio lo aseada que iba esa mañana: bien peinada y con ropa limpia que la hacía parecer más joven que nunca.

—Su laboratorio. Mira esto.

Algunas de las esferas contenían verdaderos ecosistemas. En una de ellas había una colonia de pequeñas criaturas con pelaje dorado que soñaban plácidamente o escarbaban en montículos de arena. Attia extendió las manos sobre la esfera, planas sobre el cristal.

—Está caliente.

Él asintió.

—¿Has dormido bien?

—No mucho. Me he despertado varias veces por culpa de tanto silencio. ¿Y tú?

Finn sacudió la cabeza, porque no quería reconocer que su agotamiento había hecho que se desplomase en la camita blanca y conciliase el sueño al instante, sin desvestirse siquiera. Aunque cuando se había despertado por la mañana se había dado cuenta de que alguien lo había arropado con unas mantas, y había dejado ropa limpia sobre la silla de la austera habitación blanca. ¿Habría sido Keiro?

—¿Viste al hombre del barco? Gildas cree que es un Sapient.

Ella negó con la cabeza.

—No lo he visto sin la mascarilla. Y lo único que dijo anoche fue: «Acomodaos en estas habitaciones y ya hablaremos por la mañana». —Claudia levantó la mirada—. Fuiste muy valiente al rescatar a Keiro.

Permanecieron callados un rato. Finn se acercó y se colocó de pie junto a ella. Mientras observaban juntos los animales que arañaban y retozaban en la arena, se dieron cuenta de que, detrás de ese globo, había una sala entera de mundos de cristal, en color verde agua, dorado y azul celeste, cada uno de ellos suspendido de una cadena fina, algunos más pequeños que un puño, otros grandes como salones, dentro de los cuales volaban pájaros o nadaban peces o zumbaban en bandadas o en enjambres miles de millones de insectos inquietos.

—Es como si hubiera fabricado una jaula para cada clase —dijo Claudia en voz baja—. Espero que no tenga una jaula para nosotros. —Entonces, al percatarse de la mueca repentina en el rostro de Finn, añadió—: ¿Qué ocurre? ¿Finn?

—Nada.

Sus manos dejaron marcas de vaho en la esfera cuando se apoyó en ella.

—Has visto algo. —Attia abrió los ojos como platos—. ¿Eran las estrellas, Finn? ¿De verdad hay millones de estrellas? ¿Se agrupan y cantan en la oscuridad?

Se sintió tonto y no quiso decepcionarla, así que dijo:

—He visto... He visto un lago delante de un edificio inmenso. Era de noche. En el agua flotaban unas lamparitas, como farolillos de papel, cada uno con una vela dentro; había algunos azules, y otros de color verde y escarlata. Había barcos en el lago y yo iba en

uno de ellos. —Se frotó la cara—. Yo estaba allí, Attia. Estaba inclinado sobre el lago e intentaba tocar mi reflejo en el agua, y sí, había estrellas. Y se enfadaban porque me había mojado la manga de la camisa.

—¿Las estrellas? —Attia se acercó más a él.

—No. Las personas.

—¿Qué personas? ¿Quiénes eran, Finn?

Intentó recordar. Percibió un aroma. Una sombra.

—Había una mujer —dijo—. Estaba enfadada.

Le hacía daño. Recordar le hacía daño. Provocaba destellos de luz; así que cerró los ojos para evitarlos, sudando, con la boca seca.

—No. —Angustiada, Attia alargó la mano para abrazarlo, aún llevaba verdugones rojos en las muñecas, donde las cadenas le habían rozado la piel—. No te pongas triste.

Finn se frotó la cara con la manga y se concentró en la tranquilidad de la habitación, una quietud que no había experimentado desde la celda en la que había nacido. Cambiando bruscamente de tema, murmuró:

—¿Todavía duerme Keiro?

—¡Ah, él! —gruñó Attia—. ¿A quién le importa?

Finn observó cómo la chica deambulaba entre las esferas.

—Es imposible que lo desprecies tanto. Te quedaste con él en la Ciudad.

Como Attia no dijo nada, Finn añadió:

—¿Cómo nos seguisteis los pasos?

—No resultó fácil. —Apretó los labios—. Oímos rumores sobre el Tributo, así que a Keiro se le ocurrió robar un lanzallamas. Yo fui quien tuvo que distraerlos para que él pudiera entrar. Aunque no me dio las gracias, claro.

Finn se echó a reír.

—Típico de Keiro. Nunca le da las gracias a nadie.

Abrió las manos sobre la esfera y apoyó la frente en el cristal; los reptiles que había dentro se lo quedaron mirando, impasibles.

—Yo sabía que vendría a buscarme. Gildas decía que no, pero Keiro sería incapaz de traicionarme.

Attia no contestó, pero Finn se dio cuenta de que su silencio estaba cargado de una extraña tensión; cuando levantó la mirada, la muchacha lo observaba con algo parecido al enfado. Estalló de manera abrupta:

—¡Qué equivocado estás, Finn! ¿Es que no ves cómo es? No le habría costado nada dejarte plantado. ¡Se habría llevado la Llave sin remordimientos! ¡Le dabas igual!

—No —contestó él, sorprendido.

—¡Sí! —Attia le plantó cara, con los moretones aún patentes en la piel blanca de su rostro—. Porque lo único que lo obligó a quedarse fue la amenaza de la chica.

Finn se quedó de piedra.

—¿Qué chica?

—Claudia.

—¡Habló con ella!

—Lo amenazó. «Ve a buscar a Finn», le dijo, «porque es el único con quien pienso hablar». Le aseguró que si no lo hacía, la Llave no serviría de nada. Se enfadó mucho con Keiro. —Attia se encogió de hombros levemente—. Es a ella a quien deberías dar las gracias.

No podía creerlo.

Y por nada del mundo lo haría.

—Keiro habría venido a buscarme igualmente. —Su voz sonó baja y obstinada—. Sé la impresión que da, parece que no se preocupe por nadie, pero yo lo conozco. Hemos luchado juntos. Hicimos un juramento.

Attia sacudió la cabeza.

—Eres muy confiado, Finn. Tienes que haber nacido en el Exterior, porque no encajas aquí. —Luego, al oír pasos que se acercaban, añadió rápidamente—: Pregúntale por la Llave. Pregúntale y verás.

Keiro entró a paso ligero y silbando en la sala. Llevaba un jubón de color azul oscuro y el pelo mojado, y estaba comiendo una manzana que había en el frutero de su habitación. Los dos últimos anillos de calavera resplandecían en sus dedos.

—¡Vaya! ¡Aquí estáis!

Dio una vuelta completa sobre sus talones.

—Y así es la torre de un Sapient. La jaula del viejo no le llega ni a la altura del betún.

—Me alegro de que pienses eso. —Para consternación de Finn, una de las esferas más grandes se abrió con un clic y de ella emergió un desconocido, seguido de Gildas. Se preguntó qué parte de su conversación habrían oído y cómo era posible que dentro de la esfera hubiese escaleras que condujeran al piso inferior. Sin embargo, antes de que pudiera hallar la respuesta, la puerta de la esfera volvió a cerrarse herméticamente y se convirtió en un brillo más entre los cientos de burbujas de cristal.

Gildas se había puesto una túnica de Sapient de tonos verdes iridiscentes. Se había lavado la cara angulosa y se había recortado la barba blanca. Parecía distinto, pensó Finn. Había perdido parte de su avidez; y cuando habló, su voz no resultó quejumbrosa, sino cargada de una nueva gravedad.

—Éste es Blaize —dijo. Y luego añadió en voz baja—: Blaize Sapiens.

El hombre alto agachó la cabeza un ápice.

—Bienvenidos a mi Sala de los Mundos.

Lo miraron fijamente. Sin la máscara para respirar, tenía una cara muy peculiar, moteada de llagas, marcas y quemaduras de ácido, y un pelo fino recogido con un lazo grasiento. Debajo de la túnica de Sapient llevaba unos calzones viejos con manchas de productos químicos, y una camisa con volantes que tal vez en otra época hubiera sido blanca.

Al principio ninguno de ellos habló. Después, para sorpresa de Finn, fue Attia quien dijo:

—Tenemos que daros las gracias, Maestro, por salvarnos. Íbamos a morir.

—Eh... bueno. Sí. —Se la quedó mirando con la sonrisa torcida e incómoda—. Sin duda tienes razón. Pensé que lo mejor era bajar.

—¿Por qué? —preguntó Keiro con frialdad.

El Sapient se dio la vuelta.

—¿No comprendo...?

—¿Por qué os molestasteis en salvarnos? ¿Qué queréis sacar de nosotros?

Gildas arrugó la frente.

—Os presento a Keiro, Maestro. El hombre sin modales.

Keiro soltó un bufido.

—No me diréis que no sabe nada de la Llave...

Mordió la manzana, con un mordisco audible en el silencio.

Blaize se volvió hacia Finn.

—Y tú debes de ser el Visionario. —Escudriñó a Finn con suma curiosidad—. Mi compañero me ha dicho que Sáfico te envió esta Llave, y que gracias a ella, te conducirá al Exterior. Dice que crees que provienes del Exterior.

—Es verdad.

—¿Te acuerdas?

—No. Sencillamente... tengo fe.

Por un instante, el hombre se lo quedó mirando, rascándose abstraído una herida de la mejilla con una de sus manos delgadas. Después dijo:

—Muy a mi pesar, tengo que decirte que te equivocas.

Gildas se volvió hacia él sin dar crédito a sus oídos; Attia se lo quedó mirando.

Enfadado, Finn dijo:

—¿A qué os referís?

—Me refiero a que no puedes provenir del Exterior. Nadie ha nacido jamás en el Exterior. Porque..., en fin, *el Exterior no existe*.

Durante unos segundos, la habitación se vio inmersa en un silencio apabullante, cargado de incredulidad. Entonces Keiro se echó a reír en voz baja y lanzó el corazón de la manzana a las baldosas de piedra de la sala. Se acercó al Sapient, sacó la Llave y la plantó en una mesa, junto a la esfera de cristal.

—Muy bien, señor Sabio. Si no existe el Exterior, ¿para qué sirve esto?

Blaize alargó la mano y cogió la Llave. Le dio la vuelta con tranquilidad y despreocupación.

—Ah, sí. He oído hablar de estos artilugios. A lo mejor los inventaron los primeros Sapienti. Cuenta la leyenda que lord Calliston fabricó una llave en secreto y murió antes de poder probarla. Vuelve invisible a quien la utiliza ante los Ojos, y sin duda tiene otras propiedades. Pero no puede permitirlos salir.

Con cuidado volvió a dejar el objeto de cristal en la mesa. Gildas lo perforó con la mirada.

—Hermano, ¡esto es una locura! Todos sabemos que el propio Sáfico...

—No sabemos nada de Sáfico, salvo una amalgama de cuentos y leyendas. Los ignorantes que viven allí abajo, en la Ciudad, cuyas actividades observo para huir del aburrimiento, inventan historias nuevas sobre Sáfico todos los años. —Cruzó los brazos, y sus ojos grises se mostraron implacables—. A los hombres les encantan las fábulas, hermano mío. Les encanta soñar. Sueñan que nuestro mundo está en las profundidades, bajo tierra, y creen que si pudiéramos desplazarnos hacia la superficie acabaríamos por encontrar la salida, una trampilla que se abriera a un mundo en el que el cielo es azul y los campos dan trigo y miel, y en el que no existe el dolor. Sueñan que hay nueve círculos que conforman la Cárcel alrededor de su centro, y dicen que si nos adentramos lo suficiente en ellos, encontraremos el corazón de Incarceron, su ser vivo, y emergeremos a través de él en otro mundo. —Sacudió la cabeza—. Leyendas. Nada más que eso.

Finn estaba estupefacto. Miró a Gildas; el anciano parecía afectado, hasta que la rabia estalló en él.

—¿Cómo podéis decir eso? —espetó—. ¿Vos, un Sapient? Cuando descubrí lo que erais, pensé que nuestras penurias se verían aliviadas, que comprenderíais...

—Y lo comprendo, creedme.

—Entonces, ¿cómo podéis decir que el Exterior no existe?

—Porque lo he visto.

Su voz sonó tan sombría y estaba tan cargada de desesperación que incluso Keiro dejó de deambular por la sala y se lo quedó mirando. Junto a él, Attia se estremeció.

—¿Cómo? —susurró.

El Sapient señaló una esfera, un caparazón negro y vacío.

—Así. El experimento me llevó décadas, pero estaba dispuesto a llegar hasta el final. Mis sensores penetraron en el metal y la piel, en el hueso y el cable. Me abrí paso a través de kilómetros y kilómetros de Incarceron, por sus salas y pasillos, por sus mares, por sus ríos. Igual que vosotros, tenía fe. —Se echó a reír con amargura, y se mordió las uñas ya gastadas—. Y sí, encontré el Exterior, en cierto modo. —Se dio la vuelta y tocó los

controles, de modo que la esfera se iluminó—. Encontré esto.

Vieron una imagen en la oscuridad. Una esfera dentro de la esfera, un globo de metal azul. Estaba suspendido en la interminable negrura del espacio, solo, silencioso.

—Esto es Incarceron. —Blaize apuntó el globo con un dedo—. Y nosotros vivimos dentro de él. Un mundo. Fabricado o surgido por azar, quién sabe. Pero solitario, en una inmensidad, en el vacío. En la nada. No hay Nada en el exterior. —Se encogió de hombros—. Lo siento. No es mi intención destruir los sueños de vuestra vida. Pero no hay ningún otro sitio adonde ir.

Finn no podía respirar. Era como si esas lúgubres palabras le hubieran arrebatado la vida. Se quedó mirando el globo y notó que Keiro se acercaba y se colocaba detrás de él, percibió el calor y la energía de su hermano de sangre, que lo reconfortaron. Sin embargo, fue Gildas quien los sorprendió a todos.

Se echó a reír. Con una carcajada áspera y gutural, de burla. Se incorporó y se volvió hacia Blaize. Lo miró a los ojos.

—¡Y os hacéis llamar Sabio! Yo diría más bien que os habéis dejado engañar por la malicia de la Cárcel. Os miente a la cara y vos lo creéis. Y no sólo eso: vivís aquí, por encima de los hombres, y los despreciáis. ¡Sois peor que un tonto!

Caminó decidido hacia el otro hombre, más alto que él; Finn dio un paso rápido para colocarse detrás de Gildas. Ya conocía el temperamento del anciano.

Sin embargo, Gildas acuchilló el aire con su dedo nudoso y dijo con voz dura y amenazante:

—¿Cómo os atrevéis a quedaros ahí plantado mientras me negáis la esperanza y a ellos, la oportunidad de vivir? ¿Cómo os atrevéis a decirme que Sáfico es un sueño, que la Cárcel es lo único que existe!

—Porque es la verdad —dijo Blaize.

Gildas se escabulló de los brazos de Finn.

—¡Mentiroso! No sois un Sapient. Y os olvidáis de una cosa: hemos visto a gente del Exterior.

—¡Sí! —corroboró Attia—. Y hemos hablado con ellos.

Blaize se quedó perplejo y preguntó:

—¿Habéis hablado con ellos?

Por un momento pareció que toda su certidumbre fuera a desmoronarse. Entrelazó los dedos y su voz sonó contenida:

—¿Con quiénes habéis hablado? ¿Quiénes son «ellos»?

Todos miraron a Finn, así que éste dijo:

—Una chica llamada Claudia. Y un hombre. Se hace llamar Jared.

Se produjo un segundo de silencio. Keiro fue quien añadió:

—A ver, explicadnos eso.

Blaize les dio la espalda. Pero casi al momento volvió a mirarlos con cara seria.

—No tengo intención de disgustaros. Pero habéis visto a una chica y a un hombre. ¿Cómo sabéis dónde están?

Finn dijo:

—No están aquí.

—¿Ah no? —Blaize lo miró fugazmente con incredulidad, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Cómo lo sabes? ¿No se te ha ocurrido que tal vez estén también en Incarceron? Podrían hallarse en alguna otra Ala, en algún nivel distante donde la vida pareciera diferente, donde ni siquiera supieran que están encarcelados... ¡Piénsalo, chico! Esta gesta por Escapar se convertirá en una obsesión que devorará tu vida. Pasarás años y años en un viaje desesperado, buscando sin cesar, ¡y todo en vano! Elige un lugar donde asentarte, aprende a vivir en paz y punto. Olvídate de las estrellas.

Su voz murmuró entre las esferas de cristal, elevada hacia las vigas de madera del techo. Abatido, sin oír apenas el arrebato de ira de Gildas, Finn se acercó a la ventana y se quedó allí, mirando a través del cristal sellado hacia las nubes que pasaban por la estratosfera de Incarceron, demasiado altas para las aves, con el paisaje helado varios kilómetros por debajo de ellos, con las colinas distantes y las pendientes oscuras que podrían ser muros tan alejados que resultaban invisibles.

Su propio miedo lo aterró.

Si eso era cierto, si no había forma de Escapar, ni de Incarceron ni de sí mismo...

Él era Finn y siempre lo sería, sin pasado ni futuro. No tenía ningún sitio al que regresar. Nadie que hubiera sido antes.

Gildas y Attia estaban enfadados; empezaron a discutir hasta que el frío comentario de Keiro se abrió paso a machetazos entre el ruido y silenció a todos los demás:

—¿Por qué no se lo preguntamos?

Cogió la Llave y tocó los mandos; Finn se dio la vuelta a toda prisa y vio lo frenético que estaba.

—No merece la pena —comentó Blaize al momento.

—Para nosotros, sí.

—Entonces, os dejaré que habléis con vuestros amigos. —Blaize les dio la espalda—. Yo no tengo el menor deseo de hacerlo. Poneos cómodos, servíos de la torre como si fuera vuestro hogar. Comed, descansad. Pensad en lo que os he dicho.

Pasó entre las esferas y salió por la puerta. La túnica se agitó entre sus prendas manchadas y un leve aroma a ácido y a algo más, algo dulce, permaneció flotando detrás de él.

En cuanto se hubo marchado, Gildas soltó un juramento, largo y lleno de amargura.

Keiro sonrió:

—Vaya, parece que por lo menos has aprendido algo útil de los Comitatus.

—¡Y pensar que después de todos estos años he tenido que toparme con un Sapien tan débil de carácter! —El anciano sonaba disgustado y casi asqueado. Al cabo de un instante, alargó la mano repentinamente—. Dame esa Llave.

—No hace falta. —Keiro la colocó a toda prisa sobre la mesa y retrocedió—. Se ha encendido.

El murmullo habitual fue subiendo de intensidad; la imagen holográfica surgió y tomó la forma de un círculo de luz. Hoy parecía todavía más brillante que las veces anteriores, como si estuvieran más cerca de la fuente, o como si su potencia hubiera aumentado. Dentro, tan próxima que parecía estar entre ellos, se materializó Claudia. Tenía los ojos encendidos y la cara atenta. A Finn le dio la impresión de que, si alargaba la mano, podría tocarla.

—Te han encontrado —dijo Claudia.

—Sí —susurró él.

—Cuánto me alegro.

Jared estaba junto a ella, con un brazo apoyado contra lo que parecía un árbol. Y de repente, Finn se percató de que estaban sentados en un campo, o en un jardín, y vio que la luz que iluminaba aquel paraje era de un dorado glorioso.

Gildas se abrió paso con los hombros.

—Maestro —dijo muy cortés—. ¿Sois un Sapien?

—Sí. —Jared se puso de pie e hizo una reverencia formal—. Igual que vos, por lo que veo.

—Desde hace cincuenta años, hijo. Antes de que nacierais. Ahora contestadme a estas tres preguntas, y hacedlo con sinceridad. ¿Estáis en el Exterior, fuera de Incarceron?

Claudia lo miró fijamente. Jared asintió con la cabeza y dijo lentamente:

—Sí.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque estamos en un palacio, no en una prisión. Porque el sol brilla sobre nosotros, y las estrellas nos iluminan por la noche. Porque Claudia ha descubierto la puerta que conduce a la Cárcel...

—¿De verdad? —suspiró Finn.

Pero antes de que la chica pudiera contestar, Gildas intervino:

—Una cosa más. Si estáis en el Exterior, ¿dónde está Sáfico? ¿Qué hizo al llegar ahí fuera? ¿Cuándo volverá para liberarnos?

En el jardín había flores, amapolas de un rojo brillante.

Jared miró a Claudia y en el silencio que se produjo entre ambos zumbó una abeja entre los pétalos, un leve murmullo que hizo que Finn temblara al perderse en la memoria.

Entonces Jared se puso de pie y se acercó hasta que Gildas y él quedaron cara a cara.

—Maestro —dijo con mucha educación—. Perdonad mi ignorancia. Perdonad mi curiosidad. Y perdonad si mi pregunta os parece absurda. Pero ¿quién es Sáfico?

Nada ha cambiado ni cambiará. Así que debemos cambiarlo todo.

Los Lobos de Acero

Finn creyó que la abeja iba a salir de la aureola dorada para aterrizar encima de él. Cuando el insecto se acercó a su mano con un zumbido desde el otro lado de la pantalla holográfica, el muchacho se apartó y la abeja huyó a toda prisa.

Miró a Gildas. El anciano casi había perdido la estabilidad; Attia lo ayudó a sentarse y hasta el propio Jared alargó la mano, como si quisiera ayudarlo, con congoja en el rostro. Miró furtivamente a Claudia; Finn lo oyó murmurar:

—No tendría que haberle preguntado. El Experimento...

—Sáfico Escapó. —Keiro acercó un taburete de madera y se sentó en el campo iluminado por el holograma; la luz reflejó la imponente casaca—. Salió de aquí. Es el único que lo ha conseguido. Eso cuenta la leyenda.

—No es una leyenda —espetó airado Gildas. Levantó la cabeza—. ¿De verdad que no lo conocéis? Yo pensaba... que allí fuera sería un gran hombre... un rey.

Claudia contestó:

—No. Por lo menos... aunque podríamos investigar un poco. A lo mejor está escondido. Aquí las cosas tampoco son perfectas. —Se puso de pie rápidamente—. Puede que no lo sepáis, pero aquí la gente cree que Incarceron es un lugar maravilloso. Un paraíso.

La miraron fijamente.

Claudia vio la incredulidad y la sorpresa en sus rostros, aunque la de Keiro cambió de forma casi instantánea a una sonrisa divertida y ácida.

—Fabuloso —murmuró.

Así pues, Claudia se lo contó todo. Les habló del Experimento, de su padre, del enigma sellado de la Cárcel. Y luego les habló de Giles. Jared intentó decir:

—Claudia...

Pero ella sacudió una mano y continuó hablando, a toda prisa, mientras deambulaba por la hierba asombrosamente verde.

—No lo mataron, eso lo sabemos. Lo escondieron. Y creo que lo escondieron allí dentro. Es más, creo que Jared eres tú.

Se dio la vuelta y miró fijamente a Finn. Entonces Keiro preguntó:

—¿Estás diciendo...? —Pero se detuvo y miró a su hermano de sangre—. ¿Finn? ¿Un príncipe? —Se echó a reír sin dar crédito a sus oídos—. ¿Estás loca?

Finn se abrazó el cuerpo con las manos. Estaba temblando, lo sabía, y esa perplejidad que tan pocas veces perdía había vuelto a instalarse en los rincones de su mente, con destellos de imágenes que se esfumaban con la misma rapidez que las sombras en unos espejos sombríos.

—Te pareces a él —dijo Claudia muy segura—. Ahora no está permitido hacer fotografías, porque no sigue el Protocolo, pero el anciano tenía un retrato. —Se lo mostró tras sacarlo del saquito azul—. Mira.

Attia contuvo la respiración.

Finn sintió un escalofrío.

El niño tenía el pelo brillante y la cara iluminada por la felicidad de la inocencia. Una salud inmejorable irradiaba en su rostro. Su túnica era una prenda de color dorado, y su piel era rolliza y sonrosada. Un águila diminuta le adornaba la muñeca.

Finn se acercó más a la imagen. Alargó la mano y Claudia levantó la miniatura para que la viera bien. El muchacho cerró los dedos alrededor del marco dorado y por un instante creyó haberlo rozado. Y entonces las yemas de sus dedos se unieron y supo que allí no había nada, que el medallón estaba muy lejos, más de lo que podía imaginar. Tanto en el espacio como en el tiempo.

—Había un anciano —dijo Claudia—. Bartlett. Él te cuidaba.

Finn se la quedó mirando. Su vacío los asustó a los dos.

—¿Y la reina Sia, tu madrastra? Te odiaba... ¿O Caspar, tu hermanastro? ¿Tu padre, el rey, que murió? ¡Tienes que acordarte!

Él también deseaba hacerlo. Deseaba arrancarlos de la oscuridad de su mente, pero allí no había nada. Keiro estaba de pie y Gildas lo había cogido por el brazo, pero lo único que podía ver Finn era a Claudia, su mirada ávida y feroz puesta en él, empeñada en que se

acordara de algo.

—Estábamos prometidos. Cuando tenías siete años dieron una gran fiesta. Una enorme celebración.

—Déjalo en paz —le recriminó Attia—. Déjalo.

Claudia se acercó todavía más. Extendió la mano e intentó tocarle la muñeca.

—Míralo, Finn. No pudieron borrarlo. Eso demuestra quién eres.

—¡No demuestra nada! —Attia se movió tan abruptamente que Claudia se apartó, asustada. La chica tenía los puños en guardia, la cara magullada y blanca como el papel—. ¡Deja de atormentarlo! ¡Si lo amaras, te callarías de una vez! ¿Es que no ves que le haces daño? ¡No recuerda nada! En el fondo no te importa si es él, si es Giles. ¡Lo único que te importa es no tener que casarte con Caspar!

En el silencio incómodo que siguió, Finn empezó a respirar con dificultad. Keiro lo empujó para que se sentara en el taburete; sus rodillas cedieron y acabó sentado.

Claudia estaba pálida. Dio un paso atrás, pero sus ojos no se apartaron de los de Attia ni un instante. Entonces dijo:

—Pues no, eso no es verdad. Quiero al auténtico rey. Al auténtico heredero, aunque pertenezca a los Havaarna. Y quiero sacarlos de ese lugar. A todos vosotros.

Jared se acercó a la pantalla y se acuclilló.

—¿Estás bien?

Finn asintió. Tenía la mente nublada; se frotó la cara con las manos.

—A veces se pone así —dijo Keiro—. Y peor.

—Puede que sea por el tratamiento que le dieron. —Los ojos oscuros del Sapien se encontraron con los de Gildas—. Debieron de administrarle fármacos para hacerlo olvidar. ¿Habéis probado algún antídoto, Maestro, alguna terapia?

—Nuestros medicamentos son muy limitados —gruñó Gildas—. Utilizo turmentina en polvo y una decocción de amapola. Y una vez empleé diente de liebre, pero le sentó mal.

Jared lo miraba con una educada preocupación. Por la expresión de su rostro, Claudia supo que esos remedios eran tan primitivos que todos los Sapien del Exterior los habían olvidado ya. De pronto Claudia se puso furiosa por la frustración; quería traspasar el holograma con las manos y arrastrar a Finn al otro lado, romper la barrera invisible que los separaba. Pero eso era inútil, así que se obligó a decir con voz pausada:

—Ya he decidido qué voy a hacer. Voy a entrar. Por la puerta.

—¿Y de qué va a servirnos eso? —preguntó Keiro mirando a Finn.

Fue Jared quien contestó:

—He realizado un meticuloso estudio de la Llave. Por lo que he observado, nuestra capacidad de comunicarnos va cambiando. La imagen se ha vuelto más nítida y más brillante. Puede que se deba a que Claudia y yo hemos llegado a la Corte; estamos más cerca de vosotros, y es posible que la Llave lo detecte. Podría ayudaros a navegar hacia la puerta.

—Pensaba que había mapas —dijo Keiro con los ojos puestos en Claudia—. Es lo que dijo la «princesa».

Claudia suspiró, impaciente.

—Mentí.

Miró fijamente a Keiro, que tenía los ojos azules y afilados como el hielo.

—Sin embargo —continuó Jared a toda prisa—, hay problemas. Hay una extraña... discontinuidad que me aturde. La Llave tarda mucho en mostrarnos la imagen mutua; cada vez que la encendemos parece que tiene que ajustar algún parámetro físico o temporal... Como si nuestros mundos tuvieran una especie de desajuste...

Keiro lo miró con sorna; Finn sabía que su hermano consideraba que todo aquello era una pérdida de tiempo. Sin moverse del taburete, levantó la cabeza y dijo con voz pausada:

—Pero Maestro ¿no creeréis que Incarceron está en otro mundo? ¿Verdad que no? ¿No creeréis que está flotando libremente en el espacio, lejos de la Tierra?

Jared se lo quedó mirando. Luego contestó con afecto:

—Por supuesto que no. Una teoría fascinante.

—¿Quién te ha dicho eso? —soltó Claudia.

—No importa. —Finn se puso de pie, vacilante. Miró a Claudia—. En esa Corte de la que habláis hay un lago, ¿verdad? ¿En el que hacíamos flotar unas lamparillas con velas dentro?

Las amapolas que la rodeaban formaban un tejido rojo, caliente por el sol.

—Sí —respondió.

—Y en mi tarta de cumpleaños había unas bolitas plateadas muy pequeñas.

Claudia se quedó tan quieta que casi no respiraba.

Y entonces, mientras Finn la miraba con una tensión insoportable, sus ojos se agrandaron; se dio la vuelta y chilló:

—¡Jared! ¡Apagadla! ¡¡Apagadla!!

El Sapient se acercó de un salto.

Y al instante siguiente, en la sala oscura de las esferas quedó únicamente la oscuridad, un extraño vértigo inclinado y un aroma a rosas.

Keiro alargó la mano derecha con cuidado hacia el espacio vacío que había dejado el holograma. Saltaron chispas; apartó la mano inmediatamente con una maldición.

—Algo los ha asustado —dijo Attia en un susurro.

Gildas frunció el entrecejo.

—Algo no: alguien.

Claudia lo había oído. Un perfume dulce e inconfundible que ahora caía en la cuenta de que llevaba un buen rato presente, que había identificado pero desdeñado hasta ese momento, cautivada por la tensión del momento. En ese instante, frente al radiante ribazo de lavanda, espuelas de caballero y rosas, notó que Jared, quien estaba detrás de ella, se levantaba lentamente, oyó que soltaba un leve suspiro de desaliento al percatarse también de lo que ocurría.

—Salid —ordenó Claudia con frialdad.

Estaba detrás del arco de rosas. Salió a regañadientes, con su traje de seda de color melocotón, tan suave como los pétalos de las flores.

Por un instante, ninguno de los tres dijo nada.

Luego, Evian sonrió avergonzado.

—¿Cuánto tiempo llevabais espiando? —exigió saber Claudia con las manos en las caderas.

Evian sacó un pañuelo y se secó el sudor de la cara.

—Me temo que demasiado, querida mía.

—Dejad de actuar.

Claudia estaba furiosa.

El lord miró a Jared y acto seguido, con curiosidad, miró la Llave.

—Es un artefacto asombroso. Si hubiéramos sabido que existía habríamos removido cielo y tierra para encontrarlo.

Claudia resopló de rabia y se dio la vuelta. Una vez de espaldas, Evian le dijo con astucia:

—Ya sabéis lo que significa que ese chico sea el verdadero Giles...

Ella no contestó.

—Significa que tenemos un estandarte para nuestro golpe. Más que eso: tenemos una causa justificada. Como acabáis de decir con tanto fervor, tenemos al auténtico heredero. Supongo que ésta es la noticia que me prometisteis, ¿verdad?

—Sí. —Claudia se dio la vuelta y vio los ojos fascinados del lord, que volvieron a provocarle escalofríos—. Pero escuchad, Evian. Vamos a hacerlo a mi manera. En primer lugar, voy a atravesar esa puerta.

—No lo haréis sola.

—No —dijo Jared al instante—. Conmigo.

La chica lo miró sobresaltada:

—Maestro...

—Vamos juntos, Claudia. O no va nadie.

Una trompeta sonó en palacio. Claudia miró hacia el edificio con enojo.

—De acuerdo. Pero no hacen falta asesinatos, ¿es que no lo veis? Si la gente comprende que Giles está vivo, si se lo demostramos, es evidente que la reina no tendrá manera de negarlo...

Su voz perdió fuelle cuando los contempló a ambos. Jared jugaba apenado con una florecita blanca que crecía entre la hierba; frotaba el perfume entre los dedos. No quería mirarla a la cara. Evian sí lo hizo, pero con ojillos suplicantes.

—Claudia —le dijo—, ¿todavía seguís siendo tan inocente?

Se acercó a ella sin dejar de sudar, acalorado por el sol. Quedaron cara a cara, pues eran de la misma estatura.

—El pueblo nunca verá a Giles. La reina no lo permitirá. Si lo intentáis, os matarán sin piedad tanto a vos como a él, igual que mataron al anciano del que me hablasteis. Jared también moriría, así como cualquier otra persona que estuviera implicada en el complot.

Claudia cruzó los brazos, notando que la cara se le encendía. Se sentía humillada, igual que una niña pequeña a quien riñen con dulzura, algo que sólo consigue aumentar la vergüenza. Porque, por supuesto, él tenía razón.

—Ellos son quienes merecen ser asesinados. —La voz de Evian sonó grave y dura—. Deben ser eliminados. Estamos decididos a hacerlo. Y estamos listos para actuar.

Ella le plantó cara.

—No.

—Sí. Y será muy pronto.

Jared dejó caer la flor y volvió la cabeza. Estaba muy pálido.

—Pero debéis esperar por lo menos hasta que se celebre la boda.

—La boda será dentro de dos días. En cuanto termine, moveremos ficha. Será mejor que ninguno de los dos conozca los detalles... —Levantó una mano para hacerla callar—. Por favor, Claudia, no os molestéis en preguntar. Si las cosas se tuercen, si os interrogan, de esa forma no podréis confesar nada. No sabréis el momento, ni el lugar, ni el modo. No tendréis ni idea de quiénes son los Lobos de Acero. Así no podrán culparos.

«Pero yo sí me culparé», pensó Claudia con amargura. Caspar era un tirano avaricioso que sólo iría a peor. Y la reina era una asesina con guante de seda. Siempre defenderían el Protocolo. No cambiarían jamás. Y aun así, no quería derramar su sangre con sus propias manos.

La trompeta volvió a sonar, esta vez con urgencia.

—Tengo que irme —dijo Claudia—. La reina está de caza y debo ir a su encuentro.

Evian asintió con la cabeza y se dio la vuelta, pero antes de haber dado dos pasos, Claudia se obligó a decir:

—Esperad. Una cosa.

La seda color melocotón resplandeció. Una mariposa revoloteó junto a su hombro, curiosa.

—Mi padre. ¿Qué pasa con mi padre?

En el bello cielo azul, una bandada de palomas alzó el vuelo desde una de las miles de torres del palacio. Sin volverse, Evian dijo en voz tan baja que apenas fue audible:

—Es peligroso. Está implicado.

—No le hagáis daño.

—Claudia...

—No lo hagáis. —Apretó los puños—. No podéis matarlo. Prometédmelo. Juradlo. O iré a la reina ahora mismo a contárselo todo.

Eso hizo que Evian girara sobre sus talones de inmediato, muy aturdido.

—No seríais capaz...

—No me conocéis.

Lo miró a la cara con una frialdad de acero. Sólo su testarudez lograría apartar el puñal del corazón de su padre. Claudia sabía que era su enemigo, su sutil antítesis, su frío oponente en el tablero del ajedrez. Pero seguía siendo su padre.

Evian miró de reojo a Jared, después expulsó el aire, una respiración larga e incómoda.

—Muy bien.

—Juradlo. —Claudia extendió la mano y agarró la de él. La sujetó con fuerza; estaba caliente y húmeda—. Con Jared como testigo.

A su pesar, Evian dejó que Claudia elevara sus dedos, que tenía atrapados. Jared colocó su delicada mano sobre las otras dos.

—Lo juro. Como lord del reino y devoto del Hombre de los Nueve Dedos. —Los ojillos grises de lord Evian parecían pálidos a la luz del sol—. El Guardián de Incarceron no será asesinado.

Ella asintió.

—Gracias.

Claudia y Jared observaron cómo Evian apartaba la mano y se marchaba mientras se secaba repetidas veces los dedos en el pañuelo de seda. Desapareció por el verdor del paseo de tilos.

En cuanto se hubo marchado, Claudia se sentó en el césped y escondió las rodillas debajo del vestido azul.

—Ay, Maestro. Qué desastre.

Jared estaba tan absorto que no parecía escucharla. Cambiaba de posición sin cesar, como si estuviera incómodo. De pronto se detuvo de forma tan repentina que Claudia creyó que le había picado una abeja.

—¿Quién es el Hombre de los Nueve Dedos?

—¿Qué?

—Es lo que ha dicho Evian.

Se volvió y Claudia percibió una tensión en sus ojos oscuros que conocía muy bien, como las fervientes obsesiones que algunas veces lo mantenían inmerso en sus experimentos día y noche.

—¿Habíais oído hablar alguna vez de ese culto?

Claudia se encogió de hombros con frialdad.

—No. Y no tengo tiempo de pensar en eso ahora. Escuchadme. Esta noche, después del banquete, la reina se reunirá con su Consejo, un gran Sínodo, para preparar los pormenores de la boda y de la sucesión. Todos estarán allí: Caspar, el Guardián y su secretario, así como cualquier otra persona importante. Y no serán capaces de ausentarse.

—¿Y vos no iréis, Claudia?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—¿Quién soy yo, Maestro? Un peón en el tablero. —Se echó a reír, con una risa que sabía que él aborrecía, amarga y severa—. Así que entonces será cuando entremos en Incarceron. Y esta vez, no correremos riesgos.

Jared asintió, obediente. Tenía la expresión abatida, pero un punto de exaltación brillaba todavía en sus ojos.

—Me alegro de que hayáis usado el plural, Claudia —murmuró.

La muchacha levantó la mirada.

—Tengo miedo por vos —se limitó a decir—. Por lo que pueda pasar.

Él asintió.

—Pues ya somos dos.

Se quedaron un instante en silencio.

—La reina os estará esperando.

Sin embargo, Claudia no hizo ademán de levantarse, y cuando Jared la miró a los ojos, vio su cara tensa y distante.

—Esa chica, Attia. Estaba celosa. Celosa de mí.

—Sí, puede que Finn y sus amigos tengan una relación muy estrecha.

Claudia se encogió de hombros por tercera vez. Se puso de pie y se sacudió el polen del vestido.

—Bueno, pronto lo averiguaremos.

¿Ansías la llave de Incarceron?

Busca en tu interior. Siempre ha estado escondida allí.

El Espejo de los Sueños a Sáfico

«La torre del Sapient es muy rara», pensó Finn.

Keiro, Attia y él se habían tomado al pie de la letra las palabras de su anfitrión y habían dedicado el día a explorar todos sus rincones. Había algunas cosas que los aturdían.

—La comida, por ejemplo. —Keiro tomó una fruta pequeña y verde del frutero y la olfateó a conciencia—. Esto es natural, pero ¿dónde se ha cultivado? Estamos a miles de metros de altitud, en medio del cielo, y no hay manera de bajar. No me diréis que va a comprar al mercado con su barco de plata.

Sabían que no había modo de bajar porque las habitaciones de la bodega, en las que se hallaban las camas, estaban construidas directamente sobre la roca desnuda. Entre los muebles se elevaban pequeñas estalactitas, y carámbanos de hielo y calcio colgaban del techo, sedimentos depositados a lo largo del siglo y medio de vida que tenía la Cárcel, pese a que Finn creía que era preciso mucho más tiempo, milenios incluso, para que se formaran esos elementos de la naturaleza.

Mientras deambulaba siguiendo a Attia de la cocina a la alacena y de allí al observatorio, se zambulló por un momento en una fantasía de terror fascinante; pensó que Incarceron era en efecto un mundo, antiguo y vivo, que él era una criatura microscópica que habitaba en su interior, diminuta como una bacteria, y que Claudia también estaba allí, y que incluso Sáfico era un sueño que soñaban los Presos que no podían aceptar la atrocidad de que no existiera forma alguna de Escapar.

—¡Y todos estos libros! —Keiro abrió de un manotazo la puerta de la biblioteca y se los quedó mirando con repugnancia—. ¡Quién necesita tantos libros! Es imposible que alguien tenga ganas de leerlos...

Finn se abrió paso por delante de él. Keiro apenas sabía leer su propio nombre, y estaba orgulloso de ello. Una vez se había enfrascado en una pelea por un supuesto insulto que uno de los acólitos de Jormanric había garabateado en la pared dirigido a él; Keiro había salido vivo de la pelea, pero había recibido unos buenos golpes. Finn recordaba que

le había resultado imposible convencerlo de que la pintada era inofensiva, incluso denotaba cierta admiración velada.

Finn sí sabía leer. Ignoraba quién le había enseñado, pero leía incluso mejor que Gildas, quien murmuraba las palabras medio en voz alta, y apenas había visto una docena de libros en toda su vida. Ahora tenía al Sapient a su lado, sentado junto al escritorio en el centro de la biblioteca, pasando con sus manos nudosas las páginas de un enorme códice encuadernado en cuero, con los ojos casi pegados al texto manuscrito.

A su alrededor, en distintas estanterías que llegaban hasta el sombrío techo, la biblioteca de Blaize parecía inmensa, torres de pesados volúmenes todos numerados con cifras doradas y con tapas de cuero verde o marrón.

Gildas levantó la cabeza. Esperaban que estuviera maravillado, pero su voz sonó amarga:

—¿Libros? Aquí no hay libros, muchacho.

Keiro resopló.

—Te falla la vista más de lo que creía...

Con impaciencia, el anciano sacudió la cabeza.

—Estos volúmenes son inútiles. Míralos. Nombres, números. No nos cuentan nada.

Attia cogió un tomo de la estantería más cercana y lo abrió, mientras Finn miraba por encima de su hombro. Tenía una gruesa capa de polvo, y las esquinas de las páginas estaban desgastadas y tan secas que se desmenuzaron al tocarlas. En la página apareció una lista de nombres:

MARCION

MASCUS

MASCUS ATTOR

MATEO PRIME

MATEO UMRA

Todos ellos seguidos de un número. Un número largo, de ocho dígitos.

—¿Son Presos? —preguntó Finn.

—Eso parece. Listas de nombres. Tomos y tomos. Para cada Ala, para cada nivel,

desde hace siglos.

Al lado de cada nombre había un recuadrito con la foto de una cara. Attia tocó una y estuvo a punto de soltar el libro. Finn dio un suspiro, que llevó a Keiro a acercarse a la mesa para asomarse por detrás de ellos dos.

—Vaya, vaya —dijo.

Cada uno de los nombres tenía una serie de imágenes que parpadeaban a toda velocidad por la página, apareciendo y desapareciendo en una rápida sucesión, hasta que Attia tocó una con la pequeña yema del dedo y la imagen se congeló, desvelando una fotografía de cuerpo entero de un hombre jorobado con una casaca amarilla que llenó toda la página. Cuando Attia levantó el dedo, las imágenes volvieron a acelerarse, cientos de imágenes del mismo hombre, en una calle, viajando, hablando junto a una hoguera, dormido; toda su vida catalogada allí, su cuerpo que envejecía paulatinamente ante sus ojos, que se encorvaba, ahora apoyado en un bastón, mendigando, leproso o con alguna otra enfermedad terrible.

Y luego, nada.

Finn dijo en voz baja:

—Los Ojos. Seguro que graban además de ver.

—Y ¿cómo ha conseguido Blaize todo esto? —Keiro levantó la cabeza, se sentía abrumado de repente—. ¿Creéis que yo estaré en estos libros?

Sin esperar respuesta, se acercó a la estantería marcada con una K, encontró una escalera y la apoyó contra los libros. Subió por ella con agilidad. Empezó a sacar distintos tomos y a recolocarlos muy impaciente.

Attia se había dirigido a la sección de la A y Gildas estaba ocupado leyendo, así que Finn identificó la letra F y se buscó en las listas.

FIMENON

FIMMA

FIMMIA

FIMOS NEPOS

FINARA

Le temblaron los dedos al pasar de página y resiguió los nombres hasta encontrarse.

FINN

Fijó la mirada en esas letras. Había dieciséis Finn, pero él era el último. Su número estaba allí, esas cifras negras que tan familiares le resultaban, el número que tenía escrito en el mono que llevaba en la celda, el que se había aprendido de memoria. Junto al nombre había una pequeña imagen, dos triángulos superpuestos, uno de ellos invertido. Una estrella. Casi mareado por la ansiedad, la tocó.

Las imágenes se precipitaron. Él gateando por el túnel blanco.

Detuvo la imagen al instante.

Allí estaba, con aspecto más joven, más limpio, con el rostro convertido en una máscara de miedo y llorosa determinación. Le dolió verse así. Intentó retroceder pero ésta era la primera fotografía; no había nada anterior.

Nada.

Le dio un vuelco el corazón. Pasó el dedo lentamente por las imágenes sucesivas.

Keiro y él. Instantáneas de los Comitatus. Él peleando, comiendo, durmiendo. Una vez, riéndose. Crecía, cambiaba. Perdía algo. Creyó percibir la transformación: las imágenes siempre cambiantes le mostraron cómo se volvía alguien más oscuro, más desconfiado, más huraño, siempre ahí, en segundo plano, en todas las peleas y escaramuzas orquestadas por Keiro. Una imagen lo reproducía en pleno ataque, y observó con horrorizada repugnancia su cuerpo retorcido y convulso, su cara contorsionada. Rápidamente dejó que las imágenes avanzaran a cámara rápida, casi demasiado veloces para verlas, hasta que volvió a bajar el dedo y las detuvo.

La emboscada.

Se vio congelado en el tiempo, medio liberado de las cadenas, agarrando a la Maestra por el brazo. Seguro que ella se había dado cuenta de la trampa en la que había caído; su cara reflejaba una expresión extraña, herida, casi magullada, su sonrisa empezaba a endurecerse.

Si había más, no quería verlas.

Cerró el libro de golpe y el ruido resonó en la habitación silenciosa, cosa que hizo que Gildas gruñera y Attia levantara la mirada hacia él.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó la chica.

Finn se encogió de hombros.

—Nada que no supiera. ¿Y tú?

Se fijó en que había dejado la sección de la A y se había puesto a mirar en la C.

—¿Por qué miras en esa letra?

—Por lo que dijo Blaize de que no existe el Exterior. Se me ha ocurrido buscar a Claudia.

Finn se quedó helado.

—¿Y?

Attia tenía en las manos un grueso volumen de color verde. Lo cerró rápidamente y se dio la vuelta para recolocarlo en la estantería.

—Nada. Se equivoca. Claudia no está en Incarceron.

Su voz denotaba algo raro, pero antes de que Finn pudiera darle más vueltas, el grito de rabia de Keiro le hizo volverse de inmediato.

—¡Todo lo que me ha pasado está aquí! ¡Todo!

Finn sabía que Keiro se había quedado huérfano cuando era un bebé y había crecido en la panda de mugrientos pícaros que siempre parecía pulular alrededor de los Comitatus: deslices de los guerreros, hijos de las mujeres a quienes habían matado, niños sin familia. Seguro que tuvo que pelear con uñas y dientes para sobrevivir en ese entorno tan salvaje y salir airoso con la cara tan poco marcada como la tenía Keiro. A lo mejor por eso estaba tan alarmado su hermano de sangre. También él cerró el libro de golpe.

—Olvidad vuestras batallitas. —Gildas levantó la vista, con su afilado rostro radiante de emoción—. Venid a leer un libro de verdad. Es el diario de un tal lord Calliston, el hombre a quien llamaban Lobo de Acero. La gente cree que fue el primer Preso. —Pasó la página—. Está todo aquí: la Llegada de los Sapienti, los primeros convictos, el establecimiento del Nuevo Orden. Por lo que parece, eran relativamente pocos, y en aquella época hablaban con la Cárcel con la misma naturalidad que hablaban unos con otros.

Ahora sí que estaba maravillado.

Todos se arracimaron a su alrededor y vieron que el libro era más pequeño que los demás y las palabras estaban manuscritas de verdad, con una pluma de ave. Gildas dio unos golpecitos en la página.

—La chica tenía razón. Idearon esta Cárcel como un lugar en el que volcar todos sus problemas, pero tenían la esperanza de acabar creando una sociedad perfecta. Según pone aquí, hace mucho tiempo que tendríamos que habernos convertido todos en filósofos. Mirad.

Leyó en voz alta con voz áspera:

Nos hemos preparado para todo, hemos contemplado cualquier imprevisto. Tenemos alimentos nutritivos, educación gratuita, cuidados médicos mejores que en el Exterior, desde que las normas del Protocolo se han impuesto. Tenemos la disciplina de la Cárcel, ese ser invisible que observa y castiga y gobierna.

Y a pesar de eso...

Las cosas van de mal en peor. Se están formando grupos disidentes; el territorio es motivo de disputas. Se crean alianzas y enemistades. Se han producido dos casos de Sapiienti que han conducido a sus seguidores a lugares apartados para vivir de forma aislada, porque aseguran que tienen miedo de que los asesinos y los ladrones no cambien jamás, dicen que han matado a un hombre, atacado a un niño. La semana pasada, dos hombres llegaron a los puños por culpa de una mujer. La Cárcel intervino. Desde entonces, no hemos vuelto a ver a ninguno de ellos.

Creo que están muertos y que Incarceron los ha integrado dentro de sus sistemas. No estaba prevista la pena de muerte, pero ahora la Cárcel es la que está al mando. Piensa por sí misma.

En medio del silencio, Keiro dijo:

—¿De verdad pensaban que podía funcionar?

Al cabo de un momento, Gildas pasó de página. El murmullo sonó con claridad en la quietud de la biblioteca.

—Eso parece. El lord no precisa qué es lo que salió mal. Tal vez entrara algún elemento inesperado que decantara la balanza, con un simple comentario o un acto sin importancia, de modo que la mancha dentro de su ecosistema perfecto fuera creciendo gradualmente hasta destruirlo. Tal vez el mecanismo del propio Incarceron empezara a fallar, quizá la Cárcel se convirtió en una tirana... Bueno, sin duda eso ha ocurrido, pero ¿fue causa o efecto? Y mirad, luego viene esto.

Señaló las palabras mientras las leía y Finn, que se inclinó hacia delante, vio que estaban subrayadas, la página rozada, como si otra persona las hubiera repasado con los dedos una y otra vez.

... ¿o es que el hombre contiene en su ser las semillas del mal? ¿Acaso, aunque sea colocado en un paraíso perfectamente constituido para él acaba por envenenarlo, poco a poco, con sus propias envidias y deseos? Me temo que tal vez estemos culpando a la Cárcel por nuestra propia corrupción. Y no me excluyo a mí mismo, pues yo también soy un hombre que ha matado y ha defendido sólo sus propios intereses.

En el inmenso silencio, únicamente las motas de polvo caían a través del rayo de luz

que se colaba por el tejado.

Gildas cerró el libro. Miró a Finn con cara sombría.

—No deberíamos quedarnos aquí —dijo muy serio—. Este lugar acumula polvo y hace que las dudas entren en el corazón. Deberíamos marcharnos, Finn. Esto no es un refugio. Es una trampa.

Un paso sobre el polvo hizo que miraran hacia arriba. Blaize se alzaba en una galería alta que rodeaba la pared de la biblioteca. Los miraba con las manos aferradas a la barandilla.

—Necesitáis descansar —dijo con voz tranquila—. Además, no tenéis modo de bajar de aquí. Hasta que yo decida sacaros.

Claudia había sido muy meticulosa; había colocado escáneres en todas las bodegas, hologramas de Jared y de ella durmiendo plácidamente en sus respectivos cuartos; había dado un importante soborno al subcomisario del Sínodo para enterarse de la duración del acto, del número de cláusulas que tendría el contrato matrimonial, de la hora a la que se celebraría. Por último, había ido a ver a Evian y le había dicho que le sacara punta a todos los temas. Lo que hiciera falta para asegurarse de que su padre continuara en la Gran Cámara hasta bien entrada la medianoche.

Mientras se colaba entre los barriles y toneles de vino vestida de oscuro se sintió como una sombra liberada del banquete interminable que tenía lugar en la planta superior, de las bromas de cortesía, de las empalagosas confidencias que salían de los labios rojos de la reina, del modo en que apresaba la mano de Claudia y la agarraba con fuerza, emocionada al imaginarse lo felices que serían, los palacios que mandarían construir, las cacerías, los bailes, los vestidos. Caspar había vuelto a arrugar la frente al verla, había bebido mucho vino y se había escapado a la menor oportunidad para ir al encuentro de alguna criada. Y su padre, serio y apuesto con su levita negra y sus botas resplandecientes, la había mirado una vez a los ojos desde la otra punta de la mesa larga, una mirada rápida escondida entre velas y flores.

¿Acaso había intuido que su hija urdía un plan?

Ahora no tenía tiempo para inquietarse por eso. Después de agachar la cabeza para evitar que se le pegara una tela de araña, se incorporó y topó con una figura alta. Casi gritó por la conmoción.

Él la agarró del brazo.

—Lo siento, Claudia.

Jared también iba vestido con ropa oscura. Se lo quedó mirando.

—¡Dios mío, qué susto me habéis dado! ¿Lo tenéis todo?

—Sí.

Estaba pálido, con los ojos hundidos y ojerosos.

—¿Y la medicación?

—Todo. —Forzó una lánguida sonrisa—. Cualquiera diría que aquí el pupilo soy yo...

Ella le devolvió la sonrisa e intentó animarlo.

—Todo saldrá bien. Tenemos que investigar, Maestro. Tenemos que ver el Interior.

Él asintió con la cabeza.

—Entonces, rápido.

Claudia lo guió por los pasadizos abovedados. Esta noche, los ladrillos parecían todavía más húmedos que la otra vez, las exhalaciones de los muros con salitre creaban un ambiente fétido que dificultaba la respiración.

La puerta parecía más alta, y cuando se acercó, Claudia vio que las cadenas volvían a estar cruzadas ante ella, cada uno de los eslabones más grueso que su brazo. No obstante, lo que la hizo estremecerse fueron los caracoles: unas criaturas grandes y gordas, que zigzagueaban dejando sus rastros plateados sobre la condensación del metal, como si llevaran siglos reproduciéndose allí.

—Puaj. —Sacó uno, que se separó de la plancha con el ruido de una ventosa. Lo tiró al suelo—. Aquí está. Mi padre tecleó una combinación para abrir el cerrojo.

El águila de los Havaarna extendió sus alas. En el globo que sujetaba con la garra había siete agujeritos circulares; Claudia estaba a punto de tocarlos cuando Jared le inmovilizó los dedos.

—¡No! Si nos equivocamos de combinación, se encenderán las alarmas. O peor aún, podemos quedar atrapados. Tenemos que hacerlo con sumo cuidado, Claudia.

Sacó el pequeño escáner y empezó a hacer lecturas, ajustándolo con mucha precisión, repasando palmo a palmo las cadenas oxidadas.

Claudia se moría de impaciencia, así que empezó a caminar por la bodega. Luego regresó.

—Daos prisa, Maestro.

—Tengo que hacerlo con calma.

Estaba absorto, sus dedos se movían con delicadeza.

Tras unos minutos eternos, Claudia no pudo contener más la impaciencia. Sacó la llave, la miró por detrás del Sapient.

—¿Creéis que...?

—Esperad, Claudia. Estoy casi seguro del primer número.

Podían tardar horas y horas. Había un disco en la puerta; resplandecía con un color bronce verdoso, ligeramente más brillante que el metal que lo rodeaba. Por encima de la cabeza de Jared, Claudia alargó la mano y apartó el disco.

El ojo de una cerradura.

Tallado igual que el cristal, con forma de hexágono.

Acercó la Llave y la metió en el ojo.

Al instante, el objeto se le escapó de las manos.

Con un enorme crujido que la hizo chillar y consiguió que Jared diera un brinco aterrado, la Llave giró sola. Las cadenas estallaron. Empezó a caer óxido. La puerta se entreabrió lentamente.

Jared se puso de pie al instante y empezó a comprobar con frenesí todas las alarmas. Exclamó:

—¡Claudia, menuda imprudencia!

Pero a ella no le importó, se reía porque estaba abierta: la puerta, la Cárcel. Había abierto las puertas de Incarceron.

Cayó al suelo el último eslabón.

El eco reverberó en las bodegas.

Jared esperó hasta que el último eco hubo desaparecido y regresó la calma.

—¿Y bien? —preguntó Claudia.

—No hay nadie. Por aquí todo sigue igual. —Jared se secó el sudor de la frente con una mano—. Supongo que hemos descendido tanto que no nos oyen. Más de lo que merecemos, Claudia.

Ella se encogió de hombros.

—Yo merezco encontrar a Finn. Y él merece ser libre.

Ambos miraron la rendija oscura de la puerta, que los aguardaba. En cierto modo, Claudia esperaba que una muchedumbre de Presos se abalanzara a través de ella.

Sin embargo, no ocurrió nada, así que dio un paso hacia delante y acabó de abrir la puerta.

Y miró hacia el Interior.

Recuerdo la historia de una chica que vivía en el Paraíso y que una vez comió una manzana. Se la dio algún sabio Sapien. Desde el primer mordisco, empezó a ver las cosas de otro modo. Lo que hasta entonces le habían parecido monedas de oro pasaron a ser hojas muertas. Las prendas opulentas eran ahora harapos y telas de araña. Y vio que había un muro alrededor del mundo, con una puerta cerrada.

Me estoy debilitando. Todos los demás han muerto. He terminado la llave pero no me atrevo a utilizarla.

Diario de lord Calliston

Era imposible.

Se quedó petrificada, sintió que la esperanza se hacía añicos en su interior.

Suponía que iba a encontrar pasillos oscuros, un laberinto de celdas, pasadizos de piedra infestados de ratas y humedad.

No aquello.

Detrás de esa entrada extrañamente inclinada, la habitación blanca era una copia exacta del estudio de su padre. Sus máquinas murmuraban con la misma precisión, su solitario escritorio y la silla se hallaban impolutos e iluminados por el mismo chorro de luz procedente del techo.

Soltó un suspiro de desesperación.

—¡Es exactamente igual!

Jared seguía pasando el escáner con mucho cuidado.

—El Guardián es un hombre de gustos meticulosos. —Bajó el artilugio y por la cara que puso, Claudia supo que estaba igual de sorprendido que ella—. Claudia, ahora que la puerta está abierta, puedo decirles que no hay Cárcel alguna bajo nuestros pies, no hay ningún laberinto subterráneo. Esta habitación es todo lo que hay.

Abrumada, Claudia sacudió la cabeza. Después dio un paso y entró en el despacho.

Inmediatamente sintió los mismos efectos que la vez anterior; esa peculiar neblina y la sensación de ajustar la vista, el suelo que parecía equilibrarse bajo sus pies, las paredes que iban alisándose. Incluso el aire parecía distinto una vez dentro del estudio, era más fresco y seco, carecía de los vahos húmedos de las bodegas.

Se dio la vuelta y miró a Jared.

—Esto es muy extraño, Claudia —dijo él—. Ha habido un cambio espacial. Ya os lo he dicho, es como si la habitación y la bodega no fueran... adyacentes.

Entró en el despacho detrás de ella y Claudia vio que sus ojos oscuros se abrían como platos. Sin embargo, Claudia estaba tan abatida por la decepción que no le dio importancia.

—¿Por qué iba a fabricar una imitación del estudio precisamente aquí? —Empezó a dar zancadas y asestó una patada al escritorio, irritada—. ¡Está tan nuevo como el otro!

Jared miró a su alrededor, fascinado.

—¿Seguro que es exactamente igual?

—Hasta el menor detalle.

Se inclinó sobre el escritorio y dijo la contraseña: «Incarceron», tras lo cual, el cajón se abrió deslizándose. Dentro, tal como esperaba, había una Llave de cristal que era clavada a la que tenían ellos.

—El Guardián tiene una Llave aquí y otra en casa. Pero la Cárcel está en otra parte.

La amargura de su voz hizo que Jared la mirase con preocupación y luego se acercase a ella. Con cariño, le dijo:

—No os atormentéis...

—¡Le dije a Finn que encontraría la forma de entrar! —Disgustada, se dio la vuelta y se abrazó el cuerpo—. Y ¿ahora qué hacemos? Mañana tendré que casarme con Caspar o seré ejecutada por traidora.

—O seréis reina —dijo él.

Claudia lo miró a la cara.

—O seré reina. Después de un baño de sangre que me atormentará para siempre.

Se alejó y miró las máquinas plateadas que ronroneaban. A su espalda, oyó que Jared decía...

—Bueno, por lo menos...

Se detuvo.

Al ver que no terminaba la frase, Claudia se dio la vuelta y lo encontró inclinado sobre el cajón abierto que albergaba la Llave. Lentamente, se incorporó y la miró de soslayo. Cuando habló, su voz sonó quebrada por la emoción.

—No es una copia. ¡Es la misma habitación!

Claudia lo miró con los ojos muy abiertos.

—Mirad, Claudia. Venid a ver esto.

La Llave. Estaba apoyada en el lecho de terciopelo negro y cuando alargó la mano para tocarla, para absoluta sorpresa de Claudia, vio cómo sus dedos pasaban por el cuerpo de la imagen hasta tocar la suave tela que había debajo. Era un holograma.

El holograma que ella misma había dibujado allí.

Claudia retrocedió y miró a su alrededor. Luego, se agachó rápidamente y tanteó junto a las patas de la silla.

—Si es la misma habitación, había un... —Suspiró y dio un salto con un grito de desconcierto. Mostró una piecita de metal—. ¡Encontré esto en el suelo! Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puede ser la misma habitación? Estaba en casa. A cientos de kilómetros de aquí.

Se quedó mirando la puerta abierta, las tenebrosas bodegas del palacio que se extendían al otro lado.

Jared parecía haber olvidado el miedo. Su cara estrecha estaba radiante; cogió el resto de metal y lo miró con atención; a continuación sacó una bolsita del bolsillo, en la que introdujo el objeto, y luego la cerró herméticamente. Acercó el escáner a la silla.

—Justo aquí pasa algo extraño. La fractura espacial parece más fuerte. —Frunció el entrecejo, frustrado—. ¡Ay! ¡Ojalá tuviéramos mejores instrumentos, Claudia! ¡Ojalá los Sapiienti no se hubieran visto tan limitados por el Protocolo durante todos estos años!

—¿Os habéis dado cuenta —preguntó Claudia— de que la silla está anclada al suelo?

No se había fijado antes, pero había unas piezas de metal que la mantenían en una posición fija. Caminó alrededor de la silla.

—Y ¿por qué precisamente aquí? Está demasiado lejos del escritorio. Y no hay más

iluminación que la del foco del techo.

Ambos levantaron la cabeza para mirar la luz. Una bombilla estrecha de un tono ligeramente azulado, que iluminaba la silla y nada más. Apenas lo bastante luminosa para permitir leer.

Un pensamiento gélido la recorrió.

—Maestro... No será un lugar de tortura, ¿verdad?

Al principio Jared no contestó, y después Claudia se alegró de la respuesta dada en un tono comedido:

—Lo dudo mucho. No hay grilletes, ni marcas de forcejeos. ¿Creéis que vuestro padre precisaría de métodos semejantes?

Claudia prefería no responder a esa pregunta. En lugar de hacerlo, dijo:

—Ya hemos visto todo lo que podíamos ver. Ahora, salgamos.

Pasaba de medianoche. Todo su cuerpo prestaba atención por si oía pasos.

Jared asintió a regañadientes.

—Y sin embargo, esta habitación contiene secretos, Claudia, por los que yo pagaría mundos enteros. A lo mejor sí es una salida. A lo mejor se nos escapa algo que está aquí dentro.

—Jared. Ya basta.

Claudia se aproximó a la puerta y cruzó el umbral. Las bodegas estaban tranquilas y en penumbra. Todas las alarmas estaban silenciosas, cada una en su lugar. Y aun así, de repente la invadieron los temores; pensó que había figuras oscuras que la observaban; que Fax estaba allí o que su padre se escondía entre las sombras, donde ella lo había espiado la vez anterior; que la puerta de bronce iba a cerrarse de un portazo dejando a Jared atrapado dentro. Tiró de él para sacarlo tan deprisa que el Sapien estuvo a punto de caerse.

La joven agarró la Llave y la sacó del ojo de la cerradura, para observar cómo al instante la puerta se replegaba hasta cerrarse con el más leve clic. Las cadenas volvieron a entrelazarse y recuperaron su posición, los caracoles continuaron con su avance infatigable y viscoso por las alas gastadas del águila.

Claudia permaneció en silencio mientras seguía la oscura silueta del Sapien por entre los barriles apilados, acallada por la decepción y el amargo fracaso. ¿Qué opinión de ella tendría ahora Finn? ¡Cuánto se burlaría Keiro y cómo sonreiría la chica! Y a ella, ¿qué le quedaba? Sólo un día más de libertad.

Al llegar a la parte superior de la escalera de caracol, detuvo a Jared agarrándolo por la manga.

—Deberíamos volver por separado, Maestro. No pueden vernos juntos.

Él asintió, y en la oscuridad creyó que se había sonrojado un poco.

—Adelantaos, Claudia. Tened cuidado.

Claudia no se movió. Se le quebró la voz:

—Se ha acabado, ¿verdad? Todo ha terminado. Finn se pudrirá en ese agujero para siempre.

Jared se apoyó en el pilar de la pared y respiró hondo.

—No desesperéis, Claudia. Incarceron está cerca. Estoy convencido.

Se sacó algo del bolsillo y, con sorpresa, Claudia vio que era la pieza de metal recogida en el suelo y guardada en el envoltorio de plástico.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni idea. Iré a la torre de los Sapienci e intentaré averiguarlo mañana haciendo algunas pruebas.

—Qué suerte tenéis —contestó ella con amargura—. Las únicas pruebas que podré hacer yo mañana serán las del vestido de novia.

Antes de que él pudiera contestar, Claudia ya había desaparecido. Se esfumó por las escaleras y se adentró en los pasillos iluminados por velas, entre los silencios y susurros nocturnos del palacio.

Jared dio vueltas al trocito de metal entre los dedos.

Se apartó el pelo húmedo y soltó aire lentamente.

Por un momento, la extrañeza de la habitación le había hecho olvidar el dolor. Ahora había regresado, más intenso, como si quisiera castigarlo.

Pasaron horas sin que volvieran a ver a Blaize. Parecía haberse desvanecido, pero Finn ignoraba dónde podía haberse cobijado.

—Hay una parte de esta torre que todavía no hemos encontrado —murmuró Keiro—, y me refiero a la salida. —Se tendió en la cama y miró hacia el techo blanco—. Y esas bobadas que nos contó sobre los libros... No me creo ni media palabra.

Blaize se había reído de sus preguntas acerca de los anales de la Cárcel.

—Esta torre estaba vacía, y es posible que fuera fabricada únicamente para almacenar esos volúmenes —les había dicho mientras les pasaba el pan durante la cena aquella noche—. Encontré este lugar y me gustó, así que me instalé aquí. Os aseguro que no tengo ni idea de cómo pueden guardarse las imágenes en los libros. Ni siquiera tengo tiempo ni ganas de mirarlos.

—Pero aquí os sentís a salvo —murmuró Gildas.

—Estoy a salvo. Nadie puede alcanzarme. Eliminé todos los Ojos, y los Escarabajos no pueden entrar. Por supuesto, Incarceron tiene muchísimas formas de vigilar, y sin duda estoy bajo su observación, pues mis imágenes aparecen en los libros igual que las de todos los demás. Salvo las de ahora, debido al extraño poder de vuestra Llave. En estos momentos todos somos invisibles. —En ese punto había sonreído y se había sacudido las migajas de la mejilla—. Claro, que si yo tuviera un mecanismo como ése, podría aprender mucho de él. ¿Supongo que no os habréis planteado desprenderos de la Llave?

—Quiere que se la demos. —Keiro se incorporó de repente, volviendo a la realidad—. ¿Viste cómo nos miró cuando Gildas se rio de él? Su cara reflejó frialdad, un brillo extraño. Quiere la Llave.

Finn se sentó en el suelo con las rodillas levantadas.

—Nunca la conseguirá.

—¿Dónde está?

—A salvo, hermano.

Se dio unos golpecitos en el abrigo.

—Bien. —Keiro se recostó de nuevo—. Y ten la espada siempre cerca. Este Sapiens sarnoso me da mala espina. No me gusta.

—Attia dice que somos sus prisioneros.

—Bah, no hagas caso de esa tonta... —Sin embargo, el comentario de Keiro sonó preocupado; cuando Finn lo miró, el otro muchacho rodó por la cama y se puso de pie, antes de contemplarse fugazmente en la ventana de cristal esmerilado—. Pero no te apures, hermano. Keiro tiene un plan.

Se puso la casaca y salió, después de otear con cautela por la puerta.

Una vez solo, Finn sacó la Llave y la contempló. Attia estaba durmiendo y Gildas seguía rastreando los libros incansablemente, como parecía llevar haciendo desde que los

habían encontrado. Con sigilo, Finn cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Entonces activó la Llave.

Se iluminó al momento.

Vio una habitación plagada de ropa, y había una luz tan intensa que le hizo daño a la vista: la luz del sol que entraba por una ventana. En el último plano del círculo holográfico que describía la llave había una gran cama de madera robusta, cortinas, una pared de paneles labrados. Y delante, sin aliento, estaba Claudia.

—¡Tienes que avisarme antes! ¡Podrían haberte visto!

—¿Quién? —preguntó él.

—Las sirvientas, la modista. ¡Por el amor de dios, Finn!

Tenía el rostro encendido y el pelo alborotado. Finn se dio cuenta de que llevaba un vestido blanco con el corpiño muy elaborado, con perlas y encajes. Era un vestido de novia.

Al principio Claudia no dijo nada más. Después se sentó al lado de él, acucillada en el suelo cubierto con esteras.

—Hemos fracasado. Abrimos la puerta pero no conducía a Incarceron, Finn. Fue un auténtico fracaso. Lo único que encontramos fue el estudio de mi padre.

Parecía disgustada consigo misma.

—Pero tu padre es el Guardián —dijo él midiendo las palabras.

—¡Qué importa eso! —exclamó con el ceño fruncido.

Él negó con la cabeza.

—Ojalá me acordara de ti, Claudia. De ti, del Exterior, de todo. —Levantó la cabeza—. ¿Y qué pasa si al final resulta que no soy Giles? Ese retrato... no me parezco a él. Yo no soy ese chico.

—Lo fuiste en otra época. —Su voz reflejó la testarudez; se agachó aún más para mirarlo a la cara y la seda del vestido crujió—. Mira, lo único que quiero es no tener que casarme con Caspar. Una vez que te rescatemos, una vez que estés libre, entonces nuestro compromiso... Bueno, no tiene que materializarse, eso es todo. Attia estaba equivocada; no lo hago sólo por egoísmo. —Sonrió con ironía—. Por cierto, ¿dónde está?

—Durmiendo, creo.

—Le gustas mucho.

Él se encogió de hombros.

—La rescaté. Me está agradecida.

—¿Así es como lo llamas? —Claudia perdió la mirada en la nada—. ¿Las personas se aman en Incarceron, Finn?

—Si lo hacen, yo no lo he visto.

Sin embargo, entonces pensó en la Maestra y se sintió avergonzado. Se produjo un silencio incómodo. Claudia oyó a las sirvientas charlando en la estancia contigua; al mismo tiempo, vio detrás de Finn una habitación pequeña con una ventana esmerilada, a través de la cual entraba una luz de atardecer apagada y artificial.

Y percibió un olor. Cuando se dio cuenta, respiró profundamente, de forma tan exagerada que él la miró. Era un olor desagradable y mohoso, metálico y ácido, como de aire atrapado y reciclado infinitamente, viciado. Claudia se puso de rodillas.

—¡Huelo la Cárcel!

Él la miró fijamente.

—No huele a nada. Además, ¿cómo...?

—¡No lo sé, pero la huelo!

Se incorporó de un salto, corrió hasta quedar fuera de la vista de Finn, regresó con un frasquito diminuto que destapó, y roció ligeramente el aire iluminado por el sol.

Unas gotas diminutas brillaron entre el polvo.

Y Finn soltó un grito, porque el olor que desprendían era rico e intenso, y se coló en su memoria como el filo de un cuchillo; se llevó ambas manos a la boca y lo aspiró de nuevo, una y otra vez, cerrando los ojos, obligándose a pensar.

Rosas. Un jardín de rosas amarillas.

Un cuchillo en la tarta y él apretando: cortó el pastel, era muy fácil y se reía. Tenía migas en los dedos. Ese sabor dulce.

—¿Finn? ¡Finn!

La voz de Claudia lo hizo regresar de aquel lugar increíblemente distante. La sequedad pobló su boca, el cosquilleo de advertencia reptó por su piel. Se estremeció, obligándose a calmarse, respiró más despacio, dejó que el sudor le refrescara la frente.

Estaba cerca de él.

—Si puedes oler el perfume es porque las gotas deben de estar viajando hasta ti, ¿no crees? A lo mejor ahora puedes tocarme. Pruébalo, Finn.

Acercó la mano. Él colocó la suya alrededor y cerró los dedos.

Atravesaron los de ella pero no había nada, ni calor ni sensación alguna. Finn se recostó hacia atrás y ambos quedaron en silencio.

Al final, él dijo:

—Tengo que salir de aquí, Claudia.

—Y lo harás. —Se colocó de rodillas con la cara muy seria—. Te lo juro, no me rendiré. Si tengo que enfrentarme a mi padre y arrodillarme ante él para pedirselo, lo haré. —Se dio la vuelta—. Alys me llama. Espérame.

El círculo se oscureció.

Finn permaneció allí ovillado hasta que se le quedaron entumecidos los músculos y empezó a sentir una soledad insoportable dentro de la habitación; entonces se levantó, escondió la Llave en el abrigo y salió. Bajó corriendo las escaleras que conducían a la biblioteca, donde Gildas continuaba deambulando con irritación hacia delante y hacia atrás mientras Blaize lo observaba desde el otro lado de la mesa, cubierta de comida. Cuando vio a Finn, el delgado Sapient se puso de pie.

—Nuestra última comida juntos —dijo a la vez que alargaba una mano para saludarlo.

Desconfiado, Finn lo miró a los ojos.

—¿Qué pasará luego?

—Luego os llevaré a todos a un lugar seguro y os dejaré continuar con vuestro viaje.

—¿Dónde está Keiro? —espetó Gildas.

—No lo sé. Así que, vais a dejarnos marchar sin más... —insistió Finn.

Blaize se lo quedó mirando con unos tranquilos ojos grises.

—Por supuesto. Mi intención ha sido ayudaros en todo momento. Gildas me ha convencido de que tenéis que proseguir vuestras andanzas.

—¿Y la Llave?

—Tendré que prescindir de ella.

Attia estaba sentada a la mesa, con las manos entrelazadas. Cuando notó que Finn la miraba, se encogió levemente de hombros. Blaize se puso de pie.

—Os dejaré a solas para que hagáis planes. Disfrutad de la comida.

En el silencio que siguió a su despedida, Finn dijo:

—Lo hemos juzgado mal.

—Sigo pensando que es peligroso. Si es un Sapient, ¿por qué no se cura la viruela o lo que sea que tiene? —preguntó Attia.

—¿Qué sabrás tú de los Sapienti, niña ignorante? —gruñó Gildas.

Attia se mordió una uña. Entonces, cuando Finn alargó la mano para coger una manzana, ella la atrapó antes y la mordió.

—Pruebo tu comida —dijo de forma enigmática—. ¿Te acuerdas?

Estaba enfadado.

—No soy el Señor del Ala. Y tú no eres mi esclava.

—No, Finn. —Attia se apoyó sobre la mesa—. Soy tu amiga. Y eso significa mucho más.

Gildas se sentó.

—¿Has sabido algo más de Claudia?

—El plan ha fracasado. La puerta no llevaba a ninguna parte.

—Tal como yo pensaba. —El anciano asintió con fatiga—. La chica es lista, pero no debemos confiar demasiado en obtener ayuda de su parte. Tenemos que seguir a Sáfico por nuestra cuenta. Por cierto, hay una historia que cuenta cómo...

Había alargado la mano para coger una fruta, pero Finn se lo impidió. Tenía los ojos fijos en Attia: la chica irguió la espalda, pálida, y de repente se atragantó, con el hueso de la manzana resbalándole de los dedos. Cuando él se inclinó hacia delante y la sujetó entre los brazos, ella se retorció y se agarró la garganta con los dedos.

—La manzana —jadeó—. ¡Me quema por dentro!

La elegisteis sin meditarlo. Os lo he advertido más de una vez. Ella es demasiado lista, y habéis subestimado al Sapient.

Reina Sia al Guardián,

correspondencia personal

—¡Está envenenada! —Finn se encaramó a la mesa como pudo y la sujetó; Attia se ahogaba y se aferraba a los brazos de Finn—. ¡Haz algo!

Gildas lo apartó.

—Ve a buscar mi bolsa de medicinas. ¡Deprisa!

Tardó unos preciados segundos en encontrarla y, para cuando regresó, Gildas había tumbado a Attia, quien seguía retorciéndose de dolor. El Sapient le arrebató la bolsa y rebuscó dentro, hasta encontrar un frasquito de cristal, que rompió y le acercó a los labios. Attia se retorció.

—Se está asfixiando —murmuró Finn, pero Gildas no hacía más que perjurar, obligándola a beber del frasquito, hasta que tosió y tuvo convulsiones.

Al momento, con una arcada horrible, empezó a vomitar.

—Bien —dijo Gildas en voz baja—. Ya está.

La sujetó con fuerza, le tomó el pulso con dedos hábiles, le palpó la piel sudorosa de la frente. Volvió a vomitar y luego se desplomó, con la cara blanca y manchada.

—¿Lo ha sacado todo? ¿Se pondrá bien?

Sin embargo, Gildas seguía con el ceño fruncido.

—Tiene mucho frío —murmuró—. Busca una manta. —Y luego—: Cierra la puerta y monta guardia. Si viene Blaize, impídele entrar.

—¿Y por qué iba a...?

—Por la Llave, tontorrón. Quiere la Llave. ¿Qué otra persona puede haber hecho esto?

Attia gimió. Estaba temblando, con un extraño tono azulado en los labios y en las ojeras. Finn obedeció y fue a cerrar la pesada puerta.

—¿Lo ha expulsado ya?

—No lo sé. No lo creo. Podría haberle entrado en el torrente sanguíneo casi de inmediato.

Finn se lo quedó mirando con desesperación. Gildas conocía bien los venenos; las mujeres de los Comitatus eran expertas en el tema, y Gildas no había podido evitar aprender de ellas.

—¿Qué más podemos hacer?

—Nada.

La puerta se abrió de repente; le golpeó a Finn en el hombro, quien se dio la vuelta, desenvainando la espada con un movimiento rápido y lleno de furia. Keiro se quedó de piedra.

—¿Qué...? —Sus vivos ojos asimilaron la escena. Entonces preguntó—: ¿Veneno?

—Algo corrosivo. —Gildas observó a la muchacha, que se retorció y tenía arcadas. Se puso de pie lentamente, resignado—. No hay nada que yo pueda hacer.

—¡Tiene que haber algo! —Finn lo apartó de un manotazo—. ¡Podría habérmela comido yo! ¡Podría estar en su lugar! —Se arrodilló junto a ella, intentando levantarla para aliviar su sufrimiento, pero los gemidos de dolor le hicieron desistir. Se sentía rabioso e impotente—. ¡Tenemos que hacer algo!

Gildas se acucilló a su lado. Sus duras palabras atravesaron los gemidos.

—Es un ácido, Finn. Puede que ya tenga los órganos abrasados, y los labios, la garganta. Es posible que todo termine muy rápido.

Finn se quedó mirando a Keiro.

—Nos vamos —dijo su hermano de sangre—. Ahora mismo. He descubierto dónde guarda el barco.

—No me iré sin ella.

—Se está muriendo. —Gildas le obligó a afrontar la realidad—. No podemos hacer nada. Haría falta un milagro, y no tengo uno a mano.

—Entonces, ¿salvamos el pellejo?

—Es lo que ella habría querido.

Lo sujetaron entre los dos, pero Finn se resistió y, en cuanto se hubo liberado de sus captores, se arrodilló junto a ella. Estaba inmóvil y parecía que apenas respiraba; los hematomas ya difuminados volvían a destacar en su piel. Finn había visto la muerte, estaba acostumbrado a la muerte, pero toda su alma se rebelaba contra la de Attia, y la culpa que había sentido por haber traicionado a la Maestra volvió a embargarlo y lo envolvió como una llamarada de fuego, como si fuera a aniquilarlo. Las palabras se le atascaron en la garganta, sabía que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Si Attia necesitaba un milagro, él se lo conseguiría.

Se levantó y se dirigió a Keiro. Lo agarró por las manos.

—Un anillo. Dame otro de los anillos.

—No, no, espera un momento.

Keiro se zafó de sus manos.

—¡Dámelo! —Su voz sonó amenazante; levantó la espada—. No me obligues a usarla, Keiro. Todavía te quedará otro.

Keiro mantuvo la calma. Sus ojos azules desviaron la mirada hacia Attia, que seguía retorciéndose, agónica. Después miró a la cara a Finn.

—¿Crees que servirá de algo?

—¡No lo sé! Pero podemos intentarlo.

—Es sólo una chica. No es nadie.

—Uno para cada uno, dijiste. Le cedo el mío.

—Ya has gastado el tuyo.

Se plantaron cara unos segundos, mientras Gildas los observaba. Entonces Keiro se arrancó uno de los anillos y lo contempló. Sin decir ni una palabra, se lo lanzó a Finn.

Éste lo atrapó, tiró la espada y agarró la mano de Attia. Le puso el anillo sin tardanza; le quedaba demasiado grande, así que Finn le apretó los dedos para sujetarlo,

rezando en voz baja, a Sáfico, al hombre cuya vida contenía el anillo, a quien fuera. Gildas se acuclilló a su lado con sumo cinismo.

—No ocurre nada. ¿Qué tendría que ocurrir? —preguntó Finn.

El Sapiient frunció el entrecejo.

—No es más que una superstición. Tú mismo te burlaste de ella.

—Su respiración... es más lenta.

Gildas le tomó el pulso, le tocó las sucias cicatrices provocadas por las rozaduras de las cadenas.

—Finn. Acéptalo. No hay...

Se detuvo. Tensó los dedos, volvió a tomarle el pulso.

—¿Qué? ¡Qué!

—Creo que... Parece que tiene el pulso más fuerte...

Keiro exclamó:

—¡Pues cogedla! Llevárosla. ¡Pero vamos ya!

Finn le arrojó la espada, se agachó y cogió a Attia en brazos. Pesaba tan poco que no le costó nada cargar con ella, aunque su cabeza iba dando golpecitos contra él. Keiro ya tenía la puerta abierta y en ese momento asomó la cabeza.

—Por aquí. Y en silencio.

Los condujo hacia la salida.

Corrieron por una polvorienta escalera de caracol hasta llegar a una trampilla; Keiro la empujó y se adentró en la oscuridad, tirando de Gildas con fuerza para que lo siguiera.

—La chica.

Finn la colocó en sus brazos. Entonces miró hacia atrás.

Daba la impresión de que en la escalera hubiera un extraño murmullo que se mecía en el aire. Se fue elevando como un pájaro de mal agüero hacia ellos mientras Finn ascendía a toda prisa, ayudándose de las manos, y cerraba la trampilla con un portazo tras de sí. Keiro forcejeó contra una rejilla de la pared; Gildas se agarró a los barrotes con las manos nudosas.

Attia parpadeó y luego abrió los ojos.

Finn la miró anonadado.

—Deberías estar muerta.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

La rejilla se desprendió de la pared con un traqueteo; detrás de ella Finn vio un gran salón oscuro y en el centro, agarrado al suelo por un cable de hierro, el barco de plata, que flotaba libremente. Echaron a correr, Finn con el brazo de Attia pasado por los hombros. Varias figuras diminutas por el liso suelo gris, vulnerables y expuestas, como ratones bajo la atenta mirada de un búho, porque en el techo de la sala se encendió una enorme pantalla y cuando Finn alzó la vista, vio un ojo. No era como los minúsculos Ojos rojos que tan bien conocía, sino un ojo humano, con el iris grisáceo, ampliado hasta el infinito, como si mirara a través de un potente microscopio.

En ese momento, las vibraciones que había percibido en la escalera se transmitieron por el suelo como si fueran ondas y les hicieron tropezarse: un Terremoto de la Cárcel que provocó que la delgada aguja de la torre del Sapient vibrara hasta la misma cúspide.

Keiro rodó por el suelo y se levantó.

—Por aquí.

Vieron que había colgando una brillante escalera de mano. Gildas se agarró a ella y empezó a trepar, balanceándose de forma extraña, a pesar de que Keiro sujetaba el final de la escalera con firmeza.

Finn preguntó:

—¿Podrás subir?

—Creo que sí. —Attia se apartó el pelo de la cara. Su piel continuaba teniendo un color pálido y mortecino, pero el tono azulado iba desapareciendo. Parecía que le costaba menos respirar.

Le miró el dedo.

El anillo se había encogido. Ahora no era más que un aro delgado y quebradizo, que se fracturó en cuanto Attia atrapó la cuerda; los diminutos fragmentos cayeron hasta hacerse invisibles. Finn tocó uno de ellos con el pie. Parecía un hueso. Un hueso antiguo y seco.

Detrás de ellos se abrió de nuevo la trampilla.

Finn se dio la vuelta. Notó que Keiro le devolvía la espada y sacaba la suya.

Juntos, desafiaron al oscuro recuadro de oscuridad.

—Bueno, ya está todo preparado para mañana. —La reina colocó el último documento en el escritorio forrado de cuero rojo y se reclinó en la silla. Juntó las yemas de los dedos—. El Guardián ha sido muy generoso. Menuda dote, Claudia. Feudos enteros, un cofre con joyas, doce caballos negros. Debe de quererlos mucho.

Tenía las uñas pintadas de color dorado. Seguramente era oro de verdad, pensó Claudia. Cogió una de las escrituras y le echó un vistazo, pero en lo único en que podía pensar era en Caspar, que deambulaba arriba y abajo haciendo crujir el suelo de madera.

La reina Sia se dio la vuelta.

—Caspar, estate quieto.

—Me muero de aburrimiento.

—Pues ve a montar a caballo, cariño. O a cazar tejones, o lo que sea que hagas para entretenerte.

Caspar se dio la vuelta.

—Vale, buena idea. Hasta luego, Claudia.

La reina enarcó una ceja perfecta.

—No es precisamente el modo en que un heredero debe hablar con su prometida, mi lord.

Cuando ya estaba casi en la puerta, el joven se detuvo y regresó junto a la reina.

—El Protocolo es para los siervos, madre. No para nosotros.

—El Protocolo nos mantiene en el poder, Caspar. No lo olvides.

Él forzó una sonrisa y realizó una reverencia baja y estudiada en honor de Claudia. Luego le besó la mano.

—Nos vemos en el altar, Claudia.

Ella se puso de pie y le correspondió con otra reverencia fría.

—Bien. Ahora me largo.

Dio un portazo y ambas oyeron el atronar de sus botas por el pasillo.

La reina se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Cuánto me alegro de que podamos estar un rato a solas, Claudia, porque tengo algo que contaros. Sé que no os importará, querida mía.

Claudia intentó no fruncir el entrecejo, pero sin querer tensó los labios. Quería salir de allí, ir a buscar a Jared. ¡Les quedaba tan poco tiempo!

—He cambiado de opinión. Le he pedido al maestro Jared que abandone la Corte.

—¡No!

Lo soltó antes de poder reprimirse.

—Sí, querida. Después de la boda, regresará a la Academia.

—No tenéis derecho...

Claudia se había puesto de pie.

—Tengo todo el derecho del mundo. —La sonrisa de la reina era dulce pero letal. Se inclinó hacia delante una vez más—. Vamos a dejar las cosas claras, Claudia. Aquí sólo hay una reina. Yo os enseñaré todo lo que sea necesario, pero no toleraré ningún rival. Y tanto vos como yo debemos asimilarlo, porque somos iguales, Claudia. Los hombres son débiles. Incluso vuestro padre puede ser gobernado, pero vos habéis sido educada para ser mi sucesora. Esperad que llegue el momento. Hasta entonces, podéis aprender mucho de mí. —Se reclinó en la silla y dio unos golpecitos con los dedos en los papeles—. Sentaos, querida.

Había una fría amenaza velada en sus palabras. Claudia se sentó lentamente.

—Jared es mi amigo.

—De ahora en adelante, yo seré vuestra amiga. Tengo muchos espías, Claudia. Me cuentan infinidad de cosas. Será lo más adecuado.

Se incorporó y tocó la campanilla; un sirviente entró al instante con la peluca empolvada y una levita.

—Dile al Guardián que lo estoy esperando.

Una vez que se hubo marchado, la reina abrió una caja de bombones y tardó un momento en elegir uno; después se los ofreció a Claudia con una sonrisa.

Muda, Claudia negó con la cabeza. Se sentía como si hubiera arrancado una flor preciosa del jardín para descubrir que estaba podrida por dentro, llena de gusanos. Se dio cuenta de que nunca se había planteado en serio que Sia pudiera suponer un peligro para ella. De quien siempre había tenido miedo había sido de su padre. Ahora se preguntaba hasta qué punto estaba equivocada.

Sia la observó con una sonrisilla en sus labios rojos. Se los secó con un pañuelo de encaje. Y cuando las puertas se abrieron de par en par, se acomodó de nuevo en la silla y extendió un brazo hacia un lado.

—Mi querido Guardián. ¿Qué os ha entretenido?

Estaba sofocado.

Claudia se dio cuenta al instante, a pesar de su propio abatimiento. El Guardián nunca andaba con prisas, pero ahora llevaba el pelo ligeramente despeinado, el botón del cuello de la casaca negra desabrochado.

Agachó la cabeza con seriedad, pero su voz tenía un punto de fatiga.

—Lo siento, señora. Algo requería mi atención.

De la trampa no salió nada.

Finn dijo:

—Sube por la escalerilla.

Cuando Keiro se dio la vuelta, el suelo comenzó a vibrar. Finn se lo quedó mirando. El terremoto levantó las losas del suelo como si por debajo de ellas rugiera una gran ola marítima. Antes de que tuviera tiempo de moverse, el mundo entero se transformó. Notó cómo se chocaba contra el suelo y después empezaba a rodar colina abajo, por una colina que no podía estar allí. Jadeó al aterrizar contra un pilar, pues el dolor le perforaba el costado.

El salón se estaba inclinando.

Con una vertiginosa certeza pensó que la torre del Sapient se estaba desmoronando, que se había fracturado por la larguirucha base. En ese momento, la escalera de cuerda pasó rozándolo y Finn la agarró sin pensarlo. Keiro ya estaba subido a bordo, inclinado sobre las tablas plateadas de la cubierta. Finn se encaramó a la escalera y, en cuanto quedó al alcance del otro muchacho, entrelazaron las manos.

—Lo tengo. ¡VAMOS!

El barco se puso en marcha. Con un aullido de miedo, Finn subió a la cubierta; todo

el artefacto se bamboleó y sacudió, y luego empezó a elevarse, mientras las cuerdas chasqueaban al romperse una tras otra bajo la quilla del barco.

Había una abertura en el muro de la torre, y ante ellos, la amplia plataforma en la que Blaize había aterrizado cuando los había recogido. Pero cuando Gildas tiró con lo que quedaba de sus menguadas fuerzas para girar el timón desbocado, el barco dio una sacudida y todos cayeron al suelo. Un montón de escombros se precipitaron en cascada sobre la cubierta y las velas.

—¡Algo nos retiene! —chilló.

Keiro se asomó por la borda.

—¡Dios! ¡Un ancla!

Volvió a encaramarse.

—Tiene que haber un cabestrante. ¡Vamos!

Abrieron una escotilla y se zambulleron en la oscuridad que imperaba en la bodega del barco. Aparejos y restos de ladrillo caían con un ruido sordo por encima de sus cabezas.

Encontraron un laberinto de pasadizos y galerías. Finn corrió a abrir las puertas de par en par y vio que todas las cabinas estaban vacías; no había provisiones, ni mercancía, ni tripulación. Antes de que tuviera tiempo para reflexionar, Keiro le gritó desde la profunda oscuridad.

En la bodega más baja todo estaba oscuro. Un cabestrante circular llenaba la estancia; Keiro intentó recolocar la barra en su lugar.

—Ayúdame.

Entre los dos empujaron. No se movió nada; el mecanismo estaba agarrotado, la cadena del ancla pesaba mucho.

Volvieron a intentarlo y Finn notó cómo le crujían los músculos de la espalda, hasta que muy despacio, con un gemido largo y reticente, el cabestrante se puso en marcha entre crujidos.

Finn apretó los dientes y tiró de nuevo, con el sudor poblándole la cara; a su lado oyó que Keiro resoplaba y gruñía.

Al cabo de un momento apareció otro cuerpo. Attia, todavía pálida, agarró la barra junto a él.

—¿Qué... tal... estás? —gruñó Keiro.

—Bastante bien —susurró ella como respuesta, y Finn vio con sorpresa que la chica sonreía, con los ojos encendidos bajo el pelo enmarañado, el color de nuevo en sus mejillas.

El ancla retembló. El barco se balanceó y luego, abruptamente, se elevó.

—¡Ya lo tenemos!

Keiro hincó los talones y empujó, y de repente, el cabestrante empezó a girar a toda velocidad bajo su peso, la gran cadena del ancla se desplazó rozando el suelo y se enroscó obedientemente en el torno obligada por los tres muchachos.

Una vez que la hubieron recogido por completo y el mecanismo llegó a un tope, Finn se apresuró a subir la escalera de cámara, pero en cuanto asomó la cabeza por la cubierta se detuvo con un grito aterrado.

Navegaban entre las nubes. Éstas pasaban rozándolos, y se abrían de vez en cuando lo suficiente para dejar entrever a Gildas maldiciendo junto al timón, las grandes velas hinchadas, un pájaro debajo de ellos en un retazo de luz.

—¿Dónde estamos? —murmuró Attia a sus pies.

Entonces el barco salió de la neblina, y vieron que estaban en un océano de aire azul, y la torre inclinada del Sapient quedaba ya muy lejos.

Sin aliento, Keiro se inclinó por la borda y gritó de júbilo.

Finn se quedó de pie junto a él y miró hacia atrás.

—¿Por qué no ha intentado detenernos?

Se llevó la mano a la chaqueta y tocó la dureza cristalina de la Llave.

—¡A quién demonios le importa! —exclamó su hermano de sangre.

Y entonces, se dio la vuelta y le asestó un puñetazo en el estómago a Finn.

Attia gritó. Finn se derrumbó sin respiración, con un dolor asombroso en sus entrañas, una negrura ahogada que le nublaba la vista.

Desde el timón Gildas gritó algo, pero sus palabras se perdieron en la distancia.

Poco a poco, la agonía remitió. Cuando Finn consiguió tomar aire, alzó la vista y vio a Keiro con ambos brazos extendidos sobre la barandilla, mirándolo con una sonrisa.

—¿Qué...?

Keiro le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Después de varios intentos, Finn y Keiro quedaron cara a cara.

—Eso te enseñará a no volver a levantarme la espada —dijo Keiro.

Sáfico se ató las alas a los brazos y voló, sobre océanos y llanuras, sobre ciudades de cristal y montañas de oro. Los animales huían; las personas lo señalaban con el dedo. Voló tan lejos que vio el cielo sobre él y el cielo le dijo:

—Date la vuelta, hijo mío, porque has llegado demasiado alto.

Sáfico se echó a reír, cosa que casi nunca hacía.

—Esta vez no. Esta vez te retaré hasta que te abras.

Pero Incarceron se enfureció y lo obligó a bajar.

Leyenda de Sáfico

—Me ha dicho que Jared tiene que marcharse.

Claudia se dio la vuelta y miró fijamente a su padre, con ganas de preguntarle si había sido cosa suya.

—Te lo dije. Tenía que ocurrir.

El Guardián pasó por delante de ella y se sentó en la butaca próxima a la ventana de su habitación, para contemplar desde allí los primorosos jardines en los que grupos de cortesanos paseaban al fresco de la tarde.

—Creo que tendrás que ceder, querida mía. Es un precio módico a cambio de ganar un reino.

Claudia estaba a punto de estallar de ira, pero entonces él se volvió y la miró a los ojos, con esa mirada fría y comedida que tanto temía la muchacha.

—Además, tenemos algo más importante de lo que hablar. Siéntate.

Ella no quería. Sin embargo, se acercó a la silla que había junto a la mesita dorada y se sentó.

El Guardián miró el reloj, después cerró la tapa y lo mantuvo en la mano.

Dijo en voz baja:

—Tienes algo que me pertenece.

Claudia notó cómo se le ponía la piel de gallina ante el peligro. Al principio creyó que no iba a ser capaz de articular palabra, pero luego recuperó la voz, sorprendentemente pausada:

—¿Ah sí? ¿De qué se trata?

Él sonrió.

—Eres admirable, Claudia, de verdad. A pesar de que fui yo quien te creó, nunca dejas de sorprenderme. Pero ya te advertí que no debías ponerme a prueba. —Se metió el reloj en el bolsillo y se inclinó hacia delante—. Tienes mi Llave.

Claudia soltó un suspiro consternado. El Guardián se reclinó en el asiento, cruzó una pierna sobre la otra, y el cuero de sus botas resplandeció.

—Sí. No lo niegas, lo cual es muy inteligente por tu parte. Fue muy ingenioso lo de colocar una imagen de la Llave en el cajón, sí, muy ingenioso. Supongo que tendré que agradecersele a Jared. Cuando comprobé que todo estuviera en orden en el estudio el día en que saltaron las alarmas, abrí el cajón y eché un vistazo; no se me ocurrió coger la Llave. Y lo de las mariquitas... ¡qué detalle tan creativo! Aunque debíais de pensar que yo era un poco tonto.

Claudia negó con la cabeza, pero él se puso de pie de manera brusca y caminó hasta los ventanales.

—¿Has hablado de mí con Jared, Claudia? ¿Os habéis reído al recordar cómo me habíais arrebatado la Llave? Seguro que os habéis divertido mucho.

—La cogí porque no me quedó otro remedio. —Claudia entrelazó las manos—. Lo apartasteis de mí. No me lo contasteis.

Él se detuvo para mirarla. Se había arreglado el pelo y ahora su expresión resultaba más tranquila y pensativa que nunca.

—¿El qué?

Claudia se levantó lentamente y le plantó cara:

—Lo de Giles —contestó.

La joven esperaba una reacción de sorpresa, o un momento de silencio perplejo. Pero el Guardián no estaba en absoluto sorprendido. Entonces ella supo, con una repentina

certeza, que había estado esperando que mencionara ese nombre, supo que, al nombrarlo, había caído en alguna especie de trampa.

El Guardián respondió:

—Giles está muerto.

—No es verdad. —Las joyas que le adornaban el cuello tintinearón; con una furia repentina se las arrancó y las tiró al suelo, después cruzó los brazos sobre el cuerpo y todas las palabras reprimidas salieron a borbotones—: Su muerte fue fingida. La reina y vos la amañasteis. Giles está en Incarceron, encerrado en algún lugar. Le arrebatasteis la memoria para que no supiera quién es. ¿Cómo pudisteis hacerle algo así? —Apartó de una patada un escabel, que se volcó y rodó por el suelo—. Puedo entender por qué lo hizo ella, por qué podía desear que el inútil de su hijo fuera rey, ¡pero vos! Yo ya estaba comprometida con Giles. Vuestro precioso plan habría funcionado de todas formas. ¡¿Por qué nos hicisteis eso?!

El Guardián enarcó una ceja.

—¿«Nos»?

—¿Es que yo no cuento? ¿No os importaba lo más mínimo el hecho de que pudiera terminar casada con Caspar? ¿Llegasteis a pensar en mí en algún momento?

Temblaba. Toda la rabia de su vida empezó a aflorar, la frustración por las innumerables veces que su padre se había marchado de viaje y la había dejado sola meses y meses, las ocasiones en que había sonreído a su hija con condescendencia y sin darle ninguna muestra de afecto.

Él se rascó la barba de varios días con el pulgar y el índice.

—Sí que pensé en ti —dijo con voz pausada—. Saltaba a la vista que te gustaba Giles. Pero era un muchacho testarudo, demasiado bueno, demasiado honrado. Caspar es un estúpido que será un rey nefasto. Conseguirás gobernarlo de forma mucho más eficaz.

—Ésa no es la razón por la que lo hicisteis.

El Guardián desvió la mirada. Vio que se había levantado y repicaba con los dedos en la repisa de la chimenea. Cogió una delicada figurilla de porcelana y la examinó. Luego volvió a colocarla en la repisa.

—Tienes razón.

Se quedó callado; Claudia tenía tantas ganas de que el Guardián hablara que estuvo a punto de gritarle. Pareció transcurrir una eternidad antes de que su padre regresara al sillón y se sentara. Entonces dijo con calma:

—Me temo que el verdadero motivo es un secreto que nunca saldrá de mis labios.

Al ver lo aturdida que estaba Claudia, levantó la mano.

—Sé que me desprecias, Claudia. Estoy seguro de que tu Sapien y tú pensáis que soy un monstruo. Pero eres mi hija y siempre he actuado velando por tus intereses. Además, el encarcelamiento de Giles fue idea de la reina, no mía. Me obligó a aceptarlo.

Ella resopló con sorna.

—¡Os obligó! ¡Tiene poder sobre vos!

El Guardián levantó rápidamente la cabeza y susurró:

—Sí. Igual que tú.

Por un segundo, el veneno de su voz la sacudió.

—¿Yo?

Las manos del Guardián eran dos puños sobre los reposabrazos de madera. Le dijo:

—Déjalo, Claudia. Olvídalo. No me preguntes, porque la respuesta podría destrozarte. Es todo lo que voy a decirte. —Se puso de pie, alto y oscuro, y su voz se volvió sombría—. Y ahora, volvamos a la Llave. Nada de lo que habéis hecho Jared y tú me ha pasado inadvertido. Sé que fuisteis a buscar a Bartlett, sé que os habéis comunicado con Incarceron. Conozco a ese Preso que tú crees que es Giles.

Claudia se lo quedó mirando muy sorprendida y él estalló en carcajadas, de nuevo esa risa seca.

—Hay mil millones de Presos en Incarceron, Claudia, ¿y tú crees que has encontrado al adecuado? Allí el tiempo y el espacio son distintos. Ese chico podría ser cualquiera.

—Tiene una marca de nacimiento.

—¡Vaya, no me digas! Pues deja que te cuente una cosa sobre la Cárcel. —Su voz se volvió cruel. Se acercó a ella y la miró fijamente—. Es un sistema cerrado. Nada entra. Nada sale. Cuando los Presos mueren, sus átomos son reutilizados: su piel, sus órganos. ¡Están hechos unos a partir de otros! Remendados, reciclados, hasta que no quedan suficientes tejidos orgánicos; cuando éstos escasean, se completan las piezas con metal y plástico. El águila de Finn no significa nada. Puede que ni siquiera sea suya. Incluso los recuerdos que cree tener pueden no ser suyos.

Horripilada, Claudia quería obligarlo a callar, pero no le salían las palabras.

—Ese chico es un ladrón y un mentiroso —continuó el Guardián sin remordimientos—. Pertenecía a una banda de bribones que se dedica a saquear a los demás. Supongo que te lo ha contado, ¿no?

—Sí —soltó ella.

—Qué sincero... ¿Y te ha contado también que para obtener su copia de la Llave una mujer inocente tuvo que morir arrojada por un precipicio? Eso «después» de que le hubiera prometido que la mantendría a salvo...

Claudia no respondió.

—No —dijo él—. Suponía que no. —Volvió a incorporarse—. Quiero que termine de una vez toda esta majadería. Quiero la Llave. Ahora mismo.

Ella negó con la cabeza.

—Ahora, Claudia.

—No la tengo —susurró la chica.

—Entonces, Jared...

—¡No metáis a Jared en esto!

Él la agarró por el brazo. Tenía la mano fría y se aferraba a su muñeca como un grillete de hierro.

—Dame la Llave o te arrepentirás de desafiarme.

Ella intentó zafarse de la garra, pero el Guardián la sujetaba con mucha fuerza. Lo miró a los ojos a través del pelo alborotado.

—No podéis hacerme daño. ¡Soy la única capaz de lograr que vuestro plan funcione! ¡Y lo sabéis!

Durante unos segundos se aguantaron la mirada. Después, él asintió y la soltó. Un círculo blanco de piel sin sangre le rodeó la muñeca, como la marca de unas esposas.

—No, no puedo hacerte daño —dijo él con voz quebrada.

Claudia abrió los ojos como platos.

—Pero piensa en el tal Finn. Y en Jared.

Ella dio un paso atrás. Temblaba y tenía la espalda fría por el sudor. Volvieron a

aguantarse la mirada unos segundos. Después, como no se fiaba de lo que iba a soltar si continuaba hablando, se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Sin embargo, las palabras del Guardián la pillaron todavía allí y tuvo que oírlas:

—No hay forma de salir de la Cárcel. Dame la Llave, Claudia.

La muchacha cerró la puerta tras de sí. Una sirvienta que pasaba en ese momento la miró con cara de sorpresa. En el espejo que había enfrente, Claudia vio el motivo: su reflejo mostraba a una criatura azorada y con la cara enrojecida, que desprendía desdicha. Le entraron ganas de chillar de rabia. En lugar de eso, anduvo hasta su habitación y cerró la puerta. Se derrumbó en la cama.

Agarró el almohadón y enterró en él la cabeza. Se acurrucó hasta quedar hecha un ovillo, abrazándose el cuerpo con los brazos. Su mente era un laberinto de confusión, pero cuando se movió, notó que un papel crujía en la almohada y levantó la cabeza para ver la nota que había allí prendida. Era de Jared. «Necesito verte. He descubierto algo increíble».

En cuanto la hubo leído, el papel se desintegró, convertido en cenizas.

Ni siquiera tuvo fuerzas para sonreír.

Finn se colgó de las jarcias del barco y se sujetó fuerte, mientras veía a lo lejos, en la superficie, lagos de un líquido amarillo sulfúrico, viscoso y pestilente. En las laderas del paisaje pastaban distintos animales, que desde allí parecían unas extrañas criaturas desgarradas, y los rebaños se disgregaban y huían aterrados cuando la sombra del barco caía sobre ellos. Más adelante vio otros lagos, junto a los cuales sólo crecían algunos arbustos bajos y raquíticos, y a la derecha, en la lejanía, un desierto se extendía hasta donde alcanzaba la vista y se perdía entre las sombras.

Llevaban horas navegando. Gildas había sido el primero en llevar el timón, al azar, de forma firme y constante, hasta que había gritado presa de la irritación que alguien lo relevara. Entonces Finn había aceptado el turno y había notado las extrañas corrientes que discurrían debajo del navío, sus embestidas en forma de ráfagas de aire y brisas. Sobre su cabeza, las velas estaban henchidas; el viento entraba y salía de las telas blancas. En dos ocasiones habían tenido que navegar entre las nubes. La segunda de ellas, la temperatura había bajado alarmantemente y, cuando habían logrado emerger de aquella amalgama turbulenta y gris, el timón y la cubierta estaban forrados de escarcha, y unas agujas de hielo caían de los palos y tintineaban en los tablones.

Attia le había llevado agua.

—Hay litros y litros —había dicho—, pero nada de comida.

—¿Cómo? ¿Nada?

—No.

—Y ¿de qué se alimentaba?

—Sólo quedan las migajas de lo que tenía Gildas. —Mientras Finn bebía agua, Attia había tomado el timón, con sus manitas aferradas a los gruesos radios de madera. Luego había añadido—: Me ha contado lo del anillo.

Finn se había secado la boca. Attia había continuado:

—Lo que hiciste por mí fue demasiado. Ahora estoy todavía más en deuda contigo.

Finn se había sentido orgulloso y enfurruñado a la vez; había vuelto a tomar el timón y había dicho:

—Somos un equipo. Además, no creía que fuera a funcionar.

—Me maravilla que Keiro te lo diera.

Finn se había encogido de hombros y ella lo había estudiado con la mirada. Pero en ese momento, Attia había levantado la vista hacia el cielo.

—¡Mira! Es magnífico. Toda mi vida había estado metida en un túnel estrecho y oscuro abarrotado de chabolas, y ahora, ver todo este espacio abierto...

Él había dicho:

—¿Tienes familia?

—Sí, hermanos. Todos mayores que yo.

—¿Y padres?

—No. —Attia sacudió la cabeza—. Ya sabes...

Sí, ya lo sabía. La vida en la Cárcel era corta e impredecible.

—¿Los echas de menos?

Ella se había puesto tensa y había sujetado con fuerza el timón.

—Sí, pero... —Sonrió—. Es curioso cómo ocurren las cosas. Cuando me capturaron, pensé que era el final de mi vida. Pero sin embargo, me condujo a esto.

Él había asentido. Luego había dicho:

—¿Crees que te salvó el anillo? ¿O fue el antídoto que te dio Gildas para vomitar?

—El anillo —dijo ella con seguridad—. Y tú.

Él no estaba tan seguro.

Ahora, mientras miraba a Keiro holgazaneando en la cubierta, sonrió. Cuando le habían dicho que le tocaba el turno, su hermano de sangre había echado un vistazo al imponente timón y había bajado a las bodegas a buscar cuerdas; después había atado los radios para fijar la posición y se había sentado junto al timón, con los pies en alto.

—¿Con qué íbamos a chocarnos? —le había comentado a Gildas.

—Qué tonto eres —había respondido irritado el Sapient—. Por lo menos, mantén los ojos bien abiertos.

Habían pasado por encima de colinas de cobre y montañas de cristal, de bosques enteros de árboles metálicos. Finn había visto asentamientos montados en valles impenetrables donde los habitantes vivían en total ostracismo; grandes ciudades; en una ocasión, habían visto un castillo con banderas ondeando en las torretas. Eso lo había asustado, pues le había hecho pensar en Claudia. Algún arco iris provocado por el sol y la condensación se había dibujado sobre ellos; habían volado a través de extraños efectos atmosféricos, una isla reflejada, olas de calor, neblinas parpadeantes de tonos púrpura y fuego dorado. Hacía una hora, una bandada de pájaros de cola larga había aparecido de la nada graznando y volando en círculos; luego habían caído en picado sobre la cubierta, de modo que Keiro había tenido que agachar la cabeza. Y entonces, igual de repentinamente, se habían desvanecido, un mero trazo ensombrecido en el horizonte. Una vez, el barco había perdido muchísima altitud; Finn se había asomado por la borda y había oteado kilómetros y kilómetros de casuchas malolientes, donde las personas salían corriendo de moradas irregulares de latón y madera, escuálidas y enfermas, con innumerables hijos. Había dado gracias cuando el viento había elevado de nuevo el barco. Incarceron era un infierno. Y a pesar de todo, él poseía su Llave.

La sacó y tocó los controles. Ya lo había intentado antes, pero no había ocurrido nada. Ahora tampoco ocurrió nada, así que se preguntó si volvería a funcionar alguna vez. Pero estaba caliente. ¿Significaba eso que viajaban en la dirección correcta, hacia Claudia? Pero si Incarceron era tan extenso, ¿cuántas vidas tardarían en llegar a la salida?

—¡Finn!

El grito de Keiro sonó alarmado. Finn alzó la mirada.

Sobre ellos parpadeó algo. Al principio pensó que eran los focos; después vio que la oscuridad que los envolvía no era la penumbra habitual de la Cárcel, sino un funesto banco de nubes de tormenta, justo en medio de su ruta. Se agachó y empezó a frotarse las palmas contra los cables para calentarlas.

Keiro desató el timón a toda prisa.

—¿Qué es eso?

—Una tormenta.

Había una nube negra. Un relámpago centelleó dentro de ella. Y cuando el barco se aproximó un poco más, oyeron un murmullo bajo, un chasquido insolente y tenebroso.

—La Cárcel —susurró Finn—. Nos ha encontrado.

—Ve a buscar a Gildas —murmuró Keiro.

Encontró al Sapient en el camerino, repasando cartas de navegación y mapas a la luz de una lamparilla crepitante.

—Mira estos mapas. —El anciano levantó la vista, con la cara arrugada y llena de sombras por la luz de la lámpara—. ¿Cómo puede ser tan inmenso? ¿Qué esperanza tenemos de encontrar la estela de Sáfico a través de todo esto?

Abrumado, Finn contempló la pila de cartas de navegación, que rebosaban de la mesa y cubrían el suelo. Si todas ellas mostraban la grandiosidad de Incarceron, podían seguir viajando eternamente.

—Te necesitamos. Se avecina una tormenta.

Attia entró corriendo.

—Keiro dice que os deis prisa.

A modo de respuesta, el barco escoró. Finn se agarró a la mesa mientras los mapas rodaban y caían por todas partes. Después volvió a subir a cubierta.

Unas nubes negras trepaban por los mástiles, y los gallardetes plateados ondeaban y entrechocaban. El barco estaba casi volcado hacia un lado; Finn tuvo que agarrarse con fuerza de la barandilla y avanzar a contracorriente hasta el timón, aferrándose a todo lo que quedaba a su alcance.

Keiro sudaba y maldecía.

—¡Es la brujería del Sapient! —chilló.

—No creo. Es Incarceron.

El trueno volvió a retumbar. Con un grito, la tempestad los azotó; ambos se agarraron al timón y aguantaron el tipo, acuclillados detrás de su reducido refugio. Los objetos golpeaban contra ellos, barras de metal, hojas, escombros que rebotaban como el granizo. Y al instante, una nieve de arenilla blanca, de cristal molido, de saetas y piedras

que agujereaban las velas.

Finn se dio la vuelta.

Vio a Gildas tumbado debajo del palo mayor, agarrado y con un brazo alrededor de Attia.

—¡Quedaos ahí! —les gritó.

—¡La Llave! —El chillido de Gildas se perdió en el vendaval—. Deja que la baje a la bodega. Si os perdéis...

Lo sabía. Y aun así, odiaba la idea de tener que separarse de ella.

—Hazlo —gruñó Keiro sin darse la vuelta.

Finn soltó el timón.

Al instante se vio propulsado hacia atrás por la corriente y cayó bruscamente contra la cubierta. Y la Cárcel lo acechó. Finn notó cómo enfocaba la vista sobre él, así que rodó por la cubierta y gritó aterrado.

En el corazón de la tormenta, un águila cayó en picado desde el cielo, negra como el trueno, con las garras centelleantes como el relámpago. Estiró las patas para agarrar la Llave, decidida a apresarla a él con el objeto.

Finn se abalanzó hacia un lado. Chocó con una maraña de cuerdas; agarró la más cercana y empezó a sacudirla, haciéndola girar en el aire, con el grueso cabo atado tan próximo al pecho del ave que el águila viró bruscamente y pasó rozándolo, ascendió aleteando y volvió a prepararse para caer sobre su presa.

Con la cabeza gacha, Finn consiguió pasar por delante de Gildas y cobijarse en el camarote de la cubierta.

—¡Vuelve a por ti! —gritó Attia.

—Quiere la Llave —dijo Gildas mientras agachaba la cabeza.

La lluvia los azotaba; el trueno retumbó de nuevo y esta vez se oyó una voz potente, un murmullo de furia lejano y elevado.

Finn sacó la Llave. La tocó y al instante vio que Claudia estaba allí, con los ojos llorosos y el pelo alborotado.

—Finn —le dijo—. Escúchame. He...

—No, escúchame tú. —Se agarró con fuerza mientras el barco viraba y se balanceaba—. Necesitamos que nos ayudes, Claudia. Tienes que hablar con tu padre. Tienes que pedirle que pare la tormenta, ¡o moriremos todos!

—¿La tormenta? —Claudia negó con la cabeza—. Él no... no nos va a ayudar. Quiere que mueras. Lo ha descubierto todo, Finn. ¡Lo sabe!

—Entonces...

Keiro chilló. Finn miró hacia arriba y lo que vio hizo que sus dedos se aferraran a la Llave, de modo que unos segundos antes de que la imagen se desvaneciera, Claudia lo vio también.

Un gran muro de metal sólido. El Muro del Fin del Mundo.

Se alzaba desde profundidades desconocidas y se perdía en las ocultas alturas del cielo.

Y el barco navegaba directo hacia él.

La entrada se realizará a través del Portal. Únicamente el Guardián tendrá una llave, y ésta será la única forma de salir. Aunque toda cárcel tiene sus propias rendijas y ranuras.

Informe del proyecto, Martor Sapiens

Era tarde; la campana de la Torre de Ébano tocó las diez. En el anochecer estival, las polillas revoloteaban en los jardines y un pavo real distante chilló cuando Claudia corrió a toda prisa por el claustro. Los sirvientes que se cruzaron con ella se apresuraron a hacer reverencias, cargados con sillas y tapices y enormes piernas de venado. Llevaban horas enfrascados en los preparativos de la fiesta. Claudia frunció el entrecejo, enfadada, y no se atrevió a preguntarle a ninguno de ellos dónde estaba la habitación de Jared.

Pero él ya la esperaba.

Cuando dobló una esquina fría y húmeda junto a una fuente con cuatro cisnes de piedra, la mano del Sapiens surgió de la oscuridad y la atrapó. Al verse arrastrada a través de un arco, se quedó quieta y sin resuello. Jared cerró la puerta de roble casi por completo y asomó el ojo por la rendija que quedaba.

Una figura pasó a grandes zancadas. Claudia creyó haber reconocido al secretario de su padre.

—Era Medlicote. ¿Me seguía?

Jared se llevó un dedo a los labios. Parecía más pálido y abatido que de costumbre, y esa energía nerviosa que lo rodeada la preocupó. La condujo por unos escalones de piedra, luego cruzaron un patio descuidado y entraron en un pasaje cubierto por un arco de amarillo laburno trepador. En mitad del pasadizo el Sapiens se detuvo y susurró:

—He encontrado un refugio en el que trabajo a salvo. Mi habitación está pinchada.

Una luna inmensa pendía sobre el palacio. Las cicatrices de los Años de la Ira habían hecho hoyuelos en su rostro; el brillo plateado iluminó el huerto y los invernaderos, se reflejó en las ventanas con bisagras que seguían abiertas de par en par a causa del calor. Una breve melodía se escapó de una habitación, acompañada de voces y risas, y del repicar de unos platos. La silueta oscura de Jared se deslizó entre dos pilares en los que bailaban sendos osos de piedra, se escabulló por arbustos que olían a lavanda y a bálsamo de limón,

hasta llegar a una pequeña estructura construida en el muro, en el rincón más abandonado del jardín tapiado. Claudia entrevió una torreta, un parapeto en ruinas recubierto de hiedra.

Jared abrió la puerta y la instó a entrar a toda prisa.

La estancia estaba muy oscura y apestaba a tierra mojada. Una luz parpadeó sobre su cabeza; Jared tenía una antorcha pequeña, con la que iluminó una puerta interior.

—Rápido.

La puerta estaba enmohecida por el tiempo, la madera tan blanda que se desmigajaba. Dentro de la sombría habitación las ventanas estaban cegadas por la hiedra. Cuando Jared encendió unas velas, Claudia miró a su alrededor.

—Como en casa.

Había montado el microscopio electrónico sobre una mesa destartada y había abierto unas cuantas cajas de instrumentos y libros.

El Sapient se dio la vuelta; con la luz de las llamas su rostro parecía aún más demacrado.

—Claudia, tenéis que ver esto. Lo cambia todo. Todo.

Su angustia la asustó.

—Tranquilizaos —dijo Claudia de inmediato—. ¿Estáis bien?

—Lo suficiente. —Jared se inclinó sobre el microscopio y lo ajustó con sus largos y hábiles dedos. Después retrocedió—. ¿Recordáis la pieza de metal que recogí en el estudio? Echad un vistazo.

Abrumada, Claudia acercó el ojo a la lente. La imagen estaba borrosa; volvió a enfocarla ligeramente. Y entonces se quedó petrificada, tan rígida que Jared supo que lo había visto, y en ese mismo instante, lo había comprendido.

Jared se sentó en el suelo presa de la fatiga, entre la hiedra y las ortigas, con el cuerpo enfundado en la túnica de Sapient cuya costura rozaba el suelo sucio. Y contempló a Claudia mientras ella miraba por el microscopio.

Era el Muro del Fin del Mundo.

Si era cierto que Sáfico había caído rozándolo de arriba abajo, habría tardado años en recorrerlo. Cuando Finn levantó la mirada, percibió que el viento rebotaba desde su inmensidad y provocaba un remolino que rugía ante ellos. Los despojos del corazón de Incarceron fueron propulsados hacia arriba y después giraron a toda velocidad como una

voráGINE; si algo quedaba atrapado en aquel vendaval, jamás conseguiría escapar.

—¡Tenemos que dar la vuelta!

Gildas avanzó a trompicones hacia el timón; Finn se abalanzó detrás de él. Entre los dos se acomodaron como pudieron junto a Keiro y, con todas sus fuerzas, intentaron cambiar el rumbo para que el barco virase antes de ser engullido por el remolino.

Con el trueno llegó el momento de Luzapagada.

En la negrura, Finn oyó que Keiro juraba, notó que Gildas forcejeaba a su lado y se agarraba con vigor.

—Finn. ¡Tira de la palanca! En la cubierta.

Entonces tanteó con la mano, la encontró y tiró.

Los faros parpadearon, dos haces de luz horizontales surgieron de la proa del barco. Vio lo cerca que estaba el Muro. Los discos de luz jugaban con los gigantescos remaches, más grandes que una casa; las planchas clavadas eran inmensas, estaban maltratadas por el impacto de los fragmentos, tenían grietas innumerables, cicatrices y marcas de corrosión.

—¿Podemos retroceder? —gritó Keiro.

Gildas le dedicó una mirada irónica. Y en ese momento, descendieron. El barco se sumergió, arrojando tablones y palos y cuerdas, y cayó junto al Muro como un enorme ángel plateado, las velas eran sus alas batientes, que se hicieron trizas en cuestión de segundos, hasta que, justo cuando pensaban que la embarcación iba a romperse, la estela del vendaval los alcanzó. Con un chasquido del mástil, el artefacto de plata volvió a propulsarse hacia arriba, girando de forma descontrolada, con los focos girando sobre el muro, oscuridad, remache, oscuridad. Enredado entre las cuerdas, Finn se agarró como pudo y atrapó un brazo que tal vez fuera el de Keiro. El viento huracanado los obligaba a subir a toda velocidad, la corriente ascendía desde una oscuridad rugiente, y conforme tomaban altura, el aire se fue haciendo más ligero, las nubes y la tormenta quedaron por debajo, el Muro convertido en una auténtica pesadilla que los succionaba. Estaban tan cerca de la pared que Finn pudo distinguir que su superficie marcada estaba entretejida de grietas y puertecillas diminutas, hendiduras por las que se colaban los murciélagos, que navegaban en la tempestad con suma facilidad. Agredido por la colisión de mil millones de átomos de metal, el Muro resplandeció a la luz de los faros.

El barco volcó. Durante un segundo muy largo Finn se convenció de que iba a darse la vuelta por completo; se aferró a Keiro y cerró los ojos, pero cuando los abrió, el barco había recuperado la posición habitual y Keiro estaba a punto de chocarse contra él, manoteando entre los cabos.

La popa giró de repente. El barco patinó y notaron una tremenda sacudida. Gildas

atronó:

—¡Attia! ¡Ha soltado el ancla!

Attia debía de haber bajado y tirado de las palancas del cabestrante. El ascenso aminoró la velocidad, aunque las velas estaban hechas trizas. Gildas se incorporó como pudo y acercó a Finn a su cuerpo.

—Tenemos que meternos en el Muro y saltar.

Finn se lo quedó mirando con cara perpleja. El Sapient insistió:

—¡Es la única forma de salir de aquí! ¡El barco subirá y bajará, y seguirá dando tumbos eternamente! Tenemos que dirigirlo hacia ahí.

Señaló con el dedo. Finn vio un dado oscuro. Sobresalía del metal abombado, un cuadrado hueco de oscuridad. Parecía diminuto; su oportunidad de entrar en él era absolutamente remota.

—Sáfico atracó en un «cubo». —Gildas lo había agarrado por el pecho—. ¡Tiene que ser ése!

Finn miró a Keiro. La duda se transmitió entre ambos. Mientras Attia salía por la escotilla y se deslizaba hasta donde estaban los demás, Finn supo que su hermano de sangre pensaba que el anciano estaba loco, consumido por su búsqueda. Pero al mismo tiempo, ¿qué otra opción les quedaba?

Keiro se encogió de hombros. Con temeridad, hizo girar el timón y dirigió el barco directo contra el Muro. Iluminado por los focos, aguardaba el cubo, un enigma negro.

Claudia no podía hablar. Su asombro, su abatimiento, eran demasiado grandes.

Vio animales.

Leones.

Los contó en silencio: seis, siete... tres cachorros. Una manada. Así se llamaba, ¿no?

—No pueden ser de verdad —murmuró.

A su espalda, Jared suspiró.

—Pero lo son.

Leones. Vivos, en movimiento, uno rugiendo, el resto dormitando en un claro con

hierba, unos cuantos árboles, un lago en el que se zambullían aves acuáticas.

Claudia se inclinó hacia atrás, miró atentamente el microscopio y volvió a contemplar la muestra.

Uno de los cachorros dio un zarpazo a otro; rodaron y se pelearon. Una leona bostezó y se tumbó con las patas extendidas.

Claudia se dio la vuelta. Miró a Jared, iluminado por la luz de la lamparilla en la que revoloteaban unas polillas, y él le devolvió la mirada. Y por un momento no tuvieron nada que decirse, sólo había pensamientos que Claudia no se atrevía ni a pensar, implicaciones que le horrorizaba plantearse.

Al final, dijo:

—¿De qué tamaño son?

—Increíblemente pequeños. —Jared se mordió las puntas del pelo largo y moreno—. Miniaturizados a millones de nanómetros... Infinitesimales.

—No pueden... ¿Cómo van a estar...?

—Es una caja de gravedad. Se regula sola. Creía que la técnica se había perdido. Parece que hay un zoo completo. He visto elefantes, cebras... —Se le quebró la voz; sacudió la cabeza—. A lo mejor era el prototipo... Quizá quisieran probarlo primero con animales. ¿Quién sabe?

—Entonces, esto significa... —Se resistía a pronunciarlo—. Que Incarceron...

—Hemos estado buscando un edificio enorme, un laberinto subterráneo. Un mundo. —Miró al frente, hacia la oscuridad—. ¡Qué ciegos hemos estado, Claudia! En la biblioteca de la Academia había informes que indicaban que esta clase de cosas, los cambios transdimensionales, fueron posibles en otra época. Pero todo el conocimiento se perdió durante la Guerra. O eso creíamos...

Claudia se puso de pie; no podía continuar sentada. Pensar que había leones más pequeños que un átomo de su piel, que la hierba en la que descansaban era todavía más diminuta, imaginarse las minúsculas hormigas que aplastarían con sus pezuñas, las pulgas de su pelaje... Le costaba demasiado asimilarlo. Sin embargo, para esos animales el mundo era normal. ¿Y para Finn...?

Pisó una ortiga sin darse cuenta. Se obligó a decir:

—*Incarceron es una miniatura.*

—Me temo que sí.

—El Portal...

—Un proceso de entrada. Todos los átomos del cuerpo desintegrados. —Jared alzó la mirada y Claudia se dio cuenta de que tenía muy mal aspecto—. ¿No lo veis? Fabricaron la Cárcel para que contuviera todo lo que temían y lo redujeron de tamaño hasta el punto de que su Guardián fuera capaz de sostenerlo en la palma de su mano. Menuda respuesta para los problemas de un sistema superpoblado, Claudia. Menuda forma de disminuir las preocupaciones del mundo. Y esto explica muchas cosas. La anomalía espacial. Incluso puede que exista también una diferencia temporal, aunque sea muy pequeña.

Volvió a acercarse al microscopio y observó cómo los leones retozaban y jugueteaban.

—Por eso nadie puede salir. —Miró hacia el Sapient—. ¿Es reversible, Maestro?

—¿Cómo puedo saberlo? Sin examinar todos los... —Se paró en seco—. ¿Os dais cuenta de que hemos visto el Portal, la salida? En el estudio de vuestro padre había una silla.

Claudia se reclinó contra la mesa.

—La instalación de la luz. Las ranuras en el techo.

Era terrorífico. Claudia se obligó a caminar de nuevo, deambuló arriba y abajo, para asimilar la noticia. Entonces anunció:

—Yo también tengo algo que decir. Mi padre lo sabe. Sabe que tenemos la Llave.

Sin mirarlo, sin querer percibir el miedo en sus ojos, le contó lo enfadado que estaba su padre, lo que le había exigido. Cuando terminó de verterlo todo, se quedó encogida junto a Jared bajo la luz de las velas, con la voz convertida en un susurro.

—No pienso devolverle la Llave. Tengo que sacar a Finn de allí.

Jared permaneció en silencio, con el cuello del abrigo bien subido para arroparse.

—No es posible —contestó el Sapient sin fuerzas.

—Tiene que haber alguna manera...

—Claudia, por favor. —La voz de su tutor sonó cariñosa pero amarga—. ¿Cómo va a haberla?

Voces. Alguien que se reía a carcajadas.

Claudia se levantó de inmediato y apagó las velas de un soplo. Jared parecía

demasiado abatido para preocuparse por eso. Aguardaron en la oscuridad, escuchando los gritos ebrios de los juerguistas, una balada mal cantada que se perdió por el huerto de frutales. Claudia notó que el corazón le palpitaba tan fuerte que, en medio del silencio, casi le dolía. Unas débiles campanas dieron las once en las torres del reloj y en los establos del palacio. Faltaba una hora para que diera comienzo el día de su boda. No iba a rendirse. Todavía no.

—Ahora que conocemos el Portal y sabemos lo que hace... ¿sabríais ponerlo en funcionamiento?

—Tal vez sí. Pero no hay forma de regresar.

—Podría intentarlo. —Claudia lo dijo sin pensárselo dos veces—. Podría ir a buscarlo. ¿Qué me queda aquí? Una vida con Caspar...

—No. —El Sapien se irguió y la miró a la cara—. ¿Habéis llegado a imaginaros cómo sería vivir allí dentro? ¿Habéis pensado en ese infierno de violencia y brutalidad? Y aquí... si la boda no se celebra, los Lobos de Acero atacarán de inmediato. Habrá un terrible derramamiento de sangre. —Se acercó y la cogió de las manos—. Espero haberos enseñado que hay que enfrentarse siempre a los hechos.

—Maestro...

—Debéis seguir con el plan de la boda. Eso es lo único que os queda. Giles no tiene modo de regresar.

Claudia quería apartarse de él, pero el Sapien no la dejó. Ignoraba que fuese tan fuerte.

—Hemos perdido a Giles. Aunque siga vivo.

Claudia deslizó las manos y se agarró a las de él, con fuerza y tristeza.

—No sé si podré —susurró.

—Ya lo sé. Pero sois valiente.

—Me quedaré muy sola. Van a echaros de la Corte.

Jared tenía los dedos fríos.

—Os lo dije. Os queda mucho que aprender. —En la oscuridad, esbozó esa extraña sonrisa suya—. No me iré a ninguna parte, Claudia.

Era imposible. El barco no mantenía el rumbo fijo, a pesar de que todos ellos tiraban del timón. Las velas estaban hechas harapos, las cuerdas desperdigadas por todas partes, la

barandilla de la borda convertida en astillas, y aun así, el barco zigzagueaba y daba tumbos, con el ancla suspendida y la proa oscilando hacia el cubo, lejos de él, ahora encima, ahora debajo.

—Es imposible —gruñó Keiro.

—No. —Gildas parecía iluminado por la alegría—. Podemos hacerlo. Manteneos fuertes.

Agarró el timón y miró fijamente hacia delante.

De repente, el barco bajó en picado. Los focos captaron la abertura del cubo; y conforme se acercaban a él, Finn vio que estaba recubierto por una capa de una extraña viscosidad, como la superficie de una burbuja. Arco iris iridiscentes brillaban en él.

—Caracoles gigantes —murmuró Keiro.

Incluso en esas circunstancias era capaz de bromear, pensó Finn.

Más cerca, más cerca. Ahora el barco estaba tan próximo que veían el reflejo de las luces, ampliado y distorsionado. Tan cerca que el bauprés tocó la membrana, la perforó, se clavó en ella de modo que estalló con una suavidad abrupta y desapareció, convertida en una nubecilla tenue de aire dulce.

De manera gradual, y luchando contra la corriente de aire ascendente, el barco se introdujo con un giro en el tenebroso dado. El vendaval amainó. Unas sombras gigantes superaron los faros.

Finn levantó la mirada hacia el cuadrado de oscuridad. Mientras se abría como si fuera a tragarlos, sintió que él era diminuto, como una hormiga caminando por el pliegue de una tela, de un mantel de picnic extendido sobre la hierba en un lugar lejano en el espacio y en el tiempo, donde había una tarta de cumpleaños recién cortada con siete velas encima, y una niñita con el pelo castaño y rizado que le tendía un plato dorado con extrema educación.

Sonrió a la niña y tomó el plato.

El barco se partió. El mástil se astilló, se precipitó y sus fragmentos llovieron sobre todo el grupo. Attia se abalanzó contra Finn y tanteó con la mano en busca de un brillo cristalino que había salido despedido de la camisa de su amigo.

—Coge la Llave —le gritó a Finn.

Pero el barco golpeó una esquina del cubo y la oscuridad se cernió sobre ellos. Como un dedo que aplasta una hormiga. Como un palo mayor que se desploma.

El príncipe perdido

La desesperación es profunda. Un abismo que engulle los sueños. Un muro en el fin del mundo. Tras él aguardo la muerte. Porque todo nuestro esfuerzo ha desembocado en esto.

Diario de lord Calliston

La mañana de la boda amaneció cálida y apacible.

Todo estaba planificado, incluso el clima: los árboles estaban henchidos de flores y los pájaros cantaban; el cielo lucía un azul impoluto, sin una sola nube; la temperatura era perfecta, la brisa suave y de aroma dulzón.

Claudia espía desde la ventana a los sirvientes que, sudorosos, descargaban las carretadas de regalos. Aun desde aquella distancia distinguió el brillo de los diamantes, el resplandor del oro.

Apoyó la barbilla en el alféizar de piedra, notó su rugosa calidez.

Justo sobre su cabeza había un nido, una golondrina que entraba y salía a intervalos regulares con el pico lleno de moscas. Unos polluelos invisibles piaban con insistencia mientras sus progenitores iban y venían.

Le pesaban los ojos y le dolían los huesos. Se había pasado toda la noche en vela, contemplando desde la cama los doseles encarnados, escuchando el silencio de la habitación, notando que su futuro pendía sobre ella igual que una cortina muy pesada a punto de descolgarse. Su vida anterior había terminado: la libertad, el estudio con Jared, los largos paseos a caballo y los árboles a los que trepaba, la despreocupación de hacer lo que le apeteciera. Hoy se convertiría en la condesa de Steen, entraría en la guerra de intrigas y traiciones que constituía la vida en el palacio. Al cabo de una hora irían a bañarla, a peinarla, a pintarle las uñas, a vestirla como a una muñeca.

Descendió la mirada.

Vio un tejado mucho más bajo que su dormitorio, la cúspide de alguna torreta. Por un momento de ensoñación pensó que si ataba todas las sábanas de la cama entre sí sería capaz de bajar descolgándose lentamente, una mano tras otra, hasta que sus pies descalzos tocaran las tejas calientes. Tal vez pudiera escabullirse y llegar al suelo para robar un caballo de los establos con el que marcharse al galope, para escapar con lo puesto, con el

camisón blanco, y adentrarse en los bosques verdes de las colinas lejanas.

Era un pensamiento reconfortante. *La chica que desapareció. La princesa perdida.* Sonrió sin querer. Sin embargo, una llamada desde el exterior la hizo regresar abruptamente a la realidad; miró hacia el suelo y vio a lord Evian, radiante y vestido de azul y armiño, observándola.

Gritó una frase, pero Claudia estaba demasiado lejos para comprender sus palabras. De todas formas, sonrió y asintió, y él hizo una reverencia y se marchó repicando con sus zapatitos de tacón bajo.

Mientras lo contemplaba, Claudia adivinó que toda la Corte era como él, que detrás de su fachada perfumada y llena de filigranas anidaba un entramado de odios y secretos instintos asesinos. Su papel en esa conspiración empezaría muy pronto, y para sobrevivir, tendría que ser tan dura como ellos. Jamás podría rescatar a Finn. Tenía que aceptarlo.

Al levantarse asustó a la golondrina, que echó a volar despavorida. Se aproximó al tocador.

Estaba abarrotado de flores: ramilletes, adornos florales y ramos despampanantes. No habían parado de llegar en toda la mañana, en tales cantidades que la habitación ofrecía un aroma exquisito y embriagador. Detrás de ella, sobre la cama, estaba extendido el vestido de novia con toda su elegancia. Se miró en el espejo.

De acuerdo. Se casaría con Caspar y sería reina. Si había un complot, participaría en él. Si había asesinatos, sobreviviría a ellos. Gobernaría el territorio. Nadie volvería a decirle nunca qué tenía que hacer.

Abrió el cajón del tocador y sacó la Llave. Las distintas caras de cristal tallado captaron el sol y resplandecieron, haciendo destacar la espléndida águila.

Pero primero tendría que decírselo a Finn. Hacerle asimilar que no había modo de huir.

Contarle que su compromiso se había roto.

Se inclinó sobre la Llave pero, en cuanto la tocó, alguien llamó con cautela a la puerta, así que Claudia deslizó el objeto rápidamente en el cajón y cogió un cepillo.

—Entra, Alys.

La puerta se abrió.

—No soy Alys —dijo su padre.

Se quedó allí plantado, oscuro y elegante, enmarcado por el dintel dorado.

—¿Puedo pasar?

—Sí —contestó Claudia.

Llevaba una casaca nueva, de un terciopelo negro intenso, con una rosa blanca en la solapa y los pantalones de media caña de satén. Calzaba unos zapatos con hebillas discretas y tenía el pelo recogido con un lazo negro. Se sentó con elegancia y se apartó los faldones de la chaqueta.

—Todos estos complementos son un fastidio. Pero uno tiene que estar perfecto en un día como éste. —Al darse cuenta de que Claudia todavía llevaba un vestido sencillo, sacó el reloj y miró la hora, de modo que el sol resplandeció en el cubo plateado que colgaba de la cadena—. Sólo te quedan dos horas, Claudia. Deberías vestirte.

Claudia hincó el codo sobre la mesa.

—¿Eso es lo que habéis venido a decirme?

—He venido a decirte lo orgulloso que estoy. —Sus ojos grises le aguantaron la mirada y la luz que vio en ellos fue amable pero astuta—. Hoy es el día que llevo décadas planeando y esperando. Desde mucho antes de que nacieras. Hoy, los Arlexi entrarán en el corazón del poder. Nada puede salir mal. —Se levantó y caminó hasta la ventana, como si la tensión le impidiera estar quieto. Sonrió—. Confieso que no he podido dormir porque no dejaba de pensar en esto.

—No sois el único.

El Guardián la miró fijamente.

—No debes tener miedo, Claudia. Todos los cabos están atados. Todo está listo.

Algo en su tono de voz hizo que Claudia levantara la cabeza. Durante unos segundos lo escudriñó y vio por debajo de la máscara, vio a un hombre impulsado con tanta furia por su delirio de poder, que estaba decidido a sacrificar lo que hiciese falta para conseguirlo. Y con un gélido escalofrío, comprendió que no estaba dispuesto a compartirlo. Ni con la reina, ni con Caspar.

—¿A qué os referís con... «todo»?

—Pues a las cosas que actuarán en nuestro favor. Caspar no es más que un peldaño que hay que pisar.

Ella asintió.

—Estáis al corriente, ¿verdad? ¿Sabéis lo del complot de magnicidio de... los Lobos de Acero? ¿Formáis parte del grupo?

El Guardián cruzó la habitación con una larga zancada y la agarró del brazo con tanta fuerza que Claudia suspiró.

—Calla —le espetó—. ¿No se te ha ocurrido que puede haber mecanismos de escucha aquí también?

La condujo hasta la ventana y la abrió. La melodía de las cuerdas del laúd y de los tambores flotaba hacia arriba, junto con los gritos de un comandante de la guardia que entrenaba a sus hombres. Camuflado por el ruido ambiental, el Guardián dijo en voz baja y áspera:

—Limitate a cumplir tu parte, Claudia. Eso es todo.

—Y luego los mataréis.

Se apartó de él con brusquedad.

—Lo que ocurra después no te incumbe. Evian no tenía derecho a hablar contigo.

—¿Así que no me incumbe? ¿Cuánto tiempo tardaré en ser un estorbo yo también? ¿Cuánto tiempo falta para que «me caiga del caballo»?

Lo había sobresaltado.

—Eso no pasará nunca.

—¿Ah no? —El Guardián esbozó una sonrisa ácida; Claudia deseó que esa acidez corrosiva lo abrasara—. ¿Porque soy vuestra hija?

Él contestó:

—Porque he acabado por cogerte cariño, Claudia.

Hubo algo en esa frase que la descolocó. Algo extraño. Pero el Guardián no tardó en darse la vuelta.

—Ahora, dame la Llave.

Claudia arrugó la frente, pero se dirigió al tocador y abrió el cajón. La Llave relució; la sacó y la dejó encima de la mesa, entre las flores desparramadas.

El Guardián se acercó para mirarla.

—Ni siquiera tu preciado Jared habría podido descubrir por sí mismo todos los misterios de este artilugio.

—Quiero despedirme —dijo ella con determinación—. De Finn y de los demás. Quiero contárselo. Después os daré la Llave. En la boda.

El Guardián la miró con ojos fríos y claros.

—Siempre pones a prueba mi paciencia, Claudia.

Por un momento, Claudia pensó que iba a arrebatársela. Pero su padre se encaminó hacia la puerta.

—No hagas esperar mucho a Caspar. Ya sabes que... se irrita.

Claudia cerró la puerta con cerrojo cuando su padre se hubo marchado y se sentó, sujetando la Llave entre ambas manos. «He acabado por cogerte cariño». A lo mejor incluso pensaba que era cierto.

Claudia encendió el campo holográfico.

Entonces dio un respingo tan repentino que la Llave se cayó con estruendo al suelo.

Attia apareció en su habitación.

—Tienes que ayudarnos —dijo la chica sin preámbulos—. El barco ha chocado. Gildas está herido.

El campo se amplió; Claudia vio un lugar oscuro, oyó un aullido distante, parecía el viento. Unos pétalos se desprendieron de las flores de la mesa y volaron, como si una ráfaga de aire del otro lado se hubiera colado en su habitación.

Alguien apartó a Attia con brusquedad. Finn dijo:

—Claudia, por favor. ¿Puede ayudarnos Jared...?

—Jared no está. —Impotente, vio los restos de un extraño vehículo desperdigados por el suelo. Keiro estaba rasgando en tiras una de las velas para vendarle el brazo y el hombro a Gildas; vio la sangre que empezaba a empapar la tela—. ¿Dónde estáis?

—En el Muro. —Finn parecía agotado—. Creo que hemos llegado hasta el límite. Estamos en el Fin del Mundo. Hay un pasillo que se pierde más allá, pero dudo que él pueda viajar...

—Pues claro que puedo, demonios —cortó Gildas.

Finn hizo una mueca.

—No aguantará mucho. Debemos de estar cerca de la puerta, Claudia.

—No hay ninguna puerta.

Claudia sabía que su voz carecía de entonación.

Finn se la quedó mirando.

—Pero dijiste...

—Me equivoqué. Lo siento. Todo ha terminado, Finn. No hay puerta ni hay salida. Nunca la habrá. Es imposible salir de Incarceron.

Jared entró en el Gran Salón. Estaba atestado de cortesanos y príncipes, embajadores, Sapienti, duques y duquesas. Había una confusión de prendas de satén de colores y de sudor mezclado con potentes fragancias, y todo ello lo hizo sentir algo débil. Había numerosos asientos resiguendo la pared; se acercó a uno de ellos y se sentó. Apoyó la cabeza hacia atrás, contra la fría piedra. A su alrededor, los invitados de la boda de Claudia charlaban y reían. Vio al novio, rodeado de sus amigos jóvenes y juerguistas. Habían empezado a beber ya y se reían con descaro de algún chiste. La reina todavía no había hecho acto de presencia, y el Guardián tampoco.

El crujido de un traje de seda junto a él le hizo darse la vuelta. Lord Evian realizó una reverencia.

—Parecéis un poco cansado, Maestro.

Jared le devolvió la mirada.

—Una noche en vela, señor.

—Ah, sí. Pero dentro de poco, todas nuestras preocupaciones habrán terminado. —El hombre gordo sonrió y se refrescó con un abanico negro en miniatura—. Por favor, transmitidle a Claudia mis mejores deseos.

Hizo otra reverencia y se dio la vuelta. Pero Jared dijo de pronto:

—Un momento, mi lord. El otro día... cuando hicisteis cierta promesa...

—¿Sí? —Los modales petulantes de Evian se esfumaron. Parecía en guardia.

—Mencionasteis al Hombre de los Nueve Dedos.

Evian lo fulminó con la mirada. Agarró a Jared por el brazo y lo introdujo entre la multitud. Se movían tan rápido que los invitados se los quedaban mirando mientras se abrían paso a empujones. Una vez en el pasillo, susurró:

—No volváis a decir ese nombre en voz alta jamás. Es un nombre sagrado y

reverencial para aquellos que creen en él.

Jared sacudió el brazo para liberarse.

—He oído hablar de muchos cultos y creencias. Sin duda, de todos los que permite la reina. Pero este...

—No es el mejor día para debatir sobre religión.

—Sí lo es. —Jared lo miró con ojos astutos y claros.

—Y nos queda muy poco tiempo. ¿Recibe algún otro nombre ese héroe vuestro?

Evian expulsó el aire con ira.

—No puedo decíroslo, de verdad.

—Claro que me lo diréis, mi lord —contestó Jared sin inmutarse—, o gritaré con todas mis fuerzas ahora mismo y contaré a los cuatro vientos vuestro plan de asesinato. Chillaré con tantas ganas que todos los guardias del palacio me oirán.

A Evian le relucía la frente por el sudor.

—Creo que no.

Jared bajó la mirada; el hombre gordo tenía una daga en la mano, con la hoja hincada contra el estómago de Jared. Con esfuerzo, miró al lord a los ojos.

—De un modo u otro, mi lord, os descubrirán. Lo único que os pido es que me digáis un nombre.

Por un momento permanecieron enfrentados. Entonces lord Evian dijo:

—Sois un hombre valiente, Sapient, pero no volváis a contrariarme. En cuanto al nombre, sí, ya lo creo que tiene otro nombre, oculto en el tiempo, perdido en la leyenda. El nombre del Único que proclama haber escapado de Incarceron. En el más misterioso de nuestros ritos lo conocen como Sáfico. ¿Satisface eso vuestra curiosidad?

Jared se lo quedó mirando por una fracción de segundo. Después lo apartó de un manotazo. Y echó a correr.

Keiro estaba enfurecido; Gildas y él empezaron a gritarle a Claudia.

—¿Cómo puedes dejarnos en la estacada? —le recriminó el Sapient—. ¡Sáfico Escapó! ¡Por supuesto que existe una salida!

La muchacha guardó silencio. Miraba a Finn. Estaba acurrucado sobre un ángulo roto de la cubierta, rígido por el desaliento. Tenía la chaqueta rota y llevaba varios cortes en la cara, pero ahora Claudia estaba más convencida que nunca de que era Giles. Ahora que era demasiado tarde.

—Y vas a casarte con él —añadió Finn en voz baja.

Gildas perjuró. Keiro miró a su hermano de sangre con los ojos cargados de reproche.

—¡Y qué más da con quién se case! A lo mejor ha decidido que le gusta más que tú. —Se dio la vuelta con los brazos en jarras y se enfrentó a Claudia con arrogancia—. ¿Tengo razón, princesa? ¿Acaso todo esto era un divertimento para ti, un jueguecito? —Inclinó la cabeza—. ¡Qué flores tan bonitas! ¡Y qué vestido tan precioso!

Se acercó tanto a la pantalla holográfica que Claudia pensó que iba a alargar la mano para agarrarla del pescuezo, pero entonces Finn dijo:

—Cállate, Keiro. —Se levantó y miró a la cara a Claudia—. Sólo dime por qué. ¿Por qué es totalmente imposible?

No era capaz. ¿Cómo iba a contarle la verdad?

—Jared descubrió algunas cosas. Tenéis que creerme.

—¿Qué cosas?

—Algo sobre Incarceron. Todo ha terminado, Finn. Por favor, intenta buscarte la vida allí dentro. Olvídate del Exterior...

—¿Y qué pasa conmigo? —susurró Gildas—. ¡He invertido sesenta años de mi vida en planear mi Huida! Rastree la Cárcel durante años y años hasta que di con el Visionario, y ¡no volveré a encontrar a otro! ¡Hemos viajado hasta el Fin del Mundo, jovencita! ¡No renunciaré a los sueños de toda una vida!

Claudia se puso de pie y caminó hacia él, furiosa.

—Utilizáis a Finn igual que mi padre me utiliza a mí. Lo único que veis en él es un modo de escapar, ¡no os importa! ¡A ninguno de vosotros os importa Finn!

—¡Eso no es cierto! —contestó Attia.

Claudia hizo oídos sordos. Miró con dureza a Finn y dijo:

—Lo siento. Ojalá las cosas hubieran sido distintas. Lo siento...

Se produjo cierta conmoción al otro lado de la puerta; Claudia se dio la vuelta y gritó:

—¡No quiero ver a nadie! ¡Decidles que se vayan!

Finn le preguntó:

—¿Sabes de qué quiero escapar? De no conocerme. De tener esta oscuridad dentro de mí, este vacío. No puedo vivir con esto. ¡No me dejes aquí, Claudia!

Claudia no podía soportarlo más. Ni al malhumorado Keiro, ni al irritado anciano, ni al supuesto Giles. Finn le estaba haciendo daño con sus reproches, pero nada de todo esto era culpa suya, nada en absoluto. Alargó la mano hacia la Llave.

—Esto es una despedida, Finn. Tengo que devolver la Llave. Mi padre lo sabe todo. Se acabó.

Sus dedos se cerraron sobre el comunicador. Las voces seguían discutiendo al otro lado de la puerta.

Y entonces Attia dijo:

—No es tu padre, Claudia.

Todos se volvieron hacia ella.

Estaba sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas. No se levantó ni dijo una palabra más, sino que se limitó a permanecer sentada en medio del silencio conmocionado que ella misma acababa de provocar, con la estrecha cara mugrienta y relajada, el pelo oscuro y grasiento.

Claudia fue directa hacia ella.

—¿Qué?

Su propia voz le sonó débil y extraña.

—Me temo que es la verdad. —Attia habló con una frialdad distante—. No iba a decírtelo, pero me has obligado, y ya era hora de que lo supieras. El Guardián de Incarceron no es tu padre.

—¡Zorra mentirosa!

—No, digo la verdad.

Keiro sonrió.

Claudia sintió que su mundo se derrumbaba. De repente, el jaleo del pasillo le resultó tan escandaloso que no pudo aguantarlo más. Les dio la espalda a todos y abrió de par en par la puerta. Ahí estaba Jared, con dos guardias intentando contenerlo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Claudia con voz acerosa—. Dejadle pasar.

—Las órdenes de vuestro padre, señora...

—¡Mi padre... —gritó— que se vaya al infierno!

Jared la empujó para que entrara en el dormitorio y cerró la puerta de golpe.

—Claudia, escuchad...

—¡Por favor, Maestro! ¡Ahora no!

Vio el campo luminoso. Claudia se acercó a él en silencio.

—Está bien. Cuéntamelo —añadió entonces.

Por un momento, Attia no dijo nada. Pero luego se incorporó y se sacudió la suciedad de los brazos desnudos.

—Nunca me has caído bien. Eres altiva, egoísta, malcriada. Piensas que eres muy dura... pero no aguantarías ni cinco minutos aquí. Y Finn se merece a diez como tú.

—Attia —le reprendió Finn con el ceño fruncido.

Pero Claudia dijo con sequedad:

—Deja que hable.

—Cuando estábamos en la torre del Sapient, encontramos unas listas de todos los Presos que habían pasado por este lugar. Todos buscaron sus nombres, pero yo no. —Attia se acercó más a Claudia—. Yo busqué el tuyo.

Finn se dio la vuelta, anonadado.

—Dijiste que no la habías encontrado.

—Dije que ahora no está en Incarceron. Pero lo estuvo en otra época...

El muchacho se quedó petrificado. Cuando miró a Claudia, ésta tenía la cara totalmente blanca; fue Jared quien preguntó en voz baja:

—¿Cuándo?

—Nació aquí y vivió en Incarceron una semana. Después, nada. Desaparece de los archivos. Alguien sacó a una recién nacida de la Cárcel cuando tenía sólo una semana de vida, y aquí la tenemos, miradla, la hija del Guardián. Debía de ansiar una hija con todas sus fuerzas. Seguro que tuvo una hija verdadera que murió, o de lo contrario, habría elegido a un niño.

Keiro dijo:

—¿La has reconocido por la foto que viste de cuando era recién nacida? Eso es...

—No sólo la vi de recién nacida. —Attia continuó hablando con los ojos fijos en Claudia—. Alguien añadió retratos pintados de ella. Imágenes, igual que las nuestras. De ella creciendo. De ella agasajada con todo lo que quería: ropa, juguetes, caballos. De ella...

—¿En la fiesta de compromiso? —preguntó Keiro con astucia.

Finn se dio la vuelta y suspiró.

—¿Aparecía yo? ¿Estaba yo también en esa imagen? ¡Attia!

La chica frunció los labios.

—No.

—¿Estás segura?

—Te lo diría si te hubiera visto. —Se dio la vuelta con expresión sincera—. Te lo diría, Finn. Sólo aparecía ella.

El muchacho miró a Claudia. Parecía abrumada, en estado de shock. Entonces miró a Jared, quien murmuró:

—Yo también he encontrado el nombre de Sáfico. Parece que es cierto que Escapó.

Gildas se levantó de un brinco y los dos Sapiienti intercambiaron miradas.

—¿Veis lo que eso significa? —El anciano estaba pletórico. Sangraba y cojeaba, pero todo su cuerpo se cargó de energía—. Sacaron a Claudia de aquí. Sáfico escapó. Existe el camino. A lo mejor si juntáramos ambas Llaves, podríamos abrir la puerta.

Jared frunció el entrecejo.

—¿Claudia? —preguntó.

Al principio, la muchacha no podía moverse. Después, levantó la cabeza y miró a Finn fijamente a los ojos; él percibió su mirada decidida y amarga.

—Mantén la Llave encendida en todo momento —le dijo a Finn—. Una vez que esté en el Interior, la necesitare para encontrarte.

*Todos mis años para este momento,
todas mis andanzas para este muro.
Todas mis palabras para este silencio,
todo mi orgullo para este fracaso.*

Cantos de Sáfico

Deambuló muy ansiosa por el despacho, vestida con unos pantalones oscuros y una chaqueta.

—¿Y bien?

—Cinco minutos.

Jared siguió toqueteando los controles sin levantar la mirada. Había colocado un pañuelo encima de la silla y había puesto en marcha el mecanismo; el pañuelo había desaparecido, pero ahora no lograba que volviera a aparecer.

Claudia miró fijamente la puerta.

Había hecho trizas el vestido de novia con una furia que la había asombrado a ella misma, había roto en pedazos el encaje y rasgado por la mitad la falda con volantes. Adiós a todo aquello. El Protocolo había terminado. Claudia acababa de declarar la guerra. Había corrido a toda velocidad por las bodegas oscuras, impulsada por la rabia, el desconcierto y el vacío de un pasado malgastado.

—De acuerdo. —Jared levantó la mirada—. Creo que he entendido qué es cada cosa, pero no sé dónde puede llevaros esta máquina, Claudia...

—Yo sí sé dónde puede llevarme: lejos de «él». —La noticia de que no era su padre todavía repicaba en su cabeza, como un gran estallido sonoro que se hiciera eco sin cesar, de tal modo que pensó que no volvería a oír nada más que las palabras tranquilas pero devastadoras de aquella chica.

Jared le dijo:

—Sentaos en la silla.

Claudia agarró la espada, empezó a caminar y luego se detuvo.

—¿Y qué pasa con vos, Maestro? Cuando descubra que...

—No os preocupéis por mí. —La cogió por el brazo con dulzura e hizo que se sentara—. Ya era hora de que le plantara cara a vuestro padre. Estoy seguro de que será lo mejor para mí.

El rostro de Claudia se ensombreció.

—Maestro... si os hace daño...

—De lo único que tenéis que preocuparos es de encontrar a Giles y traerlo de vuelta. Debe hacerse justicia. Buena suerte, Claudia.

Levantó la mano de la muchacha y le dio un beso formal. Por un momento, Claudia se emocionó al pensar que tal vez fuera la última vez que lo viera; lo que de verdad deseaba era dar un salto y abrazarlo, pero él se apartó y puso las manos sobre los instrumentos. La miró.

—¿Lista?

Claudia no podía hablar. Asintió con la cabeza. Y entonces, justo antes de que los dedos de él tocaran el panel, dijo apresuradamente:

—Adiós, Maestro.

Él apretó el botón azul y entonces ocurrió. Desde las ranuras del techo cayó una jaula de luz blanca, tan cegadora y tan veloz que desapareció al segundo de haber aparecido, y lo único que pudo ver Jared a continuación fue la huella negra de la luz impresa en su retina.

Se apartó las manos de la cara.

La habitación estaba vacía. Percibió un suave dulzor.

—¿Claudia? —susurró.

Nada. Aguardó un instante en silencio. Quería quedarse, pero tenía que salir del estudio cuanto antes; era vital que el Guardián tardase todo lo posible en enterarse de lo que había ocurrido, y si lo encontraban allí... Se precipitó a apagar los mandos, se deslizó a través de la gruesa puerta de bronce y la cerró tras de sí.

Mientras recorría las bodegas, Jared sudaba sin parar por culpa del miedo. Seguro que había alguna alarma que se le había escapado, algún dispositivo estridente que su escáner no había logrado detectar. A cada paso que daba esperaba toparse con el Guardián o con una partida de guardias del palacio, y para cuando llegó a los pasillos oficiales, estaba tan pálido y temblaba tanto que tuvo que apoyarse contra la pared de una alcoba para respirar profunda y atentamente. Una sirvienta que pasó por allí se lo quedó mirando con curiosidad.

En el Gran Salón el ruido de la multitud había ido en aumento. Cuando se introdujo entre los invitados, notó la tensión creciente, la expectación convertida casi en histeria. La escalera por la que Claudia debía descender quedaba a la vista de todos, rodeada de lacayos con pelucas empolvadas. Cuando se deslizó para tomar asiento junto a la chimenea vio a la reina, gloriosa con su vestido dorado y una tiara de diamantes, que miraba fugazmente y con irritación en dirección a la escalera.

Pero es tradición que la novia llegue tarde.

Jared se inclinó hacia atrás y estiró las piernas. Estaba aturdido por el miedo y la fatiga, pero al mismo tiempo, sintió otra cosa que lo sorprendió, una extraña paz. Se preguntó cuánto duraría esa sensación.

Entonces vio al Guardián.

Alto y serio, el hombre que no era el padre de Claudia. Jared observó cómo el Guardián sonreía, asentía, intercambiaba comentarios educados con los cortesanos que aguardaban. En una ocasión sacó el reloj y lo miró, se lo llevó al oído como si, entre todo aquel alboroto, necesitara comprobar que seguía funcionando. Entonces lo guardó y frunció el entrecejo.

La impaciencia fue creciendo poco a poco.

La multitud murmuró. Caspar se acercó para decirle algo a su madre, ella le contestó con dureza, y él volvió a reunirse con sus acólitos. Jared observó a la reina. Le habían hecho un recogido muy recargado que le despejaba la cara, tenía los labios rojos, en contraste con la palidez empolvada de su rostro, pero sus ojos eran igual de fríos y astutos que siempre, y Jared reconoció que la sospecha anidaba en ellos.

La reina dobló un dedo y el Guardián se desplazó para colocarse a su lado. Hablaron brevemente. Llamaron a un criado, un supervisor elegante y de pelo canoso que hizo una reverencia antes de desaparecer de manera discreta.

Jared se frotó la cara.

Seguro que había cundido el pánico en los aposentos de Claudia: las doncellas la estarían buscando, las costureras remendarían el vestido y temerían por su propio pellejo. Lo más probable era que todas ellas acabaran huyendo. Confiaba en que Alys no estuviera

por allí... culparían a la anciana niñera. Se recostó contra la pared e intentó aunar todo su coraje.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Se oyeron rumores en la escalera. Los invitados volvieron la cabeza. Las mujeres estiraron el cuello para ver mejor, se oyó un roce de vestidos y un leve aplauso que se fue apagando por el desconcierto, porque el sirviente de pelo canoso bajó a la carrera, sin aliento, y en las manos llevaba el vestido, o mejor dicho, lo que quedaba de él. Jared se secó el sudor de los labios. Nunca había visto a Claudia tan furiosa como cuando lo había roto en pedazos.

Se formó una gran confusión.

Un grito enfadado, órdenes, el chasquido de las armas.

Lentamente, Jared entendió lo que ocurría.

La reina estaba blanca como el papel; se volvió hacia el Guardián:

—¿Qué es esto? ¿Dónde está?

Su voz sonó fría como el hielo.

—No tengo la menor idea, señora. Pero propongo...

Se detuvo. Sus ojos grises se toparon con los de Jared a través de la agitada multitud.

Se miraron el uno al otro y, en el repentino murmullo ascendente, la muchedumbre pareció darse cuenta, porque se apartó abriendo un pasillo entre ambos, como si los invitados temieran quedarse en medio de aquel sendero de ira.

El Guardián dijo entonces:

—Maestro Jared. ¿Sabéis dónde está mi hija?

Jared logró esbozar una sonrisa.

—Lamento no poder decíroslo, señor. Pero sí puedo deciros esto: ha decidido no casarse.

La multitud guardó completo silencio.

Con los ojos brillantes por la furia, la reina dijo:

—¿Ha dejado plantado a mi hijo?

Él hizo una reverencia.

—Ha cambiado de opinión. Fue tan repentino que creyó que no podría enfrentarse a ninguno de los dos. Se ha marchado del palacio. Os suplica que la disculpéis.

Claudia aborrecería esa última frase, pensó Jared, pero tenía que andar con pies de plomo. Se preparó para mantener la compostura ante la respuesta. La reina soltó una risa que era puro veneno; se dirigió al Guardián:

—Mi querido John, ¡qué mal trago para vos! ¡Después de todos los planes y conjeturas! Tengo que decir que la idea nunca me pareció muy buena. Era tan poco... adecuada. Elegisteis de manera nefasta a vuestra sucesora.

Los ojos del Guardián no se despegaron de los de Jared en ningún momento, y el Sapien notó que esa mirada de basilisco petrificaba lentamente su coraje.

—¿Adónde ha ido?!

Jared tragó saliva.

—A casa.

—¿Sola?

—Sí.

—¿En un carruaje?

—A caballo.

El Guardián se dio la vuelta.

—¡Que vayan a buscarla! ¡Ahora mismo!

¿Se lo había creído? Jared no estaba seguro.

—Por supuesto, lamento vuestros problemas familiares —dijo la reina con crueldad—, pero supongo que os dais cuenta de que nunca volveré a sufrir un insulto semejante. No habrá boda, Guardián. Aunque Claudia vuelva arrastrándose y me lo suplique de rodillas.

Caspar murmuró:

—Zorra ingrata y manipuladora.

Pero su madre lo hizo callar con una mirada.

—Despejad la sala —dijo con autoridad—. Quiero que salga todo el mundo.

Como si fuera una señal, estalló una protesta de cientos de voces, preguntas exaltadas, susurros conmocionados.

En medio de todo aquello Jared mantuvo el tipo, y el Guardián permaneció de pie observándolo, con unos ojos que desprendían tal rabia que el Sapient no estaba preparado para soportarla. Volvió la cara.

—Quedaos. —La orden de John Arlex fue brusca e irreconocible.

—Guardián... —Lord Evian se abrió paso para acercarse a ellos—. Acabo de enterarme... menuda noticia... ¿Es cierto?

No había rastro de su afectación habitual; estaba pálido por la intensidad del momento.

—Sí, se ha marchado. —El Guardián le dedicó una mirada rápida y sombría—. Se acabó.

—Entonces... ¿la reina?

—Seguirá siendo la reina.

—Pero... nuestro plan...

El Guardián lo atajó con una mirada furiosa.

—¡Ya basta, hombre! ¿No habéis oído lo que acabo de decir? Volved a vuestros pastelillos y perfumes. Es lo único que nos queda ahora.

Como si fuese incapaz de comprender qué había pasado, Evian se palpó con nerviosismo el traje ajustado con volantes. Se desabrochó un botón.

—No podemos permitir que todo termine así.

—No tenemos elección.

—Todos nuestros sueños. El fin de la Era. —Se metió la mano dentro de la casaca—. Yo no puedo. No lo haré.

Actuó antes de que Jared se diera cuenta de lo que ocurría: una daga resplandeció y se precipitó sobre la reina. Cuando la mujer se dio la vuelta, se le clavó en el hombro; gritó conmocionada. Al instante su vestido dorado se tiñó de sangre, con salpicaduras e hilillos

que se extendieron mientras ella jadeaba y se aferraba a Caspar. Se desmayó en los brazos de sus cortesanos.

—¡Guardias! —gritó el Guardián. Sacó su espada.

Jared se dio la vuelta.

Evian retrocedió dando un traspiés, con el traje de color rosa salpicado de sangre. Debió de darse cuenta de que había fallado el tiro; la reina estaba histérica, pero no muerta, y él no tendría oportunidad de dar otra estocada. Por lo menos, no a ella. Los soldados entraron corriendo y lo obligaron a apartarse, formando un corro de acero con sus picas afiladas. Lord Evian miró fijamente a Jared sin verlo, luego al Guardián, a Caspar con su pálido terror.

—Lo hago por la libertad —dijo sin perder la calma—. En un mundo que carece de toda libertad.

Con agilidad le dio la vuelta a la daga y con ambas manos se la clavó en el pecho. Se dobló sobre el filo, se desplomó, tuvo convulsiones durante un momento y luego se quedó quieto. Mientras Jared apartaba a los guardias para inclinarse sobre él, vio que la muerte había sido prácticamente instantánea; la sangre seguía brotando lentamente y empapaba la tela de seda.

Bajó la mirada, horrorizado, hacia esa cara regordeta, esos ojos desenfocados.

—Qué tonto —dijo el Guardián a su espalda—. Y qué débil. —Se agachó y agarró a Jared para levantarlo. Le hizo volverse con brusquedad—. ¿También vos sois débil, Maestro Sapient? Siempre he pensado que sí. Ahora veremos si tenía razón. —Miró al guardia—. Llevaos al Maestro a su habitación y encerradlo. Traedme todos los mecanismos y artilugios que encontréis allí. Colocad a dos hombres junto a su puerta. No podrá salir de aquí, ni recibir visita alguna.

—Señor.

El hombre hizo una reverencia.

Habían sacado de la sala a la reina y disgregado a la multitud; de repente, el Gran Salón parecía vacío. Las guirnaldas de flores y capullos de azahar se mecieron levemente con la brisa que entraba por las ventanas abiertas. Mientras conducían a Jared hacia la puerta, fue pisando pétalos arrojados y dulces pegajosos; los despojos de una boda que nunca se celebraría.

Un instante antes de que lo empujaran para que cruzara la puerta, miró hacia atrás y vio al Guardián de pie, con ambas manos apoyadas en la alta chimenea, inclinado sobre el hogaril vacío. Sus manos eran dos puños apretados contra el mármol blanco.

Lo único que percibió fue una luz blanca. Cuando Claudia abrió los ojos, le picaban; tenía la mirada acuosa y unas manchitas oscuras flotaron en su retina durante un minuto, ensombreciendo las paredes de la celda.

Porque no había duda de que era una celda. Apestaba. El olor era tan fuerte que sintió arcadas e intentó aguantar sin respirar. El hedor era una mezcla de humedad y orina y cuerpos putrefactos y paja.

La paja cubría todo el suelo; Claudia estaba sentada en un montón de briznas secas, desde las que una pulga saltó para colocársele en la mano. Con un susurro asqueado Claudia dio un brinco y la ahuyentó, temblando y rascándose sin cesar.

Así que eso era Incarceron.

Era justo como se lo imaginaba.

La celda tenía las paredes de piedra, una piedra en la que había grabados nombres y fechas antiguas, cubiertos por una capa de líquen lechoso y una piel de algas. En lo alto, una bóveda de arista se perdía en la oscuridad. Había una ventana en la parte alta del muro, pero parecía ciega. Nada más. Sin embargo, la puerta de la celda estaba abierta.

Claudia respiró una vez más y procuró no toser. En la celda reinaba el silencio, un silencio pesado y opresivo que resultaba frío y pegajoso a la vez. Un silencio atento. Y en el rincón de la celda, vio un Ojo. Un Ojo pequeño y rojo que la observaba, impasible.

Se sintió igual que siempre. Sin cosquilleos ni náuseas. Se miró el cuerpo, las manos aferradas a la Llave. ¿De verdad se había vuelto tan diminuta? ¿O acaso toda noción de tamaño era relativa? ¿Sería esto la normalidad y el Reino Exterior un mundo de gigantes?

Cruzó la celda y llegó a la puerta. Hacía mucho tiempo que nadie la cerraba. Las cadenas colgaban a ambos lados, pero estaban corroídas y apelmazadas por el óxido, y los goznes de la puerta estaban tan desgastados que la hoja colgaba formando un ángulo extraño. Asomó la cabeza hacia el pasillo.

Era de piedra y su olor resultaba pestilente. Se extendía hacia la oscuridad.

Miró la Llave; encendió la pantalla.

—¿Finn? —susurró.

No pasó nada. Salvo que, a lo lejos, en el pasillo, algo murmuró. Un gemido grave, como una máquina que se hubiera activado. Apagó la Llave a toda prisa, con el corazón palpitante.

—¿Eres tú?

Nada.

Dio dos pasos hacia delante y luego se detuvo. El sonido reapareció, a pocos metros de ella, un sonido suave y curiosamente ansioso. Vio cómo se abría un Ojo rojo, después giraba lentamente dentro de un semicírculo y a continuación se detenía y volvía a girar hacia ella. Se quedó quieta.

—*Te veo* —dijo una voz susurrante—. *Te reconozco.*

No era la voz de Finn. Ni la de nadie que Claudia conociera.

—*Nunca olvido a ninguno de mis hijos. Pero hace mucho tiempo que no estabas aquí. No acabo de entenderlo.*

Claudia se limpió la mejilla con la mano sucia.

—¿Quién eres? No te veo.

—*Claro que me ves. Estás pisándome. Me respiras.*

Claudia retrocedió un paso, bajó la mirada, pero no vio más que el suelo de piedra, la oscuridad.

El Ojo rojo la observaba. Tomó aire, un aire vomitivo.

—Eres la Cárcel.

—*Exacto.* —Sonó fascinada—. *Y tú eres la hija del Guardián.*

Se quedó sin palabras. Jared le había contado que Incarceron era un ser inteligente, pero nunca se lo había imaginado así.

—*¿Por qué no nos ayudamos mutuamente, Claudia Arlexa?* —La voz era apacible y desprendía un leve eco—. *Buscas a Finn y sus amigos. ¿No es así?*

—Sí.

¿Era lo que tenía que responder?

—*Yo te guiaré hasta ellos.*

—La Llave lo hará.

—*No utilices la Llave. Interfiere en mis sistemas.*

¿Eran imaginaciones suyas o la respuesta había sonado apresurada y casi irritada?

Empezó a avanzar lentamente por el pasillo oscuro.

—Entendido. Y ¿qué quieres a cambio?

Un sonido. Podría haber sido un suspiro o una risita baja.

—Nunca me habían hecho esa pregunta. Quiero que me cuentes cómo es el Exterior. Sáfico prometió fervientemente que regresaría para contármelo, pero nunca lo hizo. Tu padre no me habla del Exterior. Empiezo a preguntarme, en el corazón de mis corazones, si existe siquiera un Exterior, o si sencillamente Sáfico pasó a la muerte y vosotros vivís en un lugar que soy incapaz de detectar. Tengo miles de millones de Ojos y sentidos, pero aun con todo no puedo ver fuera de mí ser. Los Presos no son los únicos que sueñan con Escapar, Claudia. Pero claro, ¿cómo voy a poder escapar de mí mismo?

La chica llegó a una esquina. El pasillo se bifurcaba en dos, ambos brazos oscuros y empapados, idénticos. Claudia frunció el entrecejo y sujetó la Llave con fuerza.

—No lo sé. Eso es precisamente lo que yo intento hacer. Está bien. Llévame hasta Finn. Y por el camino, te contaré cómo es el Exterior.

Las luces se encendieron con un parpadeo ante ella.

—*Por aquí.*

Claudia se detuvo.

—¿De verdad sabes dónde están? ¿No será una trampa?

Silencio. Y después:

—Claudia, por favor. Y pensar en lo mucho que va a enfadarse tu padre contigo... cuando se entere.

Cayó y cayó durante días y noches. Cayó en un pozo de oscuridad. Cayó como cae una piedra, como un pájaro con las alas rotas, como un ángel caído. Su brusca caída magulló el mundo.

Leyenda de Sáfico

—Han cambiado. —Keiro miró con interés la Llave—. Los colores.

Finn elevó el cristal para que le diera la luz. Las lucecillas rojas murmuraron, parpadearon y se transformaron en un silencioso arco iris. La Llave parecía aún más cálida en su mano.

—A lo mejor Claudia está en el Interior.

—Entonces, ¿por qué no habla con nosotros?

Delante de ellos, Gildas se dio la vuelta, una sombra renqueante en la oscuridad.

—¿El camino es por aquí? ¿Finn?

No tenía la menor idea. Los restos del barco quedaban muy atrás; el cubo se había convertido en un embudo, que se iba estrechando conforme lo recorrían apresurados; las paredes y el techo se acercaban, transformadas en piedra negra tallada, con ese brillo de obsidiana en los muros que tan bien conocían.

—No te alejes de mí —murmuró—. No sabemos hasta dónde se extiende el campo protector.

Gildas no prestó atención. Desde que había hablado con Jared, la obsesión febril de su búsqueda había vuelto a poseerlo; con ansiedad avanzó cojeando, examinó los arañazos superficiales de las paredes, murmuró para sí mismo. Parecía pasar por alto sus lesiones, pero Finn supuso que eran más graves de lo que se permitía reconocer.

—Ese viejo loco está perdiendo el juicio —murmuró Keiro con desprecio. Se dio la vuelta—. Y luego está ella.

Attia permanecía rezagada. Daba la sensación de que caminaba deliberadamente

despacio; entre las sombras, parecía absorta en sus pensamientos.

—Menuda ocurrencia que tuvo —añadió Keiro sin dejar de avanzar—. Aquello fue una puñalada traperera.

Finn asintió. Claudia se había quedado de piedra con la noticia. Como alguien a quien inmoviliza una herida profunda, con el fin de no sentir el dolor.

—Pero —dijo entonces Keiro—, al mismo tiempo, significa que sí hay salida. De modo que también nosotros podremos Escapar de aquí.

—Eres un insensible. No piensas más que en ti.

—Y en ti, hermano. —Su hermano de sangre miró a su alrededor, alerta—. Si existe el Exterior y tú eres una especie de rey allí fuera, te voy a proteger como si fueras de oro. Suena muy bien lo de «príncipe Keiro».

—No estoy seguro de que pueda hacerlo... Ser rey.

—Claro que puedes. Es todo una farsa. Y tú eres el rey de la mentira, Finn. —Keiro lo miró de soslayo—. Te saldrá de forma natural.

Intercambiaron una mirada rápida. Después, Finn contestó:

—¿Oyes algo?

Un murmullo. Se expandía por el pasillo, una ráfaga de voces bajas. Keiro sacó la espada. Attia se acercó al grupo.

—¿Qué es eso?

—Hay algo por ahí delante. —Keiro prestó atención, pero el sonido no volvió a oírse.

Quieto, con una mano contra la pared, Gildas susurró:

—A lo mejor es Claudia. Nos ha encontrado.

—Pues entonces ha sido muy rápida. —Keiro siguió caminando con sigilo—. Quedaos en grupo. Finn, colócate el último, y protege bien la Llave.

Gildas soltó un bufido, pero tomó su lugar entre los otros dos.

Era una voz. Provenía de algún punto cercano. Y mientras se arrastraban hacia el sonido, el pasillo empezó a abarrotarse: cadenas enormes lo cruzaban de pared a pared, esposas y grilletes, montones de herramientas desperdigadas, un Escarabajo roto patas

arriba. Pasaron por delante de celdas pequeñas, algunas de ellas con la puerta cerrada, y a través de una de las rejas, Finn vio una diminuta habitación oscura con ratas encaramadas sobre un plato vacío, con una pila de harapos mugrientos en un rincón, lo que podría haber sido un cuerpo. Todo permanecía inmóvil. Tuvo la impresión de que se trataba de un lugar olvidado incluso por sus creadores, un rincón de Incarceron que hasta la propia Cárcel había descuidado durante siglos. ¿Habría sido en un lugar semejante a éste donde el pueblo de la Maestra había encontrado la Llave, junto a los huesos disecados del hombre que la había fabricado, o robado?

Mientras rodeaba un grueso pilar se dio cuenta de que estaba empezando a olvidarla. Todo aquello le parecía muy lejano ya, aunque al mismo tiempo, el chasquido del puente y la única mirada que la Maestra le había dedicado continuaban en su interior, aguardando a que se durmiera, a que pensara que estaba a salvo. Igual que su lástima.

Attia agarró a Finn; entonces se dio cuenta de que había adelantado al grupo.

—No te duermas, hermano. —El murmullo de Keiro sonó furioso.

Con el corazón palpitante, intentó despejar la mente. El picor de la cara remitió. Respiró profundamente.

—¿Estás bien? —susurró Gildas.

Asintió. El ataque había estado a punto de atraparlo. Se sintió mareado.

Asomó la cabeza al otro lado de un recodo y miró con atención.

La voz hablaba en un idioma que no había oído jamás, con chillidos, clics y sílabas forzadas. Se dirigía a los Escarabajos, a las Cigarras y las Moscas, así como a las ratas metálicas que salían de entre los muros para llevarse los cadáveres. Millones de especímenes se agazapaban inmóviles en el suelo de un gran salón, abarrotaban las cuerdas y las pasarelas suspendidas; todos miraban con atención una estrella brillante que relucía como una bengala en la oscuridad. Incarceron instruía a sus criaturas y las palabras que emitía eran una amalgama de sonidos, una poesía de crujidos y zumbidos.

—¿Lo oyen? —susurró Keiro.

—Son algo más que palabras.

También había una vibración, en las profundidades del corazón de la oscuridad, como el latido de un corazón gigante, como el mecanismo de un enorme reloj.

La voz se detuvo. Al unísono, las máquinas con forma animal se dieron la vuelta y empezaron a desfilar. Avanzaron en silenciosas hileras hacia la oscuridad, hasta que la última de todas ellas hubo desaparecido, sin emitir apenas sonido alguno.

Finn se adelantó, pero Keiro lo agarró con fuerza.

El Ojo continuaba observándolos. Su luz iluminó el pabellón vacío. Entonces la voz dijo en un murmullo:

—*¿Tienes la Llave, Finn? ¿Me la das?*

Finn suspiró. Quería echar a correr, pero la garra de Keiro se lo impedía. Se mordió el labio y oyó el chasquido divertido y bajo de la Cárcel.

—*Claudia está en el Interior. ¿Lo sabías? Aunque mi intención es que no lleguéis a encontrarlos, claro. Soy tan extenso que me resultaría sencillísimo. ¿No quieres hablar conmigo, Finn?*

—No está del todo seguro de que seamos nosotros —murmuró Keiro.

—A mí me ha sonado bastante seguro.

Sintió un impulso irracional de apartarse de la protección de la Llave, de abrir sus brazos y mostrarse. Pero Keiro, que se volvió hacia Attia, no estaba dispuesto a soltarlo.

—Retrocede. Rápido.

—*Por supuesto, no soy más que una máquina* —dijo Incarceron con acritud—. *A diferencia de vosotros. ¿O me equivoco? ¿De verdad sois todos tan puros? A lo mejor debería hacer un pequeño experimento yo también.*

Keiro empujó a Finn, presa del pánico.

—¡Corre!

Era demasiado tarde. Se oyó un siseo y un crujido. La espada salió volando de la mano de Keiro y se precipitó contra la pared, donde se clavó del revés.

Finn fue propulsado hacia atrás, impelido contra las piedras. La Llave que tenía guardada en el cinturón lo prendió contra la pared, la daga que empuñaba le zarandeó el brazo, obligándolo a bajarlo con una fuerza tremenda.

—Ah, ahora te noto, Finn. Ahora percibo tu miedo.

No podía moverse. Por un instante de terror pensó que iba a succionarlo el material que conformaba la pared; entonces Gildas empezó a tirar de él y Finn soltó el arma, de modo que su mano se liberó. Se dio cuenta de que el muro se había convertido en un imán. Ralladuras de hierro y virutas de bronce echaron a volar en un feroz torbellino horizontal; al instante la pared quedó forrada de herramientas, cadenas y gigantescos candados. Finn agachó la cabeza y soltó un juramento, pues uno de los restos metálicos pasó rozándole la

oreja.

—¡Suéltame! —gritó.

Tenía el cuerpo aprisionado entre la Llave y el imán.

Gildas ya había agarrado el cristal; el anciano hincó los talones y jadeó:

—Ayúdame.

Y las delicadas manos de Attia se agarraron a él con fuerza. Poco a poco, como si lo arrebataran del abrazo de unos dedos invisibles, consiguieron separar el peso de la Llave de su cuerpo y Finn cayó hacia delante, tambaleándose.

—¡Huye! ¡Huye!

Incarceron soltó su risa socarrona.

—*Pero no puedes huir. No sin tu hermano.*

Cuando ya emprendía la huida, Finn se detuvo.

Keiro estaba de pie junto al muro. Tenía una mano pegada contra la pared formando un ángulo extraño, con la palma adherida a la superficie negra. Por un momento Finn pensó que intentaba desprender la espada y susurró:

—¡Déjala!

Pero entonces Keiro se dio la vuelta y lo miró con una furia heladora.

—No es la espada.

Finn agarró del brazo a su hermano de sangre y tiró de él.

No se movió ni un ápice.

—Suéltalo.

—No he cogido nada —dijo Keiro entre dientes. Apartó la cara.

Finn se fijó con atención.

—Pero...

Su hermano se retorció para mirarlo y Finn se conmovió al ver la ira de sus ojos.

—Soy yo, Finn. ¿No te das cuenta? ¿Es que eres tonto? ¡Soy yo!

Tenía la uña del dedo índice de la mano derecha pegada al muro. Y cuando Finn lo agarró del brazo y tiró con fuerza, la mano permaneció allí, como un pequeño escudo pegado al imán con una atracción que nada podía romper.

—*¿Queréis que lo suelte?* —dijo con malicia la Cárcel.

Finn miró a Keiro y Keiro le devolvió la mirada.

—Sí —susurró.

Con una violencia que hizo que todo el grupo se estremeciera, absolutamente todas las piezas de metal cayeron de las paredes con un estallido ensordecedor.

Claudia se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—*¿El qué?*

—¡Ese ruido!

—*Siempre se oyen ruidos dentro de la Cárcel. Por favor, continúa hablándome de la reina. Parece tan...*

—El ruido provenía de ahí abajo.

Claudia escudriñó la oscuridad mientras pasaba por una arcada ensombrecida. Vio un pasillo bajo, con la altura justa para caminar de pie por él; estaba recubierto de telas de araña.

Incarceron se rio, pero su risa denotaba cierta ansiedad.

—*Para encontrar a Finn debes continuar recto.*

Claudia se quedó callada. De repente notó la tensa presencia que la envolvía, como si la Cárcel contuviera la respiración, como si estuviera esperando. Se sintió pequeña y vulnerable. Dijo:

—Creo que me has mentido.

Al principio no hubo respuesta. Una rata corrió por el pasillo, la vio y se escabulló por un rincón. Entonces la voz dijo pensativa:

—*La idea que te has formado de Finn es ingenua y romántica: el príncipe perdido,*

el héroe encarcelado. Recuerdas a un niño pequeño y quieres que sea él. Pero incluso si Finn es en verdad Giles, aquello fue en otra vida, que está a un mundo de distancia. Ya no es el mismo. Lo he cambiado.

Claudia levantó la mirada hacia la oscuridad.

—No.

—Claro que sí. Tu padre tenía razón. Para sobrevivir aquí, los hombres descienden a las profundidades de su ser. Se convierten en bestias, no dan importancia ni perciben siquiera el dolor del prójimo. Finn ha robado, tal vez incluso haya asesinado. ¿Cómo puede regresar semejante hombre a un trono y gobernar a los demás? ¿Cómo puede volver a ser digno de confianza? Los Sapienti eran sabios, pero crearon un sistema sin posibilidad de redención, Claudia. Sin perdón.

Su voz le provocó escalofríos. No quería escuchar ni zambullirse en aquellas dudas persuasivas.

Activó la Llave, entró en el pasillo de techo bajo y empezó a correr.

Sus zapatos patinaban sobre los restos metálicos que alfombraban el suelo, sobre los huesos y la paja. Topó con una criatura muerta tan reseca que se despedazó en cuanto ella saltó por encima.

—Claudia, ¿dónde estás?

Estaba por todas partes: la rodeaba, la precedía, la seguía.

—Detente, por favor. O tendré que detenerte yo.

No respondió. Se agachó para pasar por un arco y encontró tres túneles que confluían, pero la Llave estaba tan caliente que casi le abrasaba la mano, así que se aventuró por el túnel de la izquierda, pasando a toda velocidad por puertas de celdas abiertas y descolgadas.

La Cárcel emitió un ruido sordo. El suelo se deslizó, se onduló bajo sus pies como una alfombra. Suspiró al ver que la levantaba en volandas; Claudia aterrizó soltando un grito. Tenía una pierna ensangrentada, pero consiguió recomponerse y seguir corriendo, porque Incarceron no estaba segura de dónde exactamente se hallaba la muchacha, no lo sabría mientras sostuviera la Llave.

El mundo se sacudió. Ambos laterales se inclinaron. La oscuridad se cernió y unos olores pestilentes emanaron de las paredes. Los murciélagos revolotearon en bandadas. No pensaba gritar. Se aferró con uñas y dientes a las piedras, continuó avanzando, incluso cuando el pasillo se empinó y se convirtió en una colina, una pendiente pronunciada y resbaladiza, y todos los escombros que había en el suelo resbalaron y cayeron sobre ella.

Y entonces, justo cuando iba a tirar la toalla y dar media vuelta, oyó voces.

Keiro flexionó los dedos. Tenía la cara sofocada y no se atrevía a mirar a Finn a los ojos. Fue Gildas quien rompió el silencio.

—Así que he estado viajando con un medio hombre.

Keiro hizo oídos sordos. Miró a Finn, quien le preguntó:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Toda mi vida. —La voz de su hermano de sangre sonó apagada.

—Pero tú... tú eras de los que más odiaba a los tullidos. Los despreciabas...

Keiro sacudió la cabeza con irritación.

—Sí. Por supuesto que los odio. Tengo más motivos que tú para odiarlos. ¿Es que no ves que me muero de miedo al verlos? —Miró de reojo a Attia y después gritó dirigiéndose a la Cárcel—. ¡Y tú! ¡Te juro que si alguna vez encuentro tu corazón, te lo rebanaré!

Finn no sabía cómo sentirse. Keiro era tan perfecto, todo lo que él había deseado ser. Guapo, atrevido, sin defectos, rebosante de esa confianza vigorosa que siempre había envidiado. Nunca lo había visto muerto de miedo.

—*Todos mis hijos piensan lo mismo* —dijo Incarceron con malicia.

Keiro se desplomó contra la pared. Parecía que dentro de él se había apagado una llama. Dijo:

—Tengo miedo porque no sé hasta dónde puede llegar. —Levantó la mano y flexionó el dedo—. Parece real, ¿a que sí? Nadie lo diría. Así que ¿cómo puedo saber qué otras partes de mí son metálicas? Dentro de mi cuerpo, los órganos, el corazón. ¿Cómo voy a saberlo? —Aquella pregunta denotaba cierta agonía, como si se la hubiera preguntado en silencio millones de veces, como si detrás de la bravuconería y la arrogancia hubiera un miedo que nunca había manifestado.

Miró a su alrededor.

—La Cárcel podría decírtelo —contestó Finn.

—No. Y no quiero saberlo.

—A mí no me importa.

Finn pasó por alto el resoplido de Gildas y miró a Attia.

Lentamente, la chica dijo:

—Ya ves, todos tenemos defectos. Incluso tú. Lo siento.

—Gracias —contestó Keiro con ironía—. Cuento con la compasión de una esclava y de un Visionario. Ya me siento mucho mejor...

—Sólo intentamos...

—Ahórratelo. No lo necesito. —Apartó la mano extendida de Finn y se incorporó—. Y no pienses que esto me hace diferente. Sigo siendo yo.

Gildas se abrió paso cojeando.

—Bueno, pues no tendrás mi compasión. Vamos, avancemos.

Keiro miró al anciano que se alejaba de espaldas con un odio tan intenso que Finn sintió que tenía que intervenir; su hermano de sangre agarró la espada que estaba en el suelo, pero cuando dio un paso para alcanzar al Sapien, la Cárcel tembló y se estremeció.

Finn se agarró a la pared.

Cuando el mundo dejó de moverse, notaron el aire denso por culpa del polvo que se suspendía como una neblina. Además, a Finn le pitaban los oídos. Gildas gemía de dolor. Attia se puso de pie a duras penas. Señaló hacia la polvareda.

—Finn, ¿qué es eso?

Al principio no supo qué decir. Después vio que era una cara. Una cara que estaba curiosamente limpia, con brillantes ojos astutos y una maraña de pelo recogida de cualquier manera. Una cara que lo miraba fijamente desde las brumas del pasado, por encima de las llamas de unas velas en una tarta, sobre la que él se había inclinado para soplar, para apagarlas con un único soplo extenuante.

—¿Eres tú? —susurró ella.

Él asintió, en silencio. Sabía que era Claudia.

Nos daréis las gracias por esto. La energía no será malgastada en frívolas máquinas. Aprenderemos a vivir con sencillez, sin vernos atribulados por celos y deseos. Nuestras almas serán tan plácidas como los mares en calma.

Decreto del rey Endor

Los soldados volvieron al cabo de dos horas.

Jared los había estado esperando; se había tumbado en el duro jergón de la habitación silenciosa y había escuchado con atención los sonidos del palacio a través de la ventana abierta: los caballos al galope en el camino, los carruajes, las carreras, los gritos. Era como si Claudia hubiese acercado un palo a un hormiguero y ahora todas las hormigas se desperdigaran presas del pánico, con su reina herida y su paz perturbada.

La reina. Mientras se sentaba rígidamente en la cama y miraba a los hombres que acababan de entrar, deseó no tener que enfrentarse a su furia.

—Maestro. —El sirviente con levita parecía avergonzado—. ¿Podríais hacer el favor de acompañarnos, señor?

El eterno Protocolo. Les ahorra tener que enfrentarse a la verdad. Mientras lo conducían escaleras abajo, los miembros de la Guardia Real se quedaron discretamente rezagados, con sus alabardas erguidas como bastones de mando.

Ya había pasado por todas las emociones: terror, rabia, desesperación. Ahora lo único que le quedaba era una especie de apática resignación. Fuera lo que fuese que el Guardián deseara hacer con él, tendría que soportarlo. Lo primordial era que Claudia tuviese tiempo.

Para su sorpresa, le hicieron atravesar varios salones de reunión, donde unos ansiosos emisarios discutían mientras los mensajeros entraban y salían corriendo, hasta que llegaron a una habitación pequeña del ala este. Cuando lo instaron a entrar, vio que era una de las salitas privadas de la reina, abarrotada de muebles dorados y frágiles, con un reloj repujado sobre un mantelito de ganchillo con querubines y pastoras sonrientes.

La única persona que había allí era el Guardián.

No estaba sentado junto a una de las mesas, sino de pie, de cara a la puerta. Dos

sillones habían sido colocados en un cómodo ángulo cerca de la chimenea, donde un gran cuenco de popurrí de flores secas descansaba en el hogar vacío.

Seguía pareciéndole una trampa.

—Maestro Jared. —El Guardián señaló una de las butacas con un dedo largo—. Por favor, sentaos.

Lo hizo encantado. Estaba sin aliento y algo mareado.

—¿Un poco de agua?

El Guardián la sirvió y le acercó la copa. Mientras bebía, Jared notó cómo el padre de Claudia... no, no era su padre..., como el hombre lo escudriñaba con la mirada.

—Gracias.

—¿No habéis comido?

—No... Supongo que... con todo el alboroto...

—Deberíais cuidaros más. —Su voz sonó severa—. Dedicáis demasiadas horas a estudiar esos artilugios prohibidos.

Sacudió una mano. Jared vio que la mesa que había más próxima a la ventana estaba cubierta de fragmentos de sus experimentos: escáneres, pantallas, mecanismos para anular alarmas. No dijo nada.

—Es evidente que comprendéis que todo esto es ilegal. —Los ojos del Guardián eran fríos como el hielo—. Siempre hemos tenido cierta manga ancha con los Sapiienti, pero parece que vos os habéis tomado demasiadas libertades. —Luego añadió—: ¿Dónde está Claudia, Maestro?

—Ya os dije...

—No me mintáis. No está en casa. Y no falta ningún caballo.

—A lo mejor... se fue a pie.

—Sí, eso es lo que yo creo. —El Guardián se sentó enfrente de él y las perneras de sus pantalones de satén negro de media caña emitieron un elegante sonido al rozar el asiento—. Y ¿es posible que pensarais que no mentáis cuando me dijisteis que se había ido «a casa»?

Jared dejó la copa en la mesa. Se miraron el uno al otro.

—¿Cómo lo averiguó? —preguntó John Arlex.

En un arrebato, Jared decidió contarle la verdad.

—Se lo contó la chica de la Cárcel. Attia, la amiga de Finn. Lo vio en unos archivos que descubrieron.

El Guardián asintió mientras recordaba lo ocurrido.

—Ah, sí. ¿Y cómo se lo tomó?

—Se quedó... conmocionada.

—¿Furiosa?

—Sí.

—No esperaba otra cosa de ella.

—Y triste.

El Guardián lo penetró con la mirada afilada, pero Jared lo miró a su vez con calma.

—Siempre había estado tan segura de ser vuestra hija, señor. De saber quién era. Claudia... os aprecia.

—No me mintáis. —El reproche repentino lo sobresaltó por la ira que encerraba. El Guardián se puso de pie y recorrió la habitación—. Sólo ha existido una persona a quien Claudia haya apreciado en toda su vida, Maestro Sapient. Y sois vos.

Jared se quedó de piedra. Le martilleó el corazón.

—Señor...

—¿Creíais que estaba ciego? —El Guardián se dio la vuelta—. Ciertamente no. Ah, claro que tenía sus niñeras y doncellas, pero Claudia estaba muy por encima de ellas, y no tardó en darse cuenta. Cada vez que yo regresaba a casa, veía cómo ella y vos os reíais y charlabais, cómo se arropaba con vuestro abrigo si hacía frío, o cómo bromeabais con cosas que sólo los dos entendíais, cómo compartíais sus estudios. —Cruzó los brazos y miró por la ventana—. Conmigo siempre se mostraba distante, reservada. No me conocía. Yo era un extraño, el Guardián, un gran hombre de la Corte, alguien que iba y venía. Alguien de quien recelar. Pero vos, Maestro Jared, vos erais su tutor y su hermano, y ejercíais más de padre que yo en toda mi vida.

Jared se quedó impertérrito. Detrás del control férreo del Guardián había un odio abrasador; nunca antes había percibido la profundidad de aquel odio. Intentó respirar

lentamente.

—¿Cómo creéis que me sentía, Maestro? —El Guardián giró en redondo—. ¿Acaso pensabais que no lo percibía? ¿Creéis que yo no sufría al no saber qué hacer, al no saber cómo cambiar las cosas? ¿Consciente de que, con cada palabra que decía la decepcionaba, todos los días, sencillamente con mi presencia, al dejarle creer que era mía?

—Claudia... Eso es algo que nunca os perdonará.

—¡No me digáis cómo piensa! —John Arlex se colocó ante él y le plantó cara—. Siempre he tenido celos de vos. ¿No es una necesidad? Un soñador, un hombre sin familia, tan frágil que unos cuantos puñetazos podrían matarlo. Y el Guardián de Incarceron se muere de envidia...

Jared logró articular:

—Yo... aprecio mucho a Claudia...

—Sin duda sabéis que corren rumores sobre Claudia y vos. —El Guardián se apartó abruptamente y volvió a sentarse—. Yo no me los creo; Claudia es obstinada, pero no es tonta. Sin embargo, la reina sí los cree, y dejad que os diga, Jared, que en estos momentos la reina sólo piensa en vengarse. Con quien sea. Evian ya está muerto, pero es evidente que había otras personas implicadas en el complot. Vos el primero, Maestro.

El Sapient tembló.

—Señor, bien sabéis que las cosas no son así.

—Pero conocíais lo que pasaba. ¿O no?

—Sí, pero...

—Y no hicisteis nada. No se lo dijisteis a nadie. —Se inclinó hacia delante—. Eso es traición, Maestro Sapient, y no me costaría nada lograr que os ahorcaran por ella.

En medio del silencio, alguien gritó desde fuera. Una mosca entró zumbando y revoloteó por la habitación, hasta que se chocó contra el cristal y cayó al suelo.

Jared intentó pensar, pero no tenía tiempo. El Guardián espetó:

—¿Dónde está la Llave?

Deseaba mentir. Inventar algo. En lugar de hacerlo, siguió callado.

—Se la ha llevado, ¿verdad?

No respondió. El Guardián soltó un juramento.

—Todo el mundo piensa que Giles está muerto. Claudia podría haberlo tenido todo: el Reino, el trono. ¿Acaso pensaba que yo iba a permitir que Caspar se entrometiera en su camino?

—¿Vos participasteis de la conspiración? —preguntó Jared en voz baja.

—¡Conspiración! ¡Evian y sus sueños ingenuos de un mundo sin Protocolo! Jamás ha existido un mundo sin Protocolo. Yo habría dejado que los Lobos de Acero se encargaran de la reina y de Caspar, y después los habría mandado ejecutar, así de sencillo. Pero ahora Claudia se ha puesto en mi contra.

Miraba con los ojos perdidos hacia el fondo de la habitación. Jared dijo con voz comedida:

—La historia que le contasteis... sobre su madre.

—Era cierta. Pero cuando Helena murió, el bebé estaba enfermo y yo sabía que también moriría. Y entonces, ¿qué iba a ser de mis planes? Necesitaba una hija, Maestro. Y sabía dónde conseguirla. —Se sentó en el sillón contrario—. Incarceron es un fracaso. Un infierno. Hace tiempo que los Guardianes lo saben, pero no tiene remedio, así que hemos mantenido el secreto. Se me ocurrió que podría rescatar un alma de aquella pesadilla, por lo menos una. En las profundidades de la Cárcel encontré a una mujer que estaba tan desesperada que accedió a partir con su hija recién nacida. Le pagué bien. Sus otros hijos sobrevivieron gracias a eso.

Jared asintió. La voz del Guardián se había derrumbado; parecía que hablara consigo mismo, como si hubiera justificado los hechos ante sí mismo montones de veces a lo largo de los años.

—Nadie se dio cuenta, salvo la reina. En cuanto esa bruja echó un vistazo a la niña, lo supo.

De pronto Jared comprendió las cosas. Fascinado, dijo:

—Claudia siempre se preguntaba por qué habíais aceptado el complot contra Giles. Fue porque la reina...

Se detuvo, porque no sabía cómo decirlo, pero el Guardián asintió, sin levantar la mirada.

—Me chantajeó, Maestro Sapient. Su hijo iba a ser quien se casara con Claudia. Si yo no accedía, me amenazó con contarle a Claudia públicamente quién era, para humillarla delante de todo el reino. Yo no habría podido soportarlo.

Por un instante notó una distancia nostálgica en él, una quietud. Después, el Guardián levantó la cabeza y vio cómo lo miraba Jared. Entonces su rostro volvió a enfriarse.

—No sintáis pena por mí, Maestro. No es eso lo que necesito. —Se puso de pie—. Sé que ha entrado en Incarceron. Para buscar a ese Finn. No hay nada que pueda ocultarme. Y se ha llevado la Llave. —Rio con amargura—. Hizo bien en llevársela. Porque no hay modo de salir sin ella.

De repente se dirigió dando zancadas hacia la puerta.

—Seguidme.

Abrumado, Jared se puso de pie, apaciguando un arrebato de miedo, mientras el Guardián salía al pasillo y sacudía una mano con impaciencia para disgregar a los guardias. Los hombres se miraron los unos a los otros.

Uno de ellos dijo incómodo:

—Señor, la reina ha dado órdenes de que permanezcamos junto a vos. Para protegeros.

El Guardián asintió lentamente con la cabeza.

—Para protegerme. Ya veo. Entonces, por favor, quedaos aquí y vigilad esta puerta después de que haya entrado por ella. No permitáis que nadie nos siga.

Antes de que los vigilantes pudieran protestar, el Guardián había abierto la puerta secreta camuflada en los paneles que forraban la pared y había empezado a descender por unos escalones lóbregos que conducían a las bodegas. Cuando habían recorrido la mitad de los peldaños, Jared miró hacia atrás. Los soldados espiaban por una rendija de la puerta con curiosidad.

—Parece que la reina sospecha también de mí —dijo el Guardián sin perder la calma. Sacó un quinqué de la pared y encendió la vela que tenía dentro—. Tendremos que darnos prisa. El estudio, como sin duda ya habréis constatado, es la misma habitación aquí que en casa. Un espacio a caballo entre este mundo y la Cárcel, un Portal, tal como lo llamaba su inventor, Martor.

—Las escrituras de Martor se han perdido —dijo Jared, que se apresuró a seguir al Guardián.

—Las tengo yo. Pero son secretas. —Su silueta oscura bajaba a toda prisa, sujetando en alto la lamparilla, que dibujaba sombras parpadeantes en los muros. Contempló la estupefacción de Jared y se permitió esbozar una sonrisa—. Nunca las veréis, Maestro.

Entre los toneles reinaba una profunda oscuridad; muy por encima de ellos, las voces de los guardias se habían convertido en susurros confusos.

Al llegar a la puerta de bronce, tecleó la combinación con destreza; la compuerta se abrió con una sacudida y, mientras la atravesaban, Jared volvió a sentir ese raro escalofrío de descuadre que ya había sentido las veces anteriores.

La habitación blanca se reajustó. Todo estaba exactamente como lo había dejado. Sintió una punzada de ansiedad. ¿Qué le estaría ocurriendo a Claudia? ¿Se hallaría a salvo?

—La enviasteis sin conocer en absoluto el peligro que corría.

El Guardián encendió el panel de control y tocó los sensores.

—Entrar en la Cárcel es arriesgado, tanto física como psicológicamente.

Las estanterías se retiraron. Se iluminó la pantalla.

En ella, Jared vio miles de imágenes. Parpadeaban, como una cuadrícula de recuadros minúsculos, de habitaciones vacías, océanos lúgubres, torres lejanas, esquinas polvorientas. Vio una calle abarrotada de gente, un espantoso grupo de niños raquíticos, un hombre que golpeaba a una bestia extraña, una mujer que amamantaba con ternura a un recién nacido. Abrumado, fue saltando de una imagen a otra, observando cómo titilaban: el dolor, el hambre, las amistades improbables, los regateos salvajes.

—Así es la Cárcel. —El Guardián se inclinó sobre el escritorio—. Todas las imágenes son captadas por los Ojos. Es la única forma de encontrar a Claudia.

Jared notó que una tristeza inmensa lo embargaba. En la Academia, el Experimento era considerado una de las glorias de los antiguos Sapiienti, el noble sacrificio de las últimas reservas de energía del mundo para salvar a los irredimibles, a los pobres, a los despojados. Y había terminado convertido en aquello.

El Guardián lo observó, una silueta recortada contra las imágenes precipitadas.

—Ahora veis, Maestro, lo que sólo el Guardián de Incarceron había visto hasta ahora.

—¿Por qué no...? ¿Por qué no nos lo han dicho nunca?

—No tenemos medios suficientes. Nunca podrán ser devueltos a nuestro mundo todos esos miles de personas. Para nosotros, están perdidos.

Se sacó el reloj y se lo dio a Jared, quien lo aceptó enmudecido y después bajó la mirada hacia el objeto. El Guardián señaló el dado plateado de la cadena.

—Sois como un dios, Jared. Ahora mismo tenéis a Incarceron en vuestras manos.

Sintió que el dolor vibraba en sus entrañas. Le temblaron los dedos. Quería soltar el reloj, retroceder, alejarse de allí. El cubo era diminuto, lo había visto miles de veces en la cadena del reloj y apenas se había fijado en él, pero ahora lo llenó de admiración. ¿Era posible que contuviera las montañas que había visto, los bosques de árboles plateados, las ciudades de hombres harapientos que rapiñaban entre la pobreza de sus semejantes? Sudoroso, lo agarró con fuerza y el Guardián le dijo en voz baja:

—¿Tenéis miedo, Jared? Hace falta fortaleza para ver un mundo entero. Muchos de mis predecesores no se atrevieron a mirar nunca. Se taparon los ojos.

Una campanilla.

Ambos levantaron la cabeza. La pantalla había dejado de parpadear; mientras la contemplaban, las imágenes empezaron a apagarse y una que aparecía en la esquina inferior derecha fue creciendo, píxel a píxel, hasta que llenó la pantalla completa.

Era Claudia.

Con manos temblorosas, Jared dejó la cadena del reloj en la mesa.

Estaba hablando con los presos. Reconoció al chico llamado Finn, y al otro, Keiro, que escuchaba recostado contra un muro de piedra. Gildas estaba acurrucado cerca de ellos; Jared vio de inmediato que el anciano estaba herido, con Attia de pie a su lado.

—¿Podéis hablar con ellos?

—Sí —contestó el Guardián—. Pero primero, escuchemos.

Encendió un interruptor.

¿De qué sirve una llave entre miles de millones de presos?

Diario de lord Calliston

—Incarceron intentó impedir que te encontrara —dijo Claudia.

Caminó hacia él por el sombrío pasadizo.

—No deberías haber entrado.

Finn se sentía abrumado. La chica estaba totalmente fuera de lugar, con ese aroma a rosas y a un extraño aire fresco que lo hechizaba. Tuvo ganas de rascar algún punto irritado de su mente; pero en lugar de eso, Finn se frotó los ojos cansados con la mano.

—Vuelve conmigo ahora mismo. —Claudia le tendió la mano—. ¡Ven, rápido!

—Eh, eh, espera un momento. —Keiro se puso de pie al instante—. No irá a ninguna parte sin mí.

—O sin mí —murmuró Attia.

—Entonces podéis venir todos. Tiene que ser posible.

A continuación su semblante se ensombreció.

Finn preguntó:

—¿Qué pasa?

Claudia se mordió el labio. De pronto cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo hacerlo. No había atravesado ningún portal al llegar a Incarceron, ni había visto sillas ni paneles de control; sencillamente había surgido en una celda vacía. Además, aunque ese lugar hubiera sido la compuerta, ni siquiera sabía cómo regresar a él.

—No sabe qué hacer —dijo Keiro.

La escudriñó con atención y, a pesar de que su conducta la irritaba, Claudia le

devolvió una mirada tranquila.

—Por lo menos tengo esto.

Sacó la Llave de un bolsillo y la mostró. Vieron que era idéntica a la que conocían, aunque la factura parecía más esmerada, el águila perfecta en su quietud.

Finn se llevó la mano al bolsillo. Estaba vacío. Alarmado, se dio la vuelta.

—Está aquí, tontorrón.

Gildas se apoyó en la pared y se incorporó como pudo. Estaba macilento y con el rostro sudoroso. Sujetó la Llave con tanta fuerza entre sus manos nudosas que la piel que le rodeaba los nudillos se puso tan blanca como el hueso que cubría.

—¿De verdad provienes del Exterior? —resopló.

—Sí, Maestro. —Claudia caminó hacia él y alargó la mano para que la tocara—. Y es verdad que Sáfico Escapó. Jared descubrió que tenía seguidores en el Exterior. Lo llaman el Hombre de los Nueve Dedos.

Gildas asintió, y todos vieron que tenía los ojos repletos de lágrimas.

—Ya lo sé. Siempre he sabido que era real. Este chico lo ha visto en sus iluminaciones. Y pronto yo también lo veré.

Su voz sonó áspera, pero había cierto temblor en ella que Finn no había percibido jamás. Con un miedo repentino, le dijo:

—Necesitamos la Llave, Maestro.

Por un instante pensó que el Sapient no iba a soltarla; se produjo un breve intervalo en el que tanto los dedos de Gildas como los suyos agarraron el cristal. El anciano bajó la mirada.

—Siempre he confiado en ti, Finn. Aunque nunca creí que procedieras del Exterior, y en eso me equivocaba. Pero tus visiones de las estrellas nos han conducido a la Huida, como sabía que ocurriría, desde el primer día que te vi acurrucado en aquel carro. Éste es el momento para el que me he preparado toda la vida.

Abrió los dedos; Finn notó el peso de la Llave.

Levantó la mirada hacia Claudia.

—¿Y ahora qué?

La chica respiró hondo, pero no fue su voz la que respondió. Attia permanecía en la penumbra, detrás de Keiro; no se movió de allí, pero sus palabras sonaron afiladas como cuchillos.

—¿Qué ha pasado con ese vestido tan bonito?

Claudia frunció el entrecejo.

—Lo rompí en pedazos.

—¿Y la boda?

—Cancelada.

Attia se rodeó el delgado cuerpecillo con los brazos.

—Así que ahora quieres a Finn.

—Giles. Se llama Giles. Sí, lo quiero. El reino necesita a su rey. Alguien que haya visto cosas más allá del palacio y el Protocolo. Alguien que haya descendido hasta los abismos. —Dejó que su irritación se transmitiera a sus palabras; la convirtió en rabia—. ¿No es eso lo que quieres tú también? ¿Alguien que pueda poner fin a la miseria de Incarceron porque sabe cómo es?

Attia se encogió de hombros.

—A quien deberías preguntar es a Finn. Podría ocurrir que lo sacaras de una cárcel para meterlo en otra.

Claudia la miró a los ojos y Attia le sostuvo la mirada. Fue la desenfadada risa de Keiro la que rompió el silencio.

—Propongo que resolvamos estas diferencias en el magnífico nuevo mundo del Exterior. Antes de que la Cárcel vuelva a sacudirse.

Finn añadió:

—Tiene razón. ¿Cómo lo hacemos?

Claudia tragó saliva.

—Bueno... Supongo que... usando las Llaves.

—Pero ¿dónde está la puerta?

—No hay puerta. —Era muy difícil de describir, y todos la miraban expectantes—.

No como... os la imagináis.

—Entonces, ¿cómo entraste aquí? —preguntó Keiro.

—Eh... Cuesta de explicar.

Mientras hablaba, sus dedos se deslizaron por los botones escondidos de la Llave; empezó a murmurar y unas luces se movieron dentro del artilugio.

Keiro dio un salto hacia delante.

—¡De eso nada, princesa!

Se la arrebató; Claudia se abalanzó para recuperarla pero él blandió la espada y la amenazó apuntándole a la garganta.

—Nada de trucos. Nos vamos todos juntos o no se va nadie.

Furiosa, Claudia contestó:

—Ése es el plan.

—Baja el arma —espetó Gildas.

—Intenta llevárselo. Y dejarnos aquí.

—No quiero...

—¡Dejad de hablar de mí como si fuera un objeto! —La orden de Finn los hizo callar a todos.

Se pasó una mano por el pelo; tenía el cuero cabelludo mojado y los ojos centelleantes. Parecía que le faltaba el aliento. No podía permitirse tener un ataque en ese momento, pero le temblaban las manos y notó que la tensión reptaba por su cuerpo.

Y entonces supo que estaba dejándose caer en él, que debía de estar alucinando, porque detrás de Gildas, el muro parpadeó y vio cómo de él surgía, enorme y ensombrecido, el rostro de Blaize.

Los ojos del Sapient los vigilaban, su imagen era gigante, y estaba enmarcada en una habitación blanca de paredes limpias.

—Me temo —dijo— que Escapar no es tan sencillo como cree mi hija.

Se quedaron inmóviles. Keiro bajó la espada.

—Vaya, ya estamos todos —dijo—. Y mira lo contenta que está de verte.

Finn observó cómo Claudia se dirigía hacia la imagen. Se percató de que, aunque la cara del Guardián le resultaba familiar, no había ni rastro de costras o pústulas en sus mejillas; era más delgado y una refinada tensión le rodeaba los ojos.

Claudia levantó la mirada hacia él.

—No me llaméis hija —dijo con dureza y frialdad—. Y no intentéis detenerme. Voy a sacarlos a todos de aquí y vos...

—No puedes sacarlos a todos. —El Guardián le aguantó la mirada—. La Llave sólo puede liberar a una persona. Y su copia, si es que funciona, hará lo mismo. Toca el ojo negro del águila. Desaparecerás para reaparecer aquí. —Sonrió con parsimonia—. Ésa es la puerta, Finn.

Abrumada, Claudia no separó los ojos de él.

—Mentís. Vos me sacasteis de aquí.

—Eras recién nacida. Muy pequeña. Me arriesgué.

Se oyó una voz en la habitación; el Guardián se dio la vuelta y Claudia vio a Jared detrás de él, en pie, con el rostro pálido y fatigado.

—¡Maestro! ¿Dice la verdad?

—No tengo forma de saberlo, Claudia. —Parecía muy triste, con el pelo oscuro enmarañado—. Sólo hay una manera de averiguarlo, y es intentándolo.

Claudia miró a Finn.

—Tú no. —Fue Keiro quien se movió—. Finn y yo iremos los primeros y, si funciona, regresaré para buscar al Sapient. —Volvió a blandir la espada cuando Claudia desenvainó la suya—. Tira eso, princesa, o te corto el cuello.

La chica agarró la empuñadura con vigor, pero Finn le pidió:

—Hazlo, Claudia. Por favor.

Lo dijo mirando a Keiro. Mientras la muchacha bajaba el filo, vio cómo Finn se acercaba a su hermano de sangre y le preguntaba:

—¿De verdad crees que voy a marcharme dejándolos aquí tirados? Devuélvele la Llave.

—Ni hablar.

—Keiro...

—Eres tonto, Finn. ¡Es que no ves que es un montaje! Ella y tú desapareceríais y ahí se acabaría la historia. Nadie se molestaría en volver a buscar al resto de nosotros.

—Yo sí.

—No te dejarían. —Keiro le plantó cara—. Una vez que tuvieran a su príncipe perdido, ¿por qué iban a preocuparse de la Escoria de delincuentes? ¿De una esclava y de un tullido? Cuando estés de nuevo en tu palacio, ¿por qué vas a pensar en nosotros?

—Te juro que volveré.

—Sí, claro. ¿No es eso lo que dijo Sáfico?

En la quietud, Gildas se sentó de forma abrupta, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

—No me dejes aquí, Finn —murmuró.

Finn negó con la cabeza, absolutamente exhausto.

—No podemos retener a Claudia aquí, decidamos lo que decidamos el resto de nosotros. Ha venido para rescatarnos.

—Pues mala suerte. —Los ojos azules de Keiro eran implacables—. Una vez ya estuvo presa... puede volver a estarlo. Yo voy el primero. Para averiguar qué nos espera allá fuera. Y si funciona, como os he dicho, regresaré.

—Mentiroso —dijo entre dientes Attia.

—No podrás impedírmelo.

El Guardián se echó a reír en voz baja.

—¿Y éste es el héroe que según tú es Giles, Claudia? ¿Éste es el hombre que gobernará el Reino? ¡Si ni siquiera puede controlar a esta chusma!

Finn se movió al instante. Le lanzó la Llave a Claudia; pilló a Keiro desprevenido y le quitó la espada. La rabia rugía dentro de él; rabia hacia todos ellos, hacia la sonrisita del Guardián, hacia el miedo y la debilidad de su interior. Keiro dio un traspiés, pero se recuperó enseguida y agitó la espada en alto, de modo que ambos la aguantaron. Al final, Finn logró arrebatarla por la empuñadura.

Keiro no pestañeó cuando el filo relumbró en su cara.

—No te atreverás a usarla contra mí.

El corazón de Finn latía desbocado. Su pecho subía y bajaba. Detrás de él, Attia lo azuzó entre dientes:

—¿Por qué no, Finn? Él mató a la Maestra. Lo sabes, ¡siempre lo has sabido! Él mandó que cortaran el puente. No fue Jormanric.

—¿Es cierto?

Finn apenas reconoció su propio susurro.

Keiro sonrió.

—Piensa lo que quieras.

—Dímelo.

—No. —Su hermano de sangre encerró la Llave en un puño—. Tú eliges. Yo no me justifico delante de nadie.

Los latidos de su corazón eran tan fuertes que le hacían daño. Llenaron la Cárcel, resonaron por todos los pasadizos, por todas las celdas.

Finn bajó la espada y la tiró. Keiro se agachó para cogerla, pero Finn la apartó de una patada. De repente empezaron a pelearse, todo el aire que le quedaba a Finn se esfumó con un puñetazo rabioso en el estómago. La habilidad despiadada de Keiro lo tumbó. Claudia gritaba, Gildas rugía muy enfadado, pero ahora a Finn ya no le importaba; se levantó como pudo y se abalanzó sobre Keiro con el fin de arrebatarse la Llave. Entorpecido por el frágil cristal, Keiro se protegió y después volvió a propinarle un puñetazo; Finn lo había cogido por la cintura y tiraba de él hacia abajo, pero mientras apretaba los brazos para reducirlo, Keiro le dio una patada que lo desestabilizó y le hizo retroceder.

Keiro rodó por el suelo y se reincorporó. El labio le sangraba.

—Ahora lo veremos, hermano —dijo apretando los dientes.

Tocó el ojo negro del ave.

Una luz.

Era tan brillante que les abrasaba los ojos.

Se ensanchó alrededor de Keiro, se lo tragó, y dentro de ella se oyó un ruido, un chirrido que hacía daño a los oídos, una nota aguda y discordante que cesó de repente.

La luz se fundió.

Y Keiro seguía allí.

En el silencio conmocionado, la risa del Guardián sonó fría y recriminatoria.

—Ah —dijo—. Me temo que eso significa que contigo no funciona. Seguramente los componentes metálicos de tu cuerpo invalidan el proceso. Incarceron es un sistema cerrado; sus elementos propios nunca pueden salir de él.

Keiro se quedó petrificado.

—¿Nunca? —consiguió preguntar sin resuello.

—No, a menos que esos componentes sean eliminados.

Keiro asintió. Tenía el rostro serio y sofocado.

—Si es el precio que hay que pagar...

Anduvo hacia Finn y dijo:

—Saca el cuchillo.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¡No puedo!

Keiro se rio con amargura.

—¿Por qué no? Keiro el de los Nueve Dedos. Siempre me pregunté qué sentido tenía el sacrificio de Sáfico.

Gildas gruñó:

—Chaval, quieres decir...

—A lo mejor somos más de los que pensamos quienes hemos nacido en Incarceron. A lo mejor tú también naciste aquí, viejo. Pero no dejaré que un dedo me retenga. Saca el cuchillo.

Finn no se movió, pero Attia sí. Sacó una navajita que siempre llevaba consigo y se la tendió a Finn. Éste la cogió lentamente. Mientras, Keiro colocó la mano en el suelo, con los dedos extendidos. La uña metálica tenía exactamente el mismo aspecto que las demás.

—Hazlo ya —ordenó.

—No puedo...

—Claro que puedes. Es por mi bien.

Se miraron mutuamente. Finn se arrodilló. Le temblaba la mano. Acercó la punta de la navaja a la piel de Keiro.

—Esperad —soltó Attia. Se acuclilló—. ¡Pensad un poco! A lo mejor no basta con eso. Como acabas de decir, Keiro, ninguno de nosotros sabe de qué estamos fabricados por dentro. Tiene que haber otro modo.

Los ojos azules de Keiro estaban desenfocados por la desesperación. Vaciló.

Durante un largo instante se quedó allí quieto, y después cerró la mano y asintió con la cabeza a cámara lenta. Bajó la mirada hacia la Llave y se la tendió a Finn.

—Entonces tendrás que ser tú quien lo averigüe. Disfruta de tu reino, hermano. Gobierna bien. Y cúbrete las espaldas.

Finn estaba demasiado conmocionado para responder. Un martilleo distante hizo que todos ellos alzaran la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó Claudia.

Jared se apresuró a contestar:

—Es aquí. Evian intentó seguir los planes, pero ahora está muerto. Los guardias de la reina están en la puerta.

Claudia miró fijamente a su padre, quien dijo:

—Debes regresar, Claudia. Y trae al chico. Lo necesito cuanto antes.

—¿Es el verdadero Giles? —preguntó ella, cortante.

La sonrisa del Guardián fue heladora.

—A partir de ahora sí.

En cuanto hubo terminado de pronunciar esas palabras, la pantalla se fundió. Una

oleada de movimiento se expandió por el pasillo; Finn miró a su alrededor con nerviosismo. Las losas empezaron a desplomarse de la bóveda.

Entonces levantó la mirada y vio el diminuto Ojo rojo que zumbaba y se enfocaba sobre él.

—*Ah, claro* —dijo la voz en un susurro—. *Todos os habéis olvidado de mí. Pero ¿por qué iba a permitir que alguno de mis hijos se marchara?*

Se despertó y vio que todos lo rodeaban. Los viejos, los lisiados, los enfermos, los medios hombres. Escondió la cabeza, porque lo embargaban la vergüenza y la ira.

—Os he fallado —les dijo—. He viajado hasta tan lejos, y aun así he fracasado.

—No es verdad —respondieron—. Sabemos que hay una puerta, una puerta secreta y diminuta. Ninguno de nosotros se atreve a reptar por ella, pues tememos morir atrapados. Si nos prometéis que volveréis a buscarnos, os la mostraremos.

Sáfico era ágil y esbelto. Los miró con sus ojos oscuros.

—Llevadme a ella —susurró.

Leyenda de Sáfico

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jared sobresaltado.

—La Cárcel ha intervenido —dijo entre dientes el Guardián, muy furioso.

Sus dedos se desplazaron con habilidad por los controles.

—¡Pues detenedla! Ordenadle que...

—No puedo hacer que Incarceron me obedezca. —El Guardián se lo quedó mirando—. Hace siglos que nadie lo consigue. La Cárcel gobierna, Maestro. No tengo potestad sobre ella. —Y a continuación, en una voz tan baja que Jared apenas la oyó—: Se ríe de mí.

Apabullado, Jared contempló la pantalla en negro. Fuera, un puño aporreó de nuevo la puerta de bronce. Una voz atronó:

—¡Guardián! ¡Abrid la puerta! La reina exige vuestra presencia.

—Evian fue un temerario al intentar el magnicidio —dijo el Guardián. Levantó la mirada—. No temáis, no entrarán. Ni siquiera con hachas.

—La reina cree que estáis involucrado.

—Puede ser. Es una buena excusa para deshacerse de mí. Ahora no habrá boda.

Jared sacudió la cabeza.

—Entonces, es el fin de todos nosotros.

—Antes de que os deis por vencido, Maestro, no me vendría mal vuestra ayuda. —Sus ojos grises lo miraron con fijeza—. Por el bien de Claudia, tenemos que colaborar el uno con el otro.

Jared asintió lentamente con la cabeza. Procurando hacer oídos sordos a los furiosos porrazos en la puerta, se acercó a los controles y los estudió con atención.

—Esto es viejísimo. Muchos de los símbolos están en el idioma de los Sapiienti. —Levantó la mirada—. Vamos a intentar hablar con Incarceron en la lengua de sus creadores.

El Terremoto de la Cárcel fue rápido y repentino. El suelo se combó; las paredes se desplomaron. Finn agarró a Keiro; juntos aterrizaron contra una puerta que cedió ante su peso y ambos cayeron al otro lado.

Claudia se escabulló tras ellos, pero Attia masculló:

—¡Ayudadme con él!

Intentaba transportar a Gildas, que, encorvado, no dejaba de jadear. A toda prisa, Claudia volvió a salir y pasó el otro brazo del anciano por sus hombros, de modo que entre las dos lo arrastraron hasta la celda, donde Finn tiró de ellos para que entraran y cerró la puerta con firmeza inmediatamente después. Keiro y él la aseguraron con un madero roto.

Fuera, los escombros caían en cascada y todos prestaron atención al estruendo, consternados. No había duda de que el pasillo había quedado incomunicado.

—Pero *supongo que no creeréis que podéis impedirme entrar, ¿verdad?*
—Incarceron les dedicó su risa estentórea—. *Nadie puede hacer eso. No hay forma de escapar de mí.*

—Sáfico Escapó. —La voz de Gildas sonó como un gemido de dolor, pero logró escupir las palabras. Se agarró el pecho con las manos; le temblaban de forma incontrolable—. ¿Cómo lo hizo entonces si no tenía Llave? ¿Existe otro medio de salir, un medio que sólo él descubrió? ¿Un medio tan secreto y tan asombroso que ni siquiera tú puedes anularlo, Incarceron? ¿Un medio que no requiere puerta ni maquinaria? ¿Es eso, Incarceron? ¿Es eso lo que tanto temes, por lo que siempre vigilas, por lo que siempre espías?

—*No temo a nada.*

—No es eso lo que me dijiste —espetó Claudia. Le costaba respirar; miró a Finn—. Tengo que regresar. Jared está en apuros. ¿Vienes conmigo?

—No puedo dejarlos aquí. Llévate al anciano.

Gildas se echó a reír; tuvo convulsiones y jadeó para coger aire, sin resuello. Attia le agarró las manos; entonces volvió la cabeza.

—Se está muriendo —susurró.

—Finn —pronunció el Sapient con voz ronca.

Finn se acuclilló junto a él, mareado por los pinchazos que notaba detrás de los ojos. Las lesiones que tenía Gildas debían de ser internas, aunque el temblor de sus manos, el sudor y la palidez extrema de su cara eran signos demasiado evidentes de que agonizaba.

El Sapient acercó la boca al oído de Finn.

—Muéstrame las estrellas —le susurró.

Finn miró a los demás.

—No puedo...

—*Entonces, déjame a mí* —dijo la Cárcel. El brillo trémulo de la luz dentro de la celda se apagó. Un Ojo rojo lució como una centella en un rincón de la pared—. *Mira esta estrella, viejo. Es la única estrella que verás jamás.*

—¡Deja de atormentarlo!

El gruñido de rabia de Finn los sobresaltó a todos. Y entonces, para asombro de Claudia, el muchacho se volvió hacia Gildas y lo agarró de la mano.

—Ven conmigo —dijo—. Te las mostraré.

Un mareo mental lo barrió y Finn dejó que lo embargara. Caminó deliberadamente hacia su oscuridad y arrastró al anciano con él, alrededor del lago iluminado por las lamparillas flotantes, de color azul, púrpura y oro, y el barco se meció bajo el cuerpo de Finn mientras él se recostaba y contemplaba las estrellas.

Resplandecían en la noche estival. Como polvo de plata poblaban el cosmos, igual que si una mano gigante las hubiera desperdigado, y su misterioso brillo hechizaba la negrura aterciopelada.

Junto a él, Finn percibió la admiración del anciano.

—Esto son las estrellas, Maestro. Mundos enteros, lejanísimos, en apariencia minúsculos, pero en realidad más grandes que todo lo que conocemos.

El agua del lago lamió el barco.

Gildas dijo:

—Qué lejos... ¡Y cuántas!

Una garza se elevó de las aguas con un chapoteo lleno de gracia. En la orilla sonaba una música dulce; unas voces reían con delicadeza.

El anciano dijo con voz quebrada:

—Ahora tengo que ir hacia ellas, Finn. Tengo que ir al encuentro de Sáfico. Es imposible que él se contentara con el Exterior, ¿sabes? No, después de haber visto esto.

Finn asintió. Notó cómo el barco soltaba amarras bajo su cuerpo, la cadencia y las salpicaduras del oleaje. Notó que los dedos del anciano soltaban los suyos. Y mientras los contemplaba, las estrellas crecieron y ardieron, se convirtieron en llamas, unas llamas minúsculas en la punta de unas velas diminutas, y él las soplaba entonces para apagarlas, soplaba con todo su aliento, con toda su energía.

Se desvanecieron y Finn rio, una gran carcajada de triunfo, y todas las personas que lo rodeaban rieron con él, el rey con su casaca roja, y Bartlett, y su pálida madrastra nueva, y todos los cortesanos y doncellas y músicos, y la chiquilla del precioso vestido blanco, la niña que había llegado ese día, que según decían, iba a ser su amiga especial.

En ese momento la niña lo miró. Y dijo:

—Finn, ¿me oyes?

Claudia.

—Ya está listo. —Jared levantó la mirada—. Hablad y la traducción será instantánea.

El Guardián había estado deambulando todo ese tiempo, escuchando las voces del otro lado; entonces fue a sentarse junto al escritorio, con los brazos cruzados.

—Incarceron —dijo.

Silencio. A continuación, en la pantalla, un puntito de luz roja. Era diminuto, como una estrella. Los miró y dijo:

—¿*Quién es el que me habla en la lengua antigua?*

La voz sonaba insegura. Parecía haber perdido parte de su aplomo reverberante.

El Guardián miró a Jared. Entonces dijo en voz baja:

—Ya sabes quién soy, padre mío. Soy Sáfico.

Los ojos de Jared se abrieron como platos, pero permaneció callado.

Se produjo otro silencio. Esta vez, fue el Guardián quien lo rompió:

—Te hablaré en el idioma de los Sapiienti. Te ordeno que no hagas daño al chico llamado Finn.

—*Tiene la Llave. Ningún Preso tiene permitido Escapar.*

—Pero tu ira podría hacerle daño. Y a Claudia.

¿Había cambiado la voz del Guardián al pronunciar el nombre de la chica? Jared no estaba seguro.

Un momento de quietud. Y entonces:

—*Muy bien. Lo haré por ti, hijo mío.*

El Guardián hizo una seña a Jared para que cortara la comunicación, pero justo cuando su dedo se aproximaba al panel, la Cárcel dijo en voz baja:

—*Pero si de verdad eres Sáfico, recordarás que tú y yo hemos hablado ya muchas veces.*

—De eso hace mucho tiempo —contestó con cautela el Guardián.

—*Sí. Me ofreciste el tributo que te pedí. Te perseguí y escapaste. Te escondiste en recovecos y robaste los corazones de mis hijos. Dime, Sáfico, ¿cómo lograste huir de mí? Después de que te derribara, después de la terrible caída a través de la oscuridad, ¿qué puerta encontraste que yo no he sabido ver? ¿A través de qué grieta te arrastraste? Y ¿dónde estás ahora, en qué lugares remotos que no puedo siquiera imaginar?*

La voz denotaba nostalgia; el Guardián levantó la mirada hacia el Ojo fijo de la pantalla. Cuando respondió, lo hizo de forma esquiva.

—Ése es un misterio que no puedo desvelar.

—*Qué lástima. Ya sabes que no me proporcionaron la capacidad de ver más allá de mí mismo. ¿Te lo imaginas, Sáfico? ¿Tú, el caminante, el gran viajero, puedes imaginarte cómo es vivir por siempre atrapado dentro de tu propia mente, observando únicamente las*

criaturas que la habitan? Me hicieron poderoso, pero también me hicieron imperfecto. Y sólo tú, cuando regreses, podrás ayudarme.

El Guardián se quedó inmóvil. Con la boca seca, Jared accionó el interruptor. Le temblaban las manos y las tenía húmedas por el sudor. Ante su mirada atenta, el Ojo se esfumó.

A Finn se le nubló la vista y todo su cuerpo se quedó vacío. Se acurrucó hasta hacerse un ovillo: únicamente el brazo de Keiro impidió que golpeará el suelo con la cabeza. Sin embargo, por un instante, antes de que el hedor de la Cárcel volviera a filtrarse en él, antes de que el mundo volviera a atraparlo, supo que era un príncipe, hijo de otro príncipe, y que su mundo tenía el brillo dorado de la luz del sol, un príncipe que había entrado galopando en un bosque oscuro una mañana, como en un cuento de hadas, y que no había vuelto a salir de él.

—Bebe un poco. —Attia le dio agua; Finn consiguió tragar y tosió mientras intentaba sentarse en el suelo.

—Va de mal en peor —le decía Keiro a Claudia—. Mira lo que le ha hecho tu padre.

Claudia hizo oídos sordos y se inclinó sobre Finn.

—La sacudida de la Cárcel ha terminado. Se ha calmado.

—¿Gildas? —murmuró Finn.

—El viejo se ha ido. Ya no tendrá que seguir preocupándose por Sáfico. —La voz de Keiro sonó brusca. Finn se dio la vuelta y vio al Sapient tumbado entre los escombros, con los ojos cerrados, el cuerpo encogido, como si durmiera. En el dedo, suelto e inerte, como si Keiro lo hubiera empujado allí en un vano esfuerzo por salvarlo, resplandecía el anillo de la calavera.

—¿Qué has hecho? —preguntó Claudia—. Decía... cosas raras.

—Le he enseñado cómo salir. —Finn se sentía desnudo, limpio y desarmado. No quería hablar de eso ahora, ni contarles lo que pensaba que había recordado, así que se sentó lentamente con la espalda recta y dijo—: ¿Habéis probado a ponerle el anillo?

—No ha funcionado. En eso también tenía razón. A lo mejor ninguno de ellos hizo nada. —Keiro le puso la Llave entre las manos—. Vete. Sal ahora mismo. Dile al Sapient que diseñe una llave con la que sacarme a mí. Y manda a alguien para que venga a buscar a la chica.

Finn miró a Attia.

—Volveré yo mismo. Lo juro.

Attia sonrió, lánguida, pero fue Keiro quien dijo:

—Más te vale. Porque no quiero quedarme pegado a ella.

—Y también te liberaré a ti. Mandaré a todos los Sipienti de mi reino que fabriquen llaves. Hicimos un juramento, hermano. ¿Crees que se me ha olvidado?

Keiro se echó a reír. Su hermosa cara estaba mugrienta y amoratada, el pelo aplastado por la suciedad, su elegante casaca destrozada. Pero, a ojos de Finn, era él quien parecía un príncipe.

—A lo mejor. O a lo mejor es tu oportunidad de deshacerte de mí. A lo mejor tienes miedo de que te mate y ocupe tu lugar. Si no regresas, créeme, lo haré.

Finn sonrió. Se miraron mutuamente durante un instante, dentro de aquella celda abovedada, entre las cadenas y los grilletes desperdigados.

Entonces Finn se dirigió a Claudia:

—Tú primera.

Ella preguntó:

—¿Me seguirás?

—Sí.

Lo miró y luego miró a los demás. Rápidamente, tocó el ojo del águila y desapareció, con un resplandor que hizo que todos ellos suspiraran.

Finn bajó la vista hacia la Llave que sujetaba.

—No puedo —dijo.

Attia sonrió con alegría.

—Yo confío en ti. Te esperaré.

Pero Finn no fue capaz de mover el dedo, detenido por encima del ojo oscuro del águila, así que Attia se acercó a él y lo apretó en su lugar.

Claudia se encontró sentada en la silla, en medio de un alboroto de voces y aporreos en la puerta. Al otro lado, Caspar gritaba:

—... os arrestaré por alta traición. ¡Guardián! ¿Me oís?

El bronce resonó con los golpetazos frenéticos.

Su padre la tomó de la mano y la invitó a levantarse.

—Querida mía. Y ¿dónde está tu joven príncipe?

Jared observaba cómo la compuerta de bronce se combaba hacia dentro. Dirigió una mirada rápida y amable hacia Claudia.

Tenía el pelo alborotado, la cara sucia. Había un olor extraño impregnado en su ropa. Entonces Claudia dijo:

—Justo detrás de mí.

Finn también estaba sentado en una silla, pero su habitación era oscura, una celda pequeña, como la que recordaba haber visitado hacía tanto tiempo, antigua, con las paredes grasientas y repletas de nombres grabados.

Enfrente de él había sentado un hombre flaco de pelo moreno. Al principio pensó que era Jared, pero luego supo de quién se trataba.

Miró a su alrededor, confundido.

—¿Dónde estoy? ¿Es esto el Exterior?

Sáfico estaba apoyado contra la pared, sentado con las piernas flexionadas hacia arriba. Dijo con voz apacible:

—Ninguno de nosotros sabe a ciencia cierta dónde está. Tal vez en nuestra vida nos esforcemos demasiado por saber dónde estamos, y no lo suficiente por saber quiénes somos.

Los dedos de Finn se aferraron con ímpetu a la Llave de cristal.

—Dejadme marchar —dijo en un susurro.

—No soy yo quien te lo impide. —Sáfico observó a Finn con unos ojos oscuros, en cuyas profundidades brillaban las estrellas como puntos de luz—. No te olvides de nosotros, Finn. No te olvides de los que quedan en la oscuridad, de los hambrientos y los destrozados, de los asesinos y los rufianes. Hay cárceles dentro de las cárceles, y estas personas habitan en las más profundas.

Extendió la mano y tomó una cadena larga de la pared; tintineó y el óxido se desprendió de ella. Sáfico deslizó las manos dentro de los eslabones.

—Igual que tú, salí al Reino. No era lo que me esperaba. Y yo también hice una

promesa. —Tiró el metal al suelo, con un enorme estruendo, y Finn vio el dedo amputado—. A lo mejor es eso lo que te aprisiona.

Giró la cabeza hacia un lado e hizo una seña. Una sombra se elevó tras él y caminó hacia delante. Finn ahogó un chillido, porque era la Maestra. Tenía la misma estatura, los mismos andares desgarbados, el pelo rojo, los ojos desdeñosos. Se quedó de pie, mirando por encima del hombro a Finn, y él notó como si una cadena lo atase, fina e invisible, una cadena cuyo extremo sostenía la Maestra, porque Finn sentía que no podía mover ni pies ni manos.

—¿Cómo puedes estar aquí? —susurró—. Caíste...

—¡Ah, ya lo creo que caí! A través de reinos y siglos. Como un pájaro con el ala rota. Como un ángel caído. —A Finn le costaba distinguir si quien susurraba era ella o Sáfico. Pero la rabia era de la Maestra—. Y todo por tu culpa.

—Yo... —Deseaba culpar a Keiro o a Jormanric. A quien fuera. Pero en lugar de eso dijo—: Ya lo sé.

—Recuérdalo, príncipe. Y aprende de tus errores.

—¿Estás viva? —Lo embargó la antigua vergüenza; le costaba hablar.

—Incarceron no malgasta nada. Estoy viva en sus profundidades, en sus celdas, en las células de su cuerpo.

—Lo siento.

Se arrojó con el abrigo con la dignidad de antaño.

—Si te arrepientes, no pido más.

—¿Vas a retenerlo aquí? —murmuró Sáfico.

—¿Igual que él me retuvo? —La Maestra se echó a reír sin perder la calma—. No necesito recompensa a cambio de mi perdón. Adiós, chico asustado. Protege la Llave de cristal.

La celda se difuminó y se abrió. Finn tuvo la impresión de que lo arrastraban por una conmoción cegadora de piedra y carne; de que unas enormes ruedas de hierro rugían sobre él, de que lo abrían y cerraban, lo dividían y remendaban.

Se levantó de la silla y una figura oscura le tendió la mano para ayudarlo a recuperar el equilibrio.

Y esta vez, sí era Jared.

*He subido una escalera de espadas,
un abrigo de cicatrices me arropaba.
He hecho promesas con palabras vacías.
Mi camino a las estrellas era una falacia.*

Cantos de Sáfico

La puerta retembló.

—No os preocupéis. Es imposible que se rompa. —Con calma, el Guardián estudió a Finn—. Así que éste es el muchacho que crees que es Giles.

Claudia se lo quedó mirando.

—Vos deberíais saber si es él.

Finn paseó la mirada por la habitación. Era tan blanca que le dañaba los ojos, el brillo de las luces lo cegaba. El hombre que reconoció como Blazie se rio en voz baja y cruzó los brazos.

—En realidad, no importa si es él o no. Ahora que lo has traído, tendrás que convertirlo en Giles. Porque él es lo único que se interpone entre el desastre y tú. —Con curiosidad, se aproximó más a Finn—. Y ¿tú qué opinas, Preso? ¿Quién crees que eres?

Finn se sentía tembloroso y sucio; de repente tomó conciencia de que su piel estaba cubierta de mugre, que apestaba dentro de aquella habitación esterilizada.

—Eh... creo que recuerdo... el compromiso de boda...

—¿Estás seguro? ¿O podrían tratarse de recuerdos de lo que vivió otra persona, recuerdos que ahora están enterrados en ti, hilos de pensamiento atrapados en el tejido prestado, que la Cárcel entretejió dentro de tu ser? —Esbozó su sonrisa gélida—. Diez años es mucho tiempo. Lo único que recuerdo es un niño pequeño.

—En otra época podríamos haberlo averiguado —le reprochó Claudia—. Antes del Protocolo.

—Sí. —El Guardián se volvió hacia ella—. Y esa cuestión te la dejo a ti.

Finn vio lo pálida que estaba Claudia, y lo enfadada cuando dijo:

—Toda mi vida habéis permitido que creyera que era vuestra hija. Y era mentira.

—No.

—¡Sí! Me elegisteis, me educasteis, me formasteis... ¡Me lo habéis confesado! Modelasteis una criatura que se ajustase a lo que vos queráis, alguien que fuese dócil y se casara con quien vos dijeseis, que se convirtiese en lo que vos deseaseis. ¿Qué habría pasado conmigo después? ¿Acaso la pobre reina Claudia habría muerto de forma accidental para dejar al Guardián como único regente? ¿Ése era el plan?

El Guardián la miró a los ojos con los suyos claros y grises.

—Si era ése, lo cambié, porque te cogí cariño.

—¡Mentiroso!

Jared dijo con tristeza:

—Claudia, yo...

Pero el Guardián levantó la mano.

—No, Maestro. Dejad que yo se lo explique. Te elegí, sí, y admito sin problemas que al principio no eras más que un medio para conseguir un fin. Una niña que berreaba y que yo evitaba ver siempre que podía. Pero conforme creciste, empecé a... tener ganas de estar contigo. Me gustaba el modo en que me hacías reverencias, cómo me enseñabas los trabajos que habías hecho, cómo te mostrabas tímida ante mí. Y ahora te tengo mucho cariño.

Claudia lo miró fijamente, pues no quería oírlo ni creer lo que le decía el Guardián. Quería mantener viva la rabia, recién acuñada como una moneda.

Él se encogió de hombros.

—No he sido un buen padre. Y te pido perdón por eso.

En el silencio que se hizo entre ambos se coló de nuevo el golpeteo en la puerta, todavía más fuerte. Jared dijo con impaciencia:

—Apenas importa ya, señor, qué hicisteis con Claudia o quién es este chico. Ahora todos nosotros estamos condenados. No hay escapatoria de la muerte, a menos que entremos todos en la Cárcel.

Finn murmuró:

—Yo tengo que volver a buscar a Attia.

Extendió la mano hacia Claudia para que le diera la otra Llave; ella negó con la cabeza.

—Tú no. Volveré yo. —Alargó el brazo y cogió la copia de cristal que él tenía para comparar las dos llaves—. ¿Quién la fabricó?

—Lord Calliston. El primer Lobo de Acero. —El Guardián contempló el cristal—. Y a menudo me preguntaba si los rumores eran ciertos, si existía una copia, en algún rincón de las profundidades de Incarceron.

Claudia movió el dedo hacia el panel, pero el Guardián la detuvo.

—Espera. Primero debemos ponernos a salvo, o a la chica le convendrá más quedarse donde está.

Claudia lo miró a la cara.

—¿Cómo voy a confiar en vos de nuevo?

—Debes hacerlo.

El Guardián se llevó un dedo a los labios y asintió con la cabeza. Entonces, cruzó a paso ligero la celda blanca, tocó el panel de control de la puerta y se retiró.

Dos soldados cayeron de bruces en la habitación. Detrás de ellos, la maraña de cadenas se meció en el aire vacío. Los soldados blandieron las espadas, afilados susurros de metal.

—Entrad, por favor —dijo el Guardián con elegancia.

Claudia comprobó conmocionada que la reina en persona estaba allí, con una túnica oscura. Detrás de su madre, acechaba Caspar.

—Nunca se lo perdonaré —espetó el chico.

—Calla —le ordenó Sia.

La reina se adelantó y entró la primera en la habitación. Se detuvo un instante ante el

extraño escalofrío de energía que se formaba en el umbral, y luego miró a su alrededor.

—Fascinante. Así que esto es el Portal.

—Exacto —contestó el Guardián con una reverencia—. Me alegro de ver que estáis tan recuperada.

—Lo dudo mucho.

Sia se plantó delante de Finn. Lo miró de arriba abajo y su rostro palideció. Apretó fuerte los labios encarnados.

—Sí —dijo el Guardián en voz baja—. Por desgracia, ha escapado un Preso.

Furiosa, se volvió hacia él.

—¿Por qué habéis hecho esto? ¿Qué traición urdís?

—Ninguna. Todos podemos salir ilesos de esto. Todos nosotros. Sin secretos desvelados, sin asesinatos.

Anduvo hasta el escritorio donde estaban los controles, tocó una combinación de teclas y se retiró. Claudia miró con asombro, porque la pared parpadeó y mostró una imagen que tardó un instante en reconocer. En una sala enorme, en la que los cortesanos se arracimaban y hablaban con escándalo. Los platos a medio comer habían quedado abandonados en las largas mesas. Los sirvientes cotilleaban en corrillos nerviosos.

Era el banquete de bodas.

—¿Qué hacéis? —exigió saber la reina, pero era demasiado tarde.

El Guardián anunció:

—Amigos.

Todas las cabezas de la sala se volvieron hacia él. Las conversaciones se cortaron de cuajo y dieron paso a un silencio anonadado. Después de un siglo de Protocolo, la imponente pantalla que había detrás del trono habría sido olvidada por muchos; ahora Finn contemplaba la Corte a través de una madeja de telas de araña, de una capa de mugre.

—Por favor, perdonad todas las desafortunadas confusiones ocurridas en este día —dijo el Guardián con seriedad—. Y os ruego a todos, embajadores de Allende los Mares y cortesanos, duques y Sapienti, damas y viudas ilustres, a todos, que paséis por alto esta infracción del Protocolo. Pero ha amanecido un gran día, en el que un terrible error ha sido enmendado.

La reina parecía demasiado conmovida para hablar; Claudia se sentía casi igual que ella. Sin embargo, se movió: agarró a Finn por el brazo y lo invitó a que se acercara más. Se quedaron juntos, de pie, observando los rostros fascinados e incrédulos de los cortesanos, mientras su padre decía:

—Mirad. El príncipe que creíamos haber perdido, el heredero de su padre, la esperanza de la Corte, Giles, ha regresado con nosotros.

Mil ojos observaron a Finn. Él les devolvió la mirada y vio en cada uno de aquellos ojos un puntito de luz, percibió su intensa curiosidad, su duda, que descendía directamente hasta su alma. ¿Así se sentía alguien cuando era rey?

—En su gran sabiduría, la reina consideró necesario esconderlo en un exilio seguro para protegerlo de las conspiraciones que pudieran atentar contra su vida —dijo el Guardián con aplomo—. Pero por fin, después de muchos años, el peligro ha cesado. Los conspiradores han fracasado y han sido detenidos. Todo está de nuevo en calma.

En una ocasión miró de reojo a la reina; la furia emanaba de cada centímetro de su espalda erguida, pero cuando habló, su voz sonó alegre y apacible:

—Amigos míos, ¡qué contenta estoy! El Guardián y yo nos hemos esforzado mucho para contener la amenaza. Me gustaría que ahora os preparaseis para el banquete, para la llegada del príncipe. En lugar de una boda, celebraremos una espléndida bienvenida. Seguirá siendo un día fabuloso, tal como habíamos planeado.

La Corte permaneció en silencio. Entonces, desde el fondo, arrancaron los vítores.

La reina inclinó la cabeza. El Guardián tocó el panel. La pantalla se ensombreció.

Sia respiró hondo.

—Nunca jamás os perdonaré lo que habéis hecho —dijo sin inmutarse.

—Lo sé.

John Arlex encendió otro interruptor de manera despreocupada. Se sentó, cruzó una pierna sobre la otra, cosa que hizo brillar el oscuro traje de brocados, y después alargó la mano y tomó ambas Llaves del lugar en el que Claudia las había colocado. Las sostuvo entre los dedos, resplandecientes.

—Unos cristalitos tan pequeños... —murmuró—. ¡Y cuánto poder contenido en ellos! Claudia, querida mía, supongo que si uno no puede ser el dueño y señor de un mundo, debería encontrar otro mundo que conquistar. —Miró a Jared—. La dejo en vuestras manos, Maestro. Recordad nuestra charla.

Los ojos de Jared se abrieron como platos. Chilló: «¡Claudia!», pero la chica ya

sabía lo que estaba pasando. Su padre se había sentado en la silla del Portal: sabía que debía correr hacia él, abalanzarse y quitarle las Llaves de las manos, pero era incapaz de moverse, como si el poder de la terrible fuerza de voluntad del Guardián la hubiera congelado.

Su padre sonrió.

—Os pido disculpas, Majestad. Creo que sería un fantasma en vuestra fiesta.

Sus dedos tocaron el panel.

Un resplandor estalló en la habitación y los hizo estremecerse. Al momento, la silla estaba vacía, girando lentamente en la sala blanca, y a la vista de todos, una centella chisporroteó en los controles, a la que siguió otra. Surgió un humo acre. La reina apretó los puños y gritó hacia el vacío:

—¡No podéis hacer esto!

Claudia se quedó mirando la silla; cuando estalló en llamaradas, Jared tiró de ella a toda prisa para apartarla. La chica dijo con la voz sombría:

—Sí puede. Lo ha hecho.

Jared la observó. Tenía los ojos vidriosos, la cara sofocada, pero la cabeza bien alta. La reina ardía de rabia y empezó a aporrear todos los botones, aunque sólo consiguió provocar más explosiones. Entonces salió del estudio con Caspar pisándole los talones, y el Sapient le dijo a la hija del Guardián:

—Volverá, Claudia. Estoy seguro...

—Me da exactamente igual lo que haga.

Se volvió hacia Finn, quien la miraba horrorizado.

—Attia... —susurró él—. ¿Qué pasa con Attia? ¡Le prometí que volvería a buscarla!

—Es imposible...

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. ¡Tengo que hacerlo! No puedo dejarlos allí. Y mucho menos a Keiro. —Estaba consternado—. Keiro no me lo perdonará nunca. ¡Se lo prometí!

—Encontraremos la manera. Jared la encontrará. Aunque tarde años. Ésa es mi promesa. —Lo agarró de la mano y le subió la manga deshilachada para dejar al descubierto la marca del águila—. Pero ahora debes pensar en esto. Estás aquí. Estás en el

Exterior y eres libre. Te has liberado de ellos, y de todo aquello. Y tenemos que hacer que esto funcione, porque Sia siempre estará al acecho, conspirando a nuestras espaldas.

Desconcertado, Finn la miró fijamente y se dio cuenta de que Claudia no tenía la más remota idea de lo que él acababa de perder.

—Keiro es mi hermano.

—Haré todo lo que pueda —dijo Jared en voz baja—. Tiene que haber otra manera. Vuestro padre entraba y salía de Incarceron transformado en Blaize. Y Sáfico encontró la salida.

Finn levantó la cabeza y lo miró con extrañeza.

—Sí. La encontré.

Claudia lo cogió del brazo.

—Ahora tenemos que salir de aquí —le susurró—. Tienes que levantar la cabeza, bien alta, y convertirte en príncipe. No será como te lo esperas. Pero aquí todo es una pantomima. Un juego, como dice mi padre. ¿Estás preparado?

Notó que lo invadían sus antiguos miedos. Notó que se metía en una gran emboscada que habían tendido para él. Sin embargo, asintió.

Cogidos del brazo, salieron de la habitación blanca y Claudia lo condujo por las bodegas y las escaleras. Pasó por salas en las que había mucha gente congregada que los miraba. Claudia abrió una puerta y Finn exclamó deleitado, porque el mundo era un jardín y, sobre él, brillantes y resplandecientes, pendían las estrellas, millones de estrellas, más y más altas, por encima de los pináculos del palacio, y de los árboles, y de los dulces ribazos de flores.

—Lo sabía —susurró Finn—. Siempre lo he sabido.

Al quedarse solo, Jared paseó la mirada por las ruinas del Portal. El sabotaje del Guardián parecía hecho a conciencia. Había sido amable con el muchacho para darle esperanza, pero en su corazón sentía un profundo terror, porque encontrar otro mecanismo de huida dentro de toda aquella destrucción le llevaría tiempo y, ¿cuánto tiempo le quedaba?

—Erais demasiado para nosotros, Guardián —murmuró en voz alta.

Empezó a subir la escalera tras ellos, con un agotamiento repentino y gran dolor en el pecho. Los sirvientes lo adelantaban corriendo; las conversaciones se hacían eco en cada estancia y cada salón. Se apresuró a salir a los jardines, contento de que la noche fuera fresca, y aspiró los aromas dulces.

Claudia y Finn estaban de pie en los peldaños de entrada al palacio. El chico parecía cegado por la gloria de la noche, como si su pureza fuese para él una agonía.

Junto a ellos, Jared deslizó la mano para meterla en el bolsillo y sacó el reloj. Claudia se lo quedó mirando.

—¿No es el reloj...?

—Sí. De vuestro padre.

—¿Os lo dio?

—Podríamos decirlo así.

Lo sostuvo entre sus delicados dedos y Claudia se dio cuenta, como si fuera por vez primera, de que había un diminuto cubo plateado colgando de la cadena, un adorno que giraba y resplandecía a la luz de las estrellas.

—Pero ¿dónde están? —preguntó Finn, atormentado—. ¿Dónde están Keiro y Attia, y la Cárcel?

Jared contempló el cubo pensativo.

—Más cerca de lo que crees, Finn —dijo.



CATHERINE FISHER, nació en Newport (1957), Gales. Se graduó en la Universidad de Gales con una licenciatura en Inglés y una fascinación por el mito y la historia. Es una autora dedicada a la literatura juvenil, en cuyos libros podemos encontrar un gran componente de fantasía. Fisher es arqueóloga y profesora en una escuela de primaria, además de enseñar escritura creativa para niños en la Universidad de Glamorgan. Es miembro de la Academia de Gales.

Ha ganado muchos premios y reconocimientos, premios como el Welsh Arts Council o el Cardiff de poesía. Su poesía ha aparecido en revistas y antologías.

Su primera novela, *El juego del prestidigitador*, fue nominada para el premio Smarties Books y el *Hijo de nieve de Walker* para el Premio WHSmith. Igualmente aclamada es su cuarteto de *El Libro del Cuervo*, un clásico de la ficción de la fantasía.

El Oráculo, el primer volumen de la trilogía de *Oracle*, mezcla elementos egipcios y griegos de la magia y la aventura y fue preseleccionada para el Whitbread Children's Books prize.

El Candleman ganó Welsh Books Council's Tir Na n'Og Prize.

Incarceron novela futurista ha ganado el Mythopoeic Society of America's Children's Fiction Award y ha sido seleccionada por The Times como libro infantil del año.

Notas

^[1] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

^[2] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<